

intervalo


ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS

de

Elizabeth Stantor - Claudio M. Payva
Ina Dall - A. Standish - Octavio Feuillet
María A. Domínguez - Oscar Wilde
Agatha Christie - Jorge Delbosque -
Francina Siquier

\$ 25



SUMARIO

LA VENGANZA, por ELIZABETH STANTOR.

Un profundo problema moral elevado a su dimensión religiosa, sobre el fondo dramático de la última Gran Guerra. pág. 4

UN MARIDO IDEAL, por OSCAR WILDE.

La incomparable ironía y profundidad del ilustre escritor inglés en una intriga política de contornos internacionales. pág. 18

HIJOS DEL SOL, por FRANCINA SIQUIER.

La heroica conquista de Méjico por las fuerzas de Hernán Cortés, con su secuela de problemas que envolvieron el destino personal de hombres y mujeres pág. 32

BELLAH, por OCTAVIO FEUILLET.

Hermosa novela del conocido escritor francés pág. 47

DON PERFECTO, por MARIA ALICIA DOMINGUEZ.

Una romántica novela de amor, en torno a las inmortales RIMAS, de Gustavo Adolfo Becquer pág. 66

AMARGA COSECHA, por A. STANDISH.

Amor e incomprensión, generosidad y traición, en la vida de una joven londinense pág. 76

LA TRAGEDIA DEL AMERICA, por INA DAHL.

Un naufragio histórico, que llenó de luto a muchas familias argentinas pág. 91

VIVIR A LA RASTRA, por CLAUDIO MARTINEZ PAYVA.

Una descripción apasionante de un problema del agro argentino pág. 103

EL FANTASMA, por JORGE DELBOSQUE.

Lo real y lo fantástico reunidos en un drama de ininterrumpido suspense pág. 113

IRIS AMARILLO, por AGATHA CHRISTIE.

La sagacidad de Hércules Poirot en una intriga de amor y de celos .. pág. 122

LA VENGANZA

por ELIZABETH STANTOR

DIBUJOS DE
CIRILO MUÑOZ

El ritmo perfecto del tiempo no puede ser detenido, ni por la muerte, ni por la felicidad o el dolor; es inmutable y mide la existencia del hombre que, con sus ruegos o amenazas, no logra detenerlo. Ve la humanidad hundirse en el pasado, el momento sublime que en vano luchó por apresar. Muchas veces pierde el hombre su Tiempo, en busca de algo... que no está a su alcance.

Busta LA VERDAD. Pero no sabe que esa Verdad no se halla cuando se está de-



masiado arraigado en la tierra. Sólo la Luz proveniente del alma puede ayudarnos a encontrarla y entonces, no hay pasado, ni presente, ni futuro... Sólo ETERNIDAD.

Sigamos a dos hombres que, unidos por la casualidad, avanzaban por un mismo camino. Y veamos cuál era la Verdad que cada uno de ellos buscaba...

Nuestro camino es el mismo, a lo que parece...

Ya me di cuenta.



Uno viejo, joven el otro. Ninguno de ellos tenía muchos deseos de hablar, pero las circunstancias los impulsaban a ello.

Ignoraba que el ómnibus paraba antes de cruzar el puente. De haberlo sabido, hubiera tomado el tren. ¡Todo ha cambiado mucho!

A mi edad, ya los cambios no me sorprenden.



Después de tantos años, tengo unas ansias terribles de llegar... Largo me parece hoy este camino que antes...

Todo ello es Juventud. La vida me ha enseñado algo. Que TODO puede esperar.



Hay algo que no espera. La Venganza.

¿Eso es lo que lo lleva al pueblo? Raro contraste... A mí me trae el perdón. Por nuestros sentimientos opuestos, casi podríamos continuar solos el camino, pero hay un lazo de unión. Ambos venimos por algo, para algo...



Ya se divisan las primeras casas del pueblo. ¡Cuántas heridas ha dejado en él la guerra! ¿Por qué no nos sentamos a descansar un rato? Sería preferible llegar de noche...



Tiene usted razón. Aunque he sufrido ya tanto, que nada puede impresionarme...

El joven pensó que su compañero debía sentirse muy superior a él, ya que su regreso estaba iluminado por un sentimiento mucho más bello. El anciano, adivinando sus pensamientos...

Le envidio. Concedo mi perdón cuando ya es demasiado tarde. Usted todavía puede arrepentirse y comprender que La Venganza no satisface, y la Justicia solo puede venir de aquel que nunca se equivoca... De Dios.



Hablamos lenguajes distintos. Mas para comprenderme, sería preciso que conociera usted mi vida, cosa que ni puede interesarle ni yo estoy dispuesto a...



¿Por qué no? Soy un desconocido. Esta hora, tanta paz y belleza, pueden ser ambiente propicio para un relato que quizá le sirva de alivio...

Hubo un silencio. Ambos hombrés se sentaron sobre unas piedras junto al río.

Es probable que me haga bien hablar... Pero le advierto que es una larga historia. Tengo que evocar una familia, hoy disgregada. Para ello elegiré un día que fue importante para esa familia, aquél en que se dio lectura al testamento del que hasta entonces fuera su jefe, el Conde Varenski.



Y el joven comenzó su relato, describiendo a los personajes que se reunieron en aquella ocasión en el despacho del Castillo de Varenski, comenzando por la Condesa, viuda María, en cuyo rostro se evidenciaba el dolor.



También estaba allí su hijo primogénito, el nuevo Conde Esteban Luis Varenski.



Su segundo hijo, Alejandro Varenski, sentado en el ángulo más oscuro del salón, evidenciaba su nerviosismo, estrujando entre sus manos un papel.



Herta y Sonia Litowsk, primas segundas de Esteban y Alejandro, observaban con inquietud a la Condesa, a la que querían como a una madre, ya que, huérfanas desde niñas, habían crecido junto a ella, en el Castillo. Las dos eran muy bellas, pero las pupilas violáceas de Herta daban un atractivo especial a su rostro.

La lectura del testamento no interesaba a las dos hermanas. Nada tenían, ni nada ambicionaban, debiéndolo todo a la generosidad de los Varenski. En idéntica situación se hallaba el que fuera secretario del difunto Conde, Gustav Dominirski, que de pie junto a una de las bibliotecas contemplaba a Sonia con triste expresión.



El fiel mayordomo Boris, contemplaba a sus señores, reunidos en aquella desapacible tarde de noviembre de 1938. Había dolor en su rostro, por los recuerdos que se agolpaban en su mente, mientras el notario, monótonamente, leía todas las cláusulas del testamento...



Por fin terminó la lectura. El asombro se reflejaba en todos los rostros.

Como es evidente, la última voluntad del Conde debe cumplirse, antes de expirar el plazo establecido. Ahora bien, los legados a la servidumbre se harán efectivos de inmediato, así como la suma destinada a su secretario, el Sr. Gustav Dominirski...



¿Podría usted leer nuevamente la cláusula principal?

Por supuesto, señor Conde.



Era un testamento algo extraño... El difunto Conde, llevado por su cariño casi de padre hacia Herta y Sonia, para asegurar su futuro, había dispuesto que su hijo primogénito, Esteban, contrajera matrimonio antes de un año, con una de ellas, recibiendo, la que no resultara elegida, una considerable dote...



Alejandro estaba muy pálido. Como segundo hijo, no podía esperar más que la parte que le correspondía, pero la cláusula del casamiento obligatorio le parecía monstruosa, ya que obligaba a las dos muchachas a depender de su hermano.



Es indudable que la finalidad de mi difunto esposo fué buena, pero hubiera deseado ser consultada...



¿Y en caso de rehusar?

Pasaría toda la fortuna al Estado, para obras de beneficencia. En este aspecto el Conde fué algo... drástico, ya que ello perjudicaría a toda la familia... En realidad, conocedor de las dotes morales de las señoritas Litowsk, quiso que una de ellas fuera la nueva Condesa, temeroso de que otra menos digna pudiera ocupar ese lugar.

¿Y en el caso de producirse mi fallecimiento antes de la boda?

¡Hijo mío, por Dios!



En ese caso, su hermano Alejandro heredaría con el título las mismas obligaciones...

Sólo entonces habló Alejandro; su voz tenía inflexiones metálicas.



Bien, por lo menos mi padre se acordó algo de mí... ¿Se ha considerado empero, la posibilidad de que mis dos primas se nieguen a ser sometidas a tan vergonzosa elección?

Despojarían a toda la familia de su fortuna y ellas mismas se quedarían sin nada...



Todas las miradas convergían en las dos muchachas que, muy turbadas, permanecían en silencio.

Fué un alivio que se diera por terminada la reunión familiar. Más tarde, Herta y Sonia, recluidas en su dormitorio...

¡Es algo tan imprevisto, tan asombroso!...



¡Y tan desconcertante! Jamás tuvimos mucha confianza con Esteban, dados sus continuos viajes... Tratándose de Alejandro hubiera sido distinto...

Hacia el anoecer, Alejandro suplicó a Herta que saliera con él a dar un paseo, cosa a la que la joven accedió. Hacía frío, pero era hermoso caminar por los caminos nevados y aspirar el aire purísimo.



Siento una indignación profunda por lo que mi padre fué capaz de hacer...

No es justo. Esteban, que hereda el título, el Castillo y la mayor parte de los bienes, posee también el derecho de elegir entre tu hermana y tú a su futura esposa... ¡Y con ello me expongo a perder lo que yo más ambiciono!

¿Qué es ello Alex?



¡Ya sabes que eres tú! Jamás te vi como a una hermana, pese a que hemos vivido juntos desde niños, pero nunca comprendí cuánto te quería, hasta esta tarde, cuando advertí cuán fácil sería perderte...

Alejandro...



Es difícil que como mujer no te hayas dado cuenta de mis sentimientos...



Te aseguro que nunca pude pensar... Has formado parte de mi vida, has sido algo muy mío... Pero no realicé mis sentimientos, ni por supuesto los tuyos...

Te ocurre lo mismo con Esteban?



No. Es diferente. Hace un rato lo comenté con Sonia. Esteban es el mayor de todos. Cuando nosotras vinimos al Castillo, tú compartías nuestros juegos, pero él, con su primer traje largo, nos miraba desde una gran distancia, con sonrisa indulgente. Después, sus frecuentes viajes...



Sí, casi resulta un desconocido, considerando ahora desde el plano de un futuro marido.

¿Quieres decir con ello, que estarías dispuesta a aceptarlo?



Poco más lejos de allí, otro hombre y otra mujer vivían un momento de angustia.

Yo sé que no te merezco, Sonia, que desde mi humilde lugar de secretario, nunca debí fijarme en ti... Pero el amor fue más fuerte que mis razonamientos.



Yo también te quiero, Gustav, pero...

No olvides que, como mi hermana, tengo contraída una deuda con nuestra tía. No soy libre por ahora de luchar por mi amor ante todo. No obstante, pienso que Esteban se decidirá por Herta. Es mucho más bella que yo...



¡Querida mía! No podría soportarlo...

Los postreros rayos del sol arrancaban destellos rojizos de la nieve. El frío arreciaba, y Sonia se estremeció.



Dejemos que el tiempo transcurra... ¿Para qué torturarnos de antemano?

Tienes razón como siempre...



Herta no había contestado aún a la pregunta de Alejandro. Tras un largo silencio...

No lo sé... Tampoco se trata en este caso de analizar únicamente mis sentimientos. Pero te ruego que no hablemos de esto. Es posible que la elegida sea Sonia, es más simpática que yo y mucho más compañera con Esteban...



La reserva de Esteban se puso más de manifiesto en los siguientes días. Como de costumbre, tenía para Herta y Sonia constantes atenciones, pero nada hacía adivinar cuáles eran sus sentimientos con respecto a ellas. Una mañana, la Condesa, se decidió a hablar.

Perdona, Esteban..., quisiera preguntarte algo.



Por supuesto, mamá.

No lo tomes como una indiscreción por mi parte, pero quisiera saber qué has pensado respecto al testamento...



Es evidente que no puedo negarme a cumplir con la voluntad de papá. No puedo perjudicarlos a todos, ni perder este Castillo que tantos recuerdos encierra para nosotros.



Lo imaginaba... ¿Y has pensado en quién recaerá tu elección?

La contestación no fue inmediata.

Es... Es difícil la decisión, mamá. Ambas poseen magníficas cualidades. Y si la alegría de Sonia atrae, la dulzura de Herta es irresistible... Es una situación extraña y violenta para mí y para ellas.



Alguien había escuchado estas palabras, tras una cortina, y en sus ojos relampagueó el odio.

¡Si por una vez en la vida pudiera vencerle!



Herta, que descendía hacia el hall, con-
tuvo un grito al tropezar con Alejandro.
—¡Alex!



Te esperaba. Hace días que me rehuyes.
¿Por qué? Si aceptaras mis requerimien-
tos, hablaríamos a Esteban ahora, que
todavía no se ha decidido, y al saber que
nos queríamos...

Yo no te he dicho que te quería, Alex...
Mis sentimientos son demasiado com-
plejos... Muchas veces hemos hablado
de esto. Te ruego que no insistas más.
Logras con ello provocar mi enojo.



Comenzaron a transcurrir lentamente las semanas. El invierno fue particularmente riguroso y la primavera se inició tardíamente. Fue una gloria ver los primeros brotes verdes y aspirar el aire tibio y perfumado. Y uno de estos hermosos días, Esteban propuso una larga excursión a caballo, llevando víveres para almorzar en pleno campo.

El tiempo magnífi-
co y la belleza de
cuanto les rodeaba
hizo que todos go-
zaran de aquel pa-
seo. Gustav comen-
zó a perder su
animación, ya que
en vano había pro-
curado que Sonia se
apartara de aquel
grupo para con-
versar a solas. Ha-
cia el atardecer, Es-
teban propuso a
Herta una carrera.
La meta era una
cercana loma...



Esteban llegó primero y cuando
apareció Herta, la ayudó a descen-
der de su montura.

Ven, contemplemos un rato el
atardecer maravilloso.



Me encanta esta hora. ¡Se
funden tantos colores en el
cielo!

Y tú le has robado al sol sus reflejos
rojos para estar más bella... Tu cabello
es una llamada...



Sentimientos dormidos comenzaban a
vivir, ansias desconocidas vibraban en
ella y de pronto
sus labios no ofrecieron resistencia al
beso apasionado. Después, Esteban tomó
sus manos y las apoyó contra su pecho.

Creo que, en definitiva, mi padre adivinó
esto. Muchas veces, al comienzo de vues-
tra llegada al castillo, me vio contem-
plando tus juegos y admirando la armo-
nía de tus movimientos... Y quizá vio
en mi mirada un sentimiento nada
fraternal.



Y Esteban volvió a besarla. Las pala-
bras no eran necesarias para dar vida a
nuevas sensaciones. Y mientras el sol,
en sagrada ofrenda, moría tras las cum-
bres lejanas, un amor nacía, cual sím-
bolo de vida, de fe, de esperanza...

Esa noche, mientras Esteban anunciaba
a toda la familia que Herta había acep-
tado ser su esposa, Gustav, sentado junto
a Sonia, buscó la mano de la muchacha,
para expresarle en una fuerte presión to-
da su felicidad, acrecentada al leer en
sus ojos un mensaje de amor.



La Condesa abrazó a Herta. Que-
ría a las dos hermanas, pero en su
corazón había existido siempre
una secreta preferencia por ella.
Alex, muy pálido, se levantó.



¡Te felicito, Esteban! En cuan-
to a ti...

He de agradecerte, por supuesto, que hayas defendido el patrimonio de los Varenski.

Harás muy bien el papel de Condesa y espero te depare toda la felicidad que tú mereces...

Yo... Realmente he comprendido que quiero a Esteban... Ningún sentimiento de ambición hay en mí...

¡Desde luego, querida mía!

Hermana... ¡Me siento tan dichosa...!

Mas si Herta aceptaba sonriendo las muestras de afecto y los augurios de felicidad, sentíase inquieta por la mirada de Alex, fija en ella.

A partir de esa noche, un ligero cambio se inició en cada uno de los ocupantes del Castillo. Herta y Esteban, en los albores de su felicidad, se mostraban más expansivos. Sonia y Gustav, por el contrario, más concentrados en sí mismos. La Condesa vivía enfrascada en preparativos, confeccionando largas listas, y en cuanto a Alejandro, su carácter ya hosco, se tornó irascible.

El tiempo seguía su curso, indiferente a sentimientos o ansias de pequeñas criaturas y así, los acontecimientos exteriores llegaron a incidir en sus existencias. Polonia iba a ser movilizadada parcialmente...

Se iniciaba lo que sería la Segunda Guerra Mundial... Y el primero en ser llamado fue el Conde Varenski. Necesariamente, los preparativos para la partida tuvieron que ser rápidos.

Señor... Mucho lamentaremos su ausencia...

Lo sé, querido Boris.

Minutos antes de su marcha, Esteban tuvo una entrevista con su prometida.

Nuestra boda está fijada para el próximo mes de noviembre. Quizá Alemania no se decida a atacar y para esa fecha todo esté solucionado. Estos meses que faltan, empléalos en preparar tus cosas y en recordarme...

Sabes bien que en ningún instante te apartarás de mi pensamiento... Es horrible que nuestra felicidad se haya truncado tan pronto.

Nuestra Patria está amenazada. Herta, y ahora sólo debemos pensar en ella.

La Condesa, al despedirse de su hijo, se sintió desfallecer. Aquella escena era precursora de otra inminente, ya que terminaba de llegar la citación de Alex al Ministerio de Guerra...

¡Hijo...! ¡Hijo mío...!

Te ruego, mamá, que no pierdas tu entereza...

Es un choque demasiado duro Esteban... Temo incluso no volver a verte, pero si ello sucediera, no olvides nunca quién fue tu padre y lucha junto a tu hermano para que esto no desaparezca...

Días más tarde, partió Alejandro, dejando a su madre en un estado de abatimiento terrible. Sonia lo besó con cariño, pero cuando Herta se disponía a hacer lo mismo...

¡No! ¡Es preferible que no me beses, Herta!

Transcurrieron con lentitud abrumadora las primeras semanas, durante las cuales llegaron breves y espaciadas noticias. La situación empeoraba y, como era lógico, también Gustav fue movilizadado.

Y Gustav, cuando se vio ante Sonia, perdiendo la reserva de meses y meses, la estrechó en sus brazos. La Condesa lo abrazó cual si también fuera un hijo.

¡Querida! ¡Querida mía!



Gustav... Cuídate mucho...

Fue una sorpresa para la Condesa y para Herta. Y esa inesperada revelación restó patetismo a la despedida. En realidad, Sonia podía pretender un partido mucho mejor, pero nadie como la Condesa sabía las cualidades que poseía Gustav.



Los días siguientes eran marcados por las noticias de los diarios y la espera de las noticias...

HOY PRIMERO DE SEPTIEMBRE 1939 A LAS 4.H. 45M.A.M. HA COMENZADO EL ATAQUE ALEMÁN.



Los acontecimientos se precipitaban. Los alemanes han llegado al Paso de Jablonkor en las montañas de Beskide. Se teme que crucen el Vístula...



El ejército invasor llegó hasta las puertas de Varsovia el 8 de septiembre, comenzando poco después la batalla cruenta en la cual el pueblo polaco dio prueba evidente de su valor. Sin duda, en el alma de los bravos soldados vibraban las notas apasionadas del estudio revolucionario de Chopin...

Los alemanes habían puesto en práctica su genial Blitzkrieg, y los pueblos sucumbían, pese a una desesperada resistencia. Un hombre, entre tantos, cayó herido...



Ese mismo hombre, días más tarde, yacía en un Hospital de Varsovia y pese a sus heridas, una sonrisa muy dulce suaviza sus facciones.

Gustav... Sé que sufres mucho. Pero yo he de cuidarte...



Gracias, querida mía...

En otro lugar de Polonia, en Radem, un grupo de hombres, tras desesperada lucha, se apresta a capitular.

¡Es absurdo obstinarnos en una defensa imposible!



En Limza, toda una división fue capturada por los alemanes. Nadie sabía cual había de ser su destino y seguían desesperanzados su camino, exhaustos, hambrientos y muchos de ellos heridos...

Uno de aquellos hombres, que apenas si podía sostenerse en pie, fue golpeado brutalmente por un guardián.

¡Vamos! ¡Adelante! Interrumpes el paso...



Un brazo de hierro detuvo el del soldado alemán, que, indignado, logró soltarse.

¡Cómo te atreves, miserable! Hoy mismo recibirás tu castigo. ¡Serás fusilado!



No me importa morir. Es mucho mejor que continuar viviendo para ver esto...

Esteban había sido sincero al pronunciar las anteriores palabras. Toda su naturaleza se rebelaba ante los castigos infligidos a los heridos. Su experiencia en la guerra había sido corta, pero amarga y ella le enseñaba también que la amenaza del soldado sería una realidad.



Todos los prisioneros respondieron a un tácito acuerdo; silenciaron sus quejas. La larga fila siguió avanzando, dificultosa y lentamente, porque las primeras lluvias de Otoño habían convertido los bosques en lodazales. Un sol triste iluminaba aquella escena dantesca.

Y entre esos hombres que avanzaban hacia un negro destino, iba Esteban, llevando en la mente el recuerdo de los suyos, llena el alma de dolor por su patria sojuzgada. Su naturaleza brava se rebelaba, pero sus fuerzas estaban sometidas a un poder contra el cual era imposible luchar.



Polonia fue sometida. Los hombres conocieron muchos cambios y el temor se posesionó de muchos corazones. En el Castillo Varenski, esos cambios y ese temor también se observaban.

El señor Notario ha llegado.

Introdúzcalo, Boris.



Por muy doloroso que sea, debo decirles que la muerte del señor Conde se ha confirmado. Fue hallado el cadáver con la chapa de identificación. Así, pues, se hace necesario tomar un acuerdo para la validez de sus derechos, antes de cumplirse el año de la lectura del testamento.



Herta estalló en un sollozo y salió apresuradamente del salón.

-¡Herta!

¡Déjala, hijo mío...! Tienes que comprender que...



La Condesa no pudo continuar hablando; las fuerzas le faltaban. Aún temiendo lo peor, alentaba en su pecho una esperanza que quedó irremisiblemente destruida. Alejandro, acercándose a ella, tenía en sus ojos una mirada de triunfo. Por fin obtenía cuanto había envidiado a su hermano durante años.

Esa misma noche, Alejandro pidió a Herta una contestación definitiva.

Sabes que heredando los derechos y obligaciones de mi hermano; puedo elegir entre tú y Sonia, pero mi elección está hecha desde mucho tiempo atrás... Espero que tu respuesta...



Sabiendo a mi hermana enamorada de Gustavo no puedo hacer recaer en ella una responsabilidad...

¿Quieres decir que te soy tan odioso que no me aceptarías, a no ser por tu hermana?



Dos días después, en la capilla del Castillo, ante el Notario y el cura

del poblado vecino, Herta y Alejandro se comprometieron. En ese instante, pensamientos muy distintos los mantenían separados.

(He triunfado. Y ella llegará a quererme.)

Esteban. ¿Por qué has tenido que dejarme? ¿Por qué Dios mío?



En un hospital alemán, un hombre yacía inconsciente.

Curioso...



Esa misma tarde, el enfermo recobró el conocimiento y lo primero que vio fueron los dulces ojos de una muchacha...



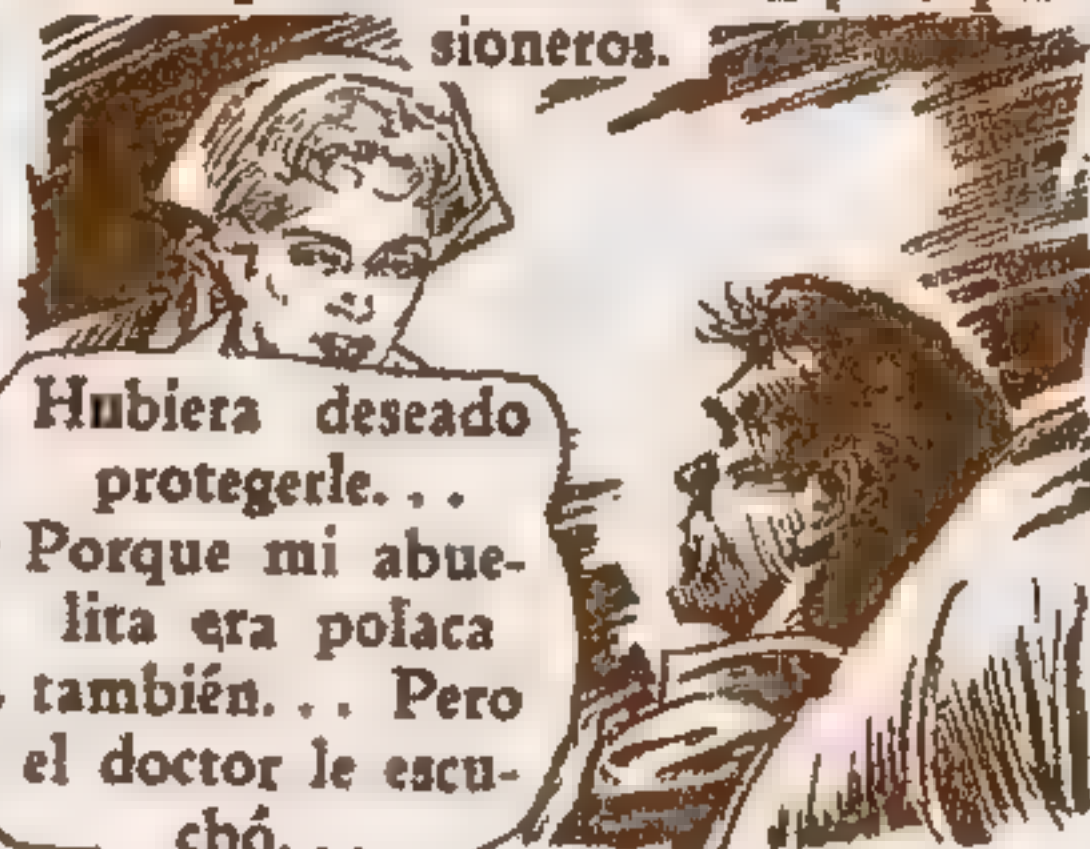
¿Se siente mejor?

Sí. Es posible...



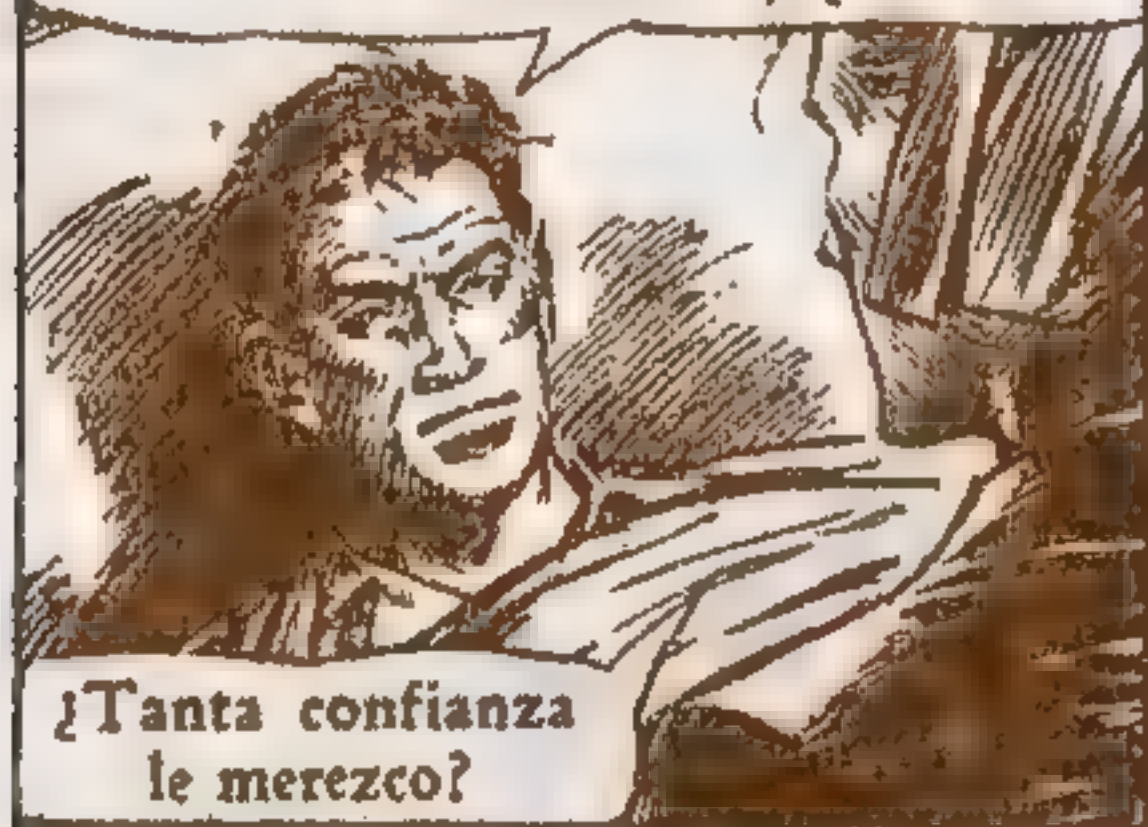
Esteban no tenía plena conciencia de su cuerpo. Tampoco sus ideas estaban muy claras. Desde el momento en que a punto de ser fusilado, huyera, dejando sus documentos a un soldado muerto y tomando los de éste, había pasado tanto miedo y privaciones, que nada era claro...

En días sucesivos se enteró de que su identidad era sospechosa para el médico, por cuanto en su delirio hablaba polaco y no alemán. Y de que una vez dado de alta, sería llevado a un campo de concentración para prisioneros.



Hubiera deseado protegerle... Porque mi abuelita era polaca también... Pero el doctor le escuchó...

Su ascendencia polaca me impulsa a decirle quién realmente soy, rogándole la mayor reserva, ya que por el momento no me interesa que se sepa. Mi nombre es Esteban Varenski. Y efectivamente soy polaco.



¿Tanta confianza le merezco?

La pregunta no obtuvo respuesta. Durante los días siguientes, en todas las ocasiones, la enfermera Gretchen dispensó a Esteban pequeñas atenciones. Cuando éste fue dado de alta, hubo entre los dos un momento de emoción, porque ambos sabían que iba a ser muy difícil encontrarse de nuevo y lamentaban ver truncada una sincera amistad.



El Mayor Groesser era un hombre formado en dura escuela. Su sentido del deber era estricto; por ello, pocas cosas le conmovían, pero su espíritu era muy complejo. Cuando Esteban fue llevado a su presencia, su mirada dura, fría, impersonal, lo analizó críticamente. En silencio, escuchó su declaración.



Dice usted que a efectos de una explosión perdió el conocimiento. Que ignora cómo fue despojado de uniforme y documentos y menos cómo apareció en uno de nuestros hospitales... Que es el conde Esteban Varenski. Perfectamente. Todo ello será investigado y espero imaginará el resultado, de ser falso su relato.



mente. Todo ello será investigado y espero imaginará el resultado, de ser falso su relato.



El estado de debilidad en que todavía se hallaba Esteban, ofreció una oportunidad al Mayor Groesser. Y en lugar de ser llevado a las barracas de prisioneros, fue internado en el barracón de enfermería, donde, a la mañana siguiente, fue revisado por el doctor Mahler, el mismo que lo atendiera en el Hospital.

Ha obtenido usted un raro privilegio...

No lo he pedido señor.



Cierta mañana, con el doctor Mahler apareció Gretchen, que aprovechando un momento se acercó a él.

Pedí al doctor que me permitiera acompañarle... No creo que vuelva a permitírmelo, por ello he anotado en este papel mi dirección. Si algo necesita... Le hablé a mi abuelita de usted... ¿Sabe?



De manera... que se acordaba de mí.

Me acordaba... ¿Le sorprende?... Y quisiera que recordara usted que le ofrecí un día mi amistad.



Fué extraordinario el consuelo que esta visita de Gretchen proporcionó a Esteban. Ya no se sentía solo en Alemania. Cierta mañana, fue llevado a presencia del Mayor Groesser.

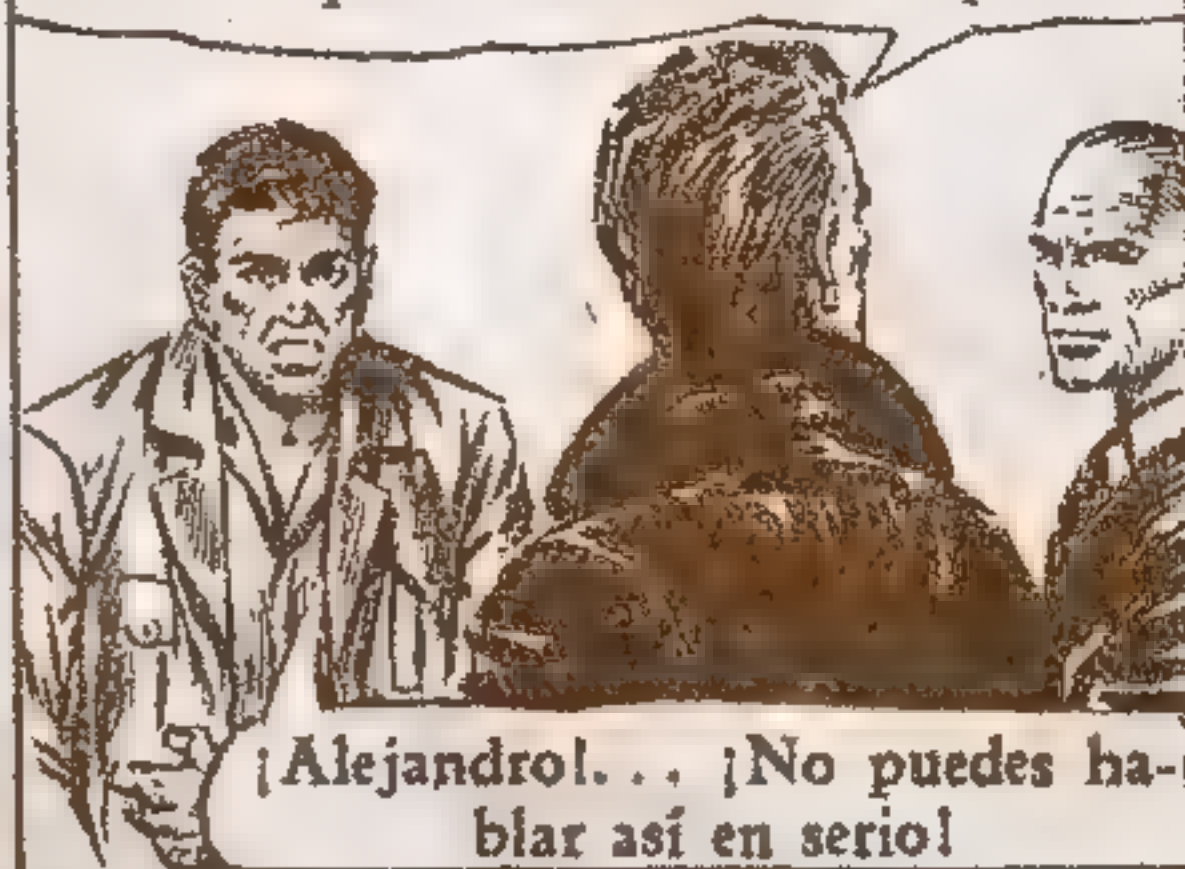


Un hombre estaba junto al Mayor, y Esteban al verlo lanzó una exclamación.

¿Has tenido que hacer un largo viaje, hermano!...



No conozco a este hombre, Mayor Groesser. Y mi hermano Esteban murió en setiembre último tal y como pudo demostrarse al hallar su cadáver. Es evidente que se trata de un impostor.



¡Alejandrol...! No puedes hablar así en serio!

Un soldado se acercó al Mayor, pronunciando unas palabras en voz baja.

Perfectamente Señores, voy a ausentarme unos minutos y espero lleguen a un acuerdo.



Entonces, cuando quedaron solos...

No es posible que ignores las consecuencias de tu negación... ¿Qué tienes contra mí, Alex...?



¿Te parece extraño que pueda odiarte? Fuiste el preferido de nuestro padre, el que mamá ha querido más... Desde el principio has tenido todo en tus manos, hasta la posibilidad de conseguir la única mujer que he amado...

Mi lugar siempre fue secundario. Únicamente tu desaparición puede darme cuanto ambicioné. Herta va a ser mi esposa. ¿Comprendes? Y voy a luchar por esa felicidad que el destino me debe, a costa de lo que sea.



¿Has enloquecido, Alex!

¡Piensa lo que quieras!

Jamás imaginé que tuvieras sentimientos tan mezquinos y te doy mi palabra de honor que ignoraba tu amor por Herta... Pero eso no justifica que deliberadamente me envíes a la muerte...



En ese instante, regresó el Mayor Groesser.

Bien. Según sus anteriores manifestaciones, no reconoce en este hombre a su hermano. ¿Se ratifica usted en ello?

Sí, Mayor Groesser. Jamás lo había visto...

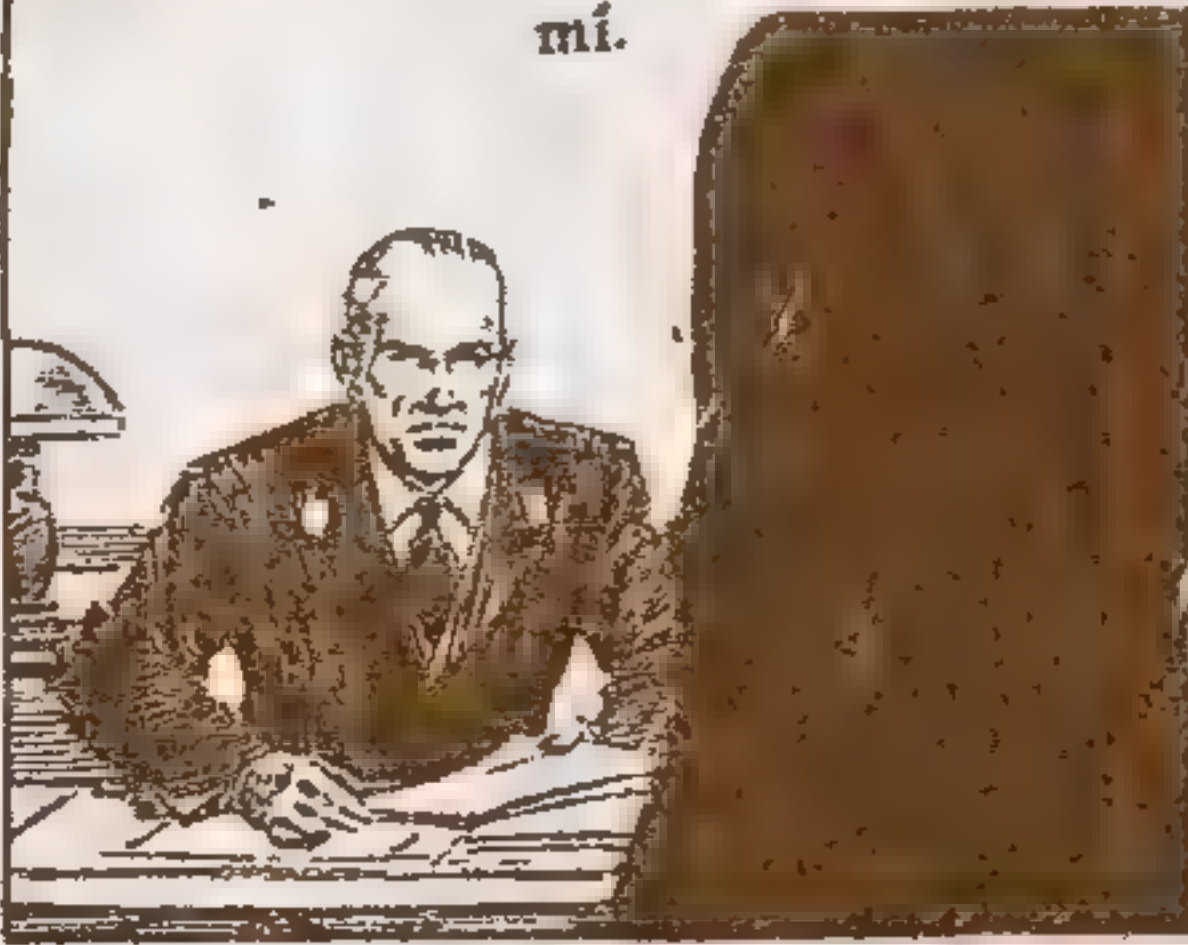


Esa noche Esteban no pudo conciliar el sueño. Los recuerdos se agolpaban en su mente y lo dominaba el horror del proceder de su hermano, que lo había condenado.

La luz rosada del amanecer fue una caricia para sus ojos fatigados. Hacia el mediodía, fue llevado a presencia del Mayor. Los acontecimientos se precipitaban...



-Siéntese señor, Conde de Varenski... Sí, comprendo su sorpresa... Pero es muy simple. Todo cuanto hablaron usted y su hermano fué escuchado por mí.



Esa conversación me permitió penetrar en el alma llena de odio de su hermano y en la suya, intuyendo sus amarguras... Soy amante del juego y sé que el azar juega un papel importante... En este drama, Esteban Varenski, no quiero intervenir y dejo que el destino diga su última palabra...



Quiere decir con ello que...

—Su hermano partió ayer, seguro de haberme convencido y de que usted iba a morir... Pues bien, mediante estos documentos, del ciudadano alemán Hans Kruger, que por supuesto no existe, le regalo una vida nueva... He jugado mi carta. Juegue usted la suya, pero olvide el triunfo que he puesto en su mano. Es usted libre...



Era exactamente como un sueño...

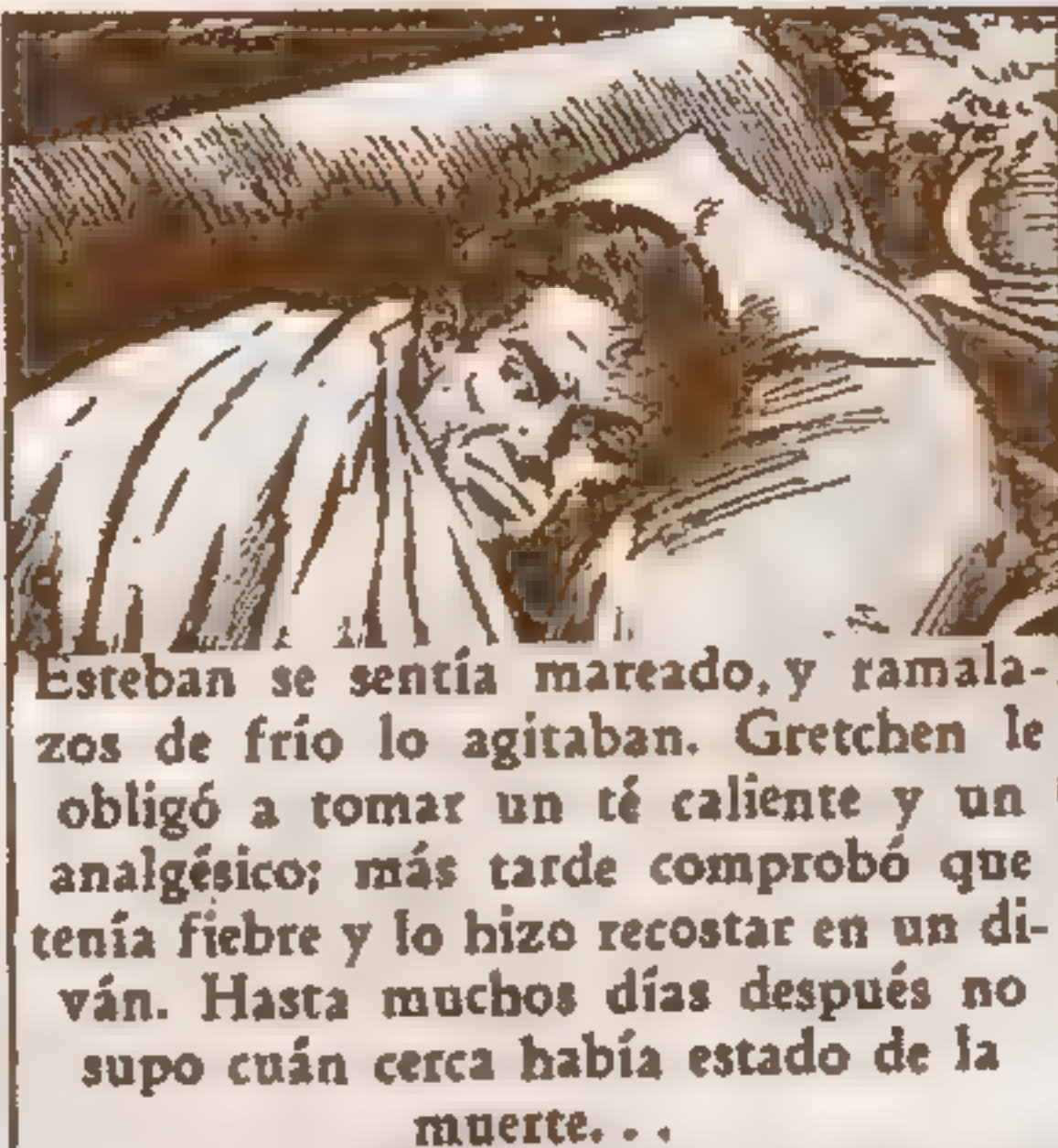
Cuando más tarde Esteban se vio en la calle, aspiró el aire helado y oprimió contra su pecho los documentos que aseguraban su libertad. Sus pasos resonaban sobre la nieve helada, y de pronto, parándose, pensó que no tenía donde ir...



Un nombre acudió a su mente: Gretchen... Y decidido emprendió el camino. La sorpresa de la muchacha fue enorme.

Recordé su ofrecimiento... ¿He sido imprudente?

¡Por supuesto que no!



Esteban se sentía mareado, y ramalazos de frío lo agitaban. Gretchen le obligó a tomar un té caliente y un analgésico; más tarde comprobó que tenía fiebre y lo hizo recostar en un diván. Hasta muchos días después no supo cuán cerca había estado de la muerte...

El estado anímico retrasaba la mejoría, pero por fin triunfó la naturaleza.

Ya pronto estarás bueno... Y entonces, te irás a tu patria...

No hablemos de eso ahora, Gretchen...



A partir de ese día, Esteban mejoró. Ya recuperado, expuso sus deseos de obtener un trabajo que le permitiera ganar un sueldo para cubrir sus necesidades y agradecer a Gretchen y su abuela cuanto por él habían hecho. Como Hans Kruger, no apto para el servicio activo, consiguió un empleo en una industria de guerra.

Las semanas se convirtieron en meses. La comprensión de Gretchen, así como su dulzura, indujeron a Esteban a confiarle todo su pasado y la amargura de que estaba saturada su alma. Fue un duro choque para la joven, que se había enamorado de él; por ello, tímidamente, formuló una pregunta...

Entonces... ¿La quieres todavía?



Puse en ella muchas ilusiones... Pero hoy es la esposa de mi hermano...

—Además, ahora sólo hay en mí capacidad par la venganza.



Y en sus ojos leyó ella una determinación inquebrantable.

Y un día...

He decidido marcharme, Gretchen.

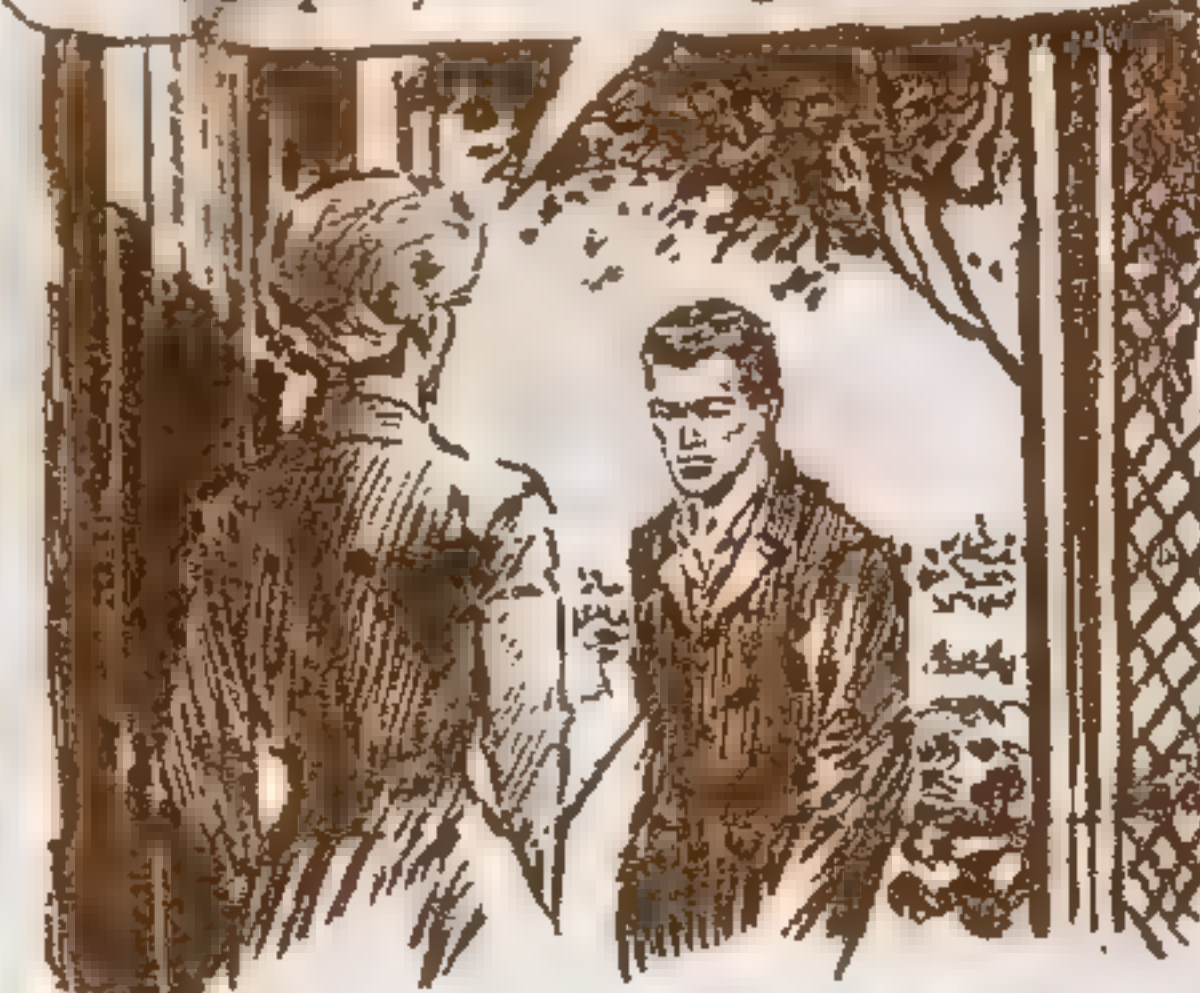


¿Qué puedo decirte para retenerte aquí, Esteban? Durante meses procuré disuadirte de lo que piensas hacer, hasta que he comprendido la inutilidad de ello.

No, nada podía retener allí a Esteban, ni siquiera el puro y sincero amor que le había ofrendado. La despedida fue triste.



Cada tarde, a esta misma hora, esperaré tu regreso. Quiero que lo recuerdes siempre y tal vez, algún día...



Había terminado el largo relato. El viejo sonrió levemente.

—Entonces, usted es el Conde Esteban Varenski. . .

—Así es. ¿Comprende ahora los motivos de mi venganza?

De su venganza no, de su dolor sí. . .

Un día, quise hacer justicia por mis manos, dicté mi sentencia, pero ello dejó un sabor muy amargo en mi boca. Pero ya sé. Nada podrá disuadirle. Será mejor que sigamos nuestro camino. . .

Los postreros rayos del sol enrojecían la tierra. El silencio ponía una caricia en la torturada frente de aquellos dos hombres que soportaban el peso de sus recuerdos. Ante dos caminos que se bifurcaban, el Viejo tendió su mano.



El pueblo está allá, señor. . . Por aquí se va al cementerio. . .

—Al comienzo de nuestra conversación le dije que venía a conceder mi perdón demasiado tarde. Por eso le envidio. . .

Usted puede ver aún claro, puede tratar de comprender esos repliegues del alma humana. . . Piense en ello y en que por encima de nosotros, está Dios. . .



Los dos hombres se separaron para siempre, siguiendo el camino trazado por su propio destino. Fue Boris quien abrió la puerta del Castillo y el que perdió por vez primera su impasibilidad.

¡No es posible! . . . ¡Dios mío! . . .

¡Señor Esteban! . . .

Soy yo, mi buen Boris. . .

¿Dónde está mi madre? . . .



¡Oh! . . . El señor Conde no sabe. . .

Perdimos a la señora Condesa. . .

Fue poco antes de nacer el pequeño

Esteban. . . El hijo de la señora Herta y el señor Alejandro. . .



Su corazón se oprimió de dolor. Había muerto su madre sin estar él a su lado; eso era algo más que su hermano debería pagar.



Apartando a Boris, Esteban se encaminó al salón. Allí estaba Herta, sentada junto a una cuna en la que lloraba un niño. En cuanto a Alex . . . Le costó trabajo reconocerlo en aquel hombre de rostro deformado por una hemiplejía, que estaba desplomado en su sillón, cual si fuera un muñeco roto, cubiertas las piernas por una manta. . .

Sorpresa y terror ante su presencia.

¡Esteban!

Entonces. . .
¡Has venido!

He venido, Alejandro. . . No me esperabas, ¿verdad?



Te equivocas. Te esperaba. Día tras día. . . ¡No puedes imaginarte con cuánto afán. . .!

Entonces. . . Fue falsa la noticia de tu muerte. . . ¡Qué alegría verte de nuevo!



Vernos de nuevo. . . Cuando perteneces a otro. . .



¡Compadécela por ello! Es la mujer de un inválido. . . Mas no me quejo por mi estado, que es un castigo de Dios, por cuanto conservo la razón para arrepentirme de cuanto hice. Te he odiado mucho, Esteban. . .

Un odio que años y años he llevado dentro de mi pecho. Pero me siento por fin libre de ese odio y purificado. Sólo me resta, para verme libre de torturas, recibir tu perdón. . . Y estoy dispuesto a reparar en lo posible. . .



Hay cosas irreparables...



En ese caso... ¿Qué pretendes?

Nada. ¿Te das cuenta? NADA. Dices que eres un hombre marcado por Dios... Pues bien, sí. El te ha castigado, El te perdonará... Ya has visto SU misericordia, al concederte un hijo... Y una mujer que por sus principios, no ha de abandonarte. Y para tu tranquilidad, regresaré a mi tumba...



Te ruego que me expliques...

Nada hay que explicar, Herta. Olvida mi presencia aquí esta noche, las palabras de Alex... Sólo debe contar para ti la maravillosa realidad de tu hijo, el futuro Conde Varenski... Sólo te ruego que le enseñes a poner flores en la tumba de mi madre.



Quedó atrás el Castillo, iluminado por la luna. La tierra crujía bajo sus pasos. ¡La tierra de su Patria de la cual para siempre iba a alejarse! En el silencio de las noches, en el futuro, escucharía aquel rumor y las voces del pasado... Sería muy duro, pero quizá, con el tiempo, su alma obtendría una bendita paz.



Aquel día, como durante tantos otros, tras una ventana había una mujer. Y en la sombra que avanzaba, adivinó al hombre esperado. Entonces, sonrió...



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

LEA Y RÍA



-Ha sido un placer verte, pero ahora estoy muy apurado.



-¿Le molestaría apoyarse en otro lado?

BUEN HUMOR.



—¿Qué quieres decir con eso de que "todo ha terminado"? ¿Acaso no sabías que cobraban para otorgar la licencia matrimonial?



—¿Recuerdas que hoy es el quinceavo aniversario de nuestro naufragio en esta isla?

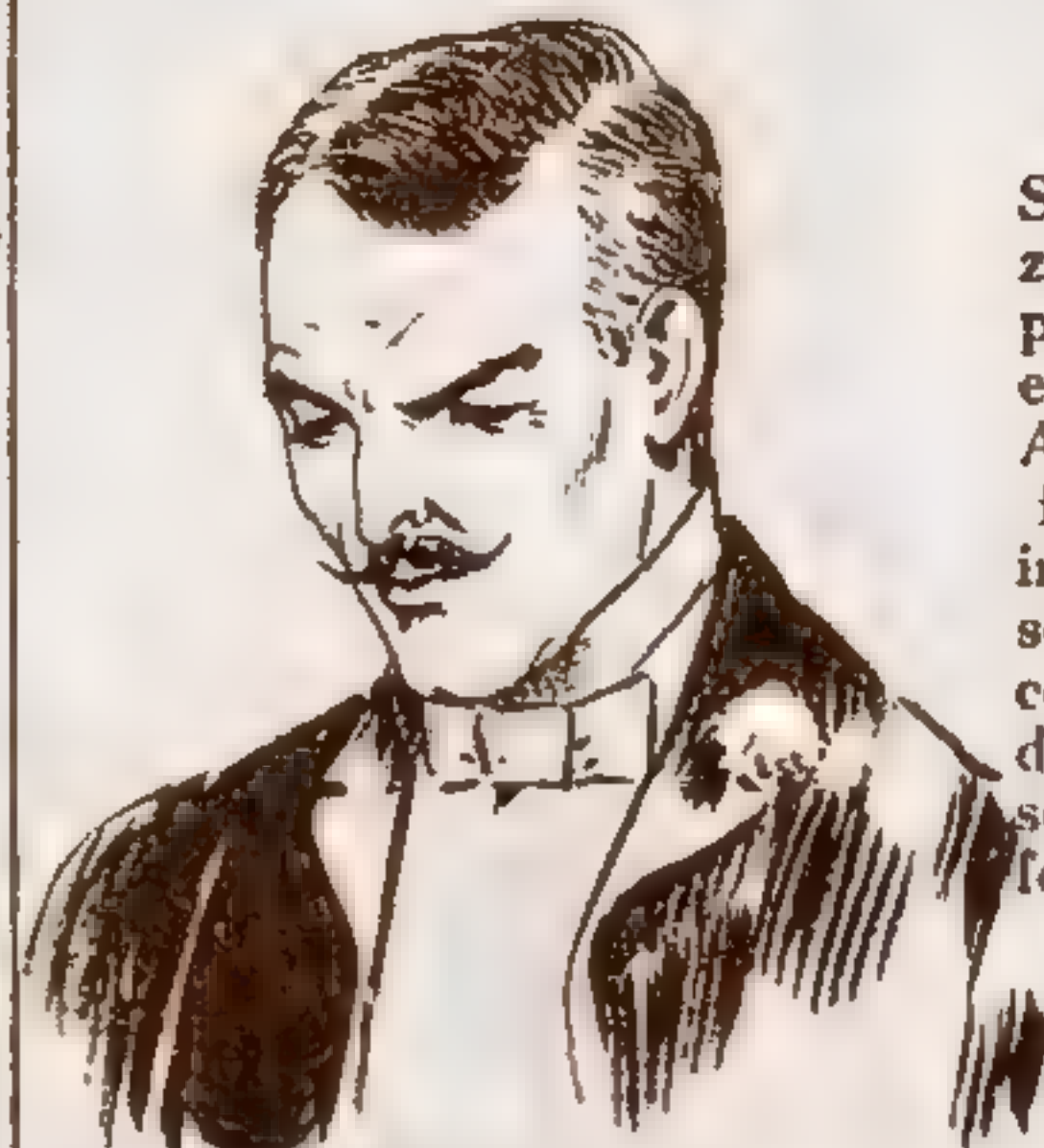


—Cédele tu asiento a esa dama, Tony.



Un MARIDO IDEAL

Por OSCAR WILDE
ADAPTACIÓN



Sir Roberto Chiltern ha realizado una envidiable carrera política. A los cuarenta años es subsecretario de Estado. Aunque en el origen de su fortuna personal hay cierta incógnita, nadie tiene dudas sobre la honestidad de su conducta ni sobre el acierto de sus consejos. En estos días se aguarda con interés su informe acerca de un proyecto de Canal Americano.

Se ha casado con una mujer de serena belleza griega. Lady Gertrudis Chiltern cuenta veintisiete años, y la devoción que siente por su marido es tan conocida como la inflexibilidad de sus principios morales.



Las preocupaciones y tareas oficiales no impiden a los Chiltern una activa vida social, como lo demuestra la fiesta que brindan en su mansión londinense. Están entre los invitados mistress Marchmont y lady Basildon, dos mujercitas, encantadoras, frágiles, deliciosamente amaneradas, que...



... comentan algunas incidencias recientes. —Mi vecino de mesa no ha hecho otra cosa que hablarme de su mujer — quejase lady Basildon. — ¡Qué hombre tan frívolo! — protesta mistress Marchmont.



Lord Caversham se acerca a la dueña de casa: —Buenas noches, lady Chiltern. ¿Ha llegado ya el inútil de mi hijo? — No, no creo que haya llegado aún lord Arturo Goring.

Mabel Chiltern, hermana del dueño de casa, ha oído y se aproxima para reclamar: —¿Por qué llama usted inútil a lord Goring? ¿No pasea todas las mañanas a caballo por el Parque? ¿No va al teatro tres veces por semana? ¿No cambia de traje cinco veces al día?



Mabel Chiltern es una mujer preciosa, ejemplar perfecto del tipo inglés. Tiene la fragancia y naturalidad de una flor.

—Es usted una muchacha verdaderamente encantadora — contesta por toda réplica. —Lo cierto es — añade como excusando sus protestas — que estoy harto de la sociedad londinense. —Pues a mí me encanta — declara Mabel alegremente—. Se compone de majaderos guapos y de locos ingeniosos. ¡Lo que debe ser la sociedad!...



—¡Hum! ¿Y a qué categoría pertenece lord Goring? —inquire el padre de éste. —A una categoría aparte. Pero adelanta por momentos... Pronto le diré a usted en qué, lord Caversham.



Llega lady Markby, con su aire sencillo y complaciente, sus cabellos grises y sus soberbios encajes; la acompaña una desconocida, que suscita viva curiosidad: extremadamente graciosa en sus gestos y ademanes; una obra de arte, pero que muestra la influencia de demasiadas escuelas.



Lady Markby la presenta a la dueña de casa: —Muy amable, querida Gertrudis, al permitirme traer a mi amiga mistress Cheveley. Dos mujeres tan encantadoras tenían que conocerse. Lady Chiltern avanza hacia la recién llegada, con dulce sonrisa; pero, deteniéndose de pronto, saluda friamente: —Me parece que mistress Cheveley y yo nos conocemos. Ignoraba que se hubiera casado por segunda vez.



Mistress Cheveley no recuerda, y lady Chiltern precisa: —Fuimos compañeras de colegio. —¿De veras? He olvidado todo lo referente a mis tiempos de colegio. Tengo la vaga impresión de que fueron detestables —dice la invitada, con una mezcla de altanería y frivolidad. —No me extraña —es la tajante réplica de la dueña de casa.

Pero mistress Cheveley no ha concurrido a la fiesta para entretenerse en escaramuzas de femenina malevolencia. Siente vivos deseos de conocer a sir Roberto y no lo oculta a pesar de la indignación, contenida pero notoria, de su ex compañera de estudios. Cuando el anfitrión llega, lady Markby hace la presentación:

—Querida, sir Roberto está suspirando por conocerla. —Todo el mundo suspira por conocer a la hermosa mistress Cheveley —ratifica el personaje—. Nuestros agregados en Viena no hablan de otra cosa en sus cartas. —Gracias, sir Roberto —contesta la lisonjeada—. Un conocimiento que empieza con una galantería, es seguro que se convertirá en amistad.



—Ocurre que conocía a su esposa. Fuimos juntas al colegio, donde ella se llevaba siempre los premios a la buena conducta. —Y usted, ¿qué premios obtenía? —Mis premios llegaron más tarde y no creo que ninguno fuera por buena conducta.



—Si no es indiscreta la pregunta, mistress Cheveley, dígame a qué se debe que haya usted abandonado su espléndida Viena por nuestro sombrío Londres. ¿Política o recreo? —Mi recreo es la política... Y bien, sir Roberto: deseaba conocer a usted. Tenía en ello grandísimo interés y, además, debo pedirle un favor.



—¿Un favor? Sir Roberto se inclina a ver una broma en las palabras de mistress Cheveley, pero, deferentemente, le dice: —Espero que no sea algo insignificante. Ella reflexiona un instante y reconoce con gravedad:

—No; no creo que sea insignificante, pero antes me permitirá dar una vuelta por su espléndida casa. El pobre barón Arnheim —¿lo recuerda?— solía decirme que usted tenía unos cuadros maravillosos.—El nombre del barón ha sido deslizado hábilmente, con absoluta naturalidad. Pero al oírlo, sir Roberto se ha turbado visiblemente. Reaccionando, pregunta:



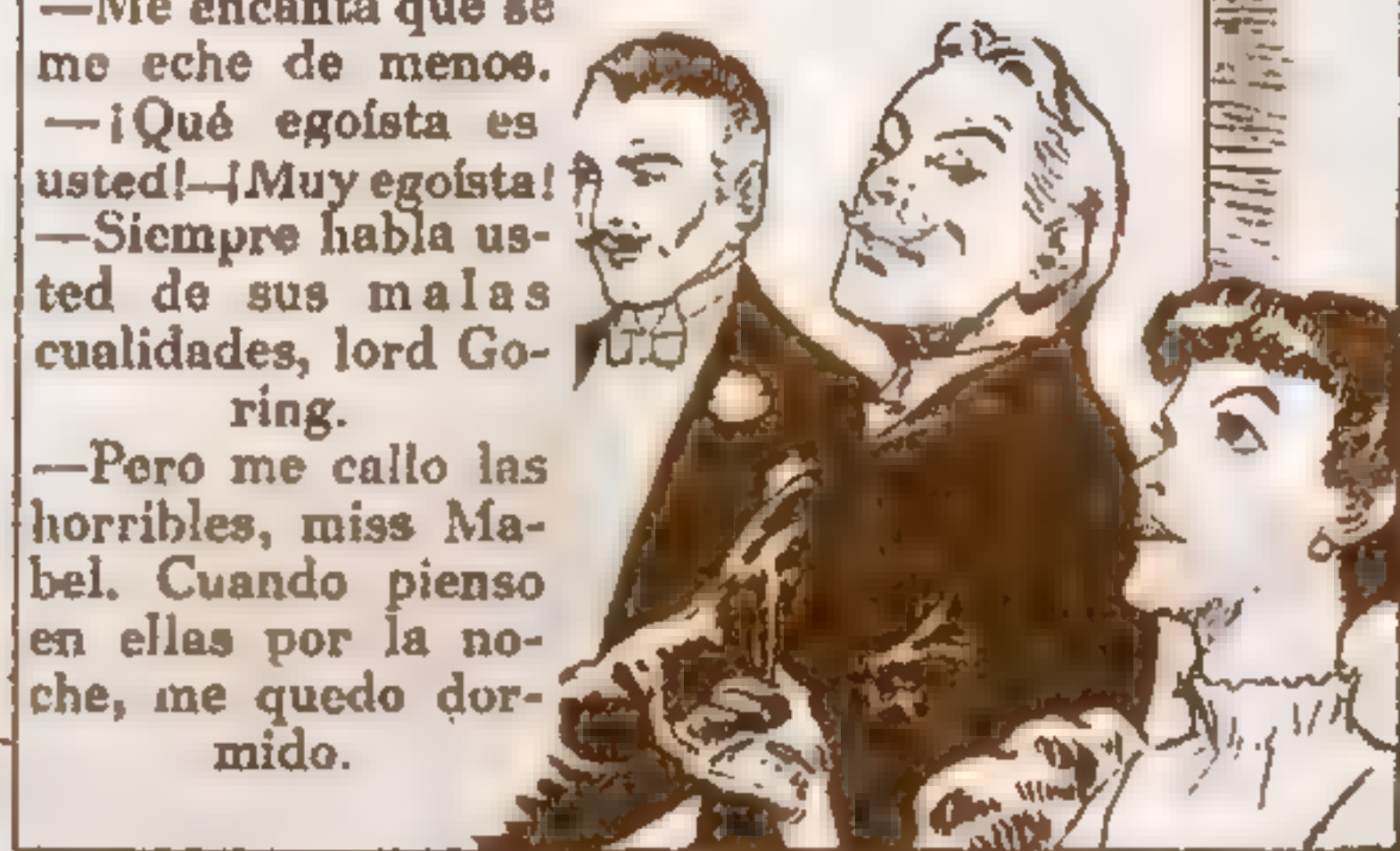
—¿Conocía usted mucho al Barón?
—Muy íntimamente —replica la dama, sonriendo—. ¿Y usted? —Sí...
Un hombre extraordinario, por muchos conceptos.



Lord Goring se aproxima. Es un hombre inteligente, a quien molestaría ser tenido por tal. Juega con la vida y vive en perfecta armonía con el mundo. Le gusta ser incomprendido. Conoce a mistress Cheveley, de modo que resultan superfluas las palabras de sir Roberto, cuando intenta presentarlo como «el hombre más desocupado de Londres». «El hombre más desocupado de Londres» dice alguna paradoja. Mabel, que se ha acercado, comenta:



—¡Qué tarde llega usted! ¡Lo he echado tanto de menos!...
—Me encanta que se me eche de menos.
—¡Qué egoísta es usted!—¡Muy egoísta!
—Siempre habla usted de sus malas cualidades, lord Goring.
—Pero me callo las horribles, miss Mabel. Cuando pienso en ellas por la noche, me quedo dormido.



Lord Goring modera su ironía para preguntar en seguida con seriedad: —¿Sabe usted, miss Mabel, quién ha traído aquí a mistress Cheveley? Hace muchos años que no la veía.
—¿Qué clase de mujer es? —Un genio durante el día y una belleza por la noche. —La detesto ya.



El diálogo se interrumpe, porque el vizconde de Nanjac, agregado a la embajada francesa en Londres, se lleva a miss Mabel a la sala de música, donde la ejecución de un trío complicadísimo...

... no impide que mister Trafford, secretario de sir Roberto, declare nuevamente su amor a la joven. Lo hace con frecuencia, sin desesperar ante la frialdad con que ella acoge sus palabras, y empleando un tono confidencial, casi misterioso, que a miss Mabel le parece malísimo.



En el tumulto de la fiesta, lord Caversham ha encontrado al fin a su hijo, lord Goring. Aunque el anciano adopta un aire de severa reconvención, no logra infundir seriedad a las reflexiones del joven. —No tiene usted corazón, caballere —concluye—, ni un átomo de corazón. —Afortunadamente, papá — es la desconcertante respuesta.



Los invitados sólo se ocupan de mistress Cheveley. Es el tema de la velada.



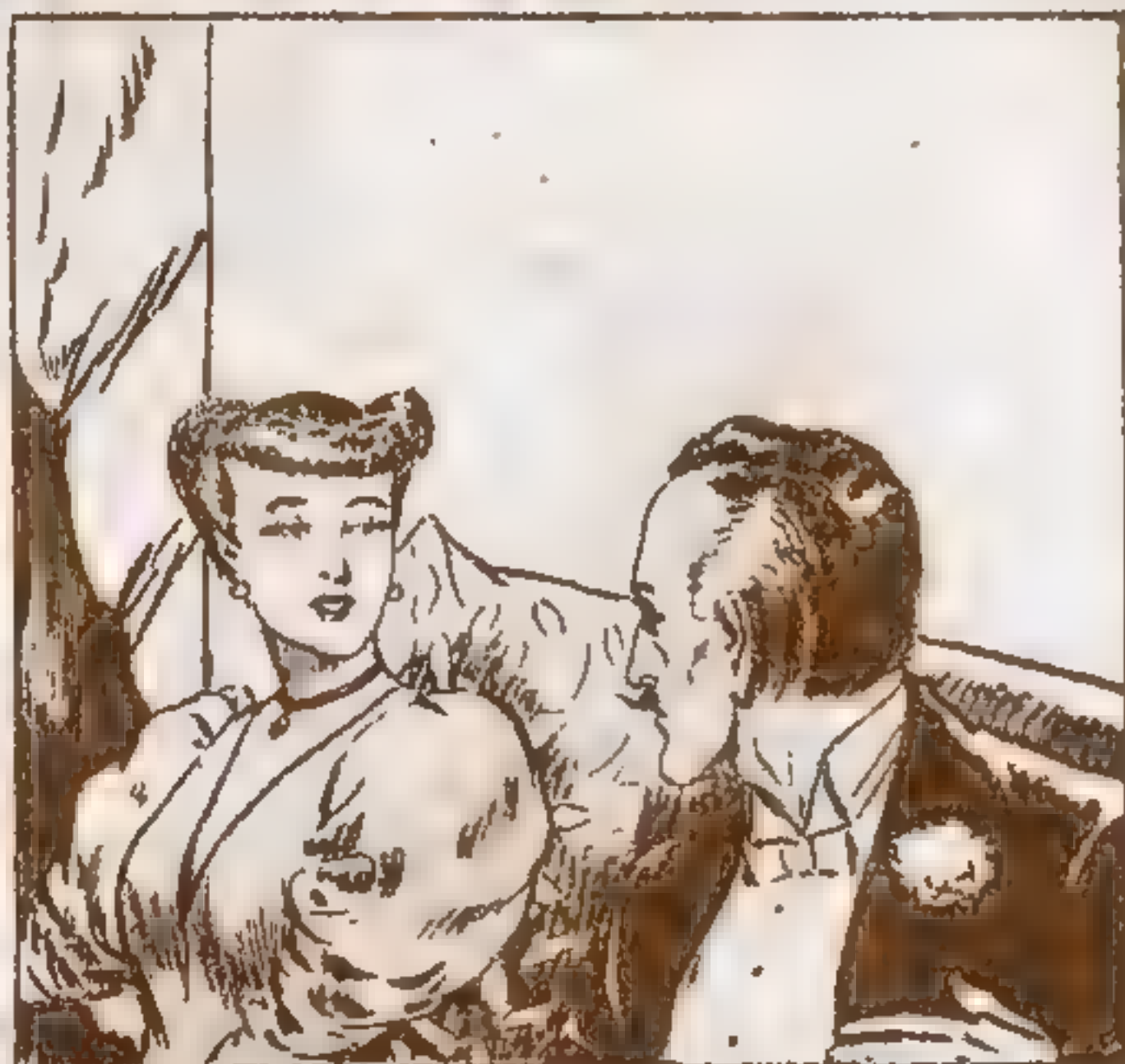
Entretanto, ella ha logrado el aparte que deseaba con sir Roberto. —La duración de mi estada en Inglaterra depende de usted — le declara. — Necesito tratar con usted de un gran proyecto financiero y político: el del Canal Americano. — ¡Qué asunto tan aburrido, mistress Cheveley!



—Me consta que se interesa usted por los proyectos de canales internacionales. Cuando el gobierno compró las acciones del Canal de Suez... — insiste la dama, como si no hubiera oído la objeción de sir Roberto. Este replica con viveza: —El Canal de Suez era una empresa grandiosa. Acortaba prodigiosamente nuestra comunicación con la India. En cambio, el Canal Americano es una vulgar estafa bursátil. En el ministerio de Estado tenemos todo género de pruebas al respecto.



—Pues yo creo que es una especulación brillante y audaz... Tengo comprometida en la empresa una cantidad considerable. — ¡Usted! — exclama sir Roberto, alarmado —. ¿Quién pudo aconsejarle semejante locura?



—Un viejo amigo nuestro... El barón Arnheim. — ¡Ah, sí!... Recuerdo haber oído que intervino en ese negocio.



Pero, nuevamente, el nombre ha molestado a sir Roberto, quien insinúa: —Usted deseaba ver mis cuadros... —No estoy ahora de humor para crepúsculos plateados ni nubes de color de rosa — objeta mistress Cheveley. Y añade con firmeza: —Necesito hablar de negocios.



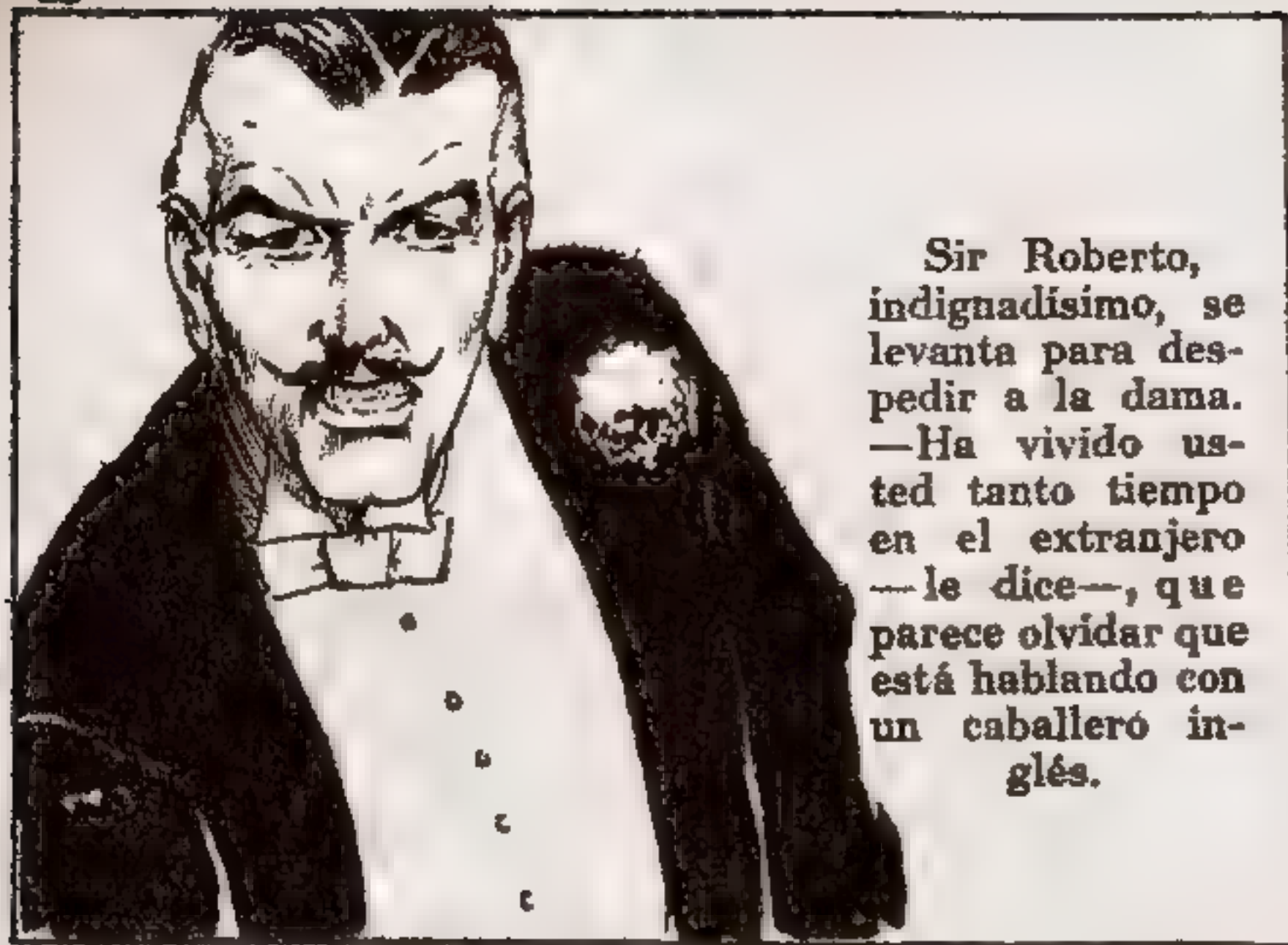
—Temo no poder aconsejar a usted, mistress Cheveley, como no sea para interesarla en negocios menos expuestos. El éxito de ese canal depende, claro está, de la actitud de Inglaterra, y precisamente mañana por la noche presentaré a la Cámara de los Comunes un informe adverso al proyecto.

—No debe hacer usted tal cosa, en su propio interés, sir Roberto — ¿En mi propio interés? ¿Qué quiere usted decir?



—Voy a ser franca con usted, sir Roberto. Necesito que usted diga que ha estado mal informado; que ahora cree que el canal, una vez terminado, será de gran importancia internacional. El asombro de sir Roberto es indescriptible. Mistress Cheveley agrega: —He venido de Viena exclusivamente para ofrecer a usted una espléndida retribución por su apoyo.





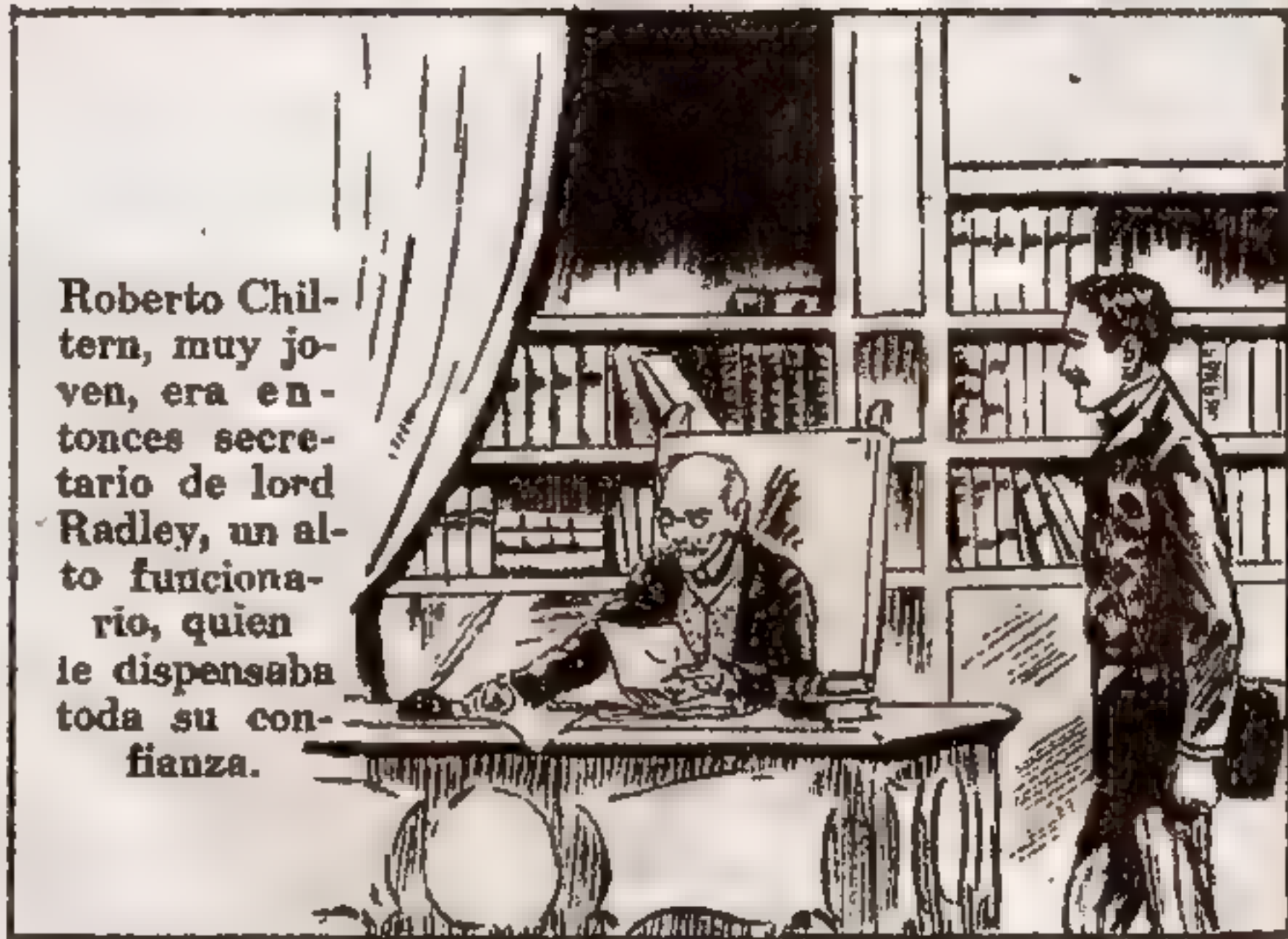
Sir Roberto, indignadísimo, se levanta para despedir a la dama. —Ha vivido usted tanto tiempo en el extranjero —le dice—, que parece olvidar que está hablando con un caballero inglés.



—Sé que estoy hablando con un nombre que cimentó su fortuna vendiendo a un especulador un secreto de Estado. —¿Qué quiere usted decir?



Mistress Cheveley se explica. Tiene en su poder una carta que escribió sir Roberto, años atrás, al barón de Arnheim. Sir Roberto ve levantarse en su memoria el recuerdo de aquellos días lejanos.



Roberto Chiltern, muy joven, era entonces secretario de lord Radley, un alto funcionario, quien le dispensaba toda su confianza.



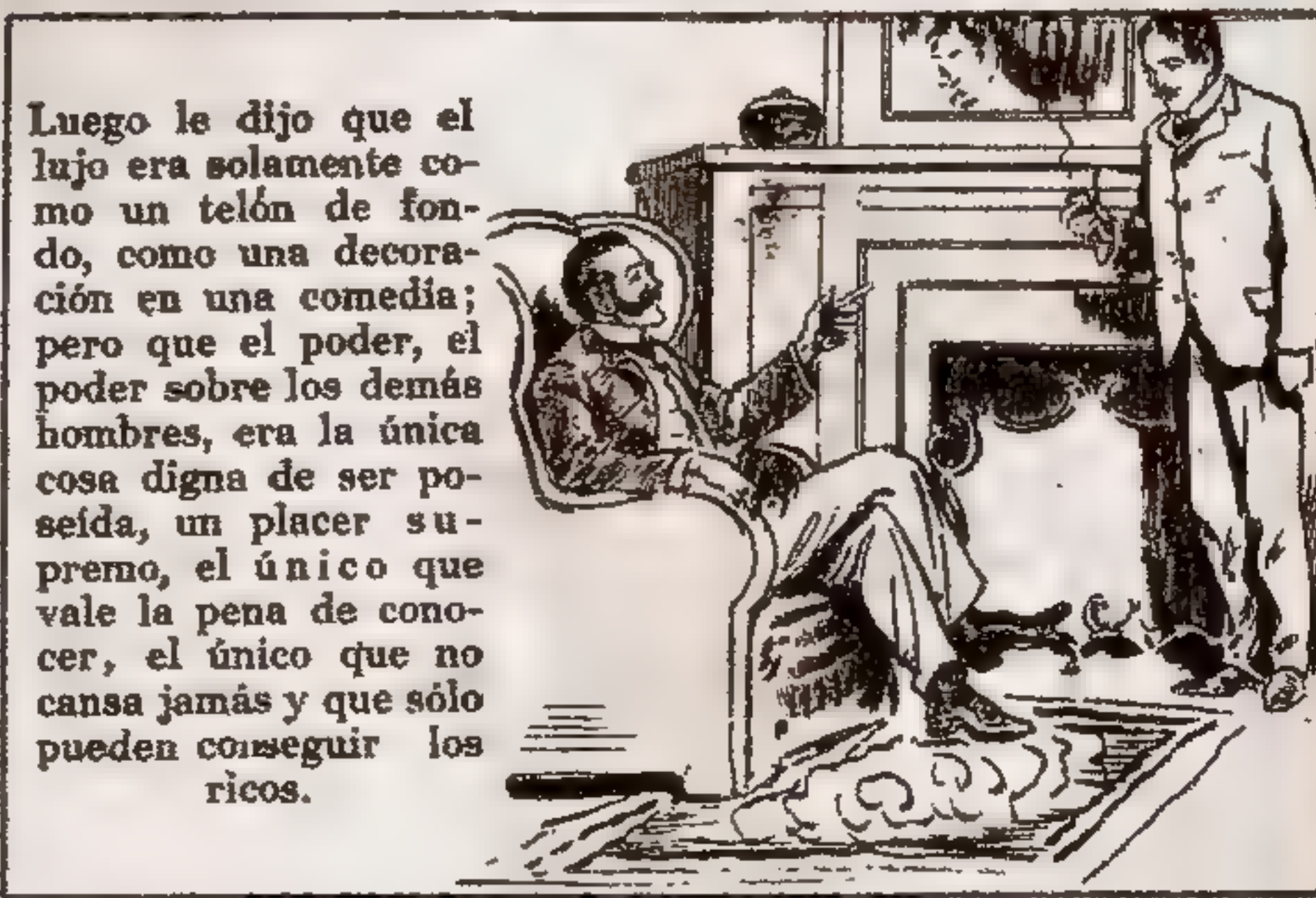
Una noche, después de cenar, el barón de Arnheim habló del éxito en la vida moderna como de algo sujeto a reglas perfectamente definidas. Con su voz grave y fascinadora, expuso la filosofía del poder, predicó el evangelio del oro. Hizo gran efecto en Chiltern, y esto fue advertido por aquel hombre sutil e inteligentísimo...



Pocos días después, el Barón pidió al joven que lo visitara...



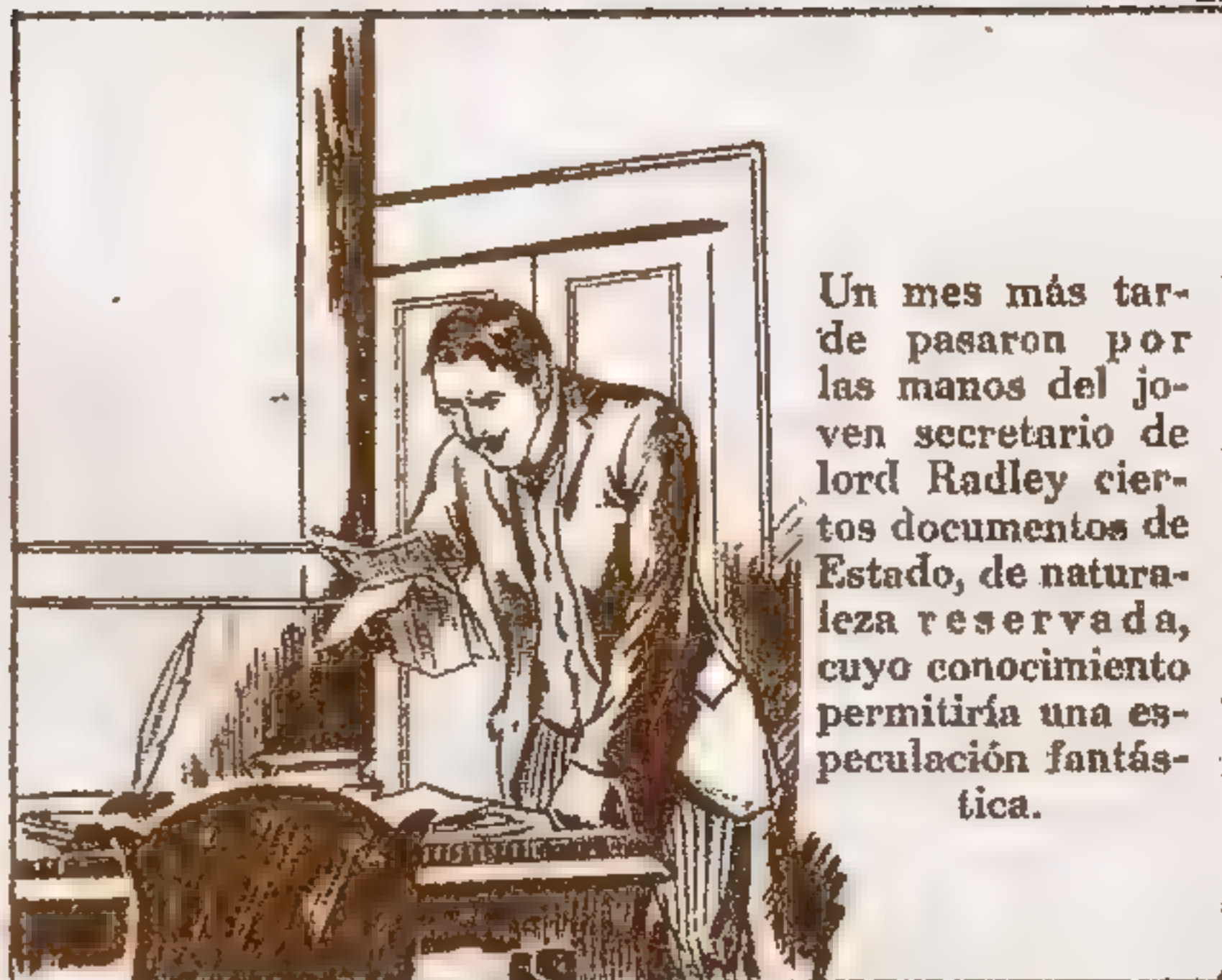
Cuando Chiltern, accediendo, lo entrevistó, el Barón lo condujo por toda la casa, mostrándole sus cuadros y tapices, sus esmaltes, sus joyas; deslumbrándolo, en fin, con la belleza y el lujo.



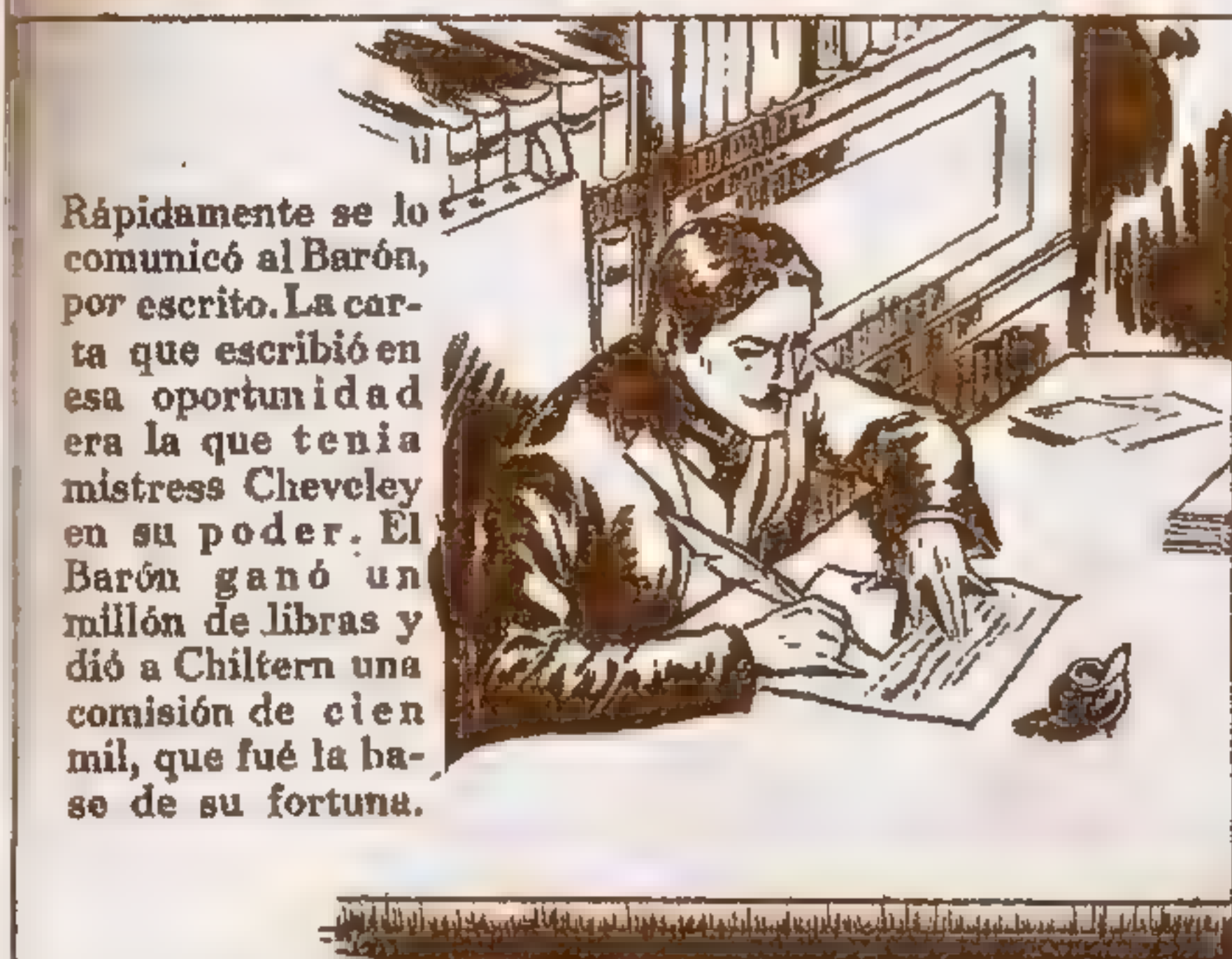
Luego le dijo que el lujo era solamente como un telón de fondo, como una decoración en una comedia; pero que el poder, el poder sobre los demás hombres, era la única cosa digna de ser poseída, un placer supremo, el único que vale la pena de conocer, el único que no cansa jamás y que sólo pueden conseguir los ricos.



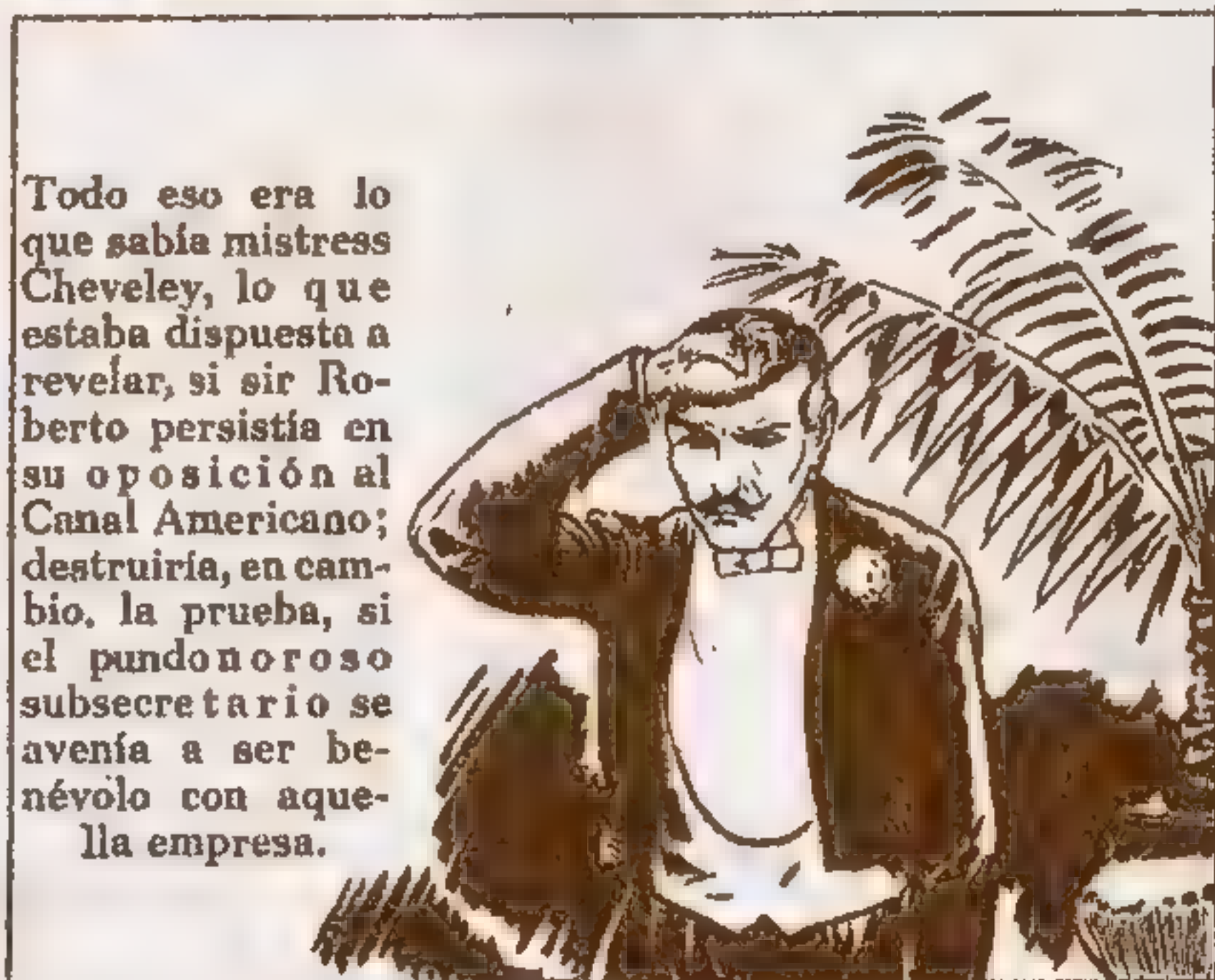
Al despedirlo, el Barón dijo al joven Chiltern: —Si quiere que haga de usted un hombre rico, procúreme un informe de verdadero valor. Chiltern quedó deslumbrado.



Un mes más tarde pasaron por las manos del joven secretario de lord Radley ciertos documentos de Estado, de naturaleza reservada, cuyo conocimiento permitiría una especulación fantástica.



Rápidamente se lo comunicó al Barón, por escrito. La carta que escribió en esa oportunidad era la que tenía mistress Cheveley en su poder. El Barón ganó un millón de libras y dió a Chiltern una comisión de cien mil, que fué la base de su fortuna.



Todo eso era lo que sabía mistress Cheveley, lo que estaba dispuesta a revelar, si sir Roberto persistía en su oposición al Canal Americano; destruiría, en cambio, la prueba, si el pundonoroso subsecretario se avenía a ser benévolo con aquella empresa.

El dilema es trágico: o traicionar a su país y a su conciencia, o afrontar, por su conducta pasada, la execración pública y el desprecio de su mujer, a quien adora.

Sir Roberto, desesperado, busca una salida: —Le daré a usted la cantidad que me pida por esa carta, mistress Cheveley — dice en voz baja. —No es usted bastante rico para rescatar su pasado. Ningún hombre lo es.



Sir Roberto se rebela, lucha, propone. Todo en vano; mistress Cheveley lo tiene acorralado con su chantaje. —Concédame algún tiempo para reflexionar — ruega él, ya casi vencido. —¡Imposible! Tengo que telegrafiar a Viena esta misma noche.



7 apasionantes aventuras completas

ALBUM FANTASIA

COMPRE HOY MISMO SU EJEMPLAR

Escaneado en Córdoba - Argentina

—Y bien: consiento. ¡Dios mío! ¿Quién la puso a usted en mi vida? —Las circunstancias, sir Roberto... Ya sabía yo que llegaríamos a un acuerdo amigable. Ahora puede usted pedir mi coche.



Antes de retirarse, mistress Cheveley saluda a la dueña de casa: —He pasado una noche encantadora, lady Chiltern. Además, ¡me he alegrado tanto de conocer a su marido! Hablamos de negocios y lo encontré magníficamente resuelto a apoyar la idea del Canal Americano. —Debe haber algún error en su interpretación, mistress Cheveley — contesta ingenuamente lady Chiltern—. Mi marido no apoyará nunca ese proyecto.

Lady Chiltern queda confundida; mistress Cheveley sale con gesto triunfal, serena y segura de sí misma. Al cruzarse con lord Goring, conserva aplomo para decirle jovialmente: —Estoy en el Claridge. ¿No le parece que usted debería pasar a saludarme? De lo contrario, pasaré yo por su casa, cosa que en Inglaterra debe de estar mal mirada.



—¡Qué mujer tan horrible! — dice Mabel Chiltern, que ha oído las últimas palabras. —Debería usted ir a acostarse, miss Mabel — le observa lord Goring. Y como la deliciosa mujercita se indigna, «el hombre más desocupado de Londres» añade: —Es lo que me aconseja mi padre; yo traspaso su indicación. Es para lo único que sirven los buenos consejos.



Es difícil reñir mucho rato con lord Goring; y más para Mabel Chiltern, que porfiadamente aguarda de él... Bueno, ¿qué se puede aguardar con fundamento de lord Goring? La joven iba a replicar, sin embargo, cuando sus ojos se sienten atraídos por un objeto que brilla en el sofá, medio oculto por uno de los almohadones.



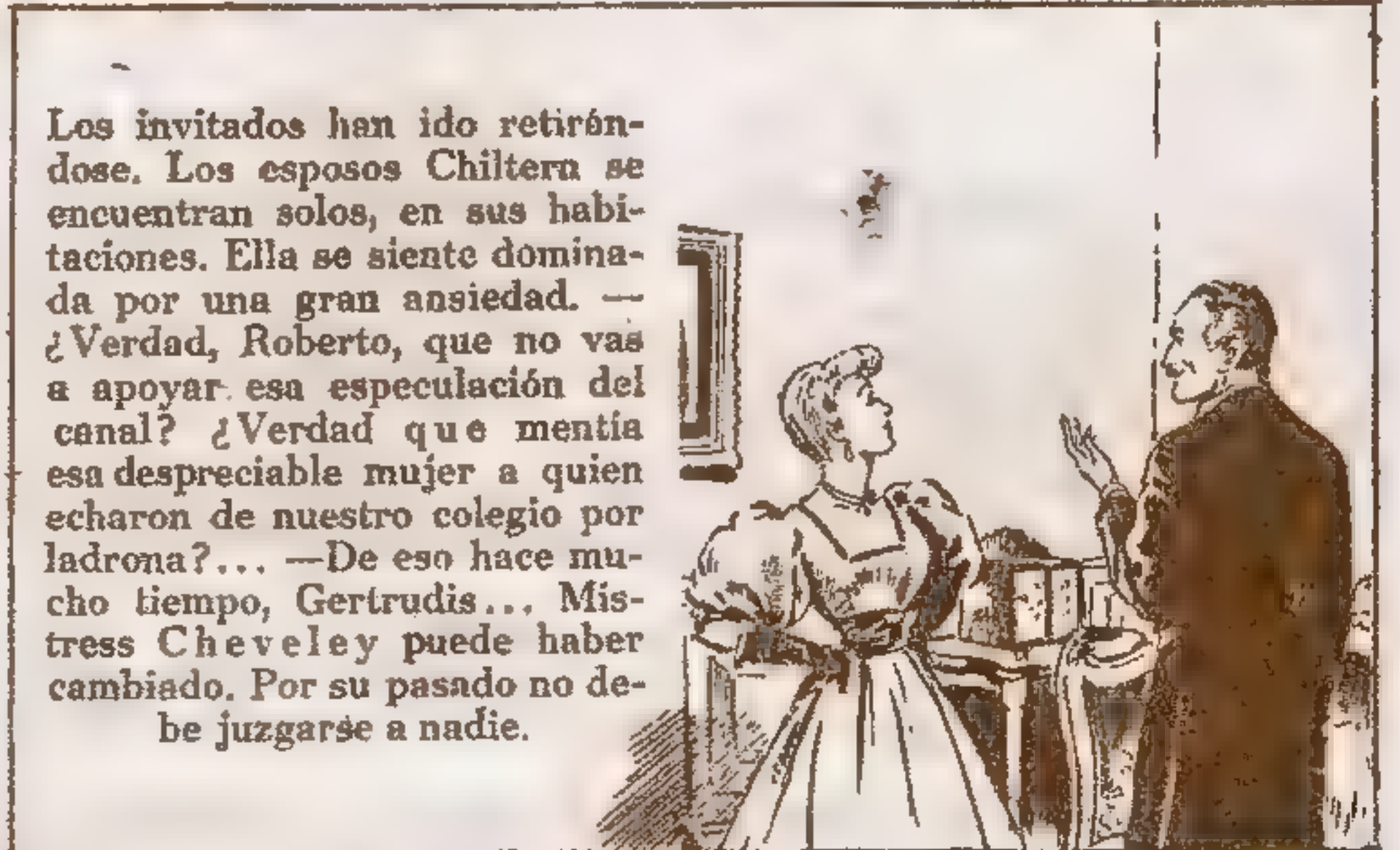
—¡Un broche de brillantes! ¡Qué hermoso! ¿Quién lo habrá perdido? Lord Goring lo examina un instante, y, a pesar de su habitual indiferencia, no logra ocultar una gran turbación. —Es un magnífico brazalete — dice al fin.



—Un broche, no un brazalete — insiste Mabel. —Puede usarse también como brazalete — aclara lord Goring. Y plenamente recobrado, toma la joya de manos de miss Mabel, y, sacando un tarjetero verde, coloca en él la alhaja. Luego guarda el tarjetero en un bolsillo interior de su frac.



—¿Qué hace usted? — le pregunta miss Mabel, exasperada. —Miss Mabel, le ruego que no diga a nadie lo que acabo de hacer; y sepa usted que regalé este brazalete... hace bastantes años.



Los invitados han ido retirándose. Los esposos Chiltern se encuentran solos, en sus habitaciones. Ella se siente dominada por una gran ansiedad. —¿Verdad, Roberto, que no vas a apoyar esa especulación del canal? ¿Verdad que mentía esa despreciable mujer a quien echaron de nuestro colegio por ladrona?... —De eso hace mucho tiempo, Gertrudis... Mistress Cheveley puede haber cambiado. Por su pasado no debe juzgarse a nadie.

Mistress Chil-tern inquiere, escudriña y no halla en su marido las respuestas netas, las actitudes inequívocas de otras veces, que hacían de él un ideal para el mundo y para ella. La rigidez de sus principios y su amor de esposa se sienten igualmente alarma- dos...

...y estalla, llena de pasión: —Sé que hay hombres con secretos horribles en sus vidas... Hombres que han hecho algo vergonzoso y que en un momento dado tienen que pagarlo cometiendo un nuevo acto vergonzoso. ¡Oh, no me digas que tú eres uno de ellos, Roberto! No me digas que nuestras vidas tendrán que separarse...



—¿Separarse?
—profiere sir Roberto—
y tras una pausa



torturante, añade—. Nada hay en mi vida que no puedas conocer. Mistress Chiltern se siente liberada de un peso agobiador. ¡Podrá seguir teniendo fe en su marido! ¡Podrá seguir amándolo! Mas es necesario que él destruya en seguida todo equivoco que haya podido quedar en el ánimo de mistress Cheveley; es preciso que le escriba urgentemente, ya mismo, diciéndole que él no apoyará jamás la indigna especulación del canal.

No importa que la hora sea intempestiva. Mason, el mayordomo, permanece levantado y llevará la carta al Claridge... Bajo la amorosa tiranía de su noble mujer, sir Roberto, como un autó- mata, escribe a mistress Cheveley y envía a Mason con la misiva.



—Roberto — dícele entonces su esposa —, el amor nos da el ins- tinto de las cosas. Siento esta noche co- mo si te hubiese sal- vado de algo que po- día haber hecho dismi- nuir el respeto que te profesan... — ¡Oh, quíereme siempre, siempre! — le inter- rumpe él, con apasio- nada emoción. —Siem- pre te querré; siempre serás digno de que te quiera.

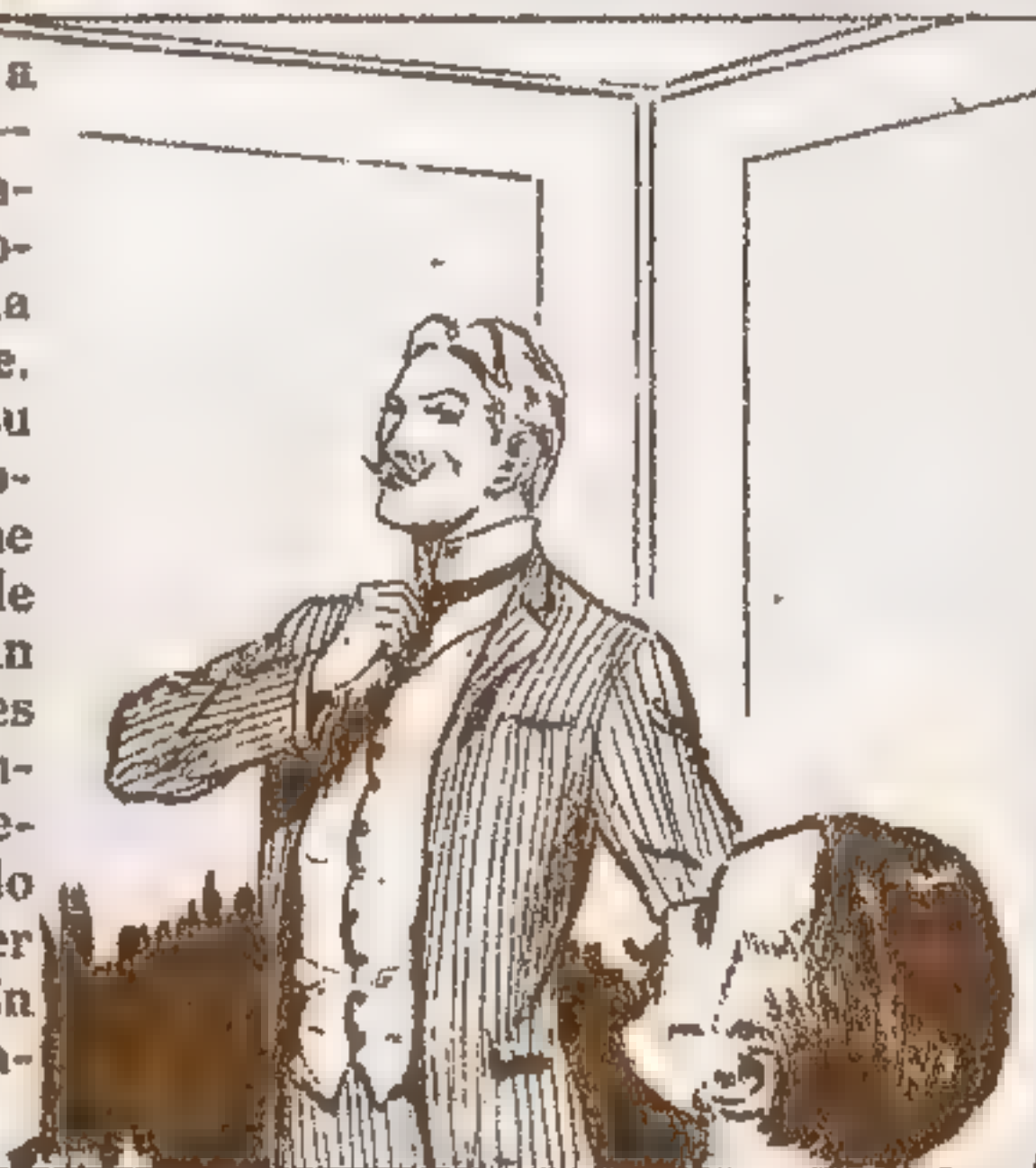


En la situación an- gustiosa en que se halla, sir Roberto ha necesitado el auxilio de un amigo y ha acudido a lord Go- ring, quien, no obs- tante su frivolidad aparente, es tenido en alta estima por la familia Chiltern. Sir Roberto le cuen- ta la verdad, toda la verdad del caso, y lord Goring queda preocupadísimo.

—¿Me desprecias, acaso, por lo que te he contado? —Me siento triste por ti, Roberto; muy triste — contesta lord Goring, honda- mente conmovido —. Pero lucharemos, lucha- remos sin descanso contra esa mistress Che- veley, a quien yo conocía tan poco que una vez le di palabra de casamiento...



Haré un telegrama cifrado a nuestra embajada en Viena — manifiesta sir Roberto, animán- dose —, solicitando informes so- bre ella. Quizá haya en su vida algún secreto que la atemorice. —Sí, todo el mundo tiene su lado flaco — admite lord Go- ring —. Pero me parece que mistress Cheveley es una de esas mujeres que consideran que un nuevo estándar les sienta tan bien como un som- brero nuevo. Anoche estaba de- masiado pintada y demasiado poco vestida, lo que suele ser síntoma de desesperación. En fin, algo haremos, aunque toda- vía no sé bien qué...



—Eres un buen ami- go mío, Arturo — exclama sir Roberto, emocionado —, el mejor de mis ami- gos. Me has ayuda- do a decirte la ver- dad, esta verdad que me ha ahogado du- rante dieciocho años...



Lady Chiltern llega de la calle. y sir Roberto la deja con lord Go- ring. En cuanto que- dan solos, Gertrudis le expone la cuita en que la ha sumido la acti- tud de su esposo; para ella la situa- ción no ha quedado aclarada con la carta que sir Roberto envió a mistress Cheveley. ¿Cree él, lord Goring, el mejor amigo de la casa, que en la vida de Roberto Chiltern puede haber algún secreto vergon- zoso?



Lord Goring no contesta directamente. Lleva la cuestión a planos superiores, a generalidades. —He pensado muchas veces que tienes ideas excesivamente severas, Gertrudis. En la vida práctica, cuando un hombre se ha propuesto alcanzar determinadas alturas y tiene que trepar, trepa, y si es preciso arrastrarse por el lodo... se arrastra por el lodo.



Lady Chiltern escucha con creciente inquietud. Eso no puede referirse a su Roberto. —Estoy hablando en general — la tranquiliza Arturo — Supongamos, por ejemplo, que un hombre respetable, mi padre, o lord Merton, o Roberto... cualquiera, hubiese escrito hace años una carta indiscreta, una carta que compromete gravemente su posición... —¡Roberto es incapaz de eso!... Lord Goring hace un largo silencio; luego dice con aplomo: — Todo el mundo es capaz de ser indiscreto; todo el mundo es capaz de cometer una mala acción.



El diálogo, que empieza a hacerse desolador, se interrumpe por la presencia de Mabel Chiltern, quien lleva consigo la alegre superficialidad de su coqueta juventud; y lord Goring se retira, no sin protestas de su bella perseguidora.



Minutos después, lady Chiltern recibe, con sorpresa, la visita de mistress Cheveley. Viene a averiguar si no han encontrado su broche de brillantes, que puede haber perdido en la recepción de la víspera, aunque también pudo haberlo extraviado antes, en el teatro... En fin, no tiene importancia. Descartado el punto —Mabel ha guardado el secreto prometido a lord Goring, y nadie más sabe de lo ocurrido con la joya—, las dos mujeres enfrentan el problema que las obsesiona.

—Comprenderá usted —dice lady Chiltern con coraje— que una amistad entre nosotras es imposible. Los años no la han cambiado a usted. —Bueno, hable de moral cuanto guste — replica displicentemente mistress Cheveley—. Nos convertimos en moralistas ante las personas que nos son antipáticas... Usted me es tan antipática como yo lo soy a usted... Y, sin embargo, he venido a prestarle un servicio.



—Supongo que será como el que hizo a mi marido. A Dios gracias, pude salvarlo. —¡Ah! —exclama con furia mistress Cheveley—. ¿Fue usted quien le hizo escribirme aquella carta tan insolente? ¿Fue usted quien le hizo quebrantar su promesa?... ¡Entonces, usted hará que la cumpla! Tienen plazo hasta mañana por la mañana, ni un momento más. Tengo a su marido en mis manos...



—¿Qué tiene que ver mi marido con una mujer como usted?... —En este mundo, los semejantes se encuentran. Porque su marido es también un hombre sin honor, hacemos una buena pareja. Entre usted y él hay un abismo. En cambio, él y yo estamos más unidos que dos amigos: el pecado nos liga.



—¿Cómo se atreve usted?... ¡Salga inmediatamente de esta casa! ¡No es digna de ella! —¡Su casa! Una casa comprada a costa del honor, pagada con fraude... ¡Ahí lo tiene usted! ¡Pregúntele cuál es el origen de su fortuna! ¡Que le diga cómo vendió a un especulador un secreto de Estado!

—¡Mentira! ¿Verdad que es mentira, Roberto?... —¡Mírelo usted! ¿Puede acaso negarlo? ¿Se atrevería a hacerlo?... Roberto sólo tiene alientos para tocar el timbre y decir al criado que acude: —Acompañe usted a mistress Cheveley.





Quedan solos marido y mujer. Lady Chiltern parece estar bajo la influencia de una pesadilla. Mira a su marido como si lo viese por vez primera. —¿Tú has vendido un secreto de Estado? ¿Construiste tu carrera sobre el deshonor? ¡Oh, dime que no es verdad! ¡Míenteme si es preciso!



—Escúchame, Gertrudis... Fué hace muchos años. Tú no puedes darte cuenta... —¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Ah, qué espantosa careta has llevado durante tanto tiempo! ¡Un ladrón vale más que tú! Pero a mí no me mentirás más... ¡Y cómo te quise! Eras algo aparte en el mundo; algo puro, sin mácula... La bondad me parecía más buena porque tú existías. ¡Eras el ideal de mi vida!

—He ahí tu error — responde débilmente Roberto. Luego, a medida que habla, va animándose, como si sus propias palabras lo alentasen: —Todos tenemos los pies de arcilla. No son los seres perfectos sino los imperfectos los que necesitamos amor... Tú has impedido que la falta de mi juventud quedase sepultada para siempre. Tú sola... ¿Qué me queda, ahora? ¡Por hacer de mí un ideal, has destruido mi vida!



Roberto sale de la habitación. Lady Chiltern se precipita hacia él; pero

éste cierra la puerta. Pálida, enajenada, oscila como una planta en el agua. Sus manos tiemblan como flores al viento. Al fin se desploma en un sofá, escondiendo el rostro entre los almohadones. Sus sollozos se parecen a los sollozos de un niño.



Cuando logra reponerse, va hasta un pequeño escritorio y escribe: «Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte. Gertrudis.» Y ordena llevar la esquila a lord Goring.



Lord Goring no deja de extrañarse. Esperaba, más bien, unas líneas de sir Roberto. Barrunta lo que ha sucedido y se dispone a aconsejar a Gertrudis que permanezca al lado de su marido. Previamente ordenará a Phipps, su mayordomo, que sólo franquee la puerta a una dama. No está para nadie más. Pero antes de poner en práctica su precaución, le anuncian la visita de lord Caversham: —¿Por qué han de surgir los padres en el momento menos oportuno? Debe de ser algún error de la naturaleza — piensa lord Goring. Y en seguida dice, cortésmente: —Encantado de verte, papá.



El viejo aristócrata acude a plantear a su hijo la premiosa necesidad de que se case, de que ordene su vida. —¿Me permitirás, querido papá, que elija el momento, el lugar y la persona, sobre todo la persona? —interroga dulcemente lord Goring. —Eso es cosa mía, caballere. La elección de usted sería seguramente deplorable. Soy yo quien debe decidir. Se trata de una cuestión de conveniencia y no de amor. El amor viene luego.

Mientras padre e hijo tratan el espinoso tema, la dama ha llegado a casa de lord Goring, y Phipps, que había sido advertido en una escapatoria de Arturo, la ha hecho pasar. Sólo que la dama no es Gertrudis, como esperaba lord Goring, sino mistress Cheveley. Esta, al pasar, ha visto sobre una mesa la carta, en papel color rosa, de lady Chiltern, y se ha apoderado de ella con la presteza y habilidad de que hacía gala en sus días de colegio.



Por cierto que lord Goring no es aquella noche «el hombre más despreocupado de Londres». Sale hasta la puerta, a acompañar a su padre, y regresa con Roberto Chiltern, que llega más triste y caviloso que nunca. Excusándose un instante, tiene oportunidad de decir a Phipps: —Si llega la dama... —La dama ha llegado, señor. Está en el salón.



Lord Goring comprende que la situación puede tornarse delicadísima; su esperanza está en que sir Roberto no se entere de la presencia de su esposa, a quien el dueño de casa supone en el lugar que realmente ocupa en ese momento mistress Cheveley. Concibe entonces el plan de hablar con Roberto en la habitación inmediata al salón, a fin de que la supuesta Gertrudis oiga la plática, que tendrá una finalidad aleccionadora para las esposas demasiado rígidas.



Roberto se confía de nuevo a su amigo. Le refiere la escena con su esposa y mistress Cheveley. Su dolor le hace sollozar. —¡Ojalá me hubiese muerto antes!... Quiero a mi mujer como a nada en el mundo, Arturo. Yo creí que la ambición estaba antes. No es así. El amor es lo primero. Ella no comprende mi debilidad; su perfección la hace despiadada... Quizá si Dios nos hubiese dado un hijo... —Tu mujer te perdonará — lo consuela lord Goring. Y con el pensamiento puesto en la pieza vecina, añade: —Quizá en este momento te estará perdonando...

Una silla cae en el salón y Roberto se sobresalta: —¿Qué ruido es ése? Alguien está ahí, escuchando... —Nadie, no hay nadie ahí — asegura lord Goring.



Pero una terrible sospecha se insinúa en la mente de sir Roberto y se acrecienta cuando lord Goring se opone a que él se cerciore por sus propios ojos. Bruscamente, Chiltern hace a un lado a su amigo y penetra en el salón. Sale demudado, colérico. Ha visto a mistress Cheveley, pero lord Goring cree que ha sorprendido a Gertrudis y el violento diálogo se construye sobre ese equivoco.



—¿Que explicación puedes darme de la presencia de esa mujer? —Roberto, te juro por mi honor que esa mujer es inocente de toda falta contra ti. —¡Es una infame, una vil! — ¡Cállate, Roberto! Ha venido por ti, para salvarte... —¿Te has vuelto loco? ¡Que continúe siendo tu querida, si gusta! Falso como amigo, traidor como enemigo...



—Roberto, te juro por lo más sagrado que estás en un error. Espera y en presencia de ella... —¡Atrás! Déjeme usted salir. Ya ha mentido usted bastante bajo su palabra de honor.



Roberto Chiltern se marcha, ciego de furor, y lord Goring penetra en el salón, donde tranquila, con aire divertido, lo aguarda su inesperada visitante. —¡Cielos! ¡Mistress Cheveley! ¿Qué hace usted aquí? —Escuchaba. Escuchaba cosas sorprendentes...



—¿Ha venido usted a venderme la carta de Roberto Chiltern? —Casi ha adivinado usted. «Vender» no es la palabra precisa; he venido a ofrecérsela, bajo ciertas condiciones. Arturo, en otro tiempo, usted me amó. Cuando lo vi, la otra noche, me di cuenta de que usted es la única persona que me ha interesado realmente. Arturo, si usted promete casarse conmigo, le entregaré la carta de sir Roberto.



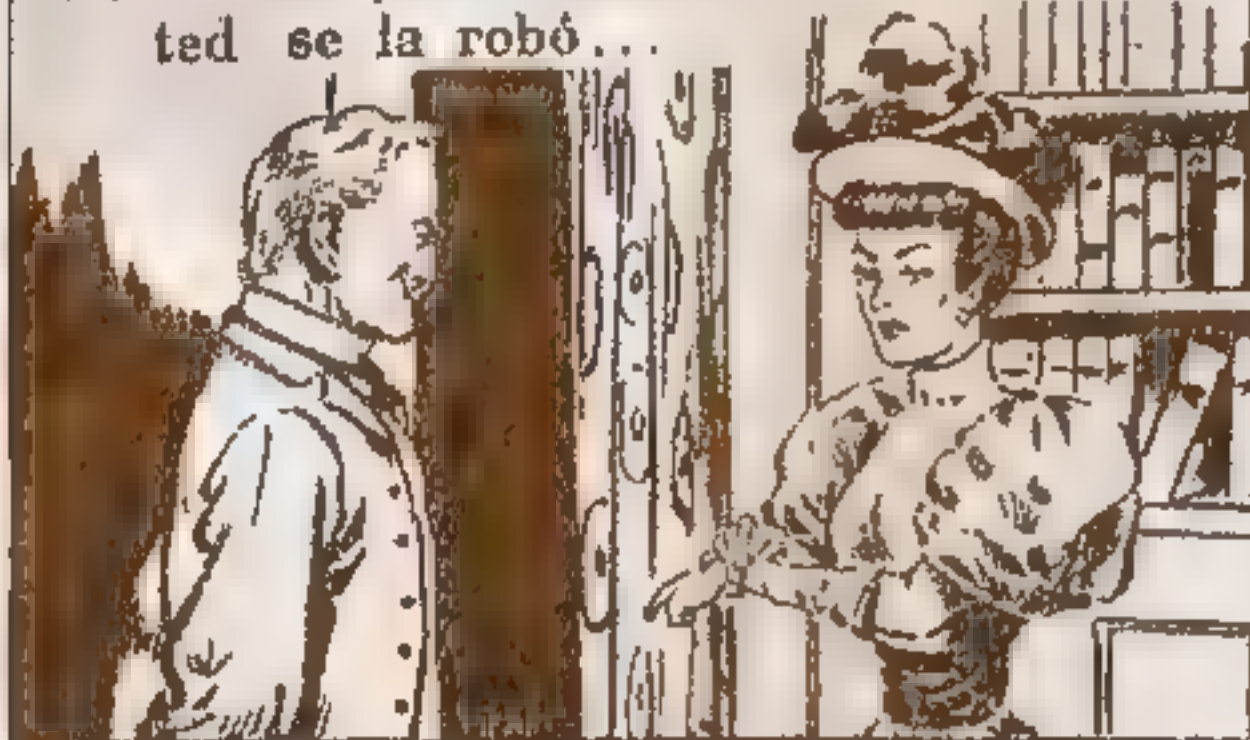
Lord Goring no está, en modo alguno, dispuesto a la original transacción. Presuntamente desvía el tema. ¿No perdió ella un broche de brillantes? ... —Sí, ése es. Me alegro de recuperarlo. Es... un regalo.



Con un movimiento sorpresivo, lord Goring pone el brazalete en el brazo izquierdo de mistress Cheveley. —No sabía que podía llevarse así. ¡Queda muy bien! —Procure usted sacárselo.



Mistress Cheveley fracasa en su intento de abrir el cierre. Primero lo hace con serenidad, luego con nerviosidad creciente. —He ahí el inconveniente de usar cosas robadas —dice lord Goring con flemma—. ¡No es nada fácil encontrar el resorte! Regalé esa alhaja a mi prima Rutland, en ocasión de su enlace; usted se la robó...



Mistress Cheveley continúa inútilmente su forcejeo febril, y a su pregunta de: —Y bien: ¿qué piensa usted hacer?, le contesta Lord Goring: —Llamaré a mi criado. Mi criado traerá a la policía y la policía se llevará de aquí a una ladrona...

—No haga usted eso, Arturo... Tome usted la carta de sir Roberto. Supongo que ése es el precio... Lord Goring examina el papel cuidadosamente, lo acerca a la llama y dice mientras el fuego destruye la prueba nefanda: —Tiene usted momentos de admirable sensatez... Y mientras le ayuda a sacarse el brazalete, pregunta: —¿Ordeno que el criado la acompañe hasta su coche?



Phipps se presenta. Mistress Cheveley alcanza a decir a lord Goring, por lo bajo: —Me propongo enviar a sir Roberto la carta de amor que su mujer le envió a usted. «Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte.» Lord Goring tiene que conformarse con morderse los labios y verla partir. Mistress Cheveley se retira con el rostro iluminado por una sonrisa de triunfo.

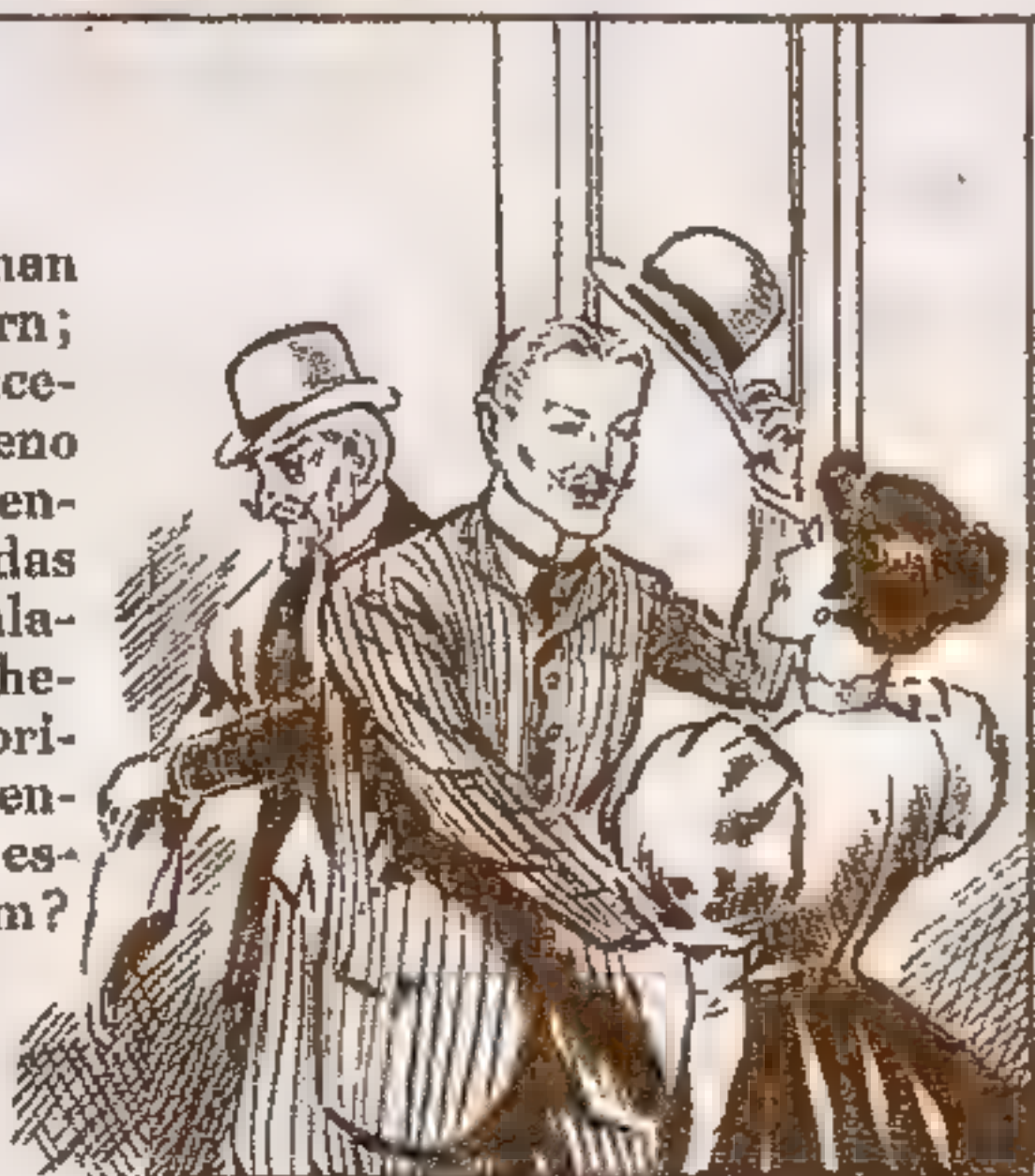


Sir Roberto no sabía que la carta comprometida estaba destruida; pero concurrió a la Cámara e informó en ella lo que honradamente debía informar, seguro de que la venganza deshonoraría en seguida su nombre.



Lord Caversham lee a su hijo la crónica de "The Times". —«Sir Roberto Chiltern, el más sobresaliente de nuestros jóvenes estadistas, es un orador brillante. Por su honradez reconocida presenta un noble contraste con esa moral elástica, tan común...» Me parece que nunca dirán lo mismo de usted, caballere.

Padre e hijo marchan a casa de Chiltern; aquél, con sus plácemes; lord Goring lleno de noticias y de aprensiones determinadas por las últimas palabras de mistress Cheveley. Mabel es la primera persona que encuentran. —¿Cómo está lady Caversham?



Lord Goring provoca un aparte con Mabel. Se halla inusualmente serio. —Mabel... la quiero a usted. ¿No podrá corresponderme un poquito?... —¡Tonto! Si usted supiera algo... que no sabe, sabría que lo adoro. Todo Londres lo sabe, menos usted.





Cuando lord Goring se encuentra con lady Chiltern, ésta es una mujer orgullosa de su marido. Admira el coraje que él ha demostrado. Por lo demás, piensa perdonarlo. Al saber que la carta al barón de Arnheim ha sido quemada, se siente tan feliz como agradecida está a lord Goring. —¡En salvo! ¡Qué alegría! ¡Cuánto te debo, Arturo! —Ahora tú eres quien corre peligro.



Y lord Goring explica la interpretación y el uso que la perversa mistress Cheveley se dispone a hacer de las líneas de Gertrudis. Ese billete color de rosa ha de estar ya entre la correspondencia de sir Roberto; habría que interceptarlo.



Pero sir Roberto llega en ese momento. En la embriaguez de su victoria parlamentaria, ha olvidado su resentimiento con lord Goring. Viene radiante; trae en la mano un papel color de rosa, hallado entre su correspondencia, sin nombre de destinatario, pero que no puede ser sino para él.



—«Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte. Gertrudis.» ¡Amor mío! Me has perdonado... ¡Te he recuperado!...



El compromiso de lord Goring, la reconciliación de los cónyuges, los éxitos de sir Roberto, todo, en fin, es motivo de alegría en el almuerzo que reúne a los amigos en casa de Chiltern. ¿Algo más? Sí: el primer ministro ofrece una cartera a sir Roberto. —En cambio la carrera de usted, caballere, será exclusivamente doméstica —pronostica lord Caversham a su hijo—. Y si no es usted para esta niña un marido ideal... —¿Un marido ideal? ¡No, por Dios! —interrumpe Mabel—. Que sea lo que a él le parezca. Yo aspiro a ser una mujer real para él.

FIN

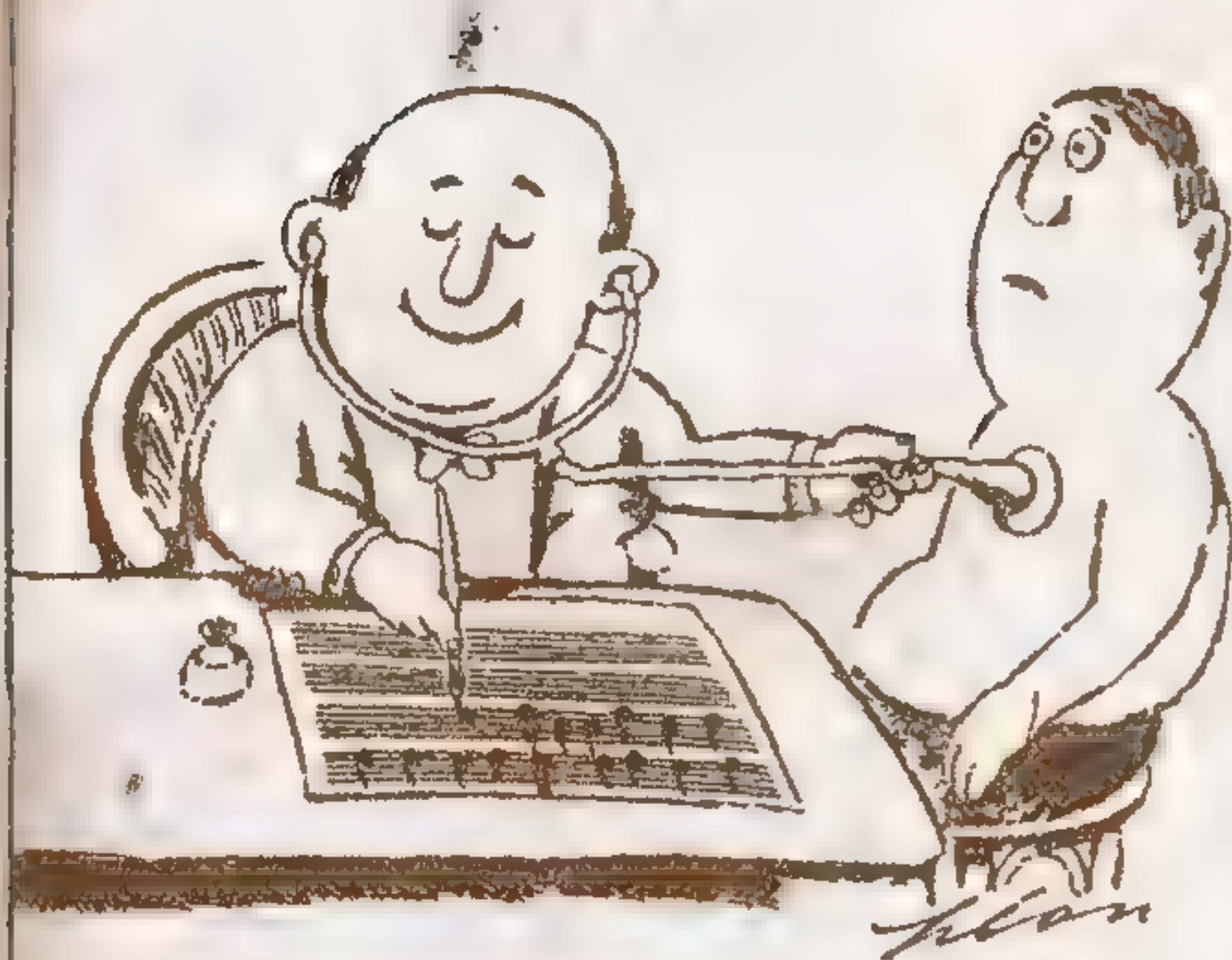
10 apasionantes aventuras completas

ALBUM EL TONY

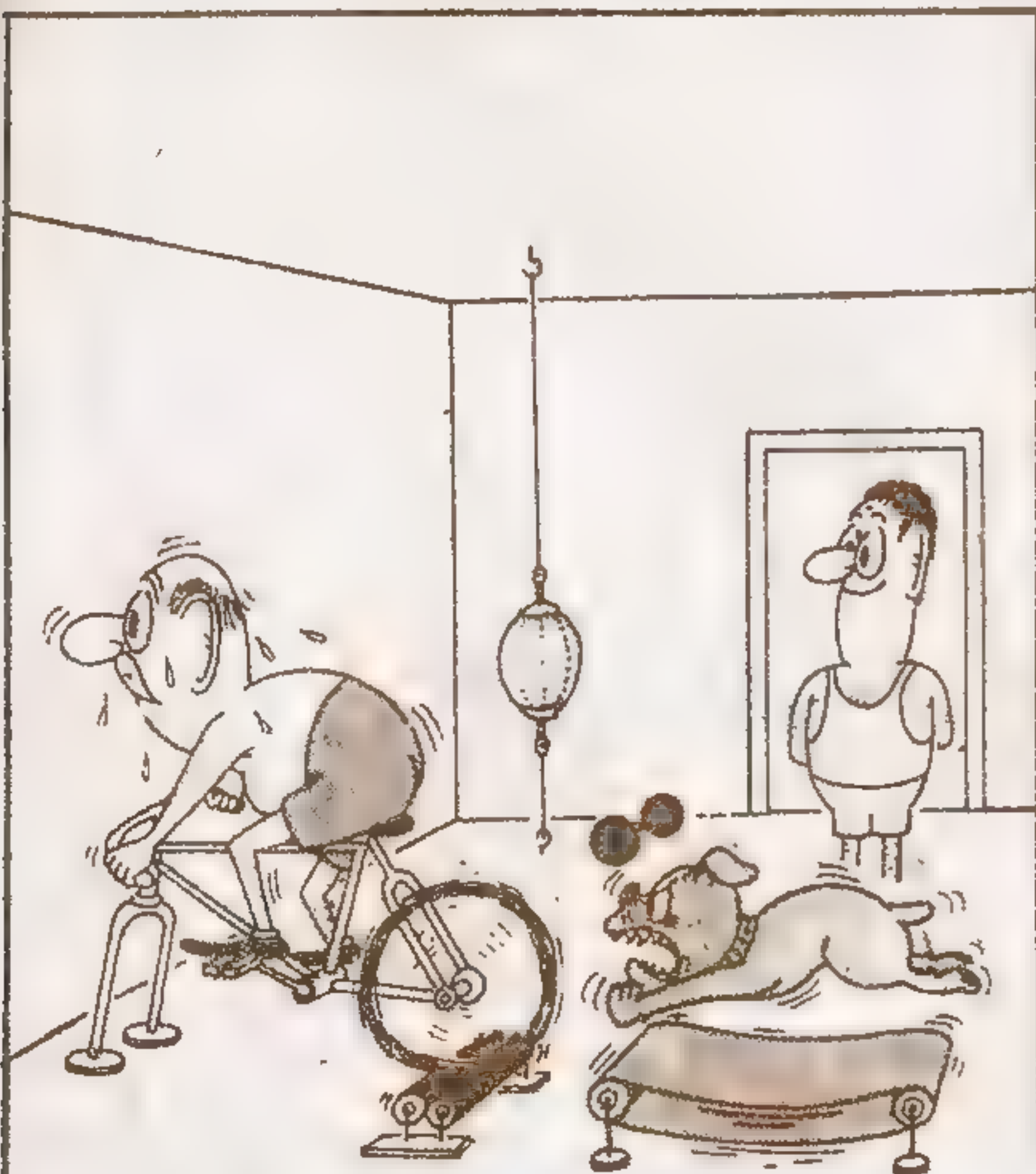
ADQUIERA HOY MISMO SU EJEMPLAR

Cada sábado una nueva novela en "Grandes Obras de la Literatura"

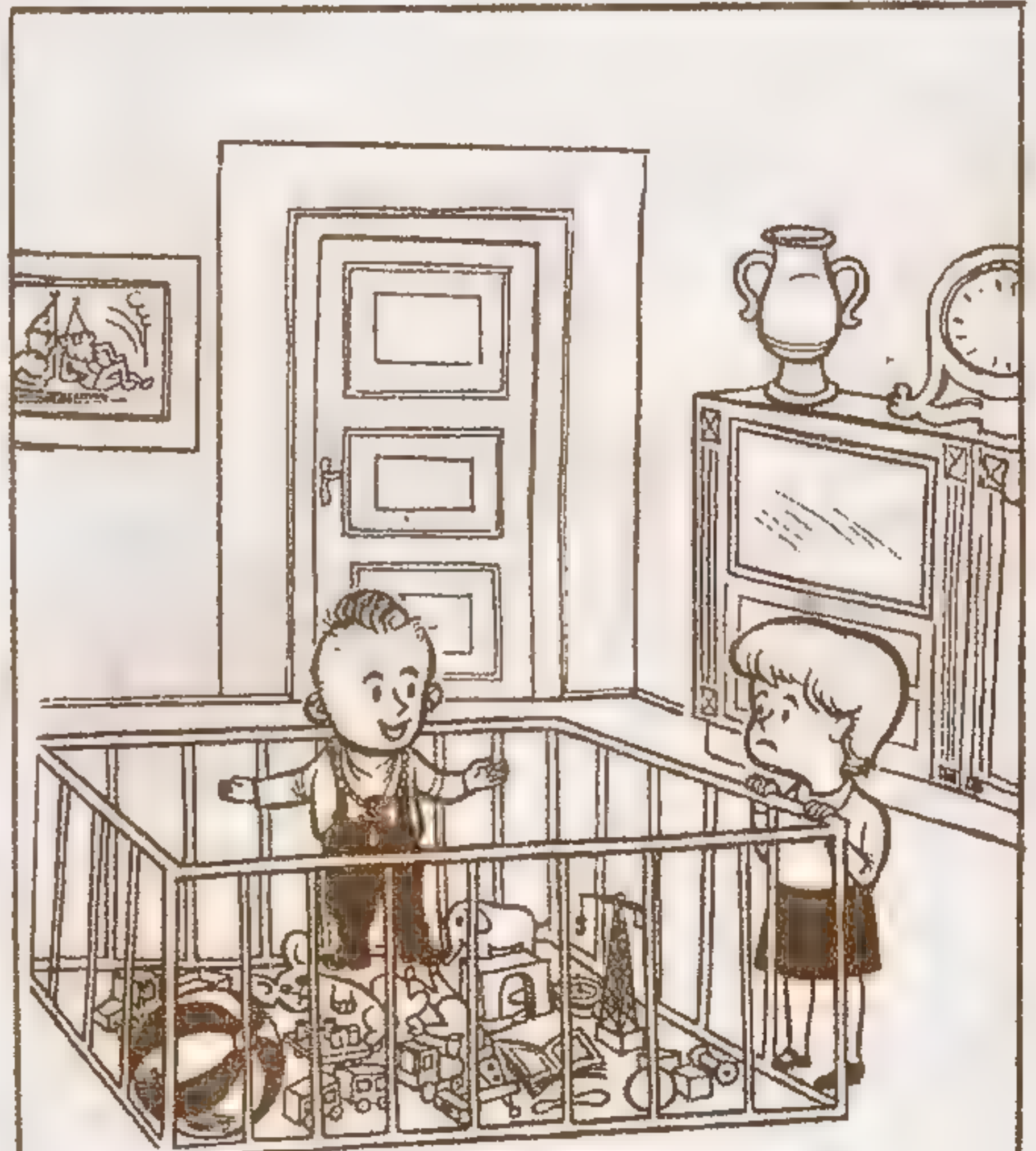
RINCON DE LA ALEGRIA



—¡Ah, que ritmo maravilloso!



—Este sistema hace mejorar bastante la velocidad, ¿no es cierto?



—Tendrás que perdonarme el desorden, pero soy soltero. ¿sabes?

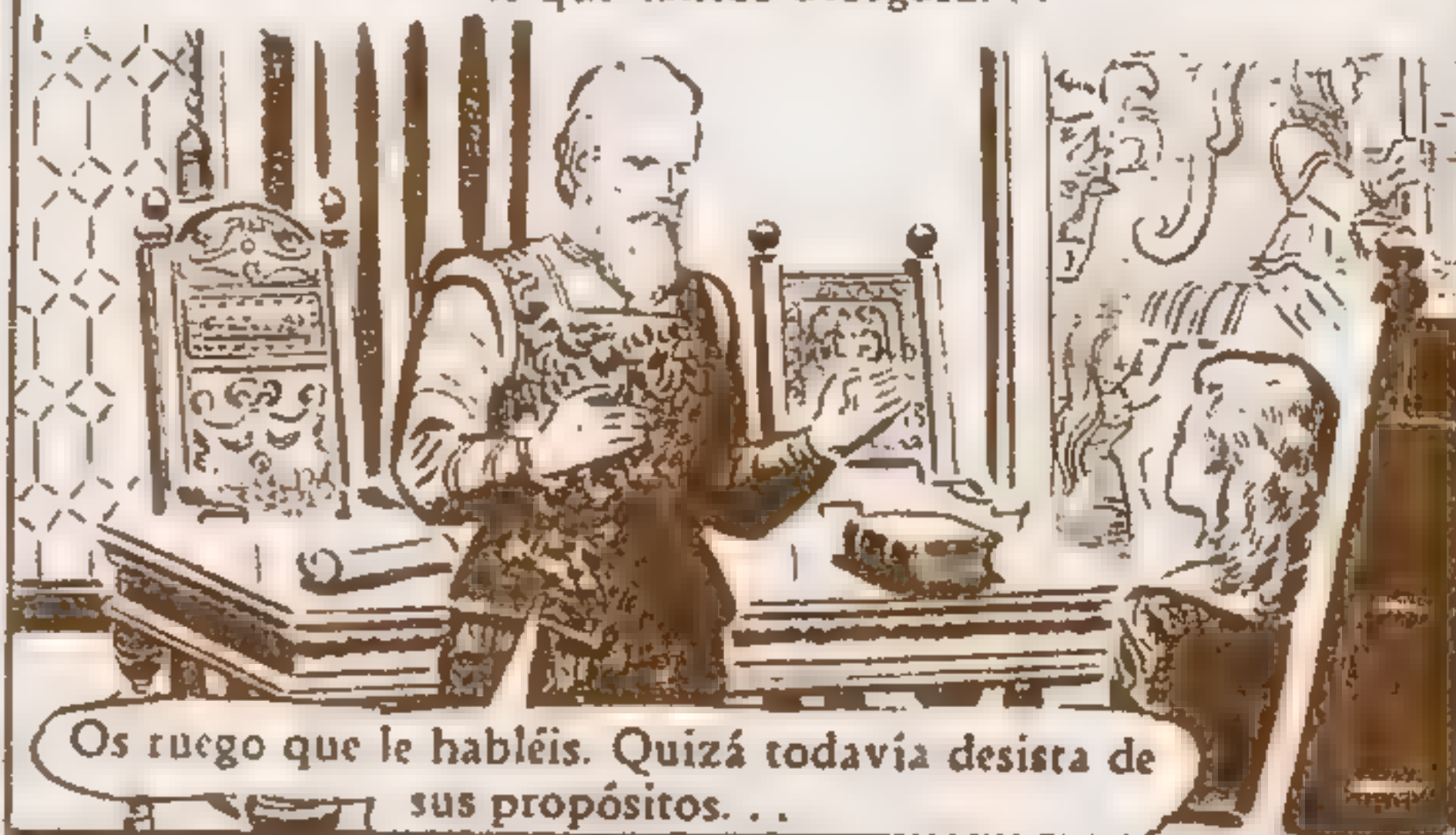
HIJOS DEL SOL

POR FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE COLONNESE



La voz de Don Diego del Encinar tenía inflexiones de dolor. Era la primera vez que suplicaba, que pedía un favor, él que tantos otorgara...



Os ruego que le habléis. Quizá todavía desista de sus propósitos...

Así lo haré, señor, pero temo que mis súplicas influyan poco en su decisión.



No obstante... Vos y mi hijo habéis crecido juntos. Os tiene en gran estima y os admira... Una mujer como vos, Doña Clara, obtiene siempre lo que se propone.

En la mirada del caballero se podía leer la admiración que le inspiraba la belleza de la muchacha. Francisco no podía ser insensible a ella.



¿Interrumpo alguna conversación importante?

La conversación, sobrino, aunque importante, puede ser continuada en vuestra presencia. Se trata de mi hijo.

Don Diego cree que si yo le pidiera a Francisco que cambiara sus planes...

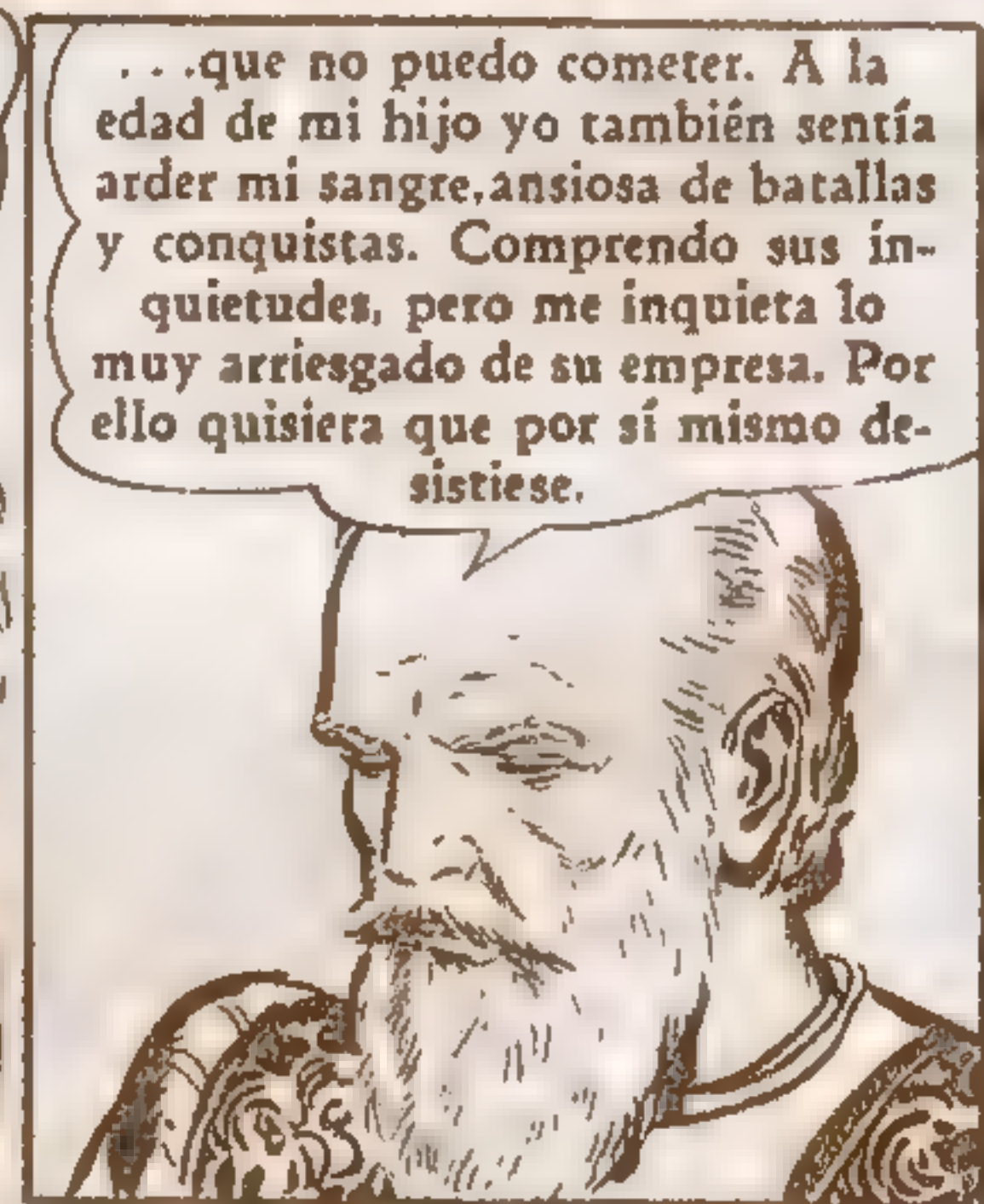


Nada lograríais. Únicamente vos, mi querido tío, podéis hacer algo. Tenéis amistades poderosas mediante las cuales cerrar el camino de Francisco.

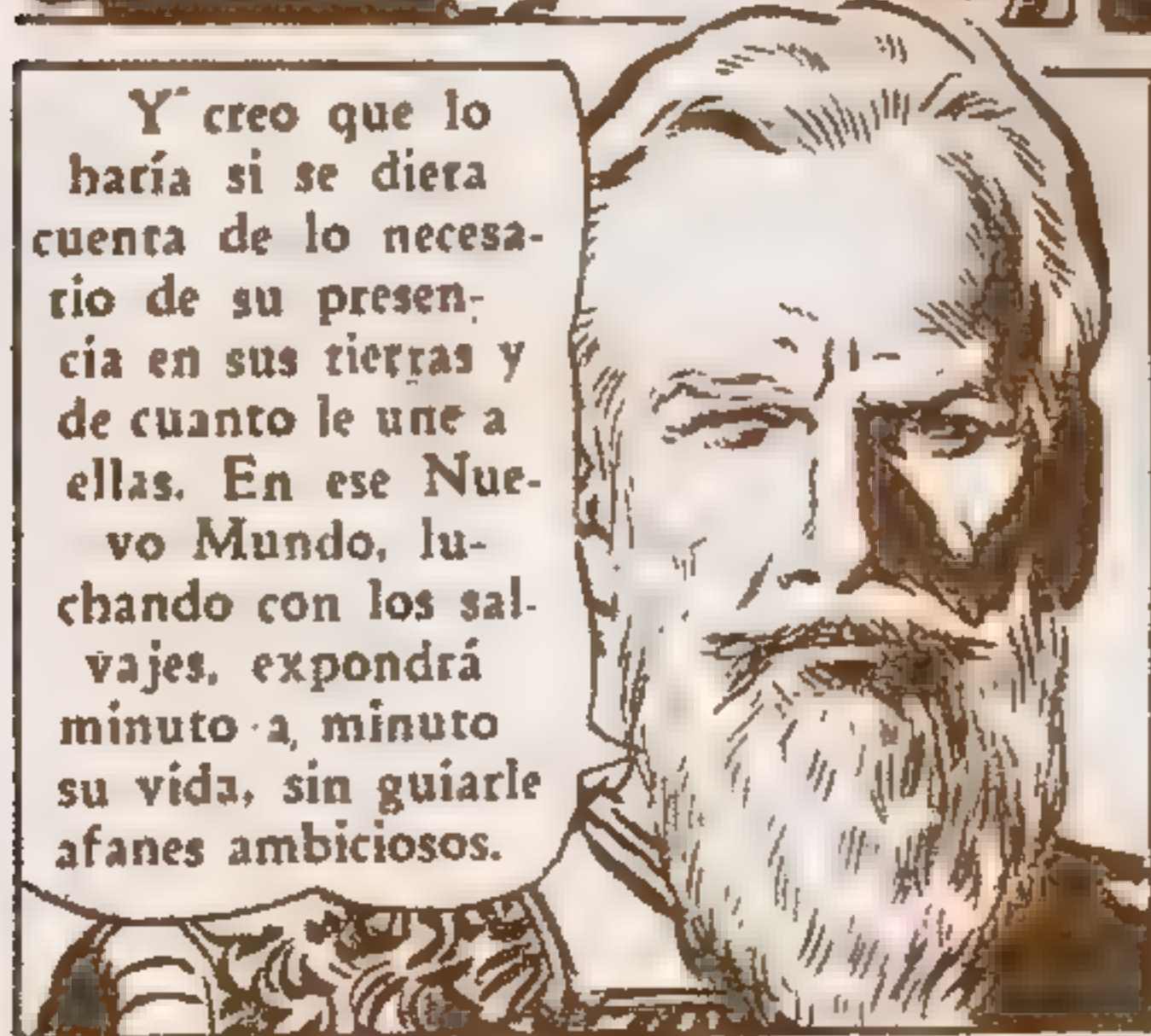
Sería una deslealtad...



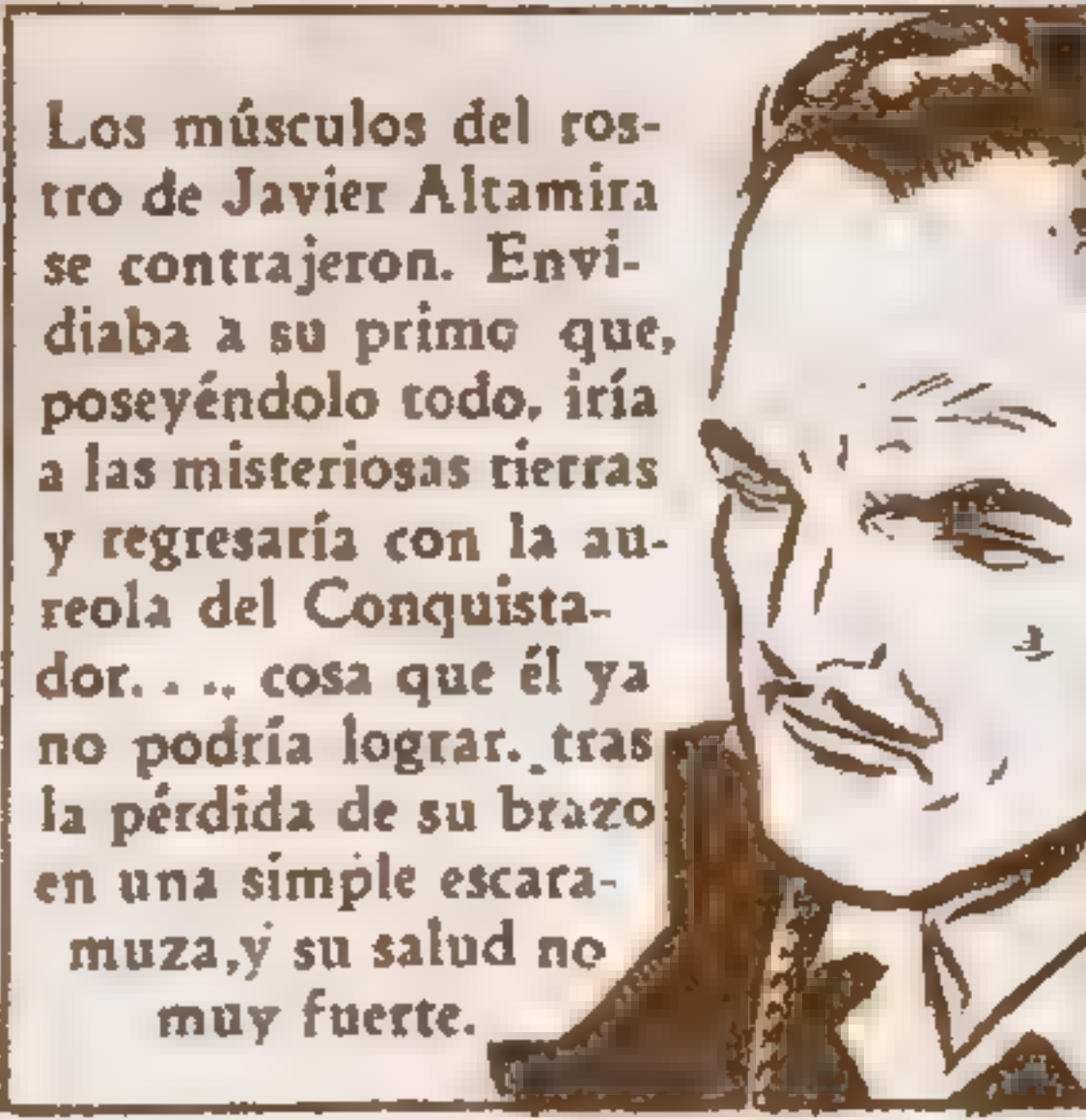
...que no puedo cometer. A la edad de mi hijo yo también sentía arder mi sangre, ansiosa de batallas y conquistas. Comprendo sus inquietudes, pero me inquieta lo muy arriesgado de su empresa. Por ello quisiera que por sí mismo desistiese.



Y creo que lo haría si se diera cuenta de lo necesario de su presencia en sus tierras y de cuanto le une a ellas. En ese Nuevo Mundo, luchando con los salvajes, expondrá minuto a minuto su vida, sin guiarse por afanes ambiciosos.



Los músculos del rostro de Javier Altamira se contrajeron. Envidiaba a su primo que, poseyéndolo todo, iría a las misteriosas tierras y regresaría con la aureola del Conquistador... cosa que él ya no podría lograr, tras la pérdida de su brazo en una simple escaramuza, y su salud no muy fuerte.



Deberíais sin embargo imponerle vuestra voluntad. El siempre os ha respetado. No creo que Doña Clara consiga nada...



Tened más confianza en las mujeres, muchacho. Id a verle, hija mía, y tal vez...

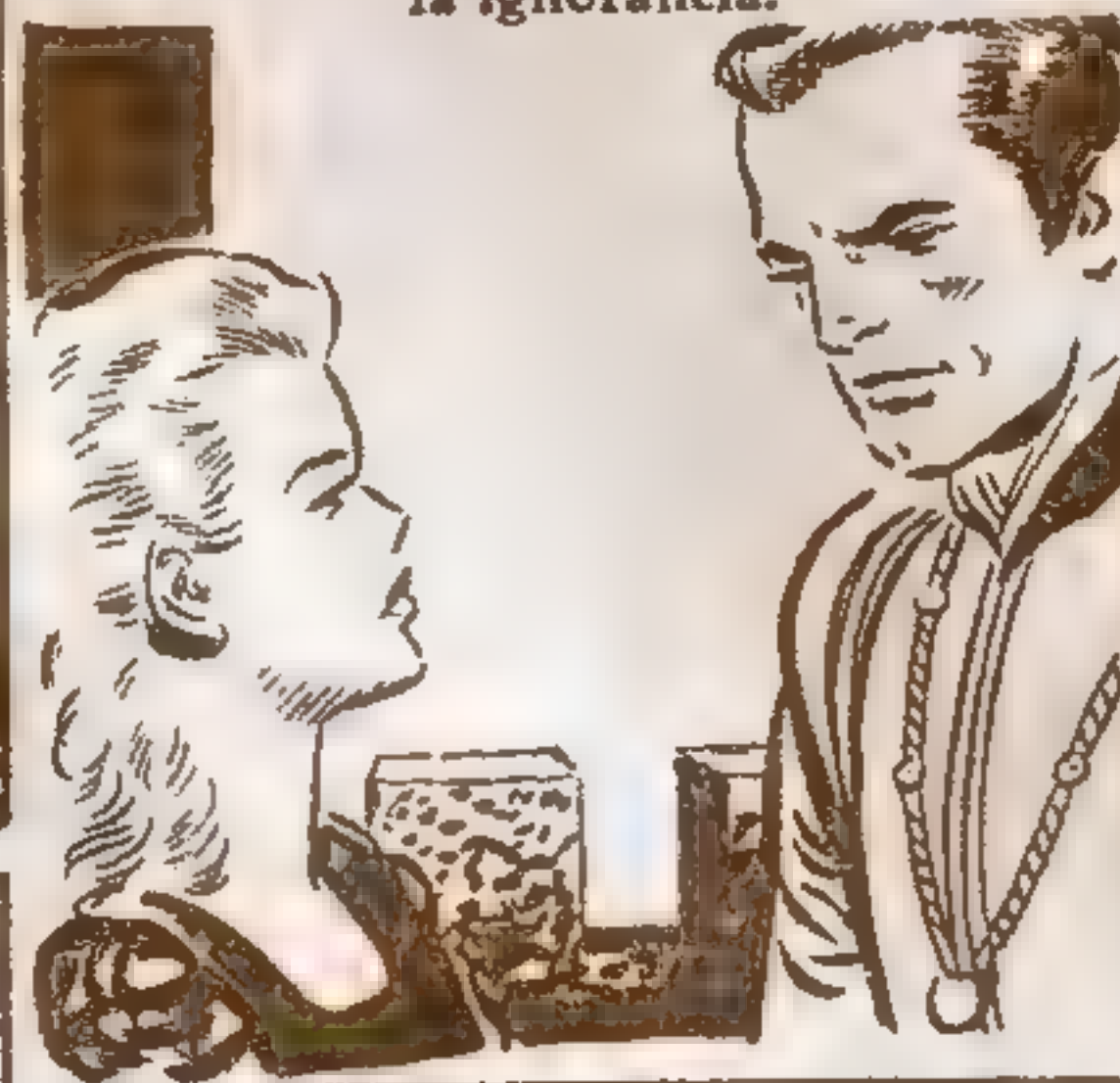
El sol de Castilla doraba las almenas de los torreones. Contemplando los campos rojizos y el centellante río, Francisco del Encinar soñaba.

Si quisierais escucharme, Francisco.



Dulce y suave como siempre, trató además de ser elocuente, pero...

—No sabéis cómo me agradaría complacerlos, ya que tanto me importáis, pero mi decisión es firme. Debo partir... Sangre nuestra está regando las tierras nuevas, para llevar ayuda y comprensión a los que viven aún en la ignorancia.



Quisiera que me comprendierais.

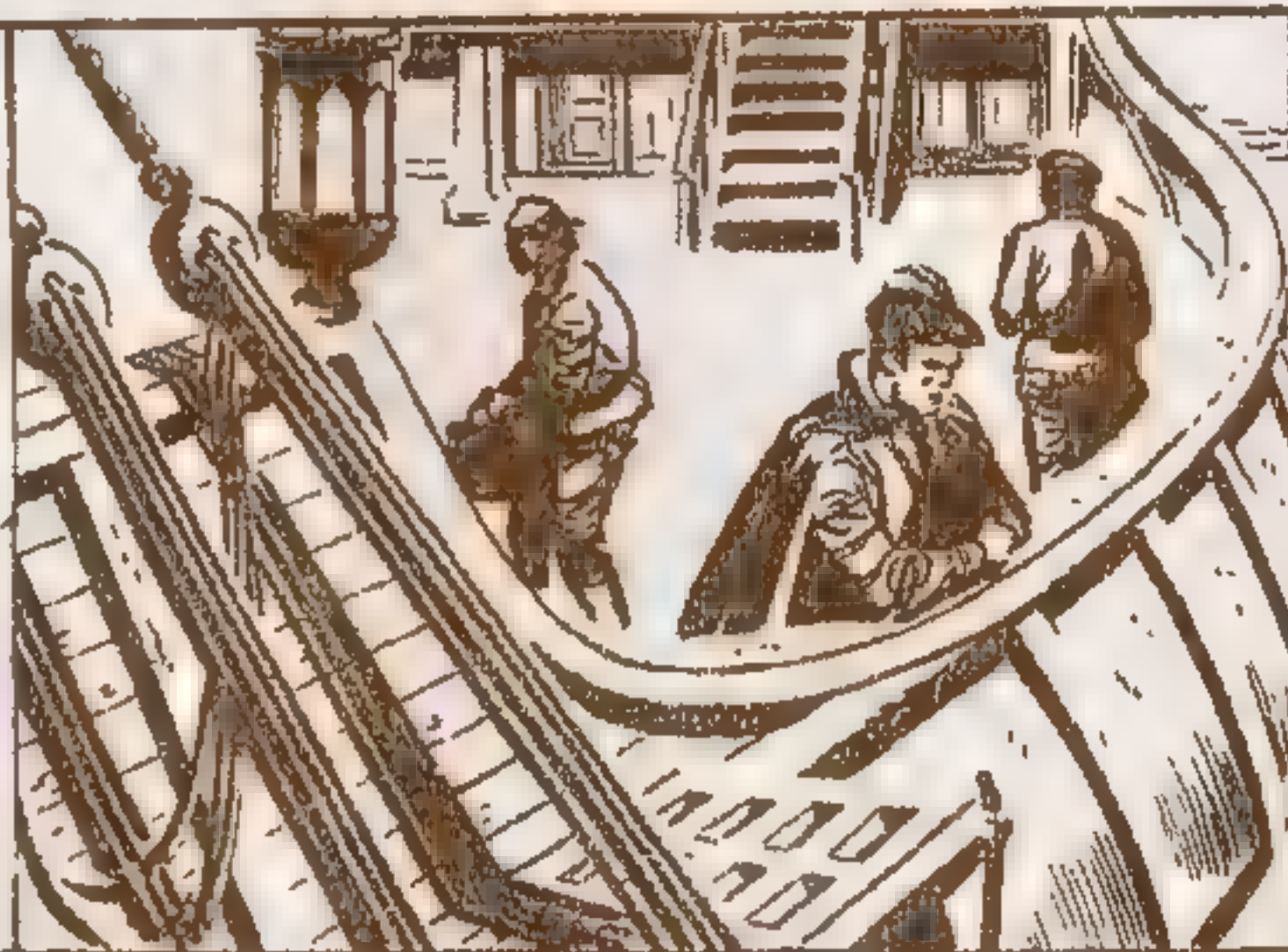
Tras escucharos, me doy cuenta de que cada uno tiene en la vida una misión que cumplir. Si la vuestra es llevar ayuda y fe, partid, Francisco. Quizá la mía sea sólo rezar aguardando vuestro regreso.



—Hay una promesa en vuestras palabras... ¿La recordaréis?
—No he de olvidarla. Vuestro padre confía en mí, pero la grandeza de vuestros ideales me han unido a vuestra causa.



Semanas después, apoyado en la borda de la nave, Francisco recordaba a la dulce Clara de Mendoza y el tímido beso en la frente que selló su despedida, tan distinta de la que sostuvo con su padre y su primo, ya que ambos, hasta el último instante, le demostraron su enojo.



La imagen de Doña Clara parecía surgir de las verdes y tumultuosas aguas. Ella era el símbolo de su infancia, de su juventud, de su Patria, de aquel mundo civilizado que quedaba atrás, en el horizonte que el sol enrojecía.

Cielo y mar. Conciencia plena de la pequeñez del hombre ante la inmensidad de lo creado por Dios.



Ansias y temores de lo desconocido y por fin...

Esa tierra roja que se avista es Cuba, señor...



Hombres, aves y flores productos de una tierra nueva... ¡Cuántas emociones experimentó Francisco! Y luego, la presentación a quien comenzaba a proyectar la sombra de su grandeza...

Hernán Cortés os recibirá hoy, pese a estar muy ocupado.



Rostro de trazos viriles, mirada recta y firme, boca de labios sensitivos... Francisco sintió de inmediato el influjo de aquella potente personalidad.

De manera que queréis formar parte de mi expedición...

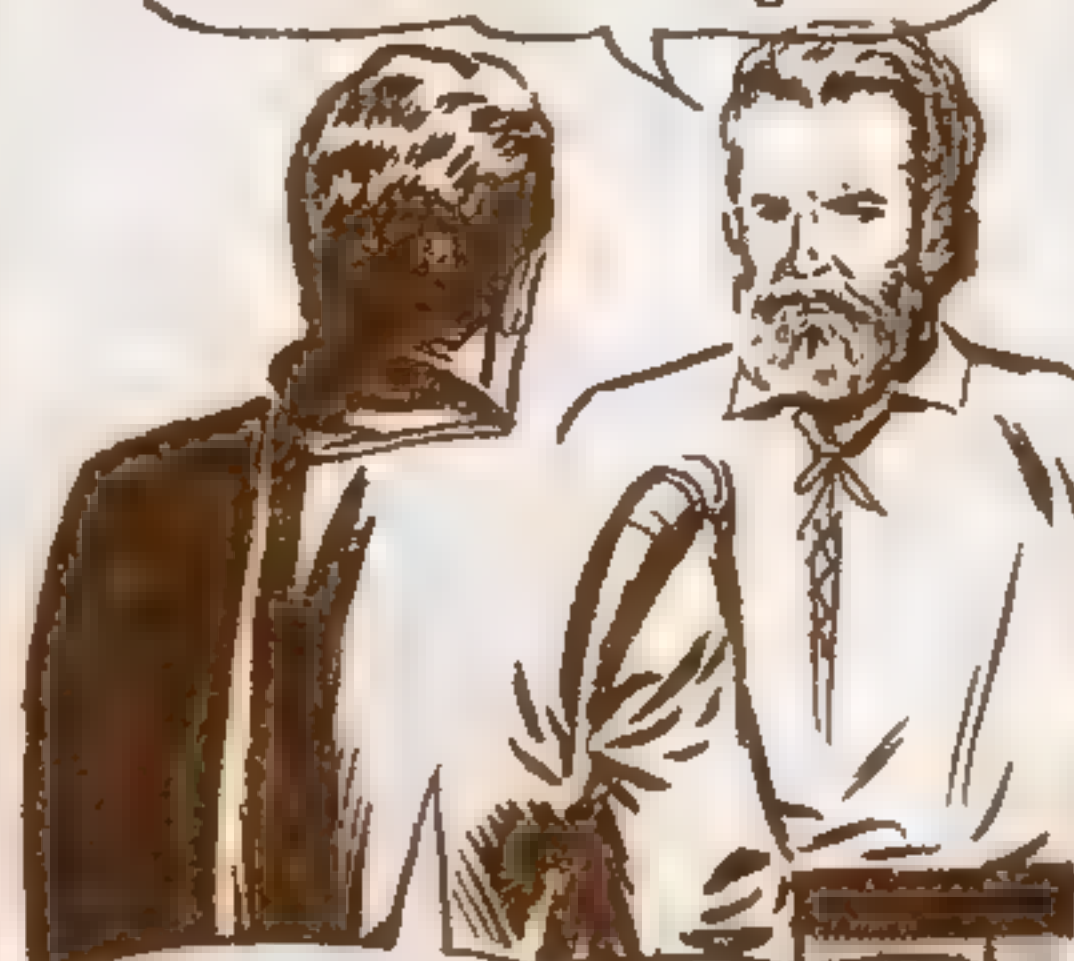


Me sentiría tan honrado...

Sólo tenemos de esas tierras las noticias que ha dado Grijalba y las escasas informaciones de algunos indios. Muchos de los nuestros han muerto ahí, por lo cual puedo anticiparos el riesgo seguro.



Una gran ambición o un noble ideal pueden únicamente impulsar a un hombre a seguirme.



La ambición de riquezas no está en mí. Mis credenciales os dirán a qué familia pertenezco... Parto con vos como cristiano, para llevar civilización y fe...

...a quienes desconocen ambas cosas.



Me agrada vuestro propósito. También yo, como creyente, llevaré sacerdotes para que esos salvajes escuchen la palabra de Dios. Espero que los tesoros que podamos encontrar no os hagan sucumbir a la tentación.

Todo el dinero que Cortés había ganado desde que en 1504 llegara allí, lo había invertido equipando su flota, ayudado en parte por el Gobernador de Cuba, Velázquez, que lo temía, admiraba y envidiaba a la vez, y que al ver partir por fin las naves el 18 de Noviembre de 1518...



...con 500 hombres, 16 caballos, 10 cañones y armas, dijo a sus ayudantes.



Creo que ha sido peligroso poner al alcance de Cortés los medios de obtener la conquista tras la que va en pos, porque donde otros fracasaron, él es capaz de vencer.

Después de Trinidad, antes de dirigirse al Yucatán, hicieron escala en la Habana, donde Hernán Cortés recibió órdenes imperiosas.

Se os ordena regresar. El Gobernador no quiere ahora que emprendáis la expedición.



Los puños del conquistador se crisparon y su voz resonó como un trueno.

¡No he de volver! ¡Podéis decir al Gobernador que me he negado a obedecer una orden injusta!



Hay además otra orden: el Caballero Francisco del Encinar debe quedarse aquí con un alto cargo...



No tengo noticias directas de esa prohibición, y si ese caballero está conmigo, será porque así lo desea.

¡Podéis descender de mi barco, porque vamos a partir!

¡Mirad bien lo que hacéis!



¡Sólo me importa que Dios mire lo que yo hago! Y leed lo que dice mi estandarte: "AMIGOS DE LA CRUZ, SEGUIDME" Luego, sólo a un impío podría yo excluir...



Las quillas de las naves siguieron surcando el mar azul y una mañana divisaron la costa en la que el conquistador fundaría luego la ciudad de Veracruz...



Hemos llegado... Miremos hacia adelante, seguros del triunfo; no volváis la vista atrás.

Desembarcaron. Después, desde esa costa, vio Hernán Cortés cumplida su orden de quemar las naves, para que todos tuvieran que seguir adelante.

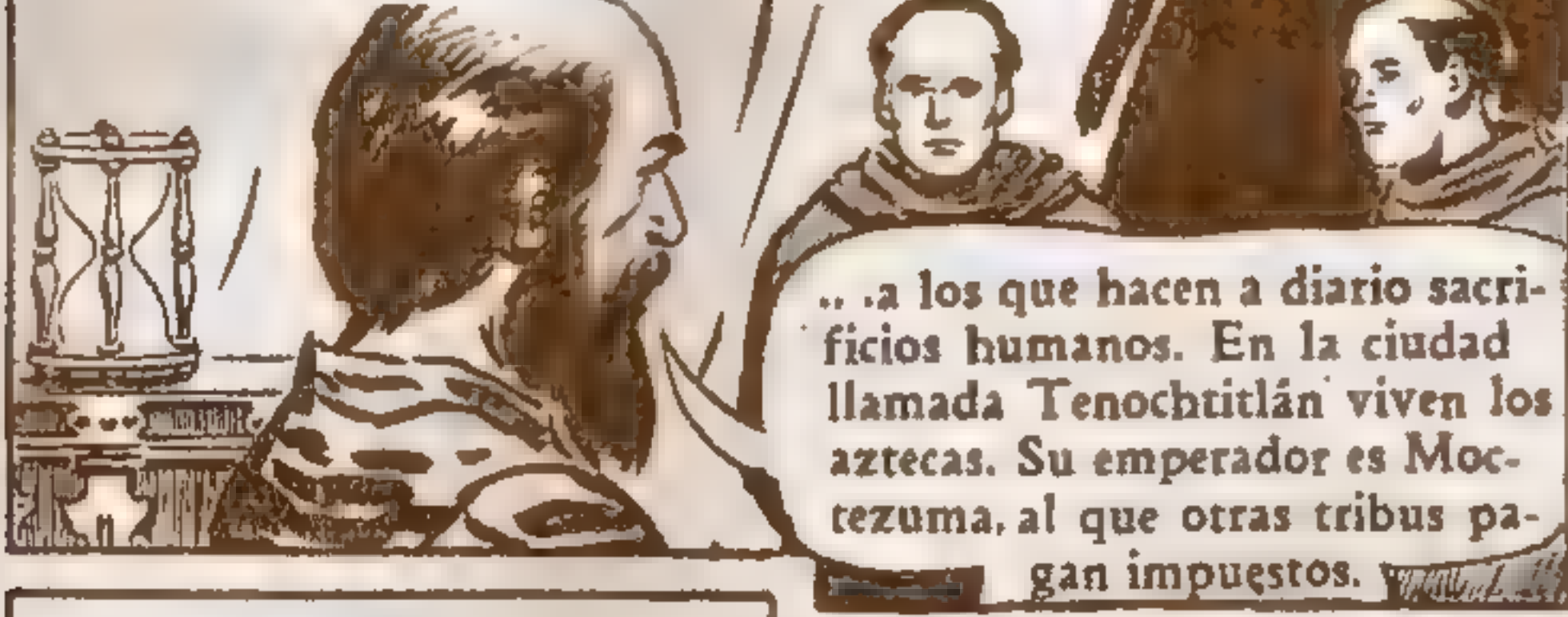


Vencida la primera tribu, se rescató a Jerónimo de Aguilar, prisionero de una expedición fracasada, quien les dio valiosos informes.

En los templos de sus ciudades, bellamente construidas, tienen dioses sanguinarios. . .



El padre Olmedo y el clérigo Díaz escuchaban admirados.



... a los que hacen a diario sacrificios humanos. En la ciudad llamada Tenochtitlán viven los aztecas. Su emperador es Moctezuma, al que otras tribus pagan impuestos.

Así, pues, los totonaques, cempoaleses y tlascaltecas están supeditados a Moctezuma, aunque éstos últimos, en su ciudad, Tlaxcala, tienen gobierno propio. Son valientes y no es fácil enfrentarlos.



Esperaremos aquí el tiempo preciso para congraciarnos con esos pueblos con regalos, enemistarlos luego con Moctezuma, al que por nuestra parte llenaremos de presentes, para llegar hasta él. . .



Era un plan hábil, pero nada fácil y muy peligroso, además. Los españoles tuvieron, pues, que sostener cruentas batallas, con aquellos hombres de exóticos plumajes y ululantes gritos.



Y mientras, en un jardín de Tlaxcala.

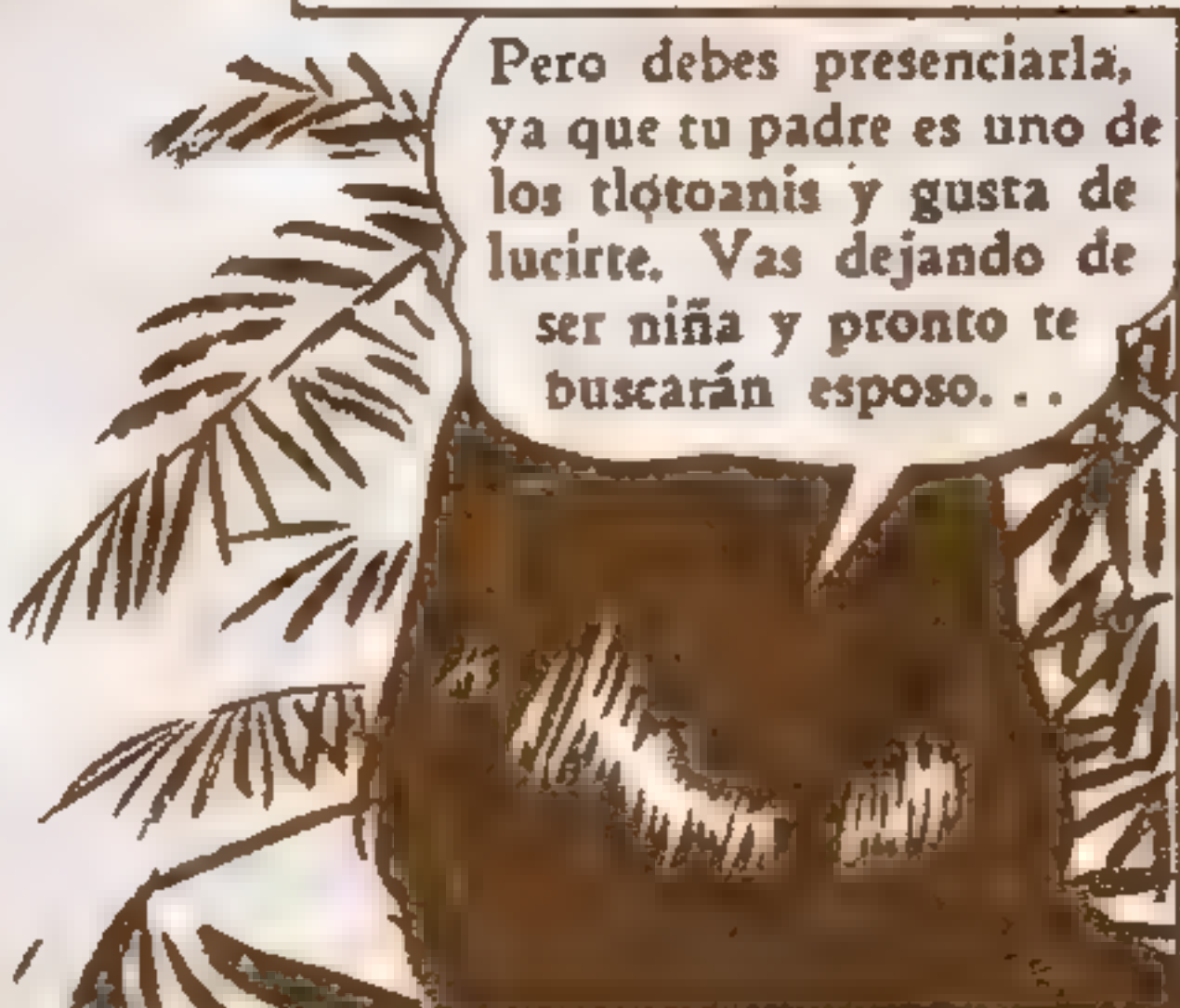
Meztli, preciosa piedra de jade, voy a mezclar tus cabellos con oro, para que reluzcan más...



¡Quisiera poder quedarme aquí y no tener que asistir a la ceremonia!



Pero debes presenciarla, ya que tu padre es uno de los tlatoanis y gusta de lucirte. Vas dejando de ser niña y pronto te buscarán esposo. . .



Al que no podrías conocer aquí, corriendo siempre por el jardín y hablando con el río. Bien está que lleves el nombre de la diosa luna y que ella esté en tu espíritu, pero debes pensar que vives en la tierra.



Meztli, en el límpido arroyo miró su rostro.

No creas mi buena Citla que no pienso en ello... Y me gustaría ser muy bella, para ser destinada al más valiente y hermoso guerrero...



Sé el nombre que está en tu frente y en tu corazón. Pero tendrás que hacer muchas ofrendas a los dioses para lograr que él se fije en ti. El príncipe Chactzin es valiente, bello y orgulloso. Y aunque seas tan bella como una flor...



¡Calla, calla!... No quiero que ni los pájaros te oigan. Yo admiro al príncipe, tanto como lo temo, porque lleva el nombre de Chactzin, dios de los truenos y la tempestad... pero no pienso en él de otra manera...



Y Meztli, turbada por la sonrisa de su doncella Citla, se alejó corriendo, para no descubrir su dulce secreto más que a las flores y las aves, que eran sus amigos... Tenía que serenarse antes de acudir a la solemne ceremonia.



Gobernaban la república de Tlaxcala 4 tlatoanis que se turnaban en la presidencia y a la sazón era jefe Xicotencatl el Viejo, que ese día había convocado reunión en la Casa Comunal.



Me han dicho que querías hablarme.

Tengo algo importante que decirte. Unos seres extraños han llegado, solicitando paso para llegar hasta Moctezuma. No temen nada. Usan armas poderosas y montan extraños animales sin cuernos. Por sus caras blancas y cabellos rubios hemos comprendido que son hijos del sol.



Quizá sólo sean guerreros de otra tribu... ¿Acaso los mismos aztecas no son diferentes a nosotros? Opino que debemos enfrentarles y no abrirles un camino por nuestras tierras...



...de las que ya nunca los alejaríamos. Y por si fueran hijos del sol como dices, pelearemos de noche y no contarán con su ayuda.



Sabias palabras las tuyas, príncipe Chactzin. Mi valiente hijo, Xicotencatl el Joven, irá contigo y compartiréis el mando.

Hernán Cortés aprestó a sus hombres para la lucha ante la hostil negativa de los nativos.

Y mientras la tropa descansaba, Francisco trataba de imaginar junto a él a Doña Clara, sin conseguirlo. ¡Estaba ella tan distante de aquel exótico mundo nuevo y de sus nuevas inquietudes!...



En esa misma noche estrellada, Meztli rogaba a la diosa luna que en la próxima batalla a librarse nada ocurriera a los suyos...

¡Oh, diosa... a ti puedo decirte que sufro por el príncipe Chactzin!



De pronto, le pareció ver volar a una paloma y hasta escuchó sus aleteos... Quetzalcoatl, el dios del aire, se ha encarnado en una paloma, sin duda para darme un mensaje... ¿Qué querrá decirme?



En la siguiente noche se enfrentaron las tropas. Chactzin estaba deslumbrante con su atuendo de príncipe, igual que Xicotencalt el Joven, y sus armas de obsidiana relucían como las estrellas.



¡Adelante, en nombre de Dios!

Y frente a los 40.000 tlascaltecas habían 480 españoles y 5.000 indios aliados, divididos en batallones que ostentaban plumajes de distintos colores... tambores y cornetas de concha...



Cruenta fue la batalla de esa noche, y ríos de sangre se abrieron en la tierra.

¡A ellos! ¡Ubál...
¡Ubál!



¡Por Santiago y por la cruz!

Lejos de allí, intuyendo quizá tanto dolor, una muchacha rezaba...

Perdonad que os interrumpa... Vine a ofrendaros las primeras flores de mi jardín... No creo, Doña Clara, que Francisco merezca vuestras continuas oraciones.



Ya veis que no ha regresado y ni siquiera obedeció la orden de quedar en Cuba.

Sus ideales le impulsaron a seguir adelante. ¿Por qué nunca le comprendisteis? ¿Es debido a ese rencor que pareceis sentir por él y que no puedo explicarme?



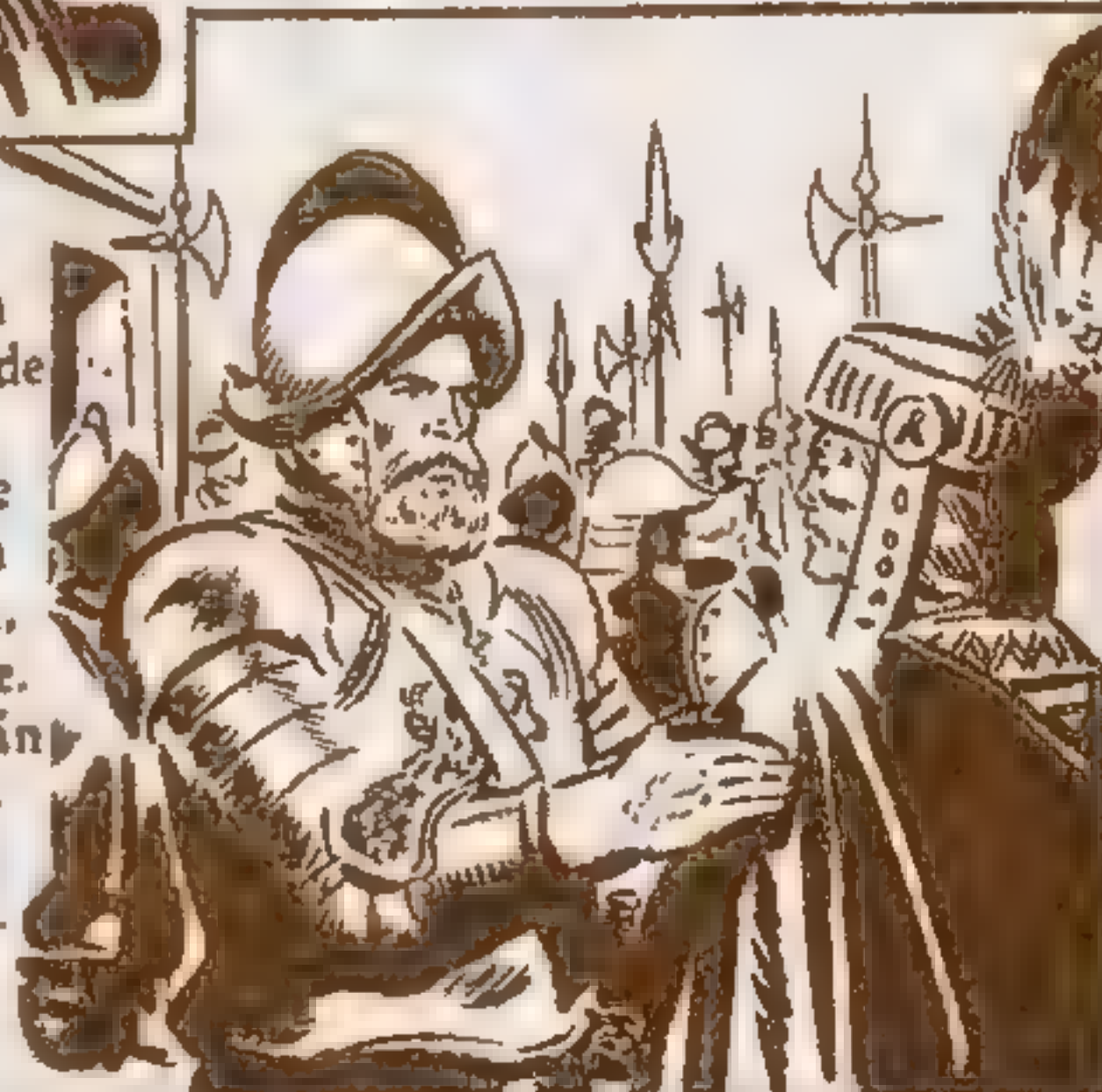
No siento rencor, pero... ¿Qué puede obtener él que ya no tenga? En cambio yo, sin mi brazo, debo quedarme a gobernar mis escasas y solitarias tierras, mientras mi espíritu ambiciona otros horizontes.



Misión importante es gobernar las tierras heredadas. ¿Qué importa la pérdida de un brazo? ¿Acaso no sois el mismo? En adelante, Don Diego, que os quiere, y yo, que os aprecio, os haremos comprender que no estáis solo...



Aquella mano blanca apoyada en el hombro de Javier con impulsivo gesto de amistad, repetía el gesto de otra, morena y fuerte. Era la de Hernán Cortés brindando su apoyo al jefe de los tlatoanis...



Habéis triunfado como dioses o como hombres. Difícil me ha sido impedir que mi hijo y el príncipe Chactzin se quitaran la vida para no soportar la vergüenza de la derrota, pero dijisteis que los necesitabais, y los hombres y la tierra os pertenecen por ser los más fuertes.



Compartiremos la tierra como hermanos y nuestras razas se unirán..



El hombre es siempre enemigo del hombre. Solo la fuerza lo vence. Pero nos sentiremos orgullosos de esa unión. Esta noche os serán ofrendadas tres hermosas doncellas.

¡Vedlas ahí!... Son hijas de nuestros mejores guerreros.



El brazo extendido de Xicatencatl el Viejo señalaba el grupo formado por tres muchachas vestidas con blancos huíspil y sueltos los negros cabellos...

Eran tan bellas, que los españoles quedaron admirados, pues jamás vieron antes mujeres así, de terso cutis color canela, rasgados ojos negros, cabellera de azabache y cuerpos flexibles y torneados. Hermosas son, a fe mía...



Y entre ellas, llenos de lágrimas los ojos, estaba Meztli, porque comprendía que para siempre había perdido al príncipe Chactzin...



No llores. Pueden castigarte...

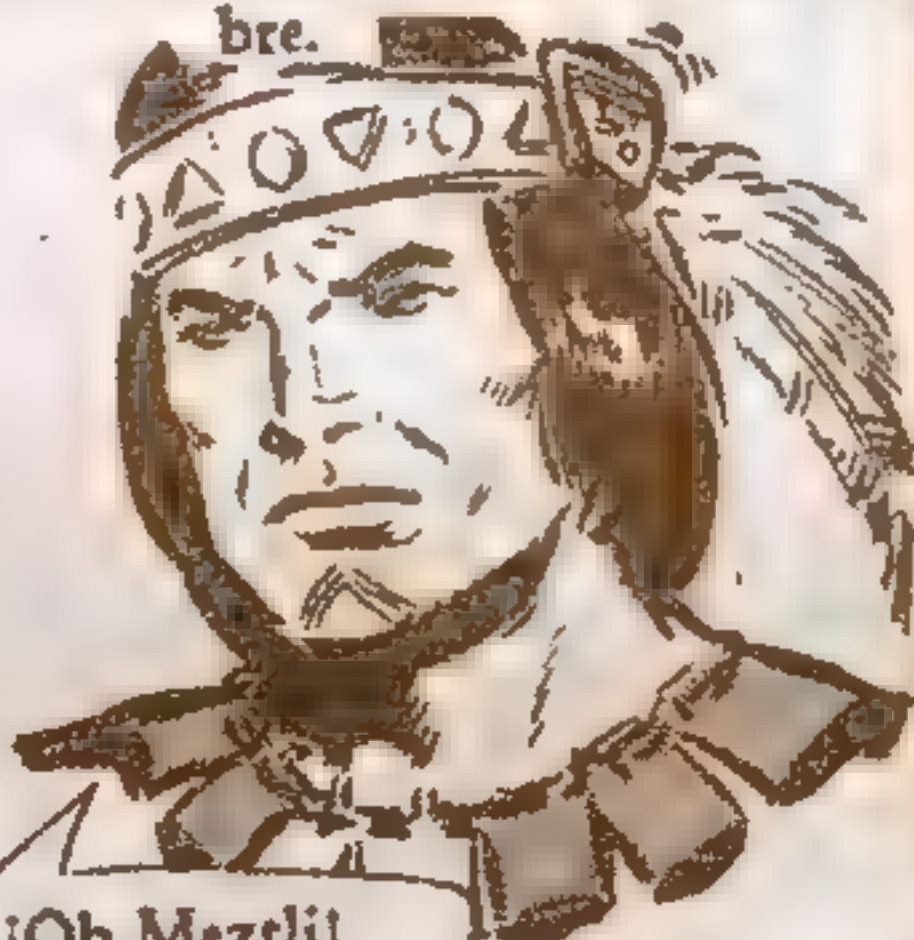
Hasta ese día, Chactzin había considerado a la joven una niña, pero en aquel instante...

Entonces, es ya una mujer...



Lo es y con una misión importante que cumplir.

El príncipe observó a la bella muchacha, y sus pupilas se encendieron. La amistad que unía su familia con la suya creaba casi un vínculo entre ambos y un dolor agudo laceró su pecho, mientras en voz baja repetía su nombre.



Meztli... ¡Oh, Meztli!...

Sus puños se crisparon con impotencia. Y de nuevo experimentó la amarga sensación del vencido. Como de muy lejos, llegaron hasta él las palabras del jefe.

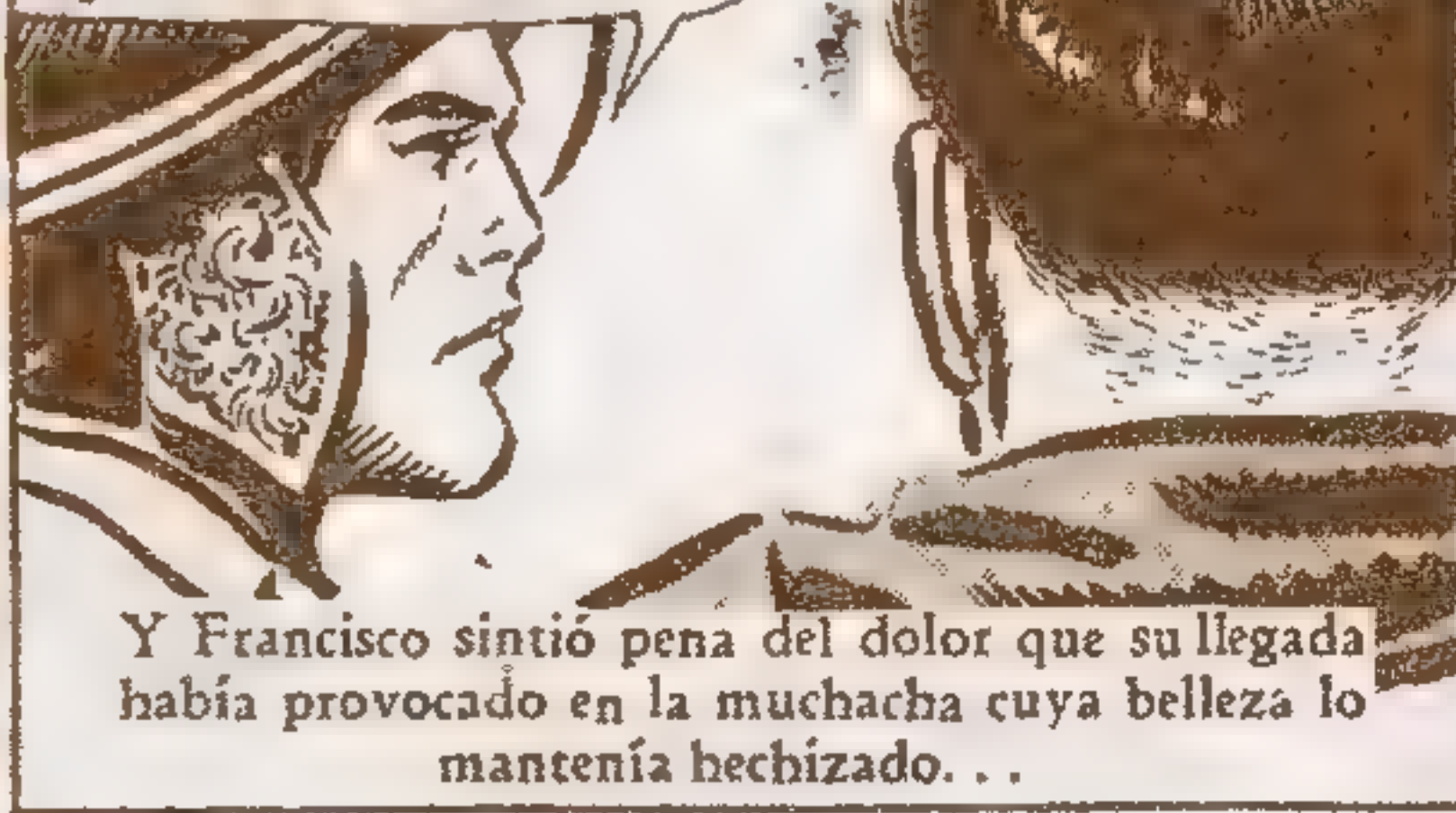


Y ésta es Meztli, que lleva el nombre de la diosa luna... El padre Olmedo, con leve sonrisa, acotó.

No hay maldad en esta ceremonia, puesto que ellos son ingenuos comonijos. Su ofrenda es como un símbolo, y las muchachas lo consideran un honor...



No todas, padre Olmedo... Ya veis que ésta tiene los ojos llenos de lágrimas...



Y Francisco sintió pena del dolor que su llegada había provocado en la muchacha cuya belleza lo mantenía hechizado...

Su nombre sonaba tan dulce como sin duda sonía su voz. La fuerza de su mirada, atrajo la de ella. El Nuevo y el Viejo mundo se enfrentaron. Y la diosa luna tuvo miedo de aquel sol deslumbrante que podía aniquilarla.



Nos hacéis un gran honor. . .

...pero no podemos tomarlas por esposas, ni siquiera tenerlas con nosotros, porque es preciso que previamente sean bautizadas. Nuestra religión lo manda así, esta religión en la cual os iniciaremos y en la cual conoceréis al Dios verdadero que vela por todos sus hijos. . .



Dios muy poderoso ha de ser ese, pero no nos gusta que desprecie a nuestras mujeres y no permitiremos tampoco que les hagáis ningún daño.



Si un hombre hubiera que hiciera daño a una mujer, yo lo mataría.

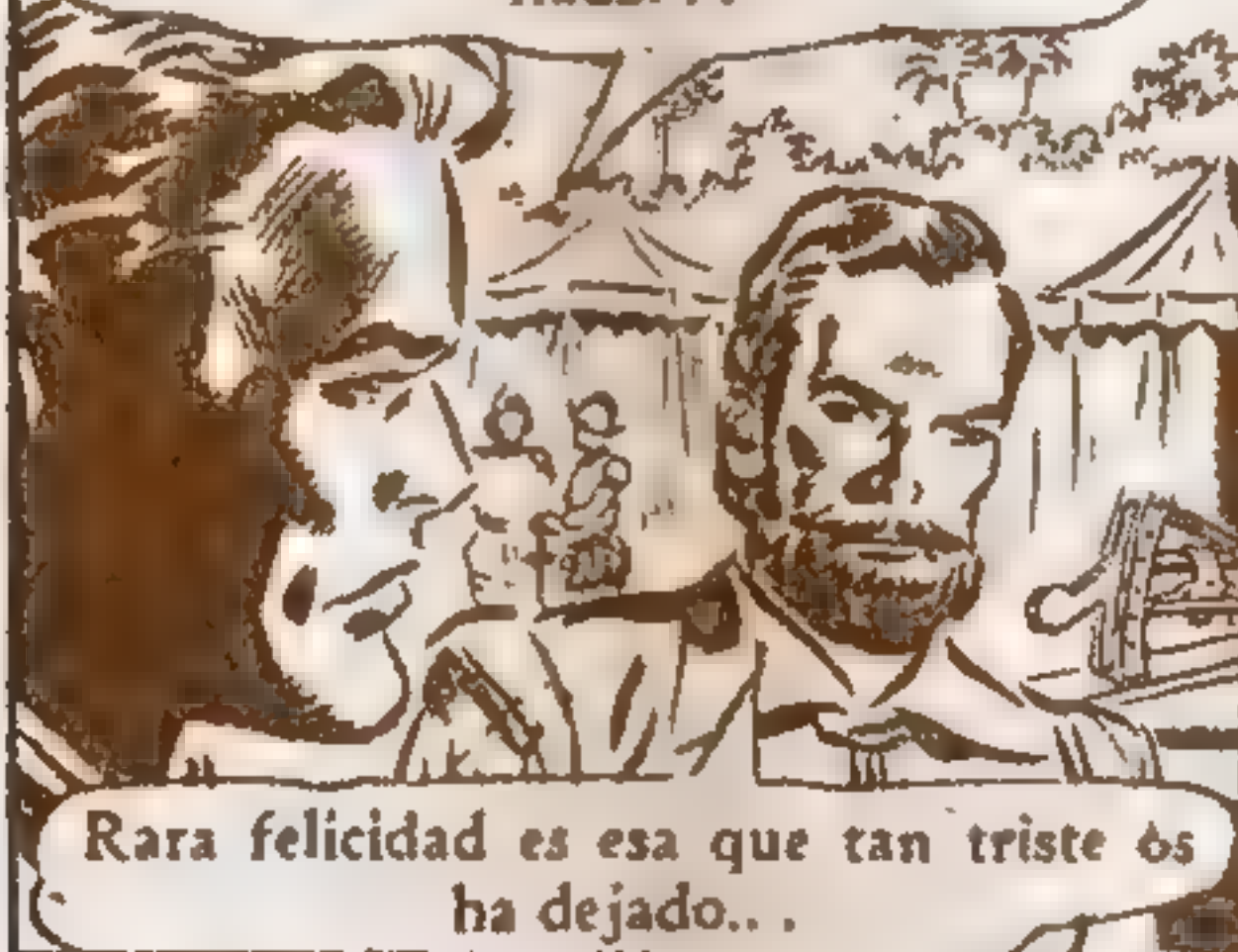
Ignacio Ordóñez trataba de bromear con Francisco que, pálido y silencioso, miraba hacia el horizonte. La situación se tornó peligrosa cuando las tres muchachas tuvieron que regresar a sus casas. . .



Posiblemente, asocian con la palabra "bautizar", alguna siniestra ceremonia suya. El padre Olmedo tiene una dura tarea ante él, porque no será fácil enseñar a estas gentes nuestra religión y costumbres. . . Esas chicas, son tan hermosas que. . .



...que estáis dispuesto a decir una barbaridad. Yo, en cambio, me sentí feliz al ver que su belleza no iba a ser mancillada. . .



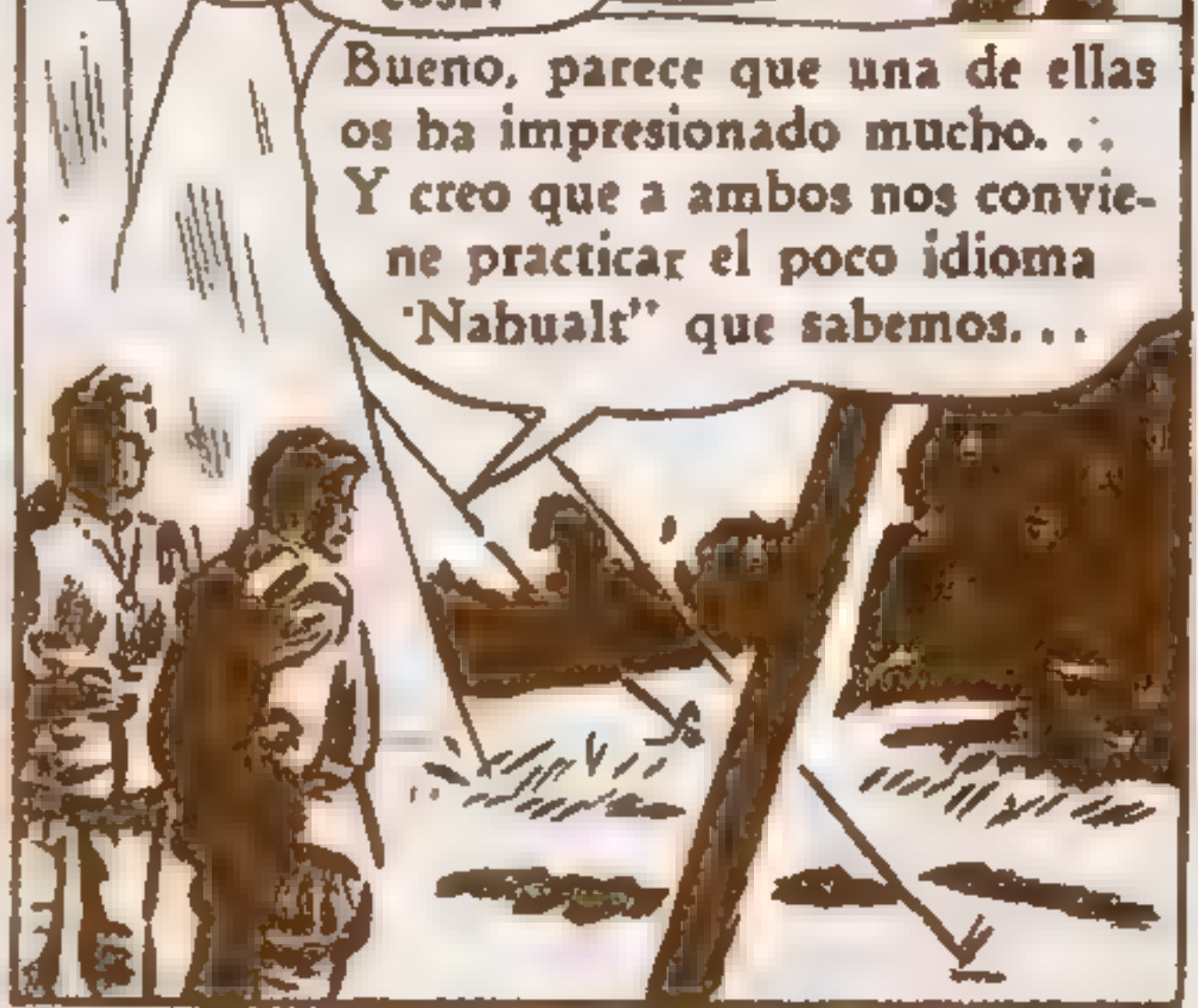
Rara felicidad es esa que tan triste os ha dejado. . .

¿Qué os parece si acompañados por Tozan hacemos una incursión al poblado? . . . El conoce a muchos de Tlaxcala y tal vez pueda conducirnos a la casa de alguna de esas tres bellas. . .



¿Qué os induce a proponer tal cosa?

Bueno, parece que una de ellas os ha impresionado mucho. . . Y creo que a ambos nos conviene practicar el poco idioma 'Nahuatl' que sabemos. . .



El criado indio los acompañó impasible, aunque no lograron averiguar por él si conocía a las tres muchachas. No obstante. . .

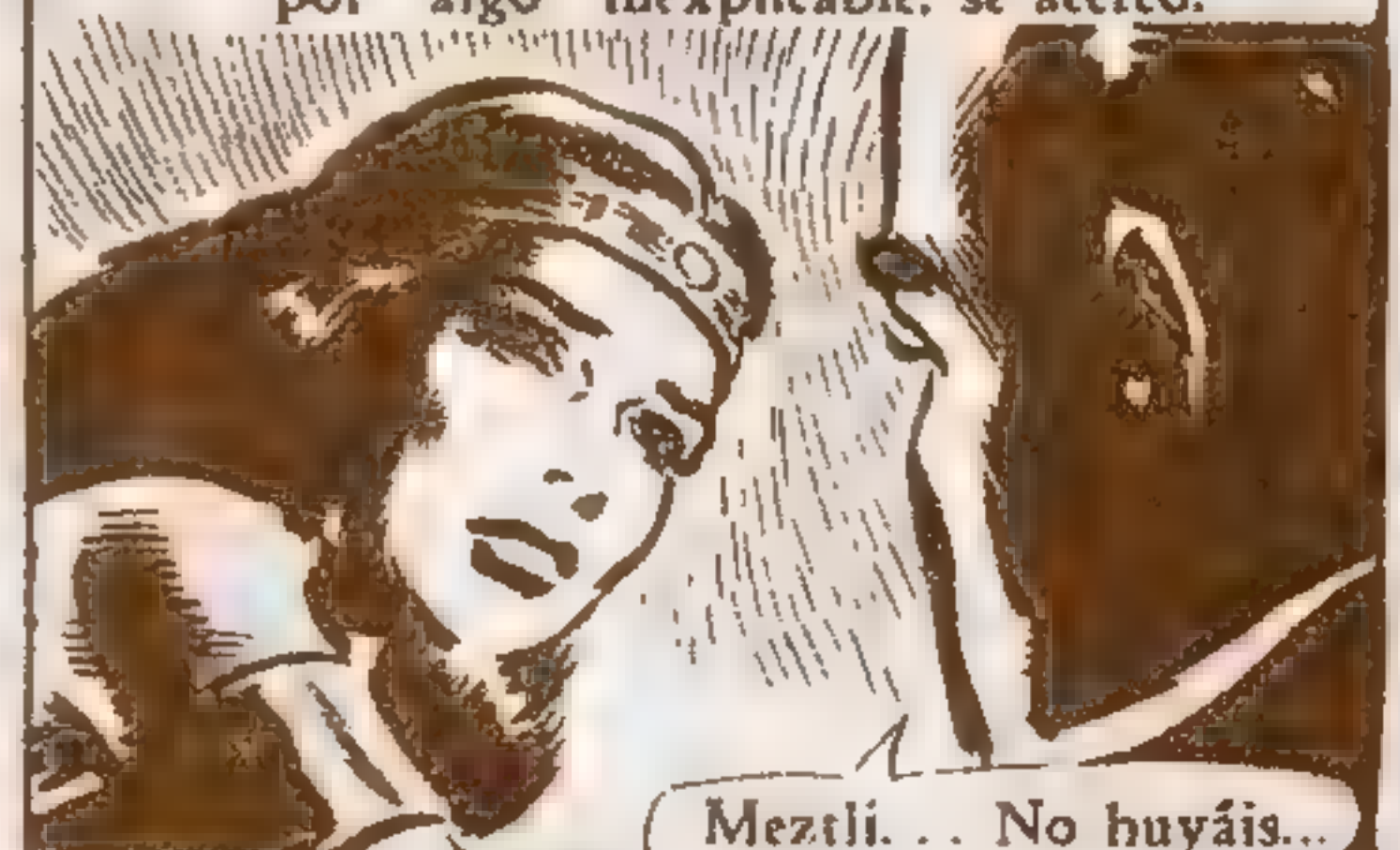


¡Mirad! . . . ¡Esa es Meztli!

¡Ah! La diosa luna.

Allí estaba ella, en efecto, y pudieron contemplarla a su sabor, mientras la joven iba tirando al agua una a una las flores. Extraña ceremonia era la suya, ya que cada vez hacia una genuflexión a la luna, a la que parecía pedir algo. . .

...cual si sostuviera con ella un diálogo, ese que aún hoy siguen manteniendo los seres en cuyas almas se esconden sentimientos y emociones ocultas. . . Francisco, impulsado por "algo" inexplicable, se acercó.



Meztli. . . No huyáis. . .

Intuyó su gesto de huida antes de verlo realizar, y luego, suavemente, apoyó su mano en el brazo que temblaba...

No soy vuestro enemigo. No os haré daño.



En su mezcla de náhuatl y castellano, Francisco siguió hablando, logrando que la muchacha siguiera allí, pálida y silenciosa. Más tarde, cuando se alejó, dejando como símbolo de su encuentro una flor blanca en el suelo...



Cada noche, a esta hora, os esperaré aquí...

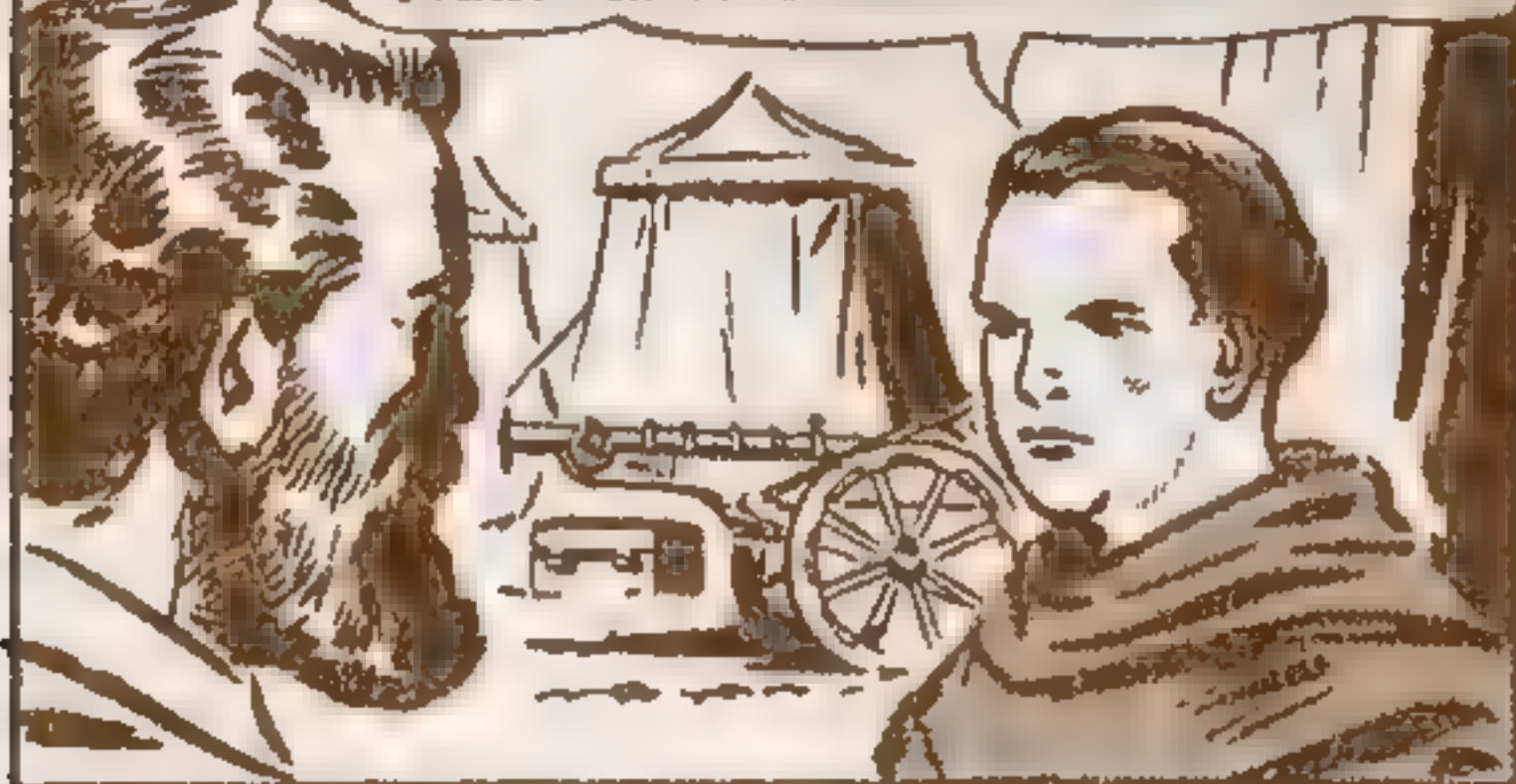
Días más tarde...

Creo que ya podemos contar con la ayuda de estos poderosos y temibles aliados. Por lo tanto, sin tener en cuenta las órdenes de Moctezuma, seguiremos adelante.



El orgullo y la inteligencia de este pueblo es factor importante. Menos sanguinarios que los aztecas, van asimilando los principios de nuestra religión. Podemos confiar en ellos.

Nunca la confianza ha de ser excesiva.



Así que debemos preparar la partida.



No creo que lo lamentéis tanto como el caballero Francisco del Encinar, cuyo conocimiento del náhuatl ha adelantado mucho...



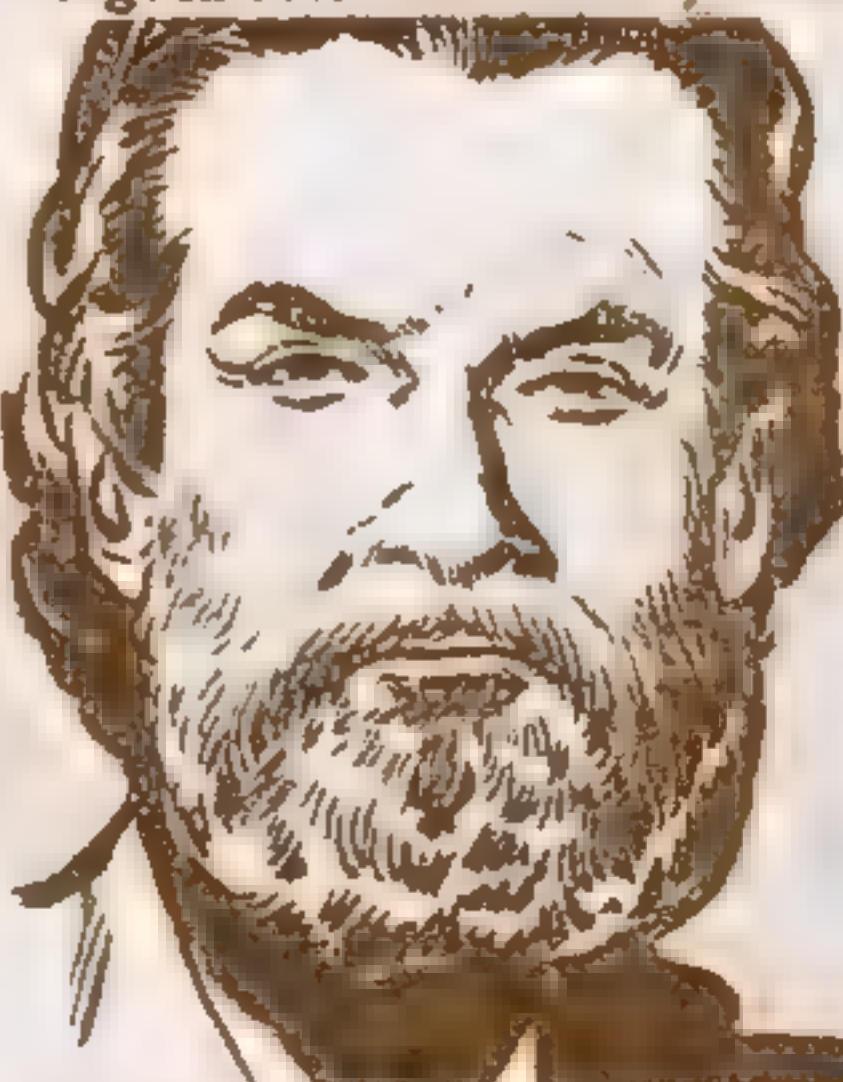
Pese a lo atezado de la piel, el rubor se hizo visible en el rostro del joven.

Señor, quisiera explicaros...



No es preciso. Nada hay reprochable en vuestra conducta, no obstante...

En el breve silencio que siguió, tal vez el conquistador pensara en Doña Marina, la india que abrazó su fe y le seguía con dedicación y amor.



No obstante, recordad que la consigna es seguir adelante y no detenerse a soñar.



La tarde estaba llena de aromas de flores.

Dulce Meztli, ¡cuán vacíos estarán mis días cuando tú ya no estés en ellos!...



No comprendo... ¿Qué quieres decirme?

¡Tantas cosas! Hasta ahora te hablé de mi religión, de mi mundo, de las maravillas que el hombre civilizado crea... pero quisiera decirte todo lo que hay dentro de mi alma, que se desgarrar ante la próxima partida.



¿Quieres decir... que te vas?

Sí, Meztli... Debo seguir a Hernán Cortés hasta Tenochtitlán.



Francisco, que un día dejara a Doña Clara impulsado por su espíritu inquieto, "sabía" que junto a Meztli había encontrado la ansiada paz. Y por ello le resultaba tan difícil aceptar la próxima partida.



¿Tenochtitlán?... ¡No!... ¡No!
¡No debes ir! Moctezuma no se somete al poder de nadie... Os matará. A todos.

Temo a la muerte solo porque puede apartarme de ti... Como temo a la ausencia que te traerá el olvido...



Meztli no olvidará nunca... Meztli esperar siempre. Ahora saber muchas cosas. Y rezar.

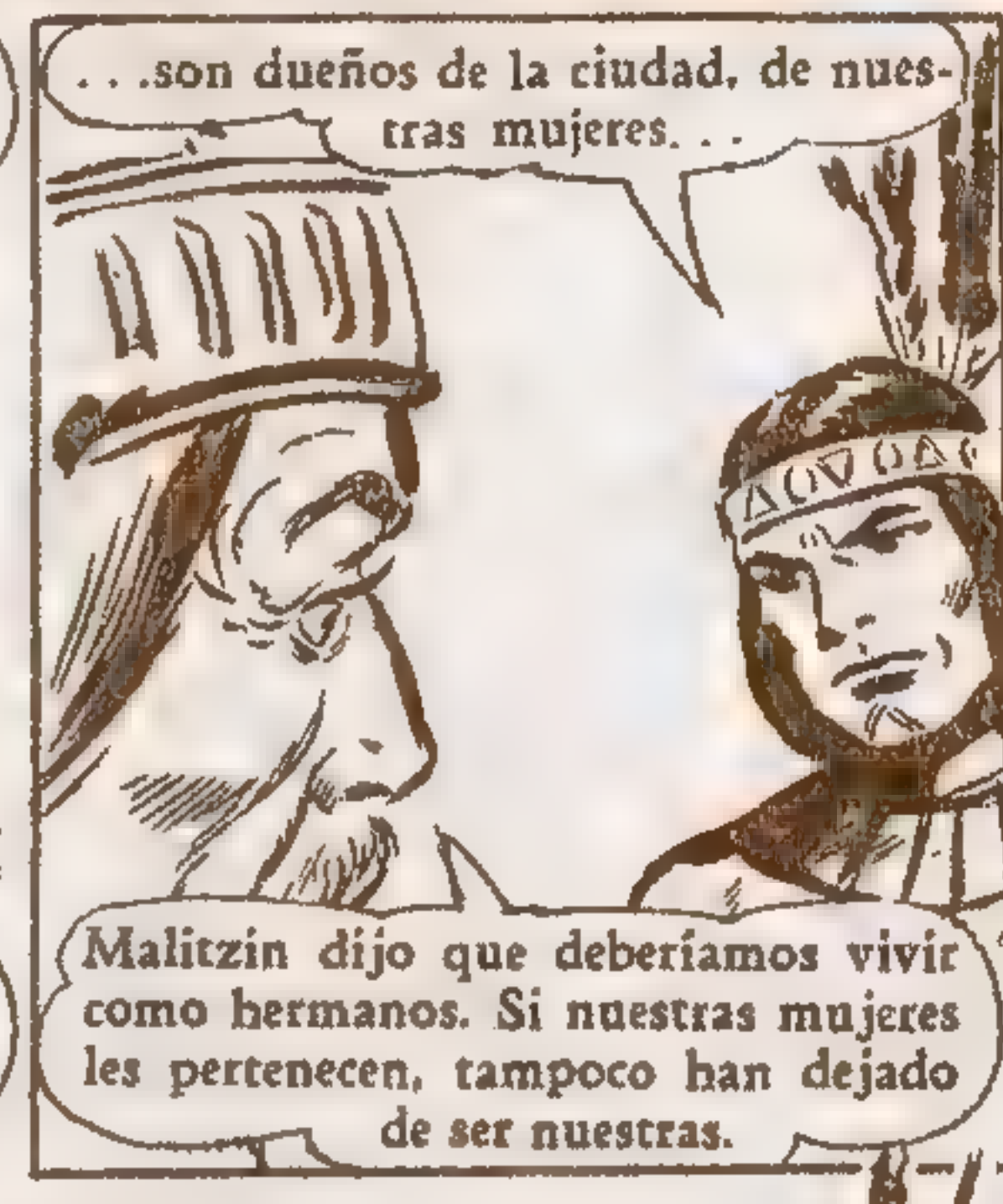


En la siguiente mañana...
Príncipe Chactzin, debes quedarte ya que mi hijo parte. No podemos permanecer indefensos, sin uno de nuestros mejores guerreros.



Podríamos vernos atacados por alguna tribu, hostigada quizá por el propio Moctezuma, al que ya no pagamos tributos.

Debo obedecer tus ordenes... pero no quisiera quedarme. Mi corazón se entristece al ver que los hombres pálidos...



...son dueños de la ciudad, de nuestras mujeres...

Malitzin dijo que deberíamos vivir como hermanos. Si nuestras mujeres les pertenecen, tampoco han dejado de ser nuestras.



Trata de dominar tu espíritu rebelde y piensa que pese a ser guerrero, por tu calidad de príncipe estás llamado a gobernar algún día Tlaxcala. ¿Acaso al poder y la gloria nada te dicen ya?



El hombre que se muestra débil y abatido, es porque una mujer lo ha herido. Ella será pues el único remedio para sus males...

No olvidaré eso...



¿Había adivinado su secreto el anciano?
El príncipe Chactzin tomó una decisión y emprendió el camino hacia la casa de Meztli.

En su palacio con escalinatas de jaspe, rodeado de jardines y canales, sentado en su yepallis de oro. Moctezuma sonreía levemente. Su aspecto era majestuoso, con su túnica azul abrochada con un camarón de oro, sus cōtaras de piel de tigre consteladas de jade y piedras preciosas, y una esmeralda pendiendo de su labio inferior.



Les he preparado una conspiración en Cholula. . . Allí esperarán cerca de 50.000 guerreros y sabremos si son hombres o una encarnación de QUETZCAL, el dios que un día marchó lejos y hoy regresa con ellos.



Sabio y previsor.
No podrán llegar hasta aquí.

¡Cuán extraña parecía aquella ciudad silenciosa! ¡Cuán inquietante esa ausencia total de habitantes!

Muy raro es esto. Encaminémonos a la Casa Comunal.



En la mente del conquistador bullían mil ideas. Ya en la Casa Comunal, sin temor y con arrogancia, envió aviso a los jefes de la ciudad y mandó a algunos capitanes, con su colaboradora Doña Marina, a recorrer la ciudad.

Decid que ahora soy el dueño de su ciudad.



Tristes presagios nublaban el semblante de Francisco, mientras recorría la ciudad dormida con 30 hombres a su mando. Quizá intuía lo que estaba ocurriendo lejos de allí. . .



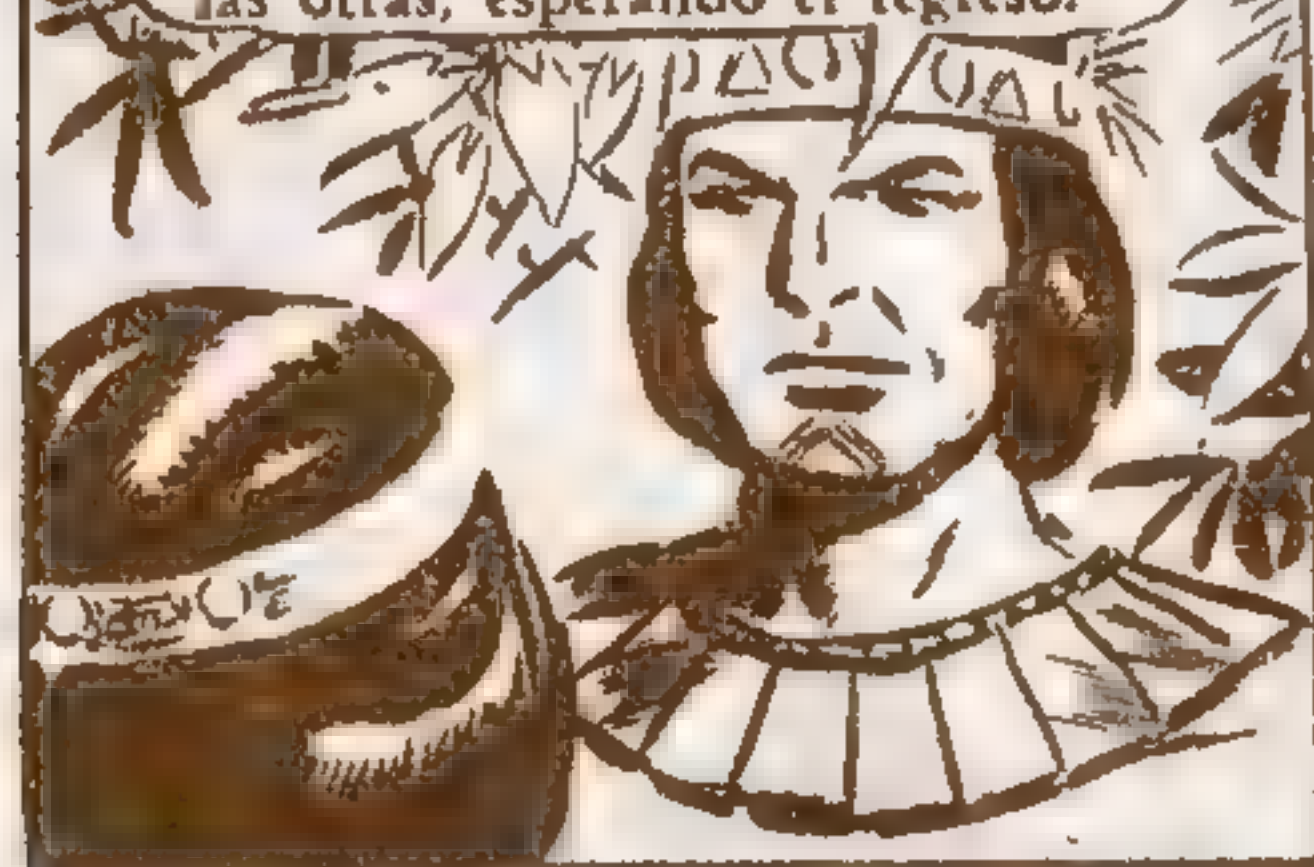
Debo hablarte, Meztli. . .

¡Cuánto hubiera dado ella antes por verlo allí y escuchar esa voz, tan dulce en el ruego! Cuando la mano, tan morena como la suya, se apoyó en su brazo, el corazón comenzó a latir atolondradamente. . .

¿Qué deseas de mí?



El día que fuiste ofrendada, me di cuenta de que habías dejado de ser una niña. . . Y en ese instante mismo te amé. Ahora, Malitzin ha partido con sus hombres y tú has quedado como las otras, esperando el regreso.



"Pero él dijo que todos seríamos como hermanos y no se enojará si yo que te amo, te convierto en mi esposa. . ."

¡Oh! . . . ¿Tú me propones eso? . . .



Tu belleza ha de ser mía. Y más tus sonrisas para sentirme fuerte otra vez, para aceptar la derrota de mi pueblo. . .

Príncipe Chactzin, fui elegida para los hombres blancos. . .



Ellos han vencido y les pertenezco. . .

¡Nunca podrás pertenecer a otro que no sea de tu misma sangre! Esta sangre que corre impetuosa por nuestras venas, bajo esta piel de igual color. . .



Todos los jefes de Cholula no habían sido debidamente sobornados, y por ellos Hernán Cortés supo de los 50.000 guerreros que esperaban la orden de ataque. . .



Bien. Los que se nieguen a cooperar serán castigados. Y ahora. . . ¡Enviad un emisario a Moctezuma, caballero Ignacio, para anunciarle nuestra llegada!

La meta estaba próxima... Y tal vez lo intuía en España Javier, más silencioso ese día que de ordinario.

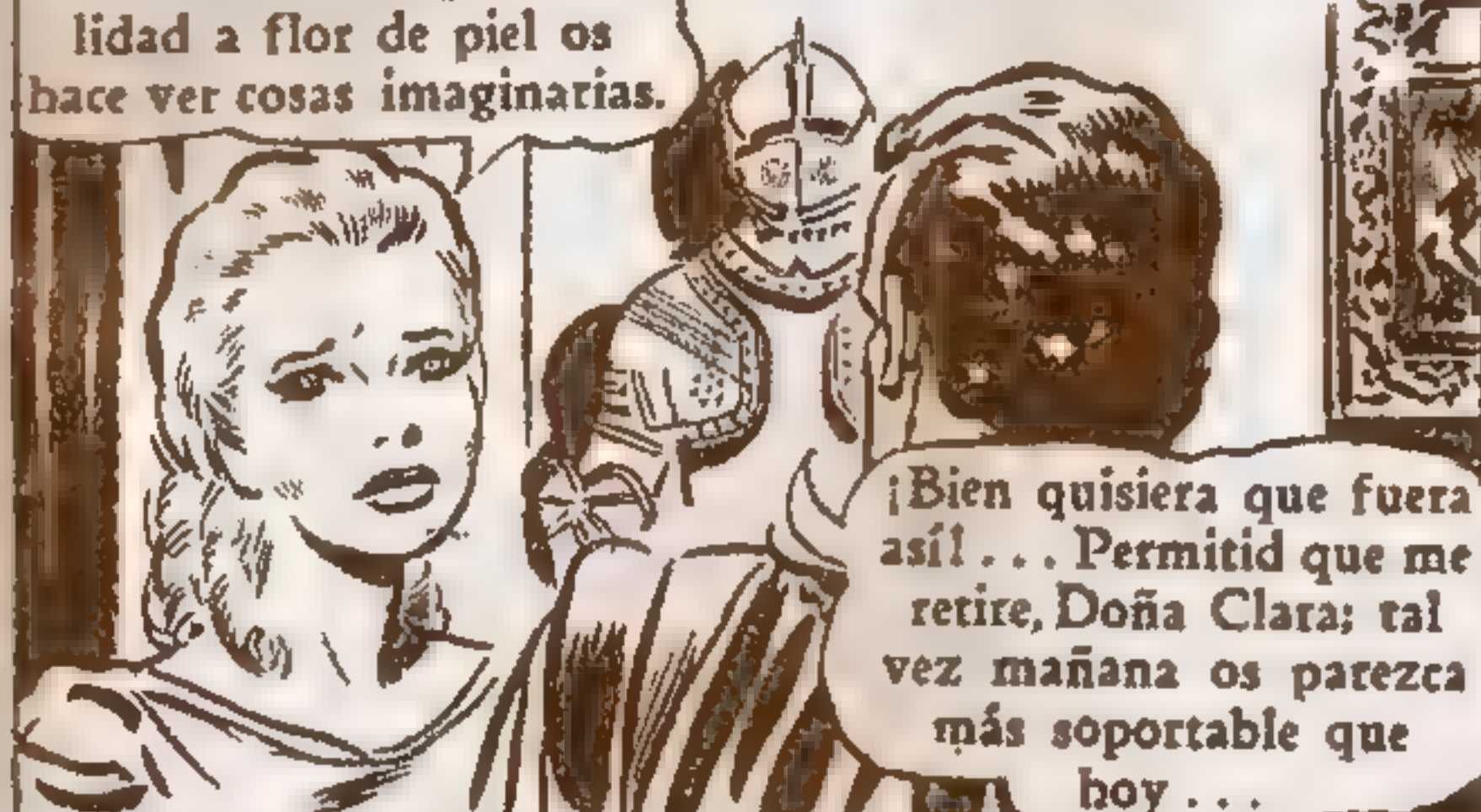
¿Qué tenéis, amigo mío?



Cuando habláis de Francisco vuestro rostro se ilumina, y todo mi esfuerzo por complaceros y halagaros, sólo recibe de vos una pálida sonrisa, brindada por la compasión...



¿Cómo podéis herirme? Vuestra susceptibilidad a flor de piel os hace ver cosas imaginarias.



A muchas millas de distancia, dos mujeres cuyas imágenes llevaba un hombre en su corazón y en su mente, sentían la angustia de la separación...

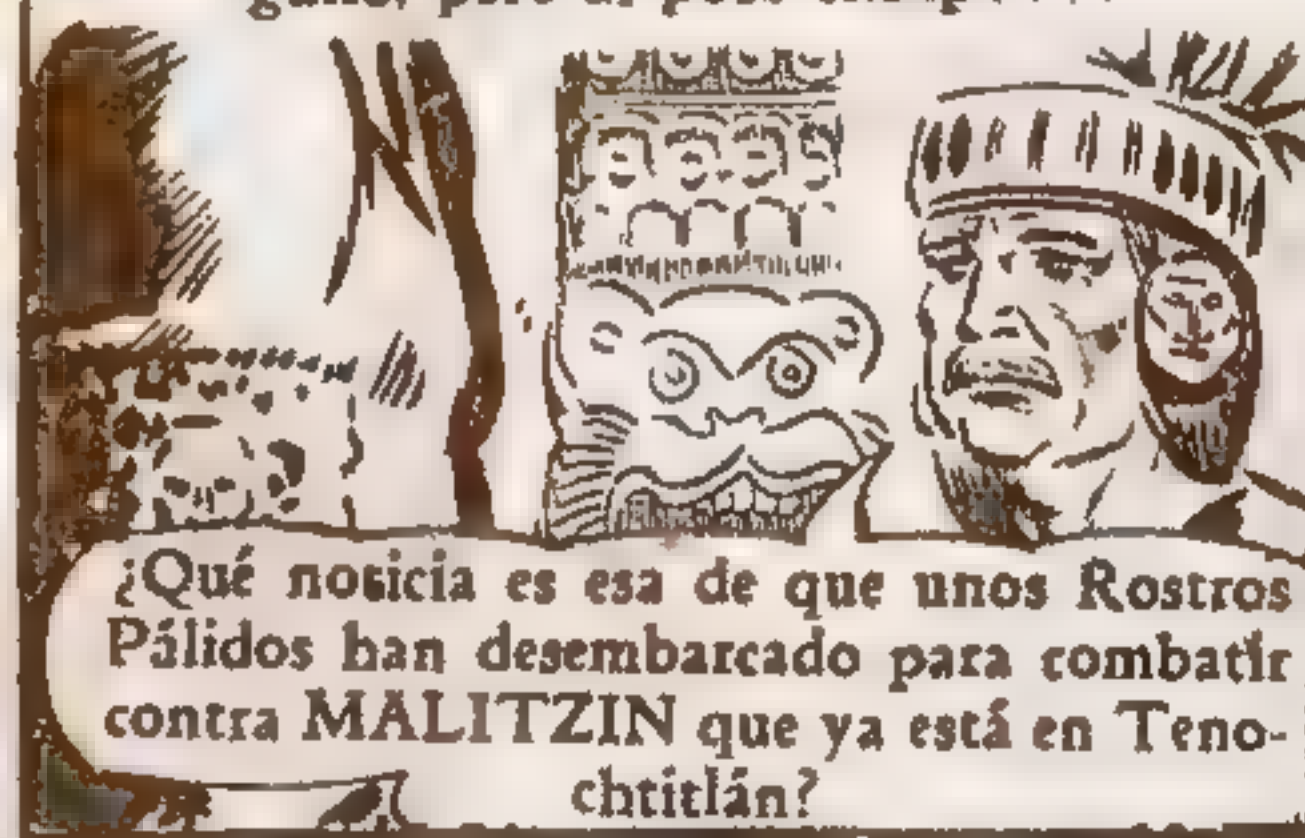


Y mientras tanto Hernán Cortés entraba triunfador en Tenochtitlán

Te saludo, emperador de los aztecas y te traigo mi mensaje de paz...



Un imperio se derrumba... Una nueva civilización se estaba forjando... Y por ello, Hernán Cortés podía sonreír con orgullo, pero al poco tiempo...



Es una interesante noticia... Y he decidido partir hacia el Norte.

Quisiera que esa decisión tuya, Príncipe Chactzin, no fuera guiada por un sentimiento mezquino.



A Tenochtitlán había llegado la infausta nueva.

¿De manera que Velázquez envía tropas al mando de Narváez para combatirme? Dejaremos la ciudad al mando de Alvarado e iremos a hacerle frente.



Vendrán impulsados por el afán de apoderarse del tesoro que encontramos en la habitación secreta del palacio...

Sin duda. Y quizá sería aconsejable una transacción... No debíamos luchar entre nosotros...



Pero se luchó. Narváez defendía la ambición de Velazquez, y Hernán Cortés, la tierra conquistada. Pero el grito de batalla era el mismo...

¡Por Dios y por la cruz!



La victoria fue de Hernán Cortés.
Y más tarde...

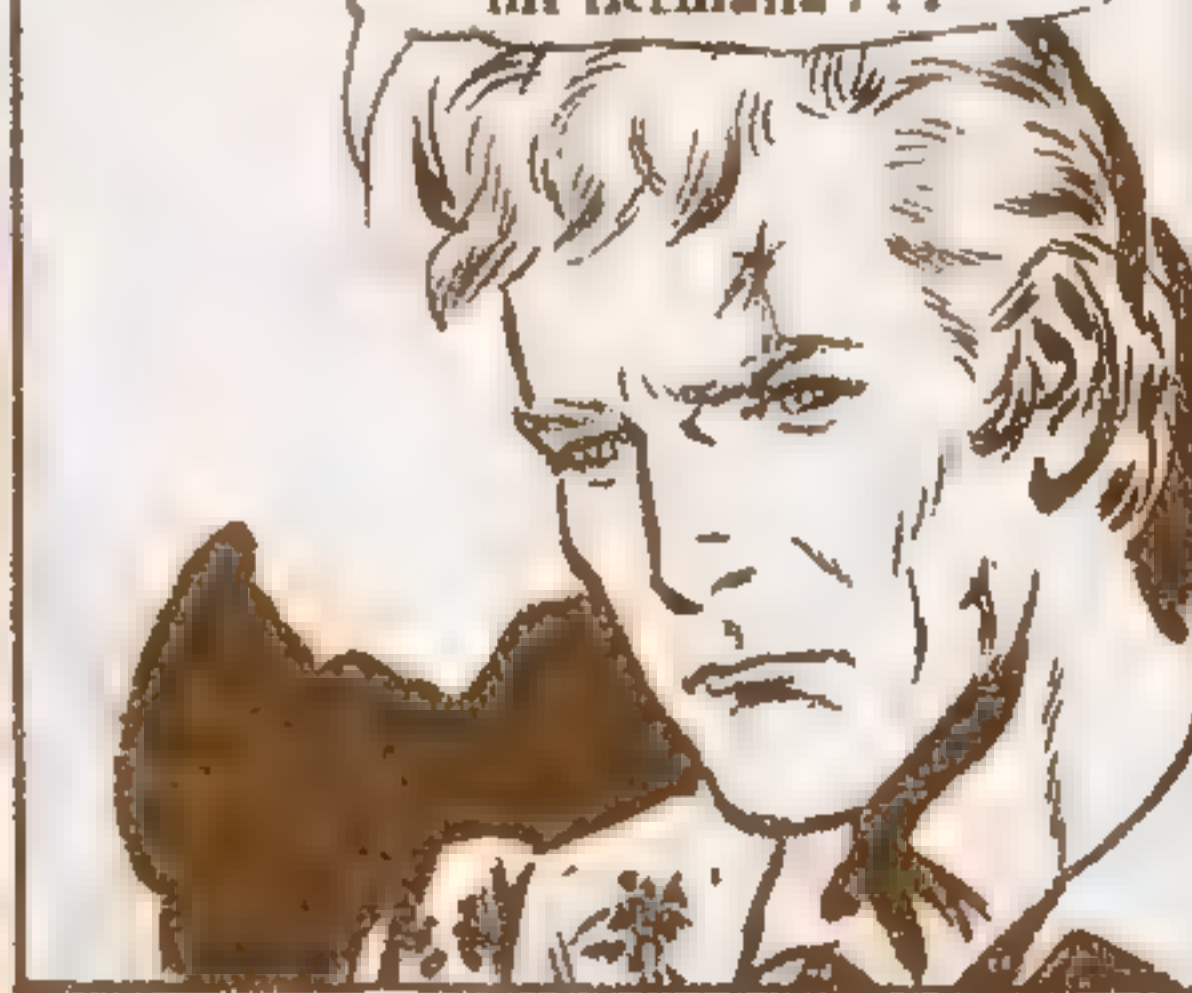
¿Vos aquí, Don Manuel?

Narváez me enroló en sus tropas recién llegado de España, accediendo a mi requerimiento. Necesitaba veros...



El hermano de Doña Clara, apenas podía mantenerse en pie...

Os traigo un mensaje urgente de mi hermana...



Citla tenía los ojos llenos de lágrimas.

¿Qué te ocurre, mi preciosa Meztli? Es cual si un dios maligno se hubiera adentrado en tu cuerpo... Y debe de ser ese Hombre Pálido, que fue la causa de que rechazaras al Príncipe Chactzin.



No llores, Citla... Yo sé que tú no puedes comprender, pero no llores.

Ella guardaba bajo el huíspil la pequeña cruz que la mantenía unida al hombre amado. Aquel amor no podía ser malo, aunque la entristeciera, y aquel Dios tan poderoso tenía que traerle la felicidad...



¿Sabes acaso si él regresará?



No. Ella no podía saberlo y por eso sus horas estaban llenas de recuerdos y de inquietudes. Era una flor más que se consumía entre flores...

De manera que ella...

Al ver partir a Javier, para encerrarse en su más lejana y pobre tierra, considerándose un fracasado, comprendió que lo amaba y que su misión era salvar su espíritu...



Y os suplica la libereis de cierta promesa... para casarse con Javier.

He de escribirle hoy mismo. Y en cuanto a vos, Don Manuel, intercederé en vuestro favor ante Hernán Cortés, y regresaréis con nosotros a la ciudad.



Otra noticia llegó hasta el Príncipe Chactzin en su largo viaje...



Y así, MALITZIN fue vencido cuando regresaba a Tenochtitlán...

El Conquistador había sido vencido por fin... ¿Qué pensamientos nublarían la frente de Hernán Cortés en esa madrugada que había dejado atrás, la noche del 1º de Julio de 1520, que quedaría en la historia como "La Noche Triste"?

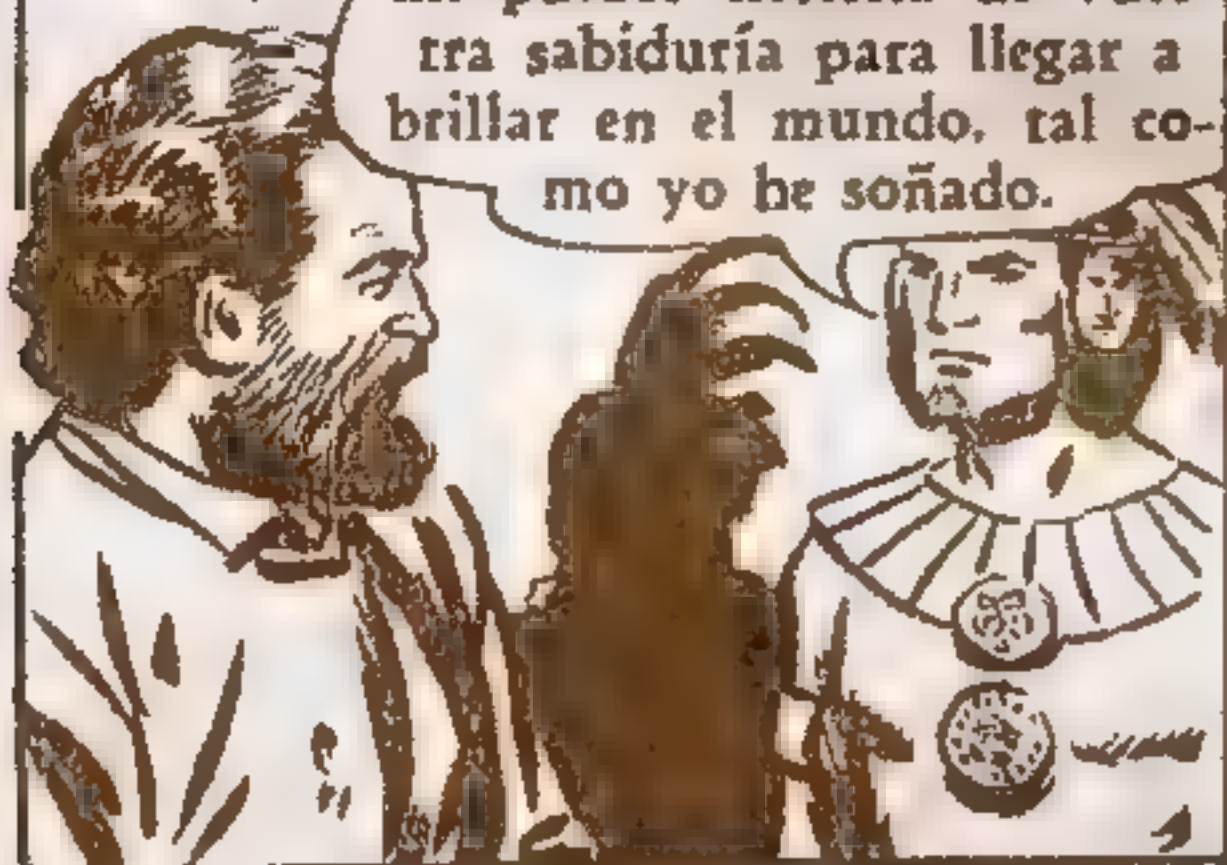
¿Debía darse por vencido definitivamente? Y la respuesta la dio un Príncipe de aquellas tierras.

Reorganizad vuestras fuerzas, Malitzin. Mi pueblo os ayudará. Una derrota pone más a prueba el valor de un hombre, que una victoria.



Extrañas palabras, príncipe Chactzin.

Sé que no sois dioses, sino hombres y también sé que mi pueblo necesita de vuestra sabiduría para llegar a brillar en el mundo, tal como yo he soñado.



Y así fue como el 7 de julio de 1520, Hernán Cortés venció a los guerrilleros de GUATIMOTZIN, que habiendo destituido a Moctezuma se había apoderado del poder en Tenochtitlán, cuya ciudad, último baluarte, comenzó a ser sitiada.

Chactzin emprendió el regreso a Tlaxcala para reclutar hombres y avisar a otras tribus. Y pidió como acompañante a Francisco. Y una noche.

Ved el cielo... No hay ni una nube que nos oculte el brillo de Meztli...

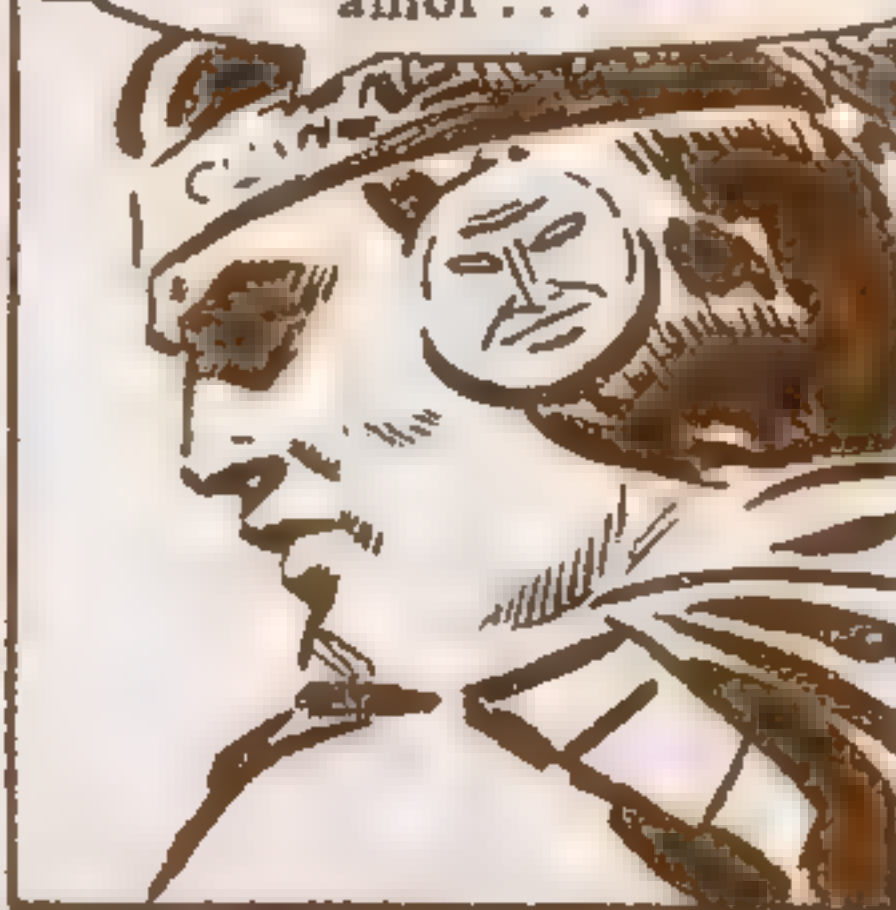


El nombre había sido pronunciado con dulzura.

Cuando llegasteis se os creía hijos del sol... Propuse luchar de noche, pero la diosa luna, mujer al fin, se sometió deslumbrada... Por eso Meztli, que lleva el nombre de la diosa es tuya...



La vi sufrir por ti y por eso fui a buscarte. Ella no podrá ser de otro hombre... Día y noche recorría el bosque y muchos la creían trastornada. Pero yo sé que es amor...



Igual que ella ha sufrido, he penado yo...

Creo que la harás feliz. Quizá algún día la lleves a tus tierras... Mas deseo que sepas que si te he traído hasta Meztli es porque yo la quiero tanto que sólo me importa su felicidad. Ve a buscarla...



Y fue... La sonrisa de la muchacha semejó un capullo abierto en la tierra morena de su piel.

¡Por fin!... Te esperé ¡tanto!...



Estabas siempre en mi pensamiento. Suspiraba por tenerte en mis brazos y al lograrlo debo dar las gracias a un hombre de tu raza que me ha demostrado que la bondad y el amor une los pueblos...



Un hombre y una mujer unidos en un abrazo que se repetía al otro lado del mar...

Yo no ambiciono los tesoros ni las aventuras del Nuevo Mundo... A vuestro lado sé lo que es la perfecta felicidad y compadezco a Francisco que os ha perdido...



El destino de ambos era recorrer sin duda caminos diferentes...

Y así, mientras Hernán Cortés reorganizaba sus tropas, sitiando Tenochtitlán, que más tarde sería retomada; Meztli convertida en María, desposábase con Francisco, y Doña Clara conocía la dicha junto a Javier, el príncipe Chactzin. suspiraba cada noche, mirando a la diosa Meztli...



...tan lejana e inaccesible como la dulce muchacha que llevara su nombre. Su tristeza y soledad era la de un pueblo condenado a perecer para dar paso a la civilización.



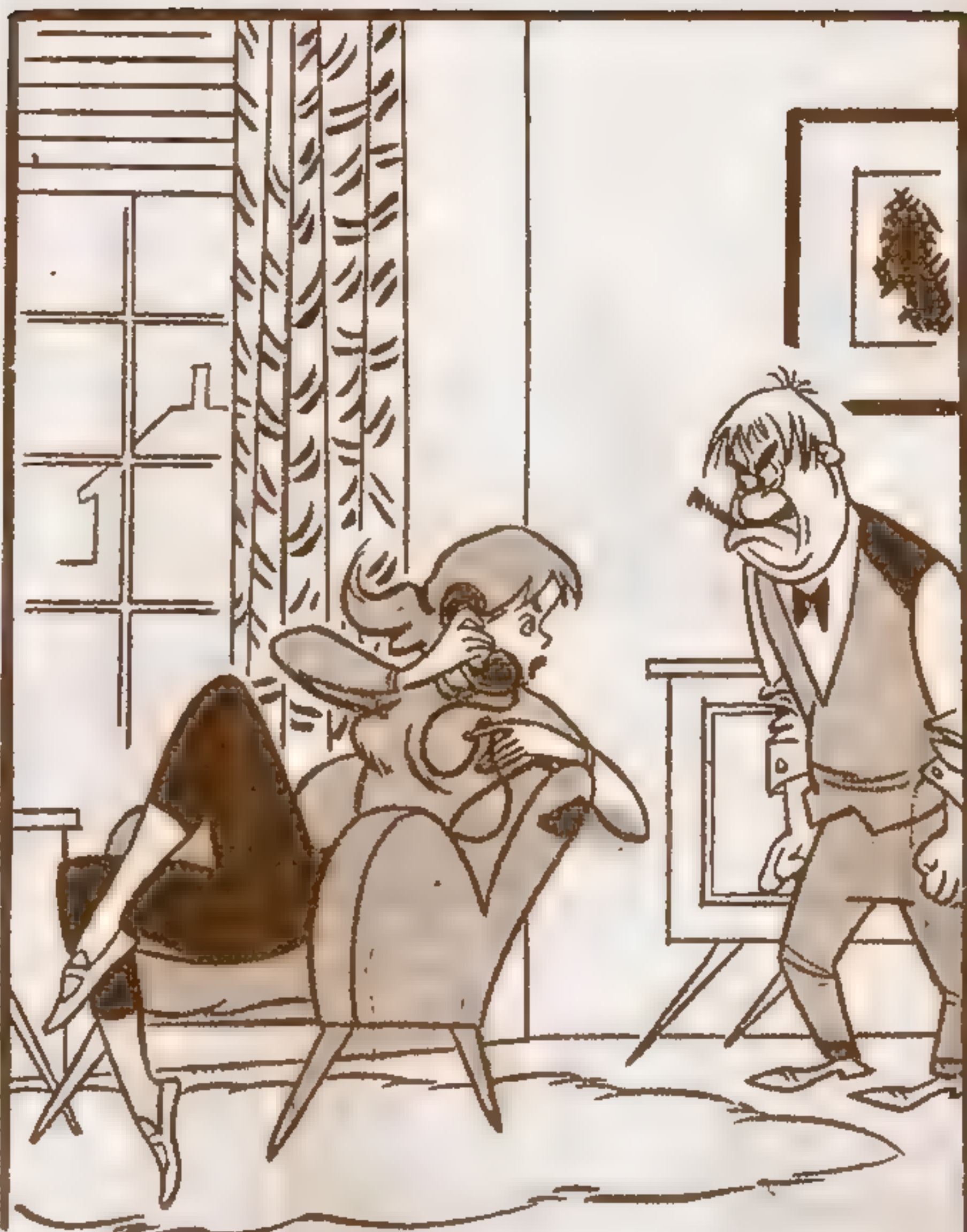
FIN

MUJERES TERRIBLES

POR ALFREDO FERRO



-NO ES PARA TOMARLO ASÍ, QUERIDA SUSANA. ALGÚN DÍA TENÍAS QUE ENTERARTE DE QUE EL "ANDREA C" NO ES DE MI PROPIEDAD.



-YO TERMINO PRONTO PAPÁ: NO TENÉS NINGUNA DILIGENCIA QUE HACER?



-NO HAY NECESIDAD DE QUE MALGASTES EL DINERO CON OTRAS MODELOS. DE AHORA EN ADELANTE POSARÉ YO.



-EL TABACO Y LA PIPA ES PARA MI ESPOSA, Y LOS RUBIOS SUAVES SON PARA MÍ.

ALFREDO FERRO

BELLAH

Por OCTAVIO FEUILLET - Adaptación - Dibujos de ARTURO CASTILLO

Nacido en 1821 y muerto en 1890, el novelista y dramaturgo francés Octavio Feuillet se destacó con perfiles propios, en la gran época del naturalismo, por los temas elegidos para sus obras, que fué a buscar en los medios aristocráticos, y por un idealismo exaltado. Fué eso quizá lo que le granjeó la predilección del público femenino; era una de sus admiradoras la Emperatriz Eugenia, que influyó para que lo nombraran bibliotecario del palacio de Fontainebleau. Se contó entre los «inmortales», habiendo ingresado en la Academia Francesa de 1862. Bellah, cuyo asunto se desarrolla durante la Revolución, y que publicó en 1852, está considerada como una de sus novelas más importantes.



En la mañana del 12 de junio de 1795, los vecinos del pueblecito costero de F... divisaron, sobresaltados, en la pequeña plaza de la iglesia, los uniformes azules y los penachos rojos de los granaderos de la República. Un destacamento de unos cincuenta hombres, precedido por dos oficiales a caballo, acababa de penetrar en la aldea, escondida en el fondo de una pequeña bahía y virgen todavía de todo contacto revolucionario.



Ante las seguridades pacíficas dadas por los oficiales y los procedimientos amistosos de los soldados, lo único que preocupaba ahora al vecindario era saber el objeto de la expedición. A pesar de la poca fuerza que presentaba el destacamento, el grado de uno de los oficiales, que llevaba charveteras de comandante, parecía indicar que el objeto de este paseo militar no dejaba de tener importancia.



Detrás de la pequeña columna republicana veíanse varios caballos de silla conducidos por un aldeano bretón que vestía rigurosamente el traje regional, de talle tal vez sin importancia, pero que daba al suceso cierto aire de misterio, ya que los bretones estaban en franca oposición y lucha contra la República.



Los habitantes de F... se hallaban perplejos, cuando de pronto su atención fué reclamada por otro espectáculo igualmente inaudito en aquellas costas: una fragata, inglesa al parecer, acababa de surgir al Sur de la bahía y maniobraba de modo que le permitiera acercarse lo más posible a la costa. Este segundo acontecimiento les dio la clave del primer suceso. Era evidente que la fragata se proponía desembarcar en la costa un cuerpo invasor, y que los granaderos habían llegado para impedirlo.



Por una singularidad notable, la idea que la aparición de la fragata había despertado en los hombres del pueblo era precisamente la que tomaba cuerpo entre los soldados esparcidos en la playa, no obstante lo cual, unos y otros se equivocaban. Pronto se darían cuenta de ello, al ver que la fragata fondeaba a la entrada de la bahía, que de ella echaban un bote al agua y que en él desembarcaban varias mujeres.



El comandante, desde unas rocas de la playa, observaba los movimientos de la fragata y el desembarco. Era un joven de veinticinco años y llevaba con suma elegancia el uniforme. Buen mozo, en todo su porte se veían los signos de una persona de distinción, al punto de que no hubiera hecho mal papel en un salón aristocrático.



A pocos pasos, detrás del comandante, hallábase otro militar, algo más joven, de cabellos rubios y cutis rosado, que lucía el uniforme de ayudante de campo. Era teniente, estaba adscripto al Estado Mayor del general Hoche y hacía algunos días que compartía el mando de la columna con su jefe.



Comandante Hervé, ha llegado un momento de felicidad para usted.

¡Quién sabe, Francis! He vivido ya lo bastante para saber que no se puede calificar de feliz o de infeliz un instante hasta que haya pasado.

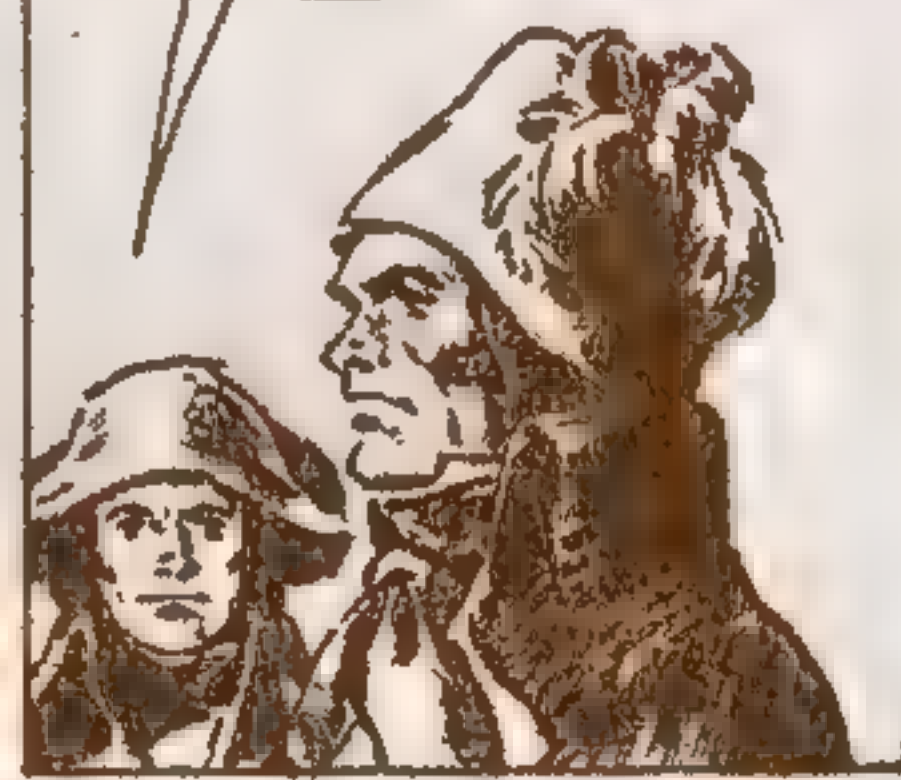


Pues ¿qué? ¿No considera feliz el momento en que va a estrechar en sus brazos a la querida hermana que viene en ese bote? ¿No deseaba este encuentro?



Sí. Pero ¿sé acaso si voy a hallar en ella a la hermana de antes? ¡Ha vivido tanto tiempo entre nuestros enemigos! Temo que odie el uniforme que llevo.

No; no piense de ese modo. Considérela con el mismo afecto con que me hablaba de ella cuando recibía sus cartas, que usted me leía.



Y, además, mi hermana no viene sola. La acompañan varias personas, y estoy seguro de que ellas no me quieren. Usted comprenderá que es penoso para mí ver hostilidad o frialdad en personas que antes fueron amigas.



¿Es indiscreción preguntarle, comandante, qué gente femenina viene en el bote?



Mi hermana Andrea, de la cual le hablé ya muchas veces...

«Además —agregó—, el bote que usted ve a media legua, tiene el honor de albergar entre sus tablas a la señora Leonor de Kergant, ex canonesa, hermana del Marqués de Kergant, mi tutor, y la enemiga más encarnizada que conozco de la República Francesa; detrás de esa dama divisará a una joven llamada Alicia, hija del ciudadano Kado, el guía bretón que trae los caballos. Un poco más alejada del grupo alcanzará a ver a otra mujer, una miss Mac Gregor, camarera inglesa o escocesa que la señora Leonor ha tomado hace poco a su servicio y a la que no conozco...»



Daba con eso el comandante por terminada su explicación, pero Francis le hizo notar que en la canoa venían cinco mujeres y que sólo le había hablado de cuatro. —Es verdad —contestó Hervé, con cierta turbación que no pasó inadvertida para su amigo—; debe de ser, no distingo muy bien desde aquí, la señorita Bellah de Kergant, hija del Marqués y sobrina de la canonesa. Es amiga de mi hermana.



«Puedo decir que en muchos años me manifestó sentimientos fraternales; pero ahora a sus ojos sólo soy un miserable manchado con sangre de su Rey...»

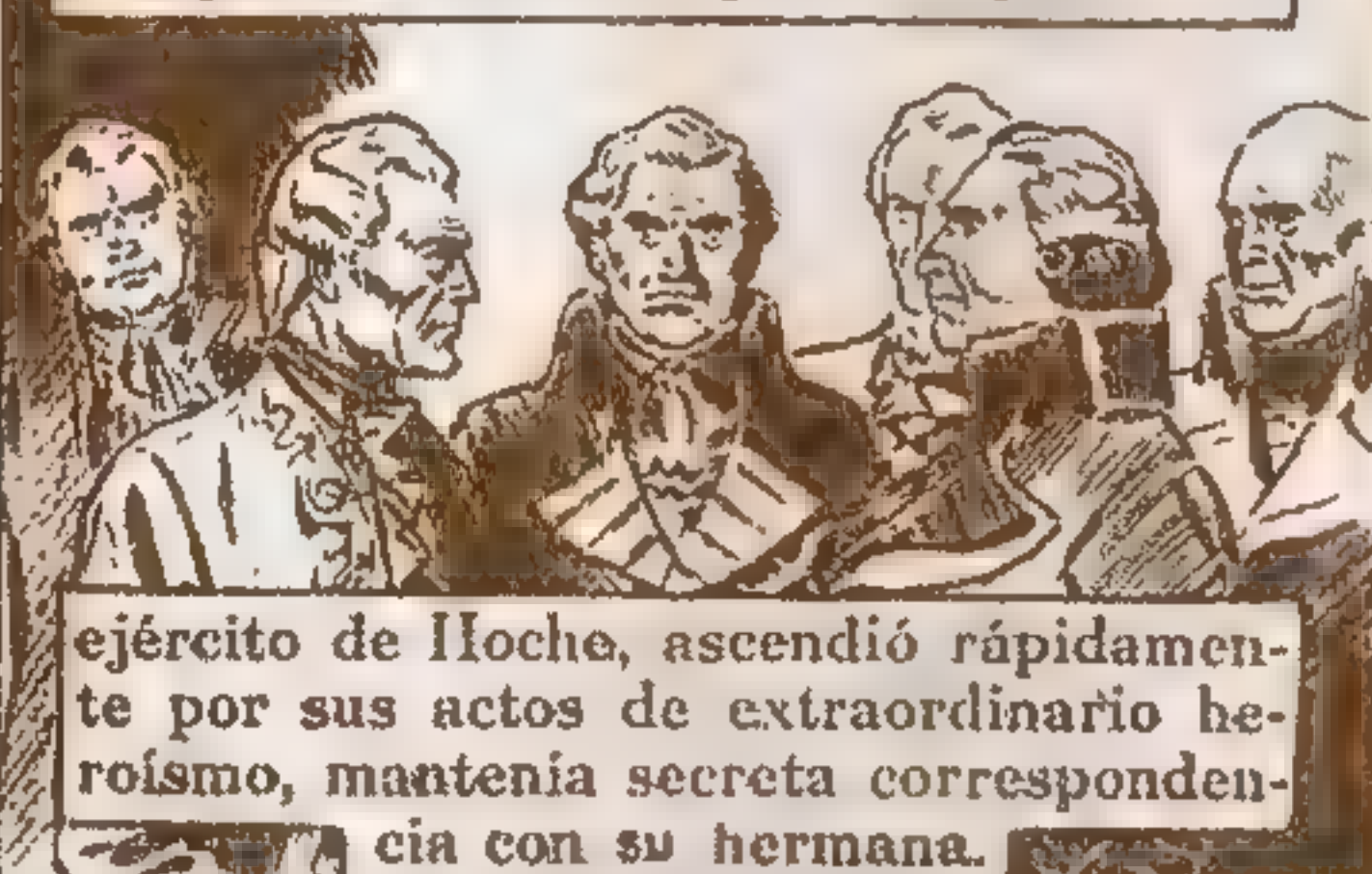
Hervé y su hermana, huérfanos desde sus primeros años, fueron entregados a la tutela del Marqués de Kergant, amigo del Conde de Pelven, padre de ellos. Los dos huérfanos hallaron en el hogar del hidalgo un sitio al lado de Bellah, su única hija. Cuando Hervé cumplió dieciséis años fue enviado a un colegio de París, de donde salió para entrar en la escuela militar de Brienne. Cuando estalló la Revolución, el Marqués llamó al joven, pero éste se había incorporado, en calidad de voluntario, a las tropas de la República.



El efecto que su decisión causó en el castillo de Kergant fué espantoso. Verdad es que aquella reprobación general tenía sus matices, según el carácter e ideas íntimas de cada uno. A contar de ese día, aunque la señorita de Pelven notó en el tutor mayor suma de atenciones y desvelos, no se atrevió a pronunciar el nombre de su hermano querido, prefiriendo verlo olvidado que injuriado.



El Marqués hizo causa común con los jefes realistas que levantaron su bandera en las regiones del Oeste y envió a su hija, a Andrea y a la canonesa a Inglaterra. Hervé, que, incorporado al



ejército de Hoche, ascendió rápidamente por sus actos de extraordinario heroísmo, mantenía secreta correspondencia con su hermana.

Y cuando se firmó la primera pacificación de la Vendée y de la Bretaña, aquella le pidió en una de sus cartas que consiguiera para ella y para la familia Kergant permiso para volver a Francia.



Solicitaba, además, que una escolta de soldados republicanos la protegiera hasta el castillo de Kergant. Aunque Hoche no tenía mucha fe en aquella paz, no creyó que la presencia de dos o tres mujeres en Bretaña pudiera aumentar los peligros de la República. Además, el Marqués de Kergant se hallaba entre el número de los jefes realistas amnistiados. Así, el general no vaciló en hacer esa concesión inocente a Hervé, cuyo carácter le inspiraba absoluta confianza.



El bote inglés llegaba a la playa, ayudado por la marea alta, y entraba en una pequeña dársena formada por un grupo de rocas a flor de agua. Hervé y Francis se acercaron para ayudar al desembarco, mientras los soldados se situaban detrás de ellos, demostrando mucha curiosidad por ver a las mujeres.



Andrea se arrojó al cuello de su hermano, derramando lágrimas de alegría. Luego juntos subieron la cuesta que conducía al pueblo. La canonesa, por su parte, había tomado apresuradamente del brazo a Bellah con el fin de impedir toda tentativa de Hervé. A poca distancia iba el guía bretón, teniendo en sus manos las de su hija y hablándole gravemente en el dialecto de sus antepasados.



El comandante dio una orden, y los soldados tomaron sus armas y formaron. Las mujeres montaron en los caballos preparados para ellas, y el destacamento, rodeándolas, salió del pueblo precedido por el guardabosque Kado. A fin de no dar motivo a habladurías, Hervé, siguiendo las instrucciones del general, debía evitar el paso por lugares poblados. Después de un rato, la pequeña columna se halló en medio de un bosque cortado por senderos.



SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO
EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO
EN SU DOMICILIO

INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS de DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO Nº 1790
BUENOS AIRES

Lea los viernes
en "INTERVALO"

MARY WORTH

GRATIS!

Recibirá las primeras lecciones. Señale el curso que le
interesa! Enseñamos por Correo desde 1915:

- Contabilidad Moderna Simplificada (aprenderá R.A.
PIDO a llevar cualquier contabilidad y llenar TODOS
los formularios del impuesto a los RADITOS).
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor.
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636

Buenos Aires

Nombre

Calle y Nº

Localidad Provincia

A los dos días de viaje,
en el que les ocurrieron
singulares peripecias,
llegaron al castillo seño-
rial de Kergant, que
ofrecía a la vista la for-
ma de un triángulo casi
regular, flanqueado en
cada costado por una to-
rrecilla.

Los cimientos se
hundían en los fosos lle-
nos de agua; pero su
puente permanente
reemplazaba el levadizo
y daba acceso a la en-
trada principal.



Otros edificios
que servían de
caballerizas y de
alojamiento para
los colonos y el
servicio cubrían
el espacio que se
extendía delante
de la fachada del
castillo, viniendo
a formar como un
vasto patio. En el
centro de este pa-
tio varios criados,
llevando...

...antorchas encen-
didas, pues los via-
jeros llegaron
al anochecer,
escuchaban respe-
tuosamente las ór-
denes que les daba
un hombre cuyos
años habían blan-
queado el cabello,
pero no vencido su
alta estatura, ni al-
terado los rasgos de
su rígido y varonil
rostro. Era el Mar-
qués de Kergant.



Andrea y Bellah echaron pie a tierra al mismo
tiempo, y el Marqués las abrazó a las dos a la
vez. Acercóse después la canonesa, y ésta también
estrechó en sus brazos a su hermano y le habló
en voz baja un instante. El anciano caballero se
aproximó a la sirvienta escocesa y le señaló el
castillo con la mano, inclinándose ceremoniosa-
mente. La Mac Gregor tomó el brazo de la cano-
nesa y dirigióse hacia la entrada del castillo.

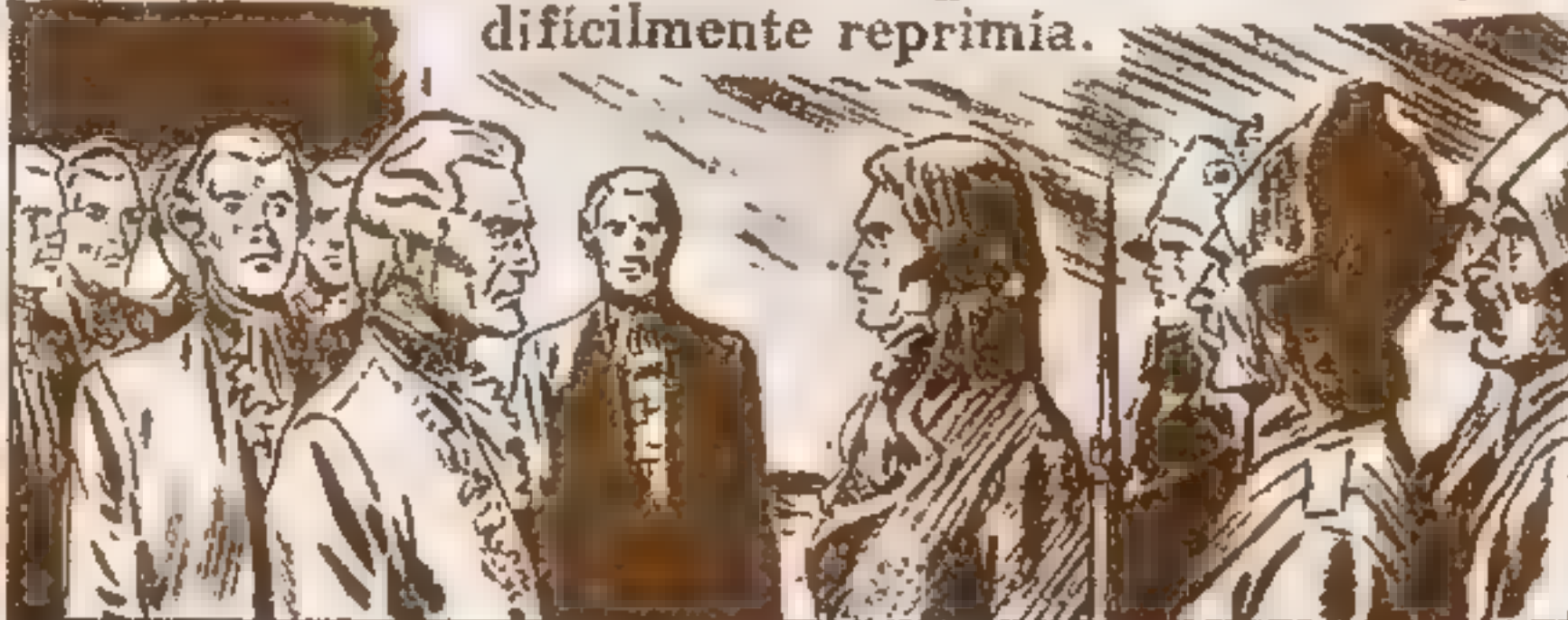


Disculpe, padre mío; pero no hemos venido solas; hay alguien... ¡Dios mío!... Alguien...

Anda, querida, el cuarto de tu hermano está preparado.



Andrea tomó la mano del Marqués y, al besarla, la mojó con sus lágrimas, y se retiró con su amiga. El Marqués de Kergant acompañó a las jóvenes hasta el puente. Allí se detuvo e hizo formar detrás de él a la servidumbre. En ese momento, el pelotón republicano entraba en el patio del castillo Hervé echó pie a tierra y avanzó hacia el Marqués, dominado por una emoción que difícilmente reprimía.



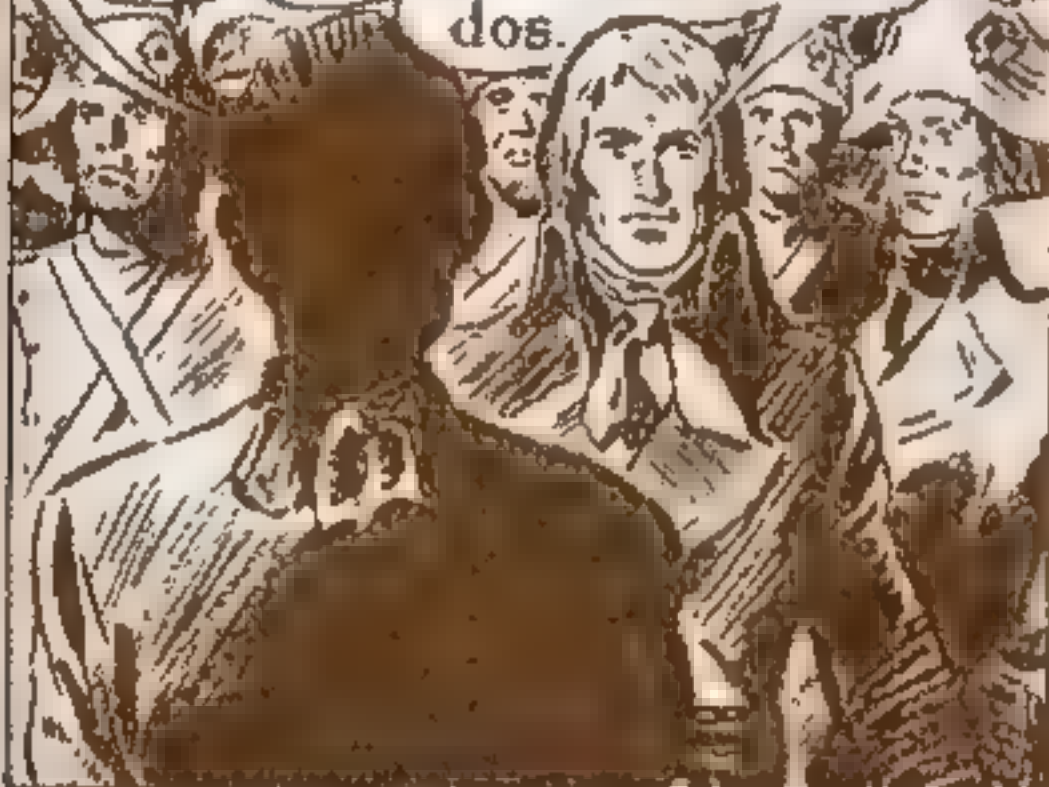
Señor, doy a usted las más expresivas gracias.

Deseo, señor, que me sean dirigidas con tan buena voluntad como yo quisiera merecerlas.



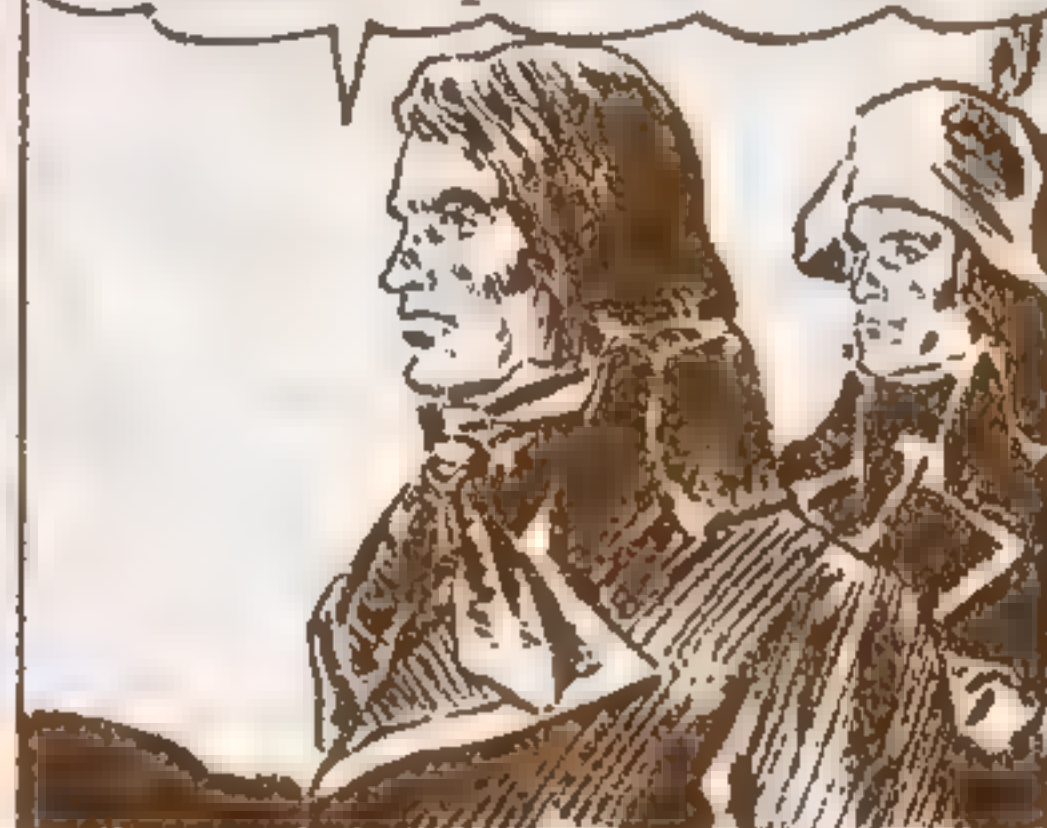
Permítame usted ofrecer al Conde de Pelven hospitalidad por una noche.

Señor, tengo que reclamarle el mismo favor para mi teniente y mis soldados.



He jurado que mientras yo viva no entrará en mi hogar ninguno de los verdugos de esta pretendida República, y creo excederme al consentir en darle alojamiento a usted en mi casa.

Usted no puede en serio suponerme capaz de aceptar semejante hospitalidad. Puesto que estoy en tierra enemiga, como soldado que soy, sé muy bien cómo se pasa la noche.



Luego, volviéndose hacia su gente, exclamó: —Vamos, muchachos; vivaquearemos juntos. Los granaderos contestaron con vivas al comandante y siguieron a su joven jefe, que se alejaba del castillo precipitadamente.



Apelando a los recuerdos, aun muy vivos, de su infancia, sobre aquellos lugares, el comandante Hervé hizo marchar su tropa por un dedalo de senderos que los condujo, después de algunos instantes de marcha, hacia un lugar apropiado para pasar la noche.



El comandante, después de observar, que sus tropas descansaban, alejóse y fué a sentarse en una piedraplanacomouna mesa, que tal vez hubiese servido a los druidas para sus sacrificios. Hervé se entregó a los recuerdos de su infancia, a sus primeros años de orfandad. De pronto le pareció ver una forma blanca dibujarse en las sombras de la noche. Incorporóse bruscamente, creyendo ser víctima de una alucinación. El fantasma se acercó, y el joven oficial reconoció a Bellah.



¡Tú aquí a estas horas!

¡Hervé! He venido... porque esperaba que los recuerdos de este sitio me protegerían. Como quiera que hayan sido estos dos años de separación...



Tales han sido que los daría por una hora del tiempo pasado.



MANDE USTED ahora mismo...

este cupón



CURSOS PROFESIONALES

- INGENIERIA MECANICA
- INGENIERIA ELECTRICA
- INGENIERIA QUIMICA
- ARQUITECTURA
- INGENIERIA CIVIL
- INGENIERIA DE CONSTRUCCIONES

CURSOS TECNICOS

- TECNICO EN RADIO Y TV.
(con tres equipos de práctica)
- TECNICO EN MOTORES DIESEL

- TECNICO ELECTRICISTA
- DIBUJO MECANICO
- ADMINISTRACION COMERCIAL
- QUIMICO INDUSTRIAL
- TECNICO EN CONSTRUCCION
- TOPOGRAFO
- PERITO MERCANTIL
- TORNERO
- CONTADOR
- LOCOMOTORAS DIESEL ELECTRICAS
- TECNICO EN DINAMOS Y MOTORES

- TECNICO MECANICO ELECTRICISTA
- REFRIGERACION
- PERITO MECANICO
- DIBUJO ARQUITECTONICO
- TECNICO TEXTIL

IDIOMAS

- INGLES (con discos)

ARTES DOMESTICAS

- CORTE Y CONFECCION
(con telos gratis)

Pida información sin compromiso hoy mismo. Recorte y envíe este cupón.

Nombre y Apellido.....
Dirección.....
Provincia..... Ciudad.....
Rama técnica que le interesa.....

A. I. 30-64-E

Av. de Mayo 1370 Buenos Aires Rep. Argentina

Tan pronto llegue a nuestro poder, tendrá Ud. a sus órdenes la organización NORTEAMERICANA de enseñanza por correspondencia más famosa del mundo entero.

El sistema de enseñanza de las ESCUELAS INTERNACIONALES facilita el aprendizaje EN EL PROPIO DOMICILIO DEL ALUMNO de más de 180 oficios y profesiones

Miles de estudiosos de todo el mundo han triunfado en la vida gracias a la enseñanza por correspondencia impartida por los profesores de las ESCUELAS INTERNACIONALES. Confíe Ud. también a ellas la responsabilidad de guiarlo por la ruta más directa al éxito.



ESCUELAS INTERNACIONALES de los EE. UU. es miembro
Integrante del NATIONAL HOME STUDY COUNCIL

INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS

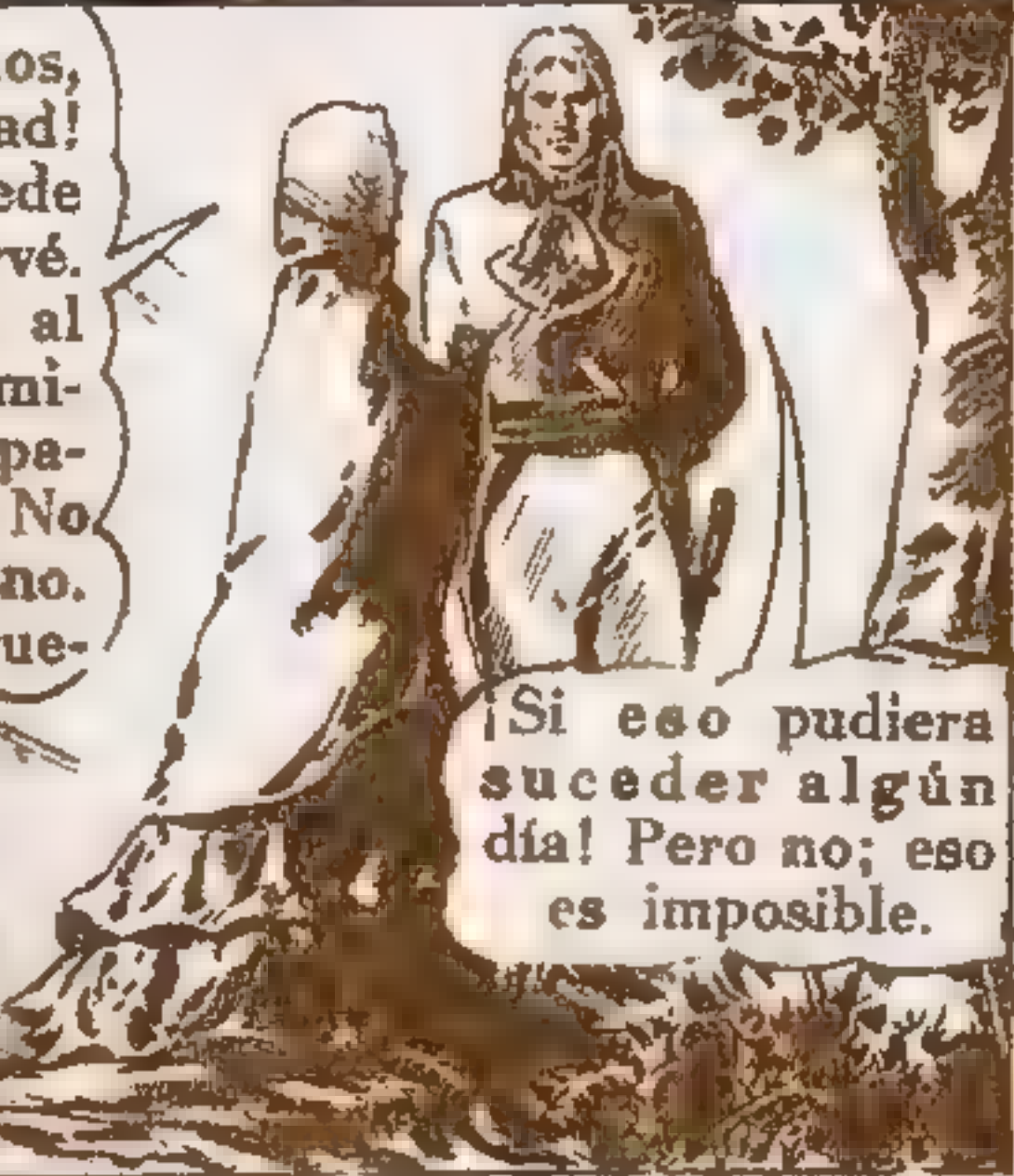
Filial en la Argentina

Av. de MAYO 1370.

- Bs. Aires

ESCUELAS
EN LOS 5
CONTINENTES!

Bendito sea Dios, si eso es verdad! Ese tiempo puede volver, Hervé. Puedes volver al seno de la familia, hallar un padre, hermanas. No me digas que no. Cede a mis ruegos.



¡Si eso pudiera suceder algún día! Pero no; eso es imposible.

Ese día ha llegado. Escúchame, Hervé. La guerra va a reanudarse; tengo motivos de sobra para afirmarte que nuestra causa triunfará.



Y agregó: --Te equivocaste de rumbo, Hervé; pero aun es tiempo para reconocer los errores, y no es posible que tus ojos se cierren a la evidencia... Vuelve a nosotros, Hervé... ¡Cuánto te vamos a querer! Es nuestro sueño. Todos pensamos en tenerle a nuestro lado, para defender nuestra bandera... Mi padre reconoce tus méritos militares y tu valor. Te hará justicia y se te dará un puesto importante en el ejército realista. ¿Quieres pruebas?



Al decir esto la joven sacó de su seno un papel y se lo entregó a Hervé; pero éste lo tiró al suelo. --Si yo hiciera traición a mis ideales, sería un miserable, digno del desprecio de mis enemigos, de mis amigos y del tuyo, Bellah. Con un movimiento brusco ella lo tomó del brazo y, mirándolo con ojos llenos de lágrimas, le dijo: -- ¿Del mío?



El gesto de Bellah, su acento, daban a aquellas palabras tal expresión, que Hervé sintióse penetrado hasta el fondo del corazón, como si los labios de su amada se hubieran posado sobre los suyos. Con mano temblorosa, tomó la de la señorita de Kergant, y ésta no la retiró. Mirándola arrobado, susurró:— Bellah, te amo con toda el alma. Mi vida de estos años, lejos de ti, ha sido un tormento; pero no puedo ni quiero engañarte. Mi deber, mi honor, mis ideas me impiden oír tus ofrecimientos. No podría vivir deshonorado, y es forzoso seguir hasta el fin, suceda lo que sucediere.



Al oír estas últimas palabras, la señorita de Kergant dejó caer con abatimiento su cabeza sobre el pecho y exclamó:— ¡Dios mío, Dios mío! Ya nada más puedo decirle, nada; comprendo que esto es irrevocable. Todo se acabó, ¡todo! Que Dios me perdone el haberle hablado en su nombre... He hecho intervenir el interés miserable de un corazón de mujer... Creí que obraba bien... ¡Desgraciada! ¡Esto es como un adiós supremo, eterno!



¡Bellah, querida Bellah, me destrozas el corazón!...

¡Mi deber, como el tuyo, será implacable!... ¡Adiós!



Bellah se alejó apresuradamente, pero con paso tan silencioso que su ida, como su llegada, parecía la callada visión de un ensueño. En cuando desapareció en uno de los senderos, el comandante se irguió, a fin de volver a ver, aunque de lejos, a la que tanto amaba. Le pareció oír que una voz de hombre respondía a la de Bellah. La idea de que la tentativa de la señorita de Kergant hubiese tenido un confidente y que un acuerdo diplomático o cosa así hubiera presidido el pasado por ella, lo impresionó desagradablemente.



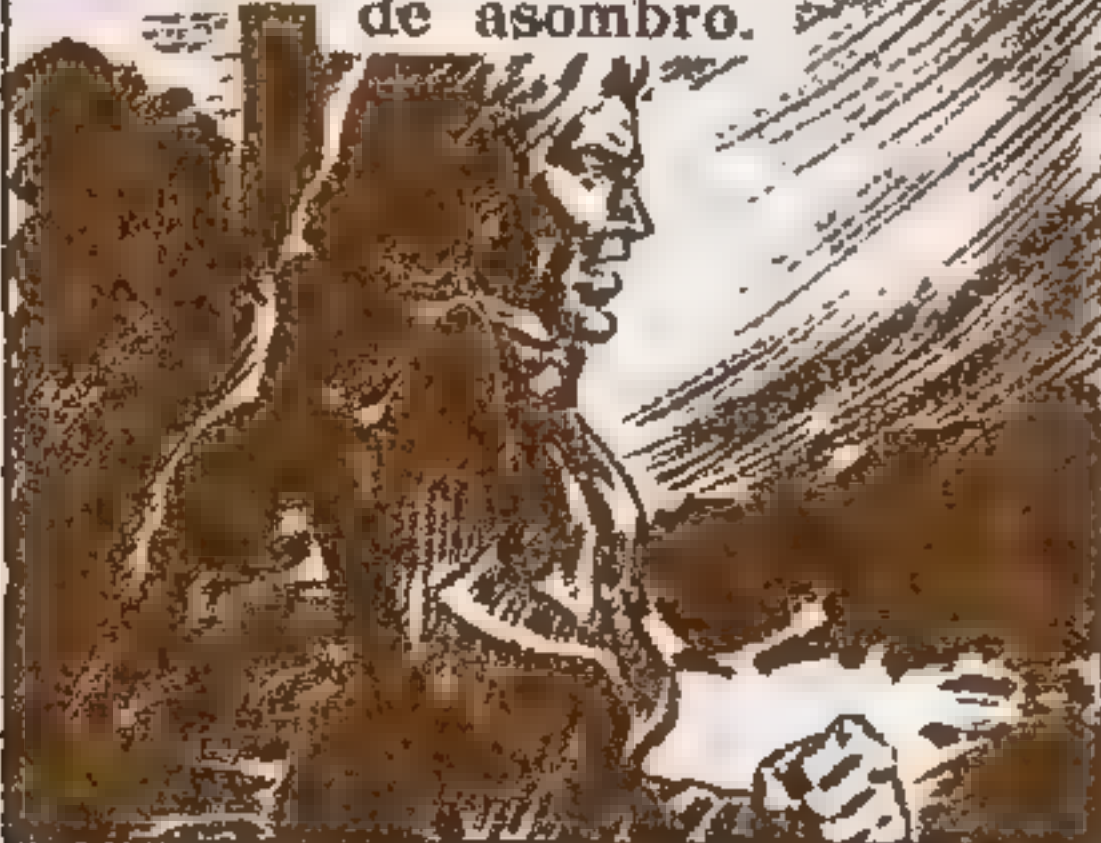
Tomó un sendero más directo, bajó la cuesta con precaución y pudo ver al lado de Bellah a un hombre cuya postura indicaba juventud y elegancia. La señorita de Kergant parecía contestar a las observaciones de su acompañante, y éste replicaba con mucha animación. Hervé siguió acechándolos y los siguió con el fin de reconocer a aquel hombre; pero, aunque apeló a todos sus recuerdos y forzó su memoria, no pudo dar nombre a aquel misterioso acompañante de Bellah.



Estaban ya a doscientos pasos del castillo, cuando el desconocido se detuvo bruscamente, pronunció palabras con vehemencia y tomó el brazo y la mano de la señorita de Kergant.



Hervé, oculto en un cerco, vió la escena, y, frenético de rabia y de celos, iba a precipitarse para abofetear al irrespetuoso escoltante de Bellah, cuando de pronto vió una cosa que lo llenó de asombro.



La señorita de Kergant se echó atrás, desprendióse de su acompañante, y a su vez le tomó la mano, se la llevó a los labios y se inclinó. Después siguió caminando hacia el castillo, seguida por aquel que acababa de ser objeto de tan extraordinaria merced.



Hervé, abandonando toda precaución y dominado por una cólera irresistible, avanzó rápidamente y gritó al desconocido que se detuviera. El misterioso personaje alcanzó a ver a Hervé y, reconociéndolo, apresuró entonces su marcha para evitar el encuentro. Lo consiguió y penetró en el recinto del castillo, adonde no podía seguirlo el oficial.

NUEVA EMPLEADA...



—Está bien, señor. Acepto el empleo, pero quisiera tomar antes las vacaciones...



Regresó éste al vivac y se acostó al lado de Francia. Los sucesos de aquella noche, que más parecían delirios de la fantasía, y las fatigas de la jornada acabaron por sumirlo en un pesado sueño, y...

...al alba le costó trabajo despertar. Momentos después de haberse marchado el pelotón republicano, Andrea llegaba, afanosa, al médano y, al verlo abandonado, dió un grito de dolor y, cayendo al suelo, lloró desconsoladamente, pensando en su hermano.



RINCÓN ALEGRE



—Señora... ¿Quedaría satisfecha si el gerente y su secretario se hicieran el "hara-kiri"?

El cuerpo principal del ejército republicano tenía entonces sus cuarteles en Vitré, en el límite de Ille-et-Vilaine y de la Mayena. El general en jefe, Lázaro Hoche, ocupaba, entre Rennes y Vitré, una casa de apariencia modesta, con aire de granja. Allí era esperado el comandante Hervé de Pelven; pero, precediéndolo, llegaron inquietantes noticias: los realistas habían roto la paz recientemente concertada; habían comenzado las hostilidades desde el bajo Maine hasta el fondo de la Bretaña, y al frente de los rebeldes estaba un Borbón.



Pero, con relación a Pelven, había algo más grave: se lo acusaba de traición. Una carta, enviada por uno de los agentes de la Convención en Inglaterra, decía: «La fragata inglesa Loyalty va a desembarcar en Bretaña a un Borbón, que parece ser el Conde de Enghien, hijo de Condé, o el Conde de Artois: este último es el más probable. Viaja disfrazado de mujer, en el séquito de la hermana y la hija del Marques de Kergant. El Oeste, incluso la Normandía, espera la llegada de este jefe para sublevarse.»



Acababa de recibir el general Hoche aquellos informes, cuando el ruido de una mano que golpeaba suavemente en la puerta interrumpió sus amargas reflexiones. Después de haber dado permiso para que entrasen, la puerta se abrió y dió paso al comandante Hervé de Pelven. El general avanzó hacia aquél al que tenía una hora antes por su mejor amigo y se puso a examinarlo como a un ser extraño, como si quisiera penetrar los más misteriosos pliegues del corazón de aquel hombre.



Luego exclamó, como si se hiciera esta reflexión en voz alta: —Jamás máscara de infamia se pareció tanto a la cara de un hombre honrado. El comandante Hervé se sonrojó hasta la raíz del pelo. —Veo, general, que estoy en el banquillo de los acusados. Pero creía poder esperar del general Hoche que la explicación precedería al ultraje. El tono del oficial y su continente quebrantaron la convicción del general.



Casi en seguida entró el teniente Francis llevando un paquete de cartas en la mano. Eran despachos que acababan de traer dos dragones de las divisiones Humbert y Duhesme. El general, después de palmear cariñosamente el hombro de Francis, abrió los partes y les dió una rápida lectura. Luego, tirando los papeles con violencia sobre la mesa, se dirigió a Francis en un tono que indicaba un furor difícilmente dominado.



Francis, en un minuto vas a dar un gran paso en la vida y adquirir una dolorosa experiencia. Aquí tienes al señor de Pelven, nuestro amigo común: míralo bien y acuérdate toda la vida de que debajo de esa fisonomía

oculta el alma de un espía y de un traidor.



¡No!

Se le ha mentido a usted, general.



—En tanto que la luz no se hizo, dudé —dijo el general Hoche—; pero es realmente imperdonable, señor de Pelven, cuando usted sabe que nosotros tenemos también nuestros espías, dejar pruebas tan comprometedoras como ésta. Al mismo tiempo ponía a la vista de los oficiales un papel arrugado y manchado de barro, sobre el cual estaba escrito: «Salvoconducto al Conde Hervé de Pelven, mariscal de campo en el ejército católico y real» Firmado: Charette. Hervé miró a Francis y balbuceó el nombre de Bellah.



General, ante Dios y por mi honor, soy inocente. Ese salvoconducto es auténtico, pero nunca lo acepté.



Usted no es un niño, señor de Pelven, y sabe perfectamente qué fin puede tener este asunto. ¿Desea que acabe aquí, entre los dos, o debo convocar a consejo de guerra?



No deseo otro juez que usted, general.

Declaro que no hallaría otro mejor dispuesto. Pero, antes de seguir adelante, desearía vivamente que me dijese el nombre del Borbón que ha desembarcado disfrazado de mujer, confundido en el séquito de los parientes de usted y por usted protegidos.



A esta pregunta, concisa y perfectamente definida, contestó Hervé con una cara de tal estupidez y atontamiento, que el general no pudo contener una débil sonrisa. —¡Estaba seguro de ello, mi general; hubiera apostado veinte veces mi cabeza! —gritó Francis—. ¡Es inocente como el mismo Dios, general!



Verdaderamente, general, no sé..., no comprendo nada de lo que usted me dice.

¡Es inocente!



Ya ve usted, comandante, que Francis le ha devuelto su estimación.

«Por lo menos —agregó el general Hoche—, resulta culpable de excesiva imprudencia, y el hecho es que, debido a usted, tenemos ahora a un Borbón al frente del enemigo.» Las revelaciones del general iluminaron al comandante, y rápidamente se dió cuenta de todo lo ocurrido. Recordó la exagerada reserva de la sirvienta escocesa, la insistencia de Bellah y el carácter misterioso del individuo que había seguido a la señorita de Kergant en su excursión nocturna.

Mi general, veo que he sido torpemente engañado, que he sido juguete de esa gente.



Suponga que acepte la responsabilidad de dejarlo en libertad, ¿qué uso haría usted de ella? Por el momento no puedo darle mando. ¿Qué haría?

Me iría directamente al cuartel general de los chuanes, puesto que tienen príncipe. Tomaría mi nombre y mi título, pues necesito del privilegio que ellos me dan para pedirle cuentas al héroe de esta comedia representada a mis expensas.



¡Por vida mía! Hervé, ésa es una locura, pero me gusta. Estando en su lugar, yo haría lo mismo.

Algunos instantes más tarde, Hervé y Francis galopaban en dirección a Rennes; pero, al cabo de dos leguas, Hervé tuvo que tomar un camino a campo traviesa, a fin de evitar la ciudad. Allí se separaron los dos amigos, poco antes de la puesta del sol, el uno para volver al lado del...

...general Hoche, el otro para correr nuevas y azarosas aventuras a las que lo empujaban, contra todos los consejos de la prudencia, los sentimientos fogosos del hombre ultrajado y del amante celoso.



Al día siguiente, cuando el crepúsculo vespertino tendía ya sus sombras sobre el paisaje, Hervé desembocó en la larga alameda secular que servía de acceso al castillo de Kergant. Hacia la mitad de la avenida, puso pie en tierra y ató su caballo a un poste de una barrera que impedía la entrada en un prado; cruzó este campo en dirección diagonal y, después de haber saltado un foso, hallóse en un vasto jardín que extendíase paralelamente al ala izquierda del castillo.



De repente le pareció oír un ruido extraño; detúvose, aecchó y alcanzó a ver a poca distancia a una mujer de porte elegante envuelta en una capa con capucha. Cerca de ella y apoyado en un árbol estaba un hombre que de vez en cuando se inclinaba para hablar. —Ya sabe —decía el desconocido, con acento de suavidad acariciadora— que mi existencia está absorbida por grandes y terribles deberes; si los descuidase, usted sería la primera en reprochármelo...



—Sí —interrumpió la mujer, con voz ahogada por la emoción o por la prudencia—; sí, pero no hay que engañarme, ¿verdad? Usted no sabe, no puede saber lo que sufro cuando ese pensamiento me asalta, y todo lo que después acude a mi imaginación... El desconocido contestó: —Eso no tiene motivo de ser... La desconozco. Usted, la del corazón tan intrépido y el alma tan valiente, se deja abatir ahora por presentimientos pueriles.



Me volvería a reconocer si me engañase, se lo juro, Flor de Lis.

Así me gusta. Por esto, niña altiva y amada, la quiero tanto.



Las palabras del hombre y el tono con que fueron pronunciadas parecieron consolar a la joven. Abandonó su mano a aquel al que llamó Flor de Lis y empezó a hablarle muy animadamente, pero en voz tan baja que sólo podía oírlo él. Luego, como acometida de repentino temor, se levantó bruscamente, y juntos volvieron al castillo.



En cuanto pasaron el puentecillo, el intruso que había asistido a esta cita amorosa y misteriosa, abandonó su escondite y guardó la pistola que llevaba en la mano. «¡No es mi hermana! — se dijo —. ¡Es ella! Hay que esperar.»



Esa misma noche, el comedor del castillo de Kergant, pieza muy espaciosa, ofrecía animado aspecto, con unos veinte comensales. La señorita Andrea de Pelven ocupaba la derecha del Marqués de Kergant, mientras que la canonesa hallábase sentada a la izquierda de su hermano. La señorita Bellah de Kergant ocupaba el centro de la mesa, y a su lado, el joven al que había visto Hervé con ella. En un extremo velase a Alicia.



La comida iba transcurriendo muy animadamente, cuando Bellah se puso de pie, muy pálida, y, con expresión de estupor, se dirigió hacia el ángulo del comedor donde se hallaba la puerta de entrada. Intrigado, el señor de Kergant se volvió con rapidez y vió al comandante Hervé vestido con uniforme republicano. Al mismo tiempo lo descubría Andrea, que no pudo reprimir un grito.



—Señor Marqués —dijo en seguida Pelven—, vengo a pedirle hospitalidad. Por motivos que le será fácil adivinar, no hay seguridad para mí ahora en las filas republicanas. Advertido a tiempo de lo que me esperaba, he creído que sería locura y no valor exponerme a ese fin, y, puesto que soy un proscrito, vengo a unirme con los que también lo son.



Todos los comensales escucharon sus palabras con penosa impresión y la vista fija en el Marqués. —Señor de Pelven... —dijo el señor de Kergant, dando un paso hacia el comandante; pero, en vez de terminar la frase empezada solemnemente, tomó de pronto al joven y lo estrechó entre sus brazos, exclamando con voz emocionada: —¡Hervé, hijo mío, bien venido seas!



Este recibimiento, que Hervé no había esperado, lo trastornó y sintió profundos remordimientos al pensar en el doble papel que estaba representando; pero su mirada se cruzó con la del personaje que la señorita de Kergant tenía a su lado, y en seguida se dominó, recobró toda su firmeza y se juró cumplir su resolución hasta el último extremo.



«Grandes Obras de la Literatura»
la lectura que elige la familia

INGLES

Con discos, por correspondencia



El más moderno sistema de enseñanza. Preparado y grabado por eminentes profesores que estarán a su lado día y noche para enseñarle el idioma clave para triunfar en el comercio y la industria.

Asegúrese un mañana triunfal, iniciando hoy un estudio seguro y eficiente. El precio es bajo y se paga en cómodas cuotas mensuales.

Solicítenos más detalles enviándonos este cupón.

ESCUELAS INTERNACIONALES de los EE. UU. es miembro integrante del NATIONAL HOME STUDY COUNCIL

INTERNATIONAL CORRESPONDENCE SCHOOLS

Filial en la Argentina

Av. de MAYO 1370

Bs. Aires

ESCUELAS
EN LOS 5
CONTINENTES

CURSOS PROFESIONALES

- INGENIERIA MECANICA
- INGENIERIA ELECTRICA
- INGENIERIA QUIMICA
- ARQUITECTURA
- INGENIERIA CIVIL
- INGENIERIA DE CONSTRUCCIONES

CURSOS TECNICOS

- TECNICO EN RADIO Y TV (con tres equipos de práctico)
- TECNICO EN MOTORES DIESEL

- TECNICO ELECTRICISTA
- DIBUJO MECANICO
- ADMINISTRACION COMERCIAL
- QUIMICO INDUSTRIAL
- TECNICO EN CONSTRUCCION
- TOPOGRAFO
- PERITO MERCANTIL
- TORNERO
- CONTADOR
- LOCOMOTORES DIESEL ELECTRICAS
- TECNICO EN DINAMOS Y MOTORES

- TECNICO MECANICO ELECTRICISTA
- REFRIGERACION
- PERITO MECANICO
- DIBUJO ARQUITECTONICO
- TECNICO TEXTIL

IDIOMAS

- INGLES (con discos)

ARTES DOMESTICAS

- CORTE Y CONFECCION (con telas gratis)

Pida informes, sin compromiso hoy mismo. Recorte y envíe este cupón.

Nombre y Apellido.....

Dirección.....

Provincia..... Ciudad.....

Rama técnica que le interesa.....

Av. de Mayo 1370 Buenos Aires Rep. Argentina

El joven comandante comprendió que tenía ante sus ojos al jefe misterioso, al enemigo y rival a quien había ido a buscar, al héroe realista al que daban el nombre de Flor de Lis.

Era un hombre de varonil apostura y de exterioridad muy simpática; podía tener veinticinco o treinta años; unos rizos negros orlaban su noble frente, y su nariz aguileña completaba la armonía de todos aquellos rasgos.



El Marqués, volviéndose hacia sus invitados, les dijo: — Señores, aquí tienen al hijo del Conde de Pelven. Fué arrastrado por errores de juventud a la causa revolucionaria, error que ha sido compartido desgraciadamente por muchos nobles. Aunque tarde, ha reconocido su falta, y circunstancias que ustedes conocen han venido a romper las cadenas que su pundonor excesivo había labrado. Les ruego que lo acojan como a hombre de corazón y como al hijo de mi afecto. Los convidados levantaron sus copas en honor de Hervé.

La señorita de Kergant se levantó de la mesa, y todos los convidados la imitaron. Tomó la mano que le ofrecía Flor de Lis, y todos pasaron a un salón decorado con retratos de familia. Hervé, al encontrarse en presencia de las venerables figuras de sus antepasados, testigos de su infancia, no pudo reprimir un sentimiento de amargura. Se acercó a una ventana y permaneció allí pensativo. Luego vió que Bellah se acercaba.



Hervé, ¿qué vienes a hacer aquí?

Habría preferido la muerte antes que poner los pies aquí si hubiese podido sospechar lo que iba a ver y a oír.



—¿Es un enigma?

Hace una hora estaba en el bosque de pinos...



—¿En el bosque de pinos? — repitió la joven, contestando a la mirada acusadora con otra muy inocente y tranquila. La voz de su padre, que la llamó, cortó este coloquio.



El tono de las palabras de Bellah y su aspecto inocente, sumieron en dudas a Hervé y pensó en la posibilidad de una confusión, de una coincidencia fatal que acusaban a su compañera de infancia. Entregado estaba a estas reflexiones, cuando sintió que alguien pasaba a su lado, rozándolo. Era Alicia. Como un relámpago cruzó por su imaginación la idea de que fuese la misteriosa dama que estaba con Flor de Lis.



Miró luego al centro del salón y vió a Bellah cortejada por la supuesta Alteza que hospedaba el castillo de Kergant. El héroe realista desplegaba todos los recursos de su talento para ser agradable a Bellah.

Despertaron nuevamente sus celos y su cólera. Se acordó del verdadero objeto de su venida al castillo y acusóse de no haber abandonado su papel fingido y de no haber arrojado la careta.



Se acercó sin afectación a su rival y le dijo:— Señor, ¿me haría el favor de concederme unos minutos para hablarle, antes de comprometerme por la causa que usted tan bien representa? No creo equivocarme, señor, atribuyéndole toda la autoridad necesaria para pronunciarse sin apelación en todo lo que me concierne.



La mirada escrutadora del héroe de la causa monárquica no había cesado, mientras hablaba Hervé, de estudiar su rostro y el tono de sus palabras, y una sonrisa de expresión muy singular apareció en sus labios cuando le contestó:— Estoy a sus órdenes, señor de Pelven, y usted se anticipa a mis deseos... La noche es magnífica. ¿Le gustaría un paseo por el jardín? Hablaremos allí libremente.



Juntos cruzaron el puente sobre los fosos y se hallaron en el jardín del castillo. Por acuerdo tácito siguieron caminando rápidamente, como si no hallasen lugar bastante solitario para la explicación que se preparaba y de la cual cada uno de los dos había medido el alcance.



Se acercaban al bosque de pinos, cuando un ruido de pasos precipitados se oyó detrás de ellos. Detuvieronse. Segundos después apareció la señorita de Kergant, quien les dijo con voz entrecortada:— Perdón, señores; señor Hervé, necesito hablarle. Flor de Lis saludó respetuosamente y, alejándose se internó en el bosque. La señorita de Kergant dio algunos pasos en el jardín, llevando a Hervé a un sitio en el que no podían ser oídos por nadie.



Hervé, lo que pretendes no es posible...

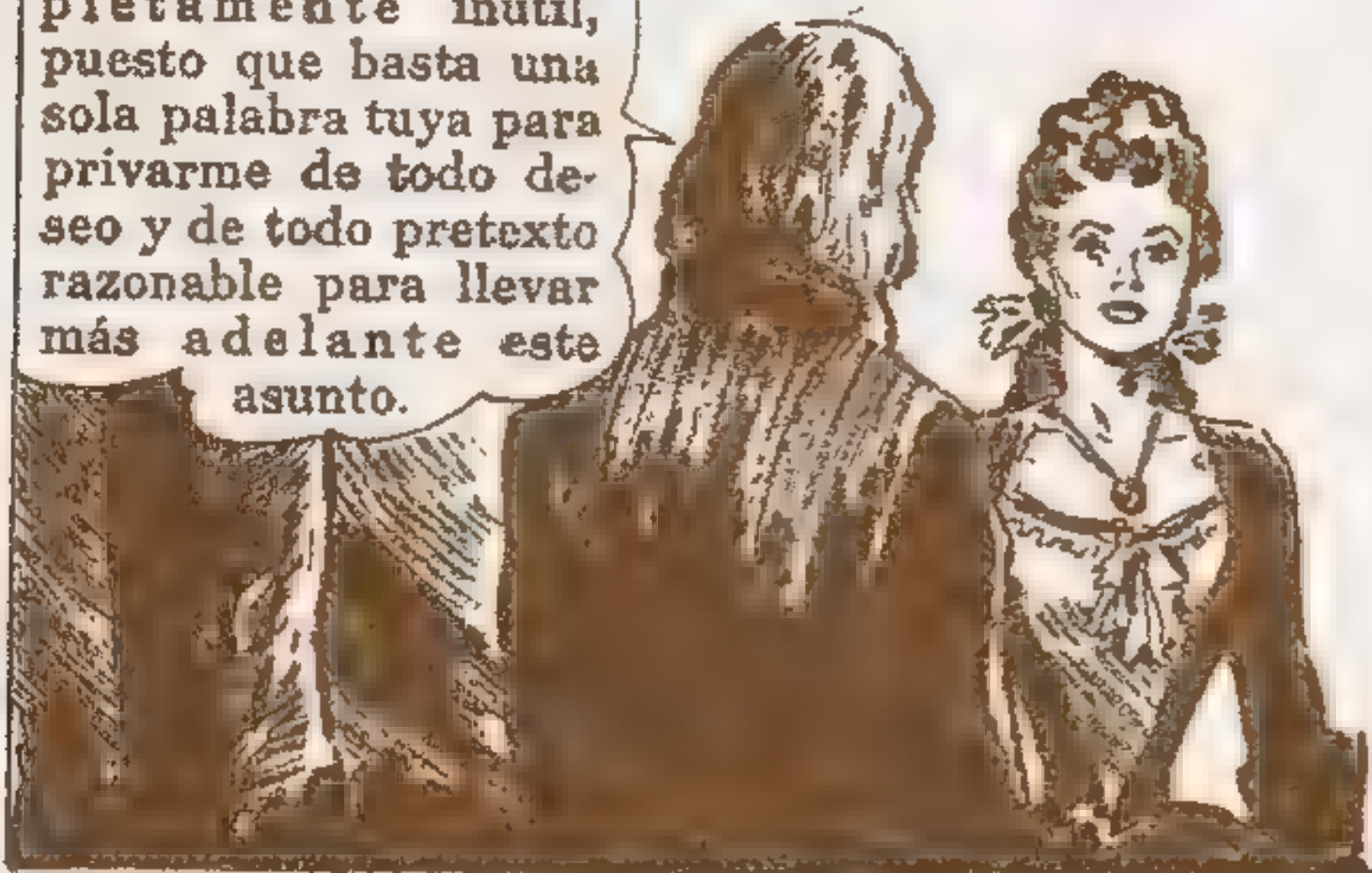
¿Qué quieres decir? Te engañas acerca de mis propósitos.



No, y tampoco se engañó Flor de Lis; pero no lo consentiré, aun cuando tenga que ir a decírselo a mi padre. Hervé, no me obligues a ese terrible recurso, te lo ruego.



Ese recurso es completamente inútil, puesto que basta una sola palabra tuya para privarme de todo deseo y de todo pretexto razonable para llevar más adelante este asunto.



«Pero óyeme bien —agregó—: si rehusas decir esa palabra, no te quedará, te lo juro, más remedio que entregarme por tus propias manos a la muerte, pues ya conoces a tu padre. Bellah, la mujer que he visto hace una hora aquí, en los brazos de ese joven..., esa mujer, vamos, habla, ¿quién es?» La señorita de Kergant estuvo a punto de desmayarse.

Permaneció unos instantes con la cabeza baja y sin contestar. Al fin habló sin levantar los ojos del suelo.

Esa mujer era yo.

¡Tú! ¡Dios mío! Quiero oír de tus labios esa confesión... ¿Ese hombre es tu amante?



¡Sí, mi amante!

Está bien. Adiós.



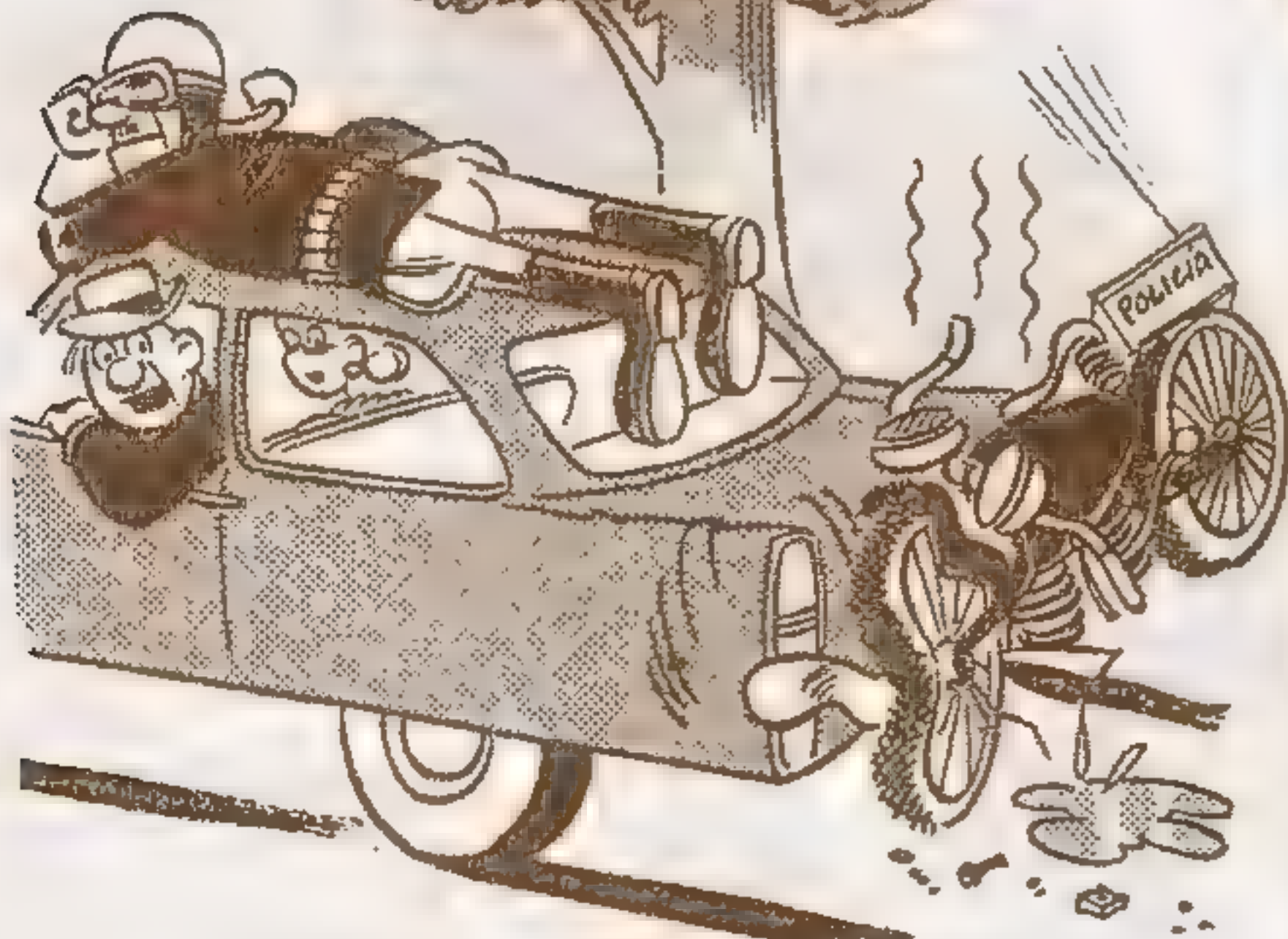
¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué pretendes?... ¿Qué voy a decir a mi padre?

Todo lo más abyecto que se te ocurra de mí se lo dices. ¡Qué me importa! Tu boca no puede ya manchar nada. Adiós.



Y al acabar estas palabras, Hervé se desprendió de la mano que agarraba la suya y se alejó rápidamente, en tanto que la joven, enloquecida, caía de rodillas, el pecho lleno de sollozos, pareciendo la imagen de una suplicante al pie de un altar antiguo.

MOMENTO HUMORISTICO



— Su sirena sigue tocando. ¿Adónde se habrá metido?



— Me gustaría que no hicieras ejercicio cerca de la cocina. Acaba de caer un poco de revoque dentro de mi sopa.



Pelven franqueó la brecha del talud que separaba el jardín de la pradera vecina y se internó en la sombría alameda, a cuya extremidad y en una barrera había dejado su caballo atado. Después de algunos instantes de meditación amarga, irguió su frente enérgicamente y montó en él, como dispuesto a desafiar al destino. Contra toda previsión, su empresa loca no había salvado ni su amor ni su honor y le dejaba la vida.



Se alejaba del castillo cuando creyó oír la marcha acompañada de una tropa. Antes de que pudiera evitarlo, se vió rodeado de bayonetas y sintió la punta de un sable sobre su pecho: — ¡Quienquiera que seas, ríndete! — exclamó una voz imperiosa. Era Francis, que iba al frente de un destacamento.



Hervé fué recibido por los suyos con gran alegría. Contó a Francis el fracaso de su empresa, y éste le refirió el motivo de que se encontraran por aquellos lugares. El ejército republicano había abandonado sus cuarteles: el cuerpo principal estaba ya en Ploërmel; tres batallones, entre los cuales se contaba el que mandaba Hervé, habían llegado en reconocimiento hasta una pequeña ciudad no lejana de allí. Circulaba el rumor de que las fuerzas realistas estaban concentradas un poco más hacia el Norte, en Pontivy.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

En tanto seguía la guerra, Flor de Lis se encargó de ejercer, por medio de sus espías, una rigurosa vigilancia sobre el castillo, a fin de impedir cualquier agresión de los republicanos. Y en el castillo la vida se reanudó como en el pasado, y se dio así la ilusión de la seguridad de otras épocas; pero esta calma ficticia no engañaba a nadie; crueles preocupaciones traslucíanse en las palabras y aun más en el silencio de cada uno de sus habitantes.

Bellah se hallaba en su alcoba, en actitud meditativa, apoyado su brazo en el respaldo del sillón, la mirada perdida en el vacío. Saliendo de su abstracción fué a sentarse delante de una mesita que servía de base a una elegante biblioteca de ébano esculpido. Sacó un libro forrado de terciopelo, cerrado por un broche en forma de cruz; arrancó una hoja de ese álbum y se puso a escribir nerviosamente.



«Hervé, hermano mío, no pienso volver a verte. ¡Tu desprecio — bien injusto, Dios lo sabe — me mata! Mi vida entera fué consagrada al deber: para cumplir mi obra, voluntariamente quedó manchada. ¡Te mentí, Hervé, te mentí! Y no debo excusarme de esa mentira: las faltas que el deber exige quedan al nivel de las virtudes.

Dependía de mí impedir el incidente que preveía entre tú y ese joven. Tuve que impedirlo a cualquier precio. No hay existencia más preciosa y necesaria que la de ese hombre para los amantes del Rey...» En estos términos siguió Bellah escribiendo lo que venía a ser como una confesión, que sólo conocería Hervé en caso de que ella muriera.



De pronto, la puerta se abrió, y Flor de Lis entró en la habitación. La señorita de Kergant no pudo dominar su sobresalto y se levantó. El joven, cerca de la puerta, detúvose y saludó ceremoniosamente. — Dígnese excusarme, señorita — dijo —. Ya puede suponer que una causa cualquiera no me hubiera hecho dar este paso que la ofende. Estoy a punto de tomar una resolución suprema y necesito consultarla sin demora.



La suprema resolución a que se refería Flor de Lis era nada menos que el abandono de la causa del Rey. En realidad, detrás del misterio de su figura no se ocultaba un presunto heredero del trono de Francia, aunque llevaba en sus venas sangre real. No pasaba de ser un aventurero con suerte, cuyo genio militar utilizaban los realistas, disimulando su origen espurio. Y, en vísperas de una gran batalla, cansado de recibir por premio sólo ingratitudes, quería asegurarse el amor de Bellah.

Usted lo puede todo, Bellah. No hay abnegación de que no me sienta capaz, no hay afrenta que no soporte si llego a ser su esposo.



Desde que la conozco, Bellah, ninguna gloria, ninguna fortuna he envidiado que no sea para ponerla a sus pies. Su amor siempre fué mi mayor anhelo. Usted me lo negó, y el vértigo apoderóse de mí. Para olvidarla tengo que ser un gran culpable o un gran hombre.



La señorita de Kergant había juntado sus manos, como dominada por un éxtasis. — ¡Oh! — dijo con voz muy baja. Se acercó a Flor de Lis, tendiéndole la mano y díjole con una sonrisa y una dulzura casi divina: — Si esta mano débil debe pesar tanto en la balanza de los más altos destinos, la pongo en la

suya con orgullo.



Si su padre consiente, Bellah, el mismo sacerdote que bendecirá nuestras armas esta noche antes de la partida, puede bendecir nuestra unión.

El plazo es muy breve, pero hable a mi padre. No desmentiré lo que le diga. Vaya, Flor de Lis.



Cuando Flor de Lis llegaba al final del largo corredor, volvió la vista atrás, pues parecíale haber oído ruido de pasos. Nada vió.

Con todo, lo seguían. Una mujer, una sombra irritada y vengadora, se destacó de las tinieblas y bajó detrás de él la escalera que iba a parar al vestíbulo del castillo. Mientras se hacía introducir en la sala para hablar con el Marqués, la sombra desapareció en la oscuridad de la avenida.



Habían transcurrido pocos minutos cuando un grito penetrante y prolongado, que parecía proceder del cuarto de Bellah, despertó de pronto a Andrea, cuya habitación estaba separada de la de su hermana adoptiva sólo por un tabique. Levantóse presurosa y acudió. Bellah, fría como la muerte, estaba tendida en el suelo. Pronto acudió gente y se llenó la habitación. Mientras el señor de Kergant, ayudado por la canonesa, intentaba reanimar a la joven, Andrea vió sobre la mesa la carta que la llegada de Flor de Lis había interrumpido, recorrió algunas líneas y la guardó en su seno.



Esa misma noche, una joven, montada en un caballo bañado de sudor, se presentaba en los puestos avanzados republicanos y pedía ser conducida a presencia del general en jefe. Desde la víspera el Estado Mayor se había trasladado a tres leguas poco más o menos de Kergant. En cuanto oyó las primeras palabras que la joven le dirigió, el general hizo llamar al comandante Pelven. Después de una conferencia de media hora, la misteriosa amazona regresó por el camino por el que había venido.



Empezaba a amanecer, y Pelven seguía encerrado con el general en jefe, cuando se le anunció la llegada de un aldeano medio idiota que varias veces fué intermediario entre el joven comandante y su hermana. El aldeano entregó a Hervé un sobre cerrado con mucho cuidado. Contenía dos líneas de Andrea y la carta inacabada de Bellah.



Era media noche, y la boda iba a celebrarse. Ante la pequeña balaustada que rodeaba las gradas del altar, Flor de Lis y Bellah se hallaban arrodillados; el celebrante, anciano de cabellos blancos, extendía sobre la cabeza de los novios su mano, que lucía el anillo episcopal. El Marqués estaba a pocos pasos de su hija; su hermana, la canonesa, a su lado. Andrea arrugaba en su mano nerviosa el velo nupcial, con una rara expresión de cólera y de impaciencia. Un poco más lejos, Alicia, la mirada fija, el rostro contraído. Hubiérase dicho que prestaba atención a un ruido lejano.



El momento de la unión irrevocable de los esposos había llegado. Pero, de pronto, el joven general dejó escapar la sortija simbólica, que fué a caer sobre las gradas del altar: su nombre acababa de ser lanzado fuera de la capilla por una voz de acento lamentable. El joven salió corriendo, seguido por todos. Fuera, los soldados ayudaban a echar pie a tierra a un jinete ensangrentado que apenas podía sostenerse. Se le dijo que Flor de Lis se hallaba delante de él; lo miró con terrible fijeza y balbució: —¡Traicionado!— y cayó muerto a los pies del jefe.



En el mismo instante y como confirmación de la única palabra de aquel desgraciado, un golpe sordo y profundo oyóse a lo lejos. El mismo ruido, parecido al eco de una tempestad subterránea se hizo oír varias veces. —¡Es el cañón! —dijo Flor de Lis—. ¡Nuestro ejército ha sido atacado! ¡A las armas!



Los ruidos de la fusilería, mezclados a clamores confusos y lamentos, llegaban hasta el castillo y cada vez con mayor claridad. A intervalos, la gran voz del cañón tronaba a lo lejos, dominando los ruidos más cercanos.

Disparos aislados sucedieron al tiro continuo; después se oyó la trepidación del suelo ocasionada por una carrera precipitada, y se vió desembocar en desorden una bandada de chuanes; tras ellos la masa regular y compacta de los republicanos, a cuyo frente avanzaba, sable en mano, el comandante Hervé.



Al pie del castillo, alumbrado por las reverberaciones del incendio, el combate siguió con mayor violencia. Los golpes se daban con mano más segura y más rápida.



Hervé consiguió al fin llegar al centro de la explanada, abriéndose paso a sablazos, hasta encontrarse frente a frente con Flor de Lis.



Los dos jóvenes dieron un grito al reconocerse; las hojas de sus armas chocaron; en el primer encuentro la espada de Flor de Lis se rompió. En ese momento supremo, la forma vaga y blanca de una mujer apareció en una de las ventanas de la capilla.

—¡Hervé! —gritó con voz penetrante, que dominó el fragor del combate—. ¡Maten a mi padre!



El brazo extendido de Hervé quedó en suspenso; sus ojos dejaron de mirar a su enemigo desarmado. Vió a pocos pasos al Marqués de Kergant apoyado en la pared, rodeado de un círculo amenazador de granaderos. —¡Muchachos! —grito Hervé, corriendo hacia el grupo—. ¡Salven a ese anciano!



Terminaba estas palabras cuando un pistoletazo estalló detrás de él y cayó dando un gemido.

Flor de Lis, después de cumplir este acto de odio y venganza, arrojó su pistola y recogió del suelo el sable de su adversario; pero el teniente Francis, que había presenciado la escena, apuntó al jefe realista y disparó gritándole: — ¡Cobarde! Flor de Lis cayó con el pecho atravesado por una bala. Quizá, antes de cerrar los ojos para siempre, recordase las palabras de Alicia en el jardín, cuando ella le dijo que si la engañaba la conocería y sabría de lo que era capaz.



Los granaderos redoblaron sus esfuerzos para vengar a su comandante, al que retiraron con vida. Y en el patio, junto a la entrada de la capilla, siguió la lucha, terrible, feroz, hasta que, acorralados, los chuanes se internaron en el templo, donde continuaron defendiéndose hasta ser aniquilados, en...



...tanto las mujeres se habían refugiado en la cripta, de donde los republicanos, triunfantes, las sacaron al final de la contienda, con las mayores consideraciones.



Entrada ya la mañana, en una de las habitaciones del castillo, un viejo cirujano, de uniforme, ponía en orden el arsenal imponente de su profesión, cerca del lecho donde estaba el herido al que acababa de operar, y que no era otro que el comandante Hervé. Este preguntó por su hermana al sargento que le servía de enfermero, quien le contestó: —Repónese a ojos vistas, comandante. Todo el mundo en la casa parece tomar nuevamente gusto al pan...

Francis entró en ese momento. El herido volvió a él sus ojos con ansiedad interrogante. Y, como Francis sabía lo que aquella mirada de su amigo significaba, se acercó a él con un gesto tranquilizador y sonriente para decirle:

—Comandante, la señorita Bellah está completamente bien desde que el doctor le garantizó la curación de usted...



—No garantizo nada —interrumpió bruscamente el viejo cirujano— si no se callan y dejan descansar al herido. Media vuelta..., ¡y basta de charla! El sargento y Francis salieron del cuarto en puntillas, y Hervé no tardó en dormirse profundamente, con el corazón tranquilo: había llegado a tiempo para evitar el sacrificio de Bellah, tenía el convencimiento de que ésta lo amaba y ahora ya no rehusaría el ser su esposa. Por añadidura, con la toma del castillo de Kergant y la muerte de Flor de Lis había vengado la burla que de él hicieron, a la vez que ganaba la confianza de los defensores de la República.

FIN



PAGINA ALEGRE



—¡Despierta, Gustavo! ¡Hay alguien que quiere hablarte!



—No discutamos quien va a pagar la cena, mitad cada uno y listo.



—Si tuviera que vivir mi vida nuevamente, volvería a casarme con mi mujer.



—Qué clima más húmedo, ¿eh?



La conversación de las tres mujeres había decaído un poco, tal vez a causa de la hora crepuscular que llenaba de sombras el jardín. No sé la razón —dijo Rosa—, pero el atardecer me pone triste.

DON PERFECTO

por MARIA ALICIA DOMINGUEZ

DIBUJOS
JORGE PEREZ DEL CASTILLO

—A mí también —confesó su hermana Mónica. Y Herminia, la menor, guardó silencio como siempre que las mayores afirmaban algo, para darles la seguridad de que estaba de acuerdo con ellas.



Rosa volvió a su tejido, Herminia retomó su bastidor y Mónica quiso encontrar a Bécquer en el poema en que lo había dejado "al pie de un altar".

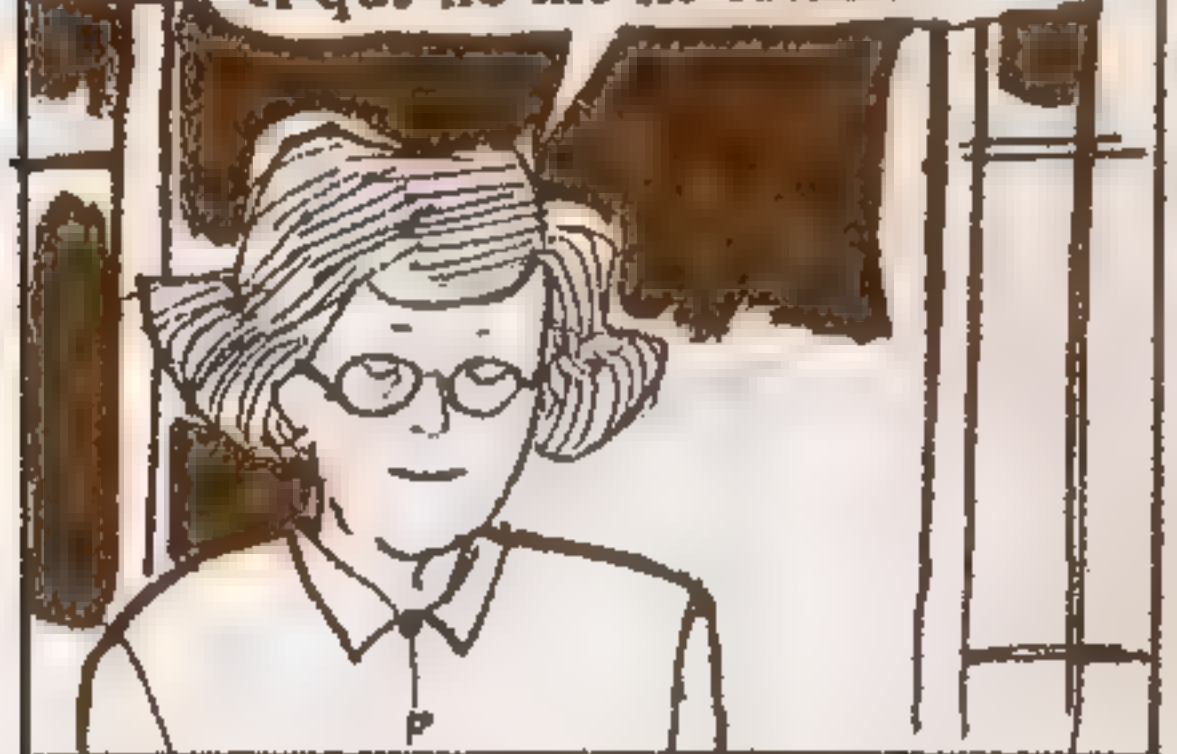


Sin advertirlo leyó en voz muy baja: "Pero mudo y absorto y de rodillas..."



—Como se adora a Dios ante su altar —como yo te he querido, desengáñate—. Así no te querrán. Después miró a las hermanas. Herminia, dijo:

Esos versos explican el motivo por el que no me he casado.



—Necesitaba un hombre así, un hombre que me dedicara un altar.

Lo que yo anhelé sin conseguirlo.

Ese libro me lo dio un hombre que...



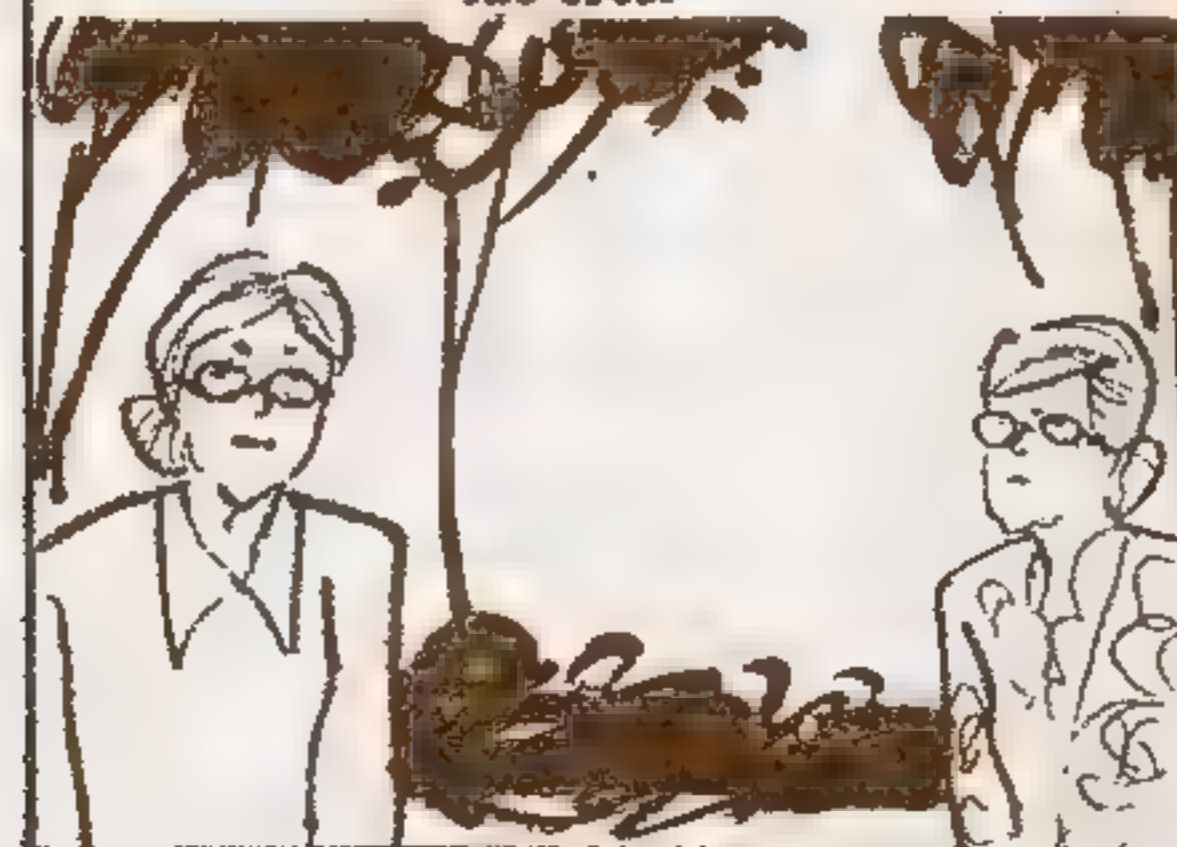
Las dos ancianas mayores se apresuraron a interrumpirla: —Don Perfecto.

Sí...

Fue un regalo para las tres; lo recuerdo perfectamente...



Las palabras de aquella aclaración sonaron un poco desabridas en el acento de las más viejas. Imposible creer que la "pequeña" tuviese la culpa de aquel falso acorde en la vida armoniosa de las tres.



Y a causa de don Perfecto! Dejaron ambas de tejer y bordar mientras Herminia hablaba provocando estupor a las hermanas: —Quiero decir que él —y apoyó la voz entrañablemente en el pronombre—, él era un personaje de poema.



—Un alma exquisita, superior, el caballero de un romance.

Eso es verdad.

Nadie lo pone en duda.



La afirmación volvía a unirlos. Pero el silencio posterior alejó a cada una por un camino de recuerdos propios. Rosa miraba hacia la puerta del jardín pensando en aquellos años en que se iluminaba con la presencia del amigo.



Mónica evocó su gallarda estampa, su sonrisa gentil, la tez de bronce, la cabeza romántica, las palabras delicadas, profundas, las ideas únicas. Buenas tardes, queridas niñas. Hoy leeremos a Shelley.



Amigo fiel de la casa, llegó a ser una suerte de profesor gratuito de idiomas, sobre todo de inglés, que dominaba a la perfección.

Viví en Londres desde los siete hasta los diecinueve años.



A través de sus evocaciones era fácil miratlas calles de Londres envueltas en tocas de niebla, el Támesis con las luces de los barcos.

¿Toda Inglaterra es gris, don Perfecto?



No, ¡qué esperanza! Los alrededores de la gran ciudad resultaban oasis de frescura, de verdor y de flores.



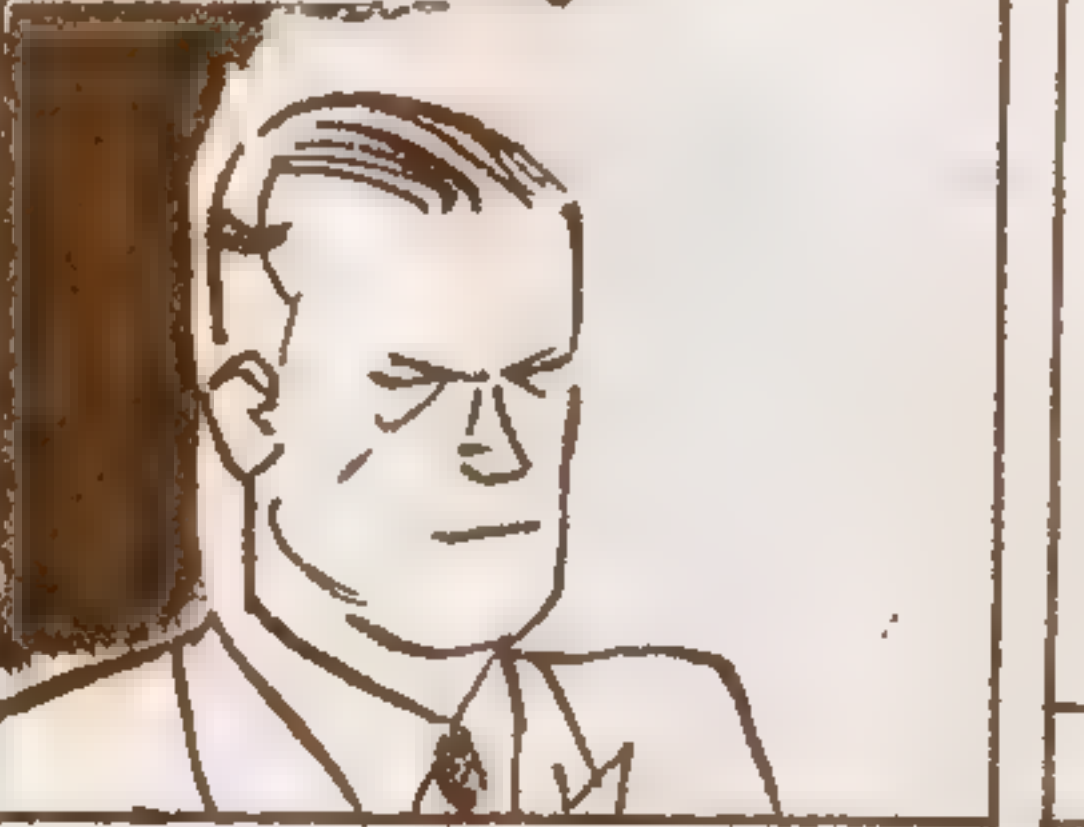
Inglaterra tenía colinas, valles azules, campos ondulados de terciopelo verde, antiguos castillos de ensueño.



En "la casa de las tres niñas", como llamaban a la mansión rodeada de jardines en una loma de San Isidro, todos nombraban don Perfecto al señor Ricci, costumbre impuesta por la ascendencia española del padre de familia.



Si el amigo hubiera sido médico o abogado, con seguridad le habrían dicho doctor. No permitió el señor Beltrán que sus chicas nombraran solamente por el apellido al amigo.



Y éste, bastante joven, hombre de mundo y de carácter gentil, sonreía.

Pero Esteban, ¿no se da cuenta de que me echa usted encima muchos años?



Soy partidario de la educación clásica y del respeto..



El doctor Beltrán era también joven, pero su compostura, su dominio, el rigor con que velaba sobre sus emociones, establecían cierta distancia entre él y sus hijas, alegres por la edad temprana y la buena salud.



La bella Leonor, su esposa, con quien se casó cuando era casi niña, se habituó al trato correcto y glacial de su marido.



Niñas, no hagan ruido; papá trabaja.

Había que andar de puntillas, apagar la voz, contener la risa y moderar siempre ademanes, ímpetus, risas, cuando el padre estaba en casa.



Leonor lo conseguía con su gracia y su juventud; las hijas la adoraban.



Era una aliada de las niñas sin ser una cómplice, pues siempre respetó y quiso al marido con quien se casara, enamoradísima.

El carácter de papá es así, inflexible, pero su corazón es de oro.



Las chicas estudiaban de firme. Don Esteban no quería que "se perdiese el tiempo". Y desde pequeñas aprendieron idiomas con institutrices y profesoras. El señor Ricci, muy amigo, y en cierto modo socio de Beltrán, fue al principio muy poco simpático.



El padre anunció una noche en la mesa que vendría a visitarlo un gran amigo suyo, y que haría las veces de un profesor que toma examen.



El me dirá qué tal acento tienen ustedes en francés y en inglés.



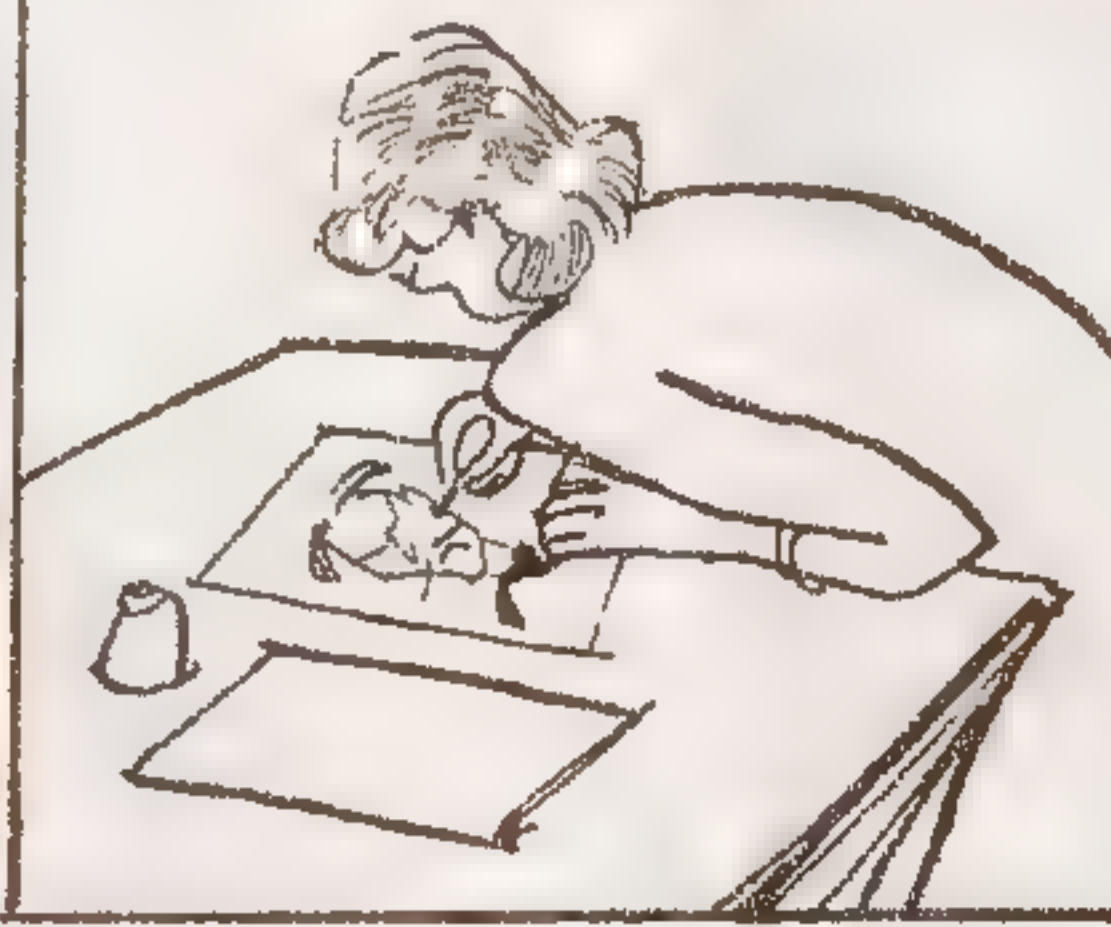
Leonor miró sonriente a sus chicas para infundirles ánimo. Tampoco ella conocía al señor Ricci. Esa tarde y otras más —hasta que llegó de visita— se complacieron en imaginar al "enemigo", al "oso", como ya le decían.



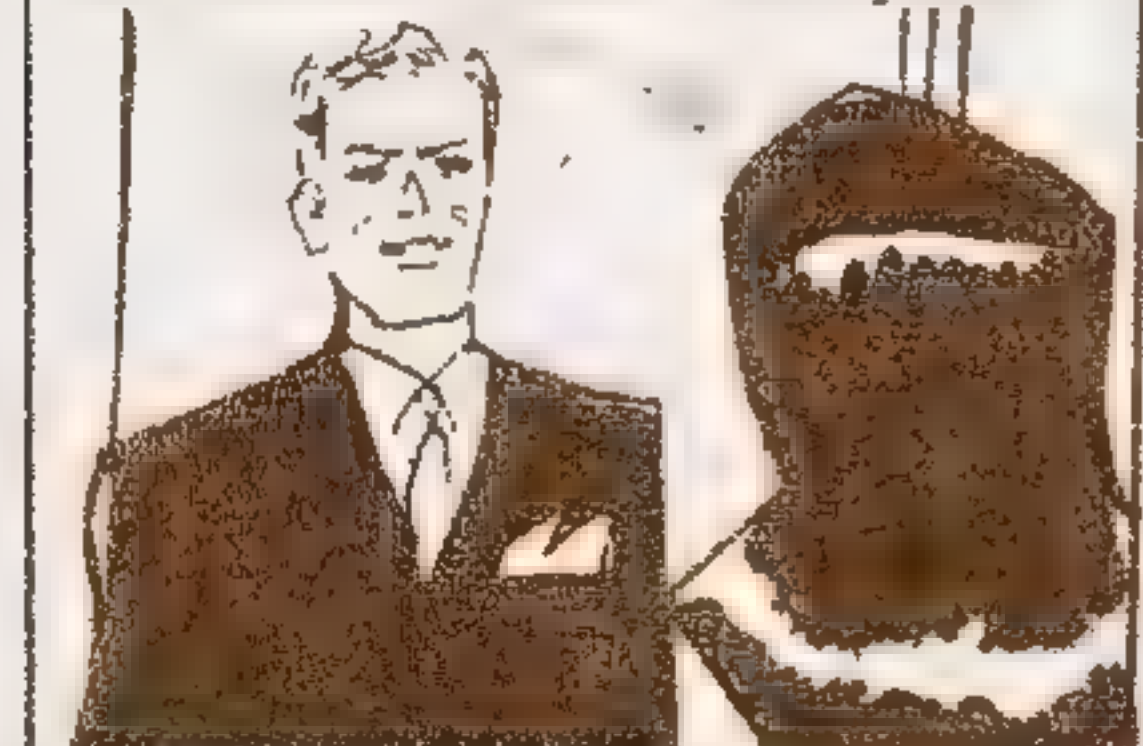
Si tiene el carácter de papito, estamos lucidas —declaró Rosa, que era la menos paciente.



Mónica, muy hábil para el dibujo caricaturesco, trazó la cara de un tipo enjuto con bigotes ridículos. Todas rieron mucho.



La amenaza de un profesor en vacaciones —corría diciembre— fastidiaba a las niñas. Y una tarde comentaban aquella perspectiva cuando tocaron el timbre de la puerta.



Era un hombre alto, joven, sonriente, muy buen mozo.

Preguntaba por el doctor Esteban Beltrán. Y dijo amablemente:

Espera mi visita. Soy su amigo Perfecto Ricci.



Lo había recibido Herminia, la menor de las niñas. (Ahora volvió a recordarlo como aquella tarde. La semana anterior ella había cumplido sus quince años.) Huyó a contar aquello a las hermanas, después de hacerlo pasar.



Y se reía, casi ahogándose. —Espera en el "hall". ¡Si vieran qué tipo buen mozo y simpático! ¡Lástima el nombre, no? Porque Perfecto parece propio de un muchacho de almacén. —Cállate, no seas sorsa, a ver si nos oye.



Y despacito fueron asomándose a la baranda que permitía ver desde arriba el gran "hall" de la mansión.



El visitante, sentado con elegancia, había tomado una revista y estaba hojeándola mientras balanceaba el pie.



¡Qué elegante, qué buena figura! El revuelo y las risas contenidas parecieron llamar la atención del mozo, que en determinado instante abandonó la revista sobre la mesa próxima y echó una mirada circular.



Tomadas de la mano, huyeron las tres hacia la sala de costura, donde Leonor estaba con la modista como todos los jueves por la tarde.



Mamá, llegó el amigo de papito. Y es... perfecto.

Las otras dos asintieron ante la mirada dulcemente irónica de la madre. —Perfecto, yo le abrí la puerta y lo he visto bien.



El amigo tomó el coctel y cenó con los Beltrán. Durante su visita, los entretuvo muchísimo con anécdotas y relatos de sus viajes. Después...



Vamos a jugar al pocker.

Papá acaparó al huésped, y las niñas se comidieron por turno para llevarles café, licores y la caja de cigarrillos.



—Pueden saludar y despedirse; ya es tarde.



¡Aquellas costumbres estrictas, aquellos hábitos "conventuales" de papá! Había que obedecerlos. Ricci, de pie, saludó a las niñas dándoles la mano y con una inclinación cortés. Luego se abstrajo sobre los naipes.



No se le ocurrió mirar hacia la galería superior abierta sobre el "hall", horas después. Habría visto tres muchachas encantadoras, en camión y salto de cama, absortas mirando hacia abajo.



En los dormitorios, contiguos, las chicas hablaron animadamente:

¿Viste qué manos aristocráticas?

Y ¡la manera de sonreír!



¡Habla tan bien que da gusto oírlo!

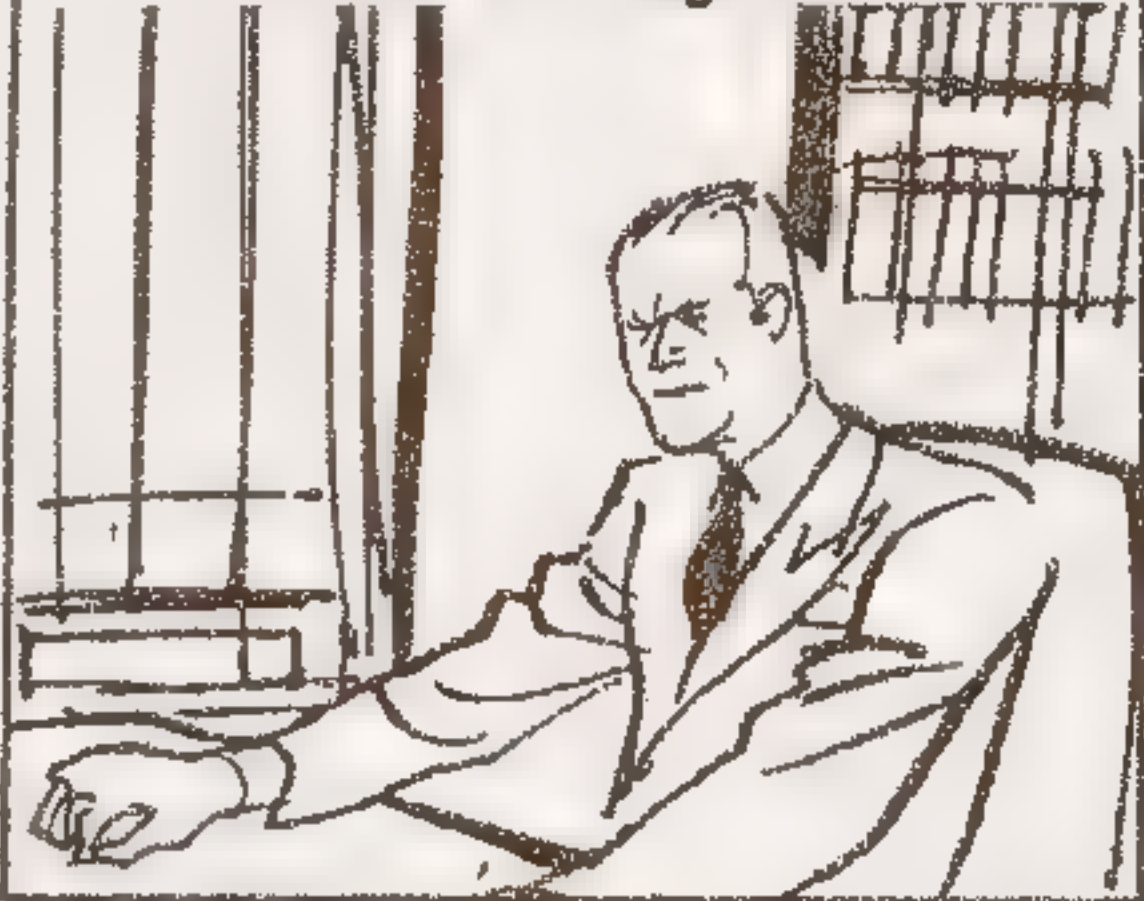
Acordaron desde esa noche que era "perfecto". Y la entonación especial que tenían sus voces al nombrar a aquel señor, obligó al padre a insistir en que le llamasen *don Perfecto*. Y así quedó para siempre.



Hasta que, pasados los años, la amistad pura, asidua y generosa del señor Ricci se convirtió en algo natural como la vuelta de las estaciones. Vagamente supieron las jóvenes que había ayudado al padre en sus negocios.



Porque hubo una época en que la seguridad económica de aquella familia, acostumbrada a gastar mucho dinero y a vivir espléndidamente, tuvo que reducir el tren de los halagos materiales.



Papá reconoció con amargura que habían fallado sus cálculos en muchas cosas, y como no hay mal que por bien no venga, el reconocimiento de su debilidad lo volvió más humano, más dulce, más tratable.



Leonor tuvo ocasión de dialogar con su marido, y las chicas sintieron cuánta bondad había escondida bajo la apariencia fría de don Esteban.



Como enfermó a raíz de sus disgustos, se le rodeó de mimos y cuidados.



Y él, que siempre los desdenara antes, los admitía ahora con gratitud en la mirada triste. Fue entonces cuando don Perfecto se convirtió en una visita esperada y feliz, de aquella casa donde antes fuera una cortés presencia.



Lograba hacer reír al enfermo y se hizo cargo de sus negocios con un interés y una dedicación admirables.



Todo va bien, Esteban, puede usted descansar tranquilo.

Las niñas echaban de ver que el trato de ambos amigos aunque muy cordial y confidente —ahora casi tierno— no les había permitido tutearse nunca. Leonor les explicó que se debía a la manera de pensar de papá.



Al fin ¿no estaba todo bien así? ¿Cuándo hubo amistad más cumplida, más fiel y más útil que aquella, sin confianzas excesivas, sin "manoseos", como decía don Esteban, cuando se refería a ciertas relaciones exageradas?



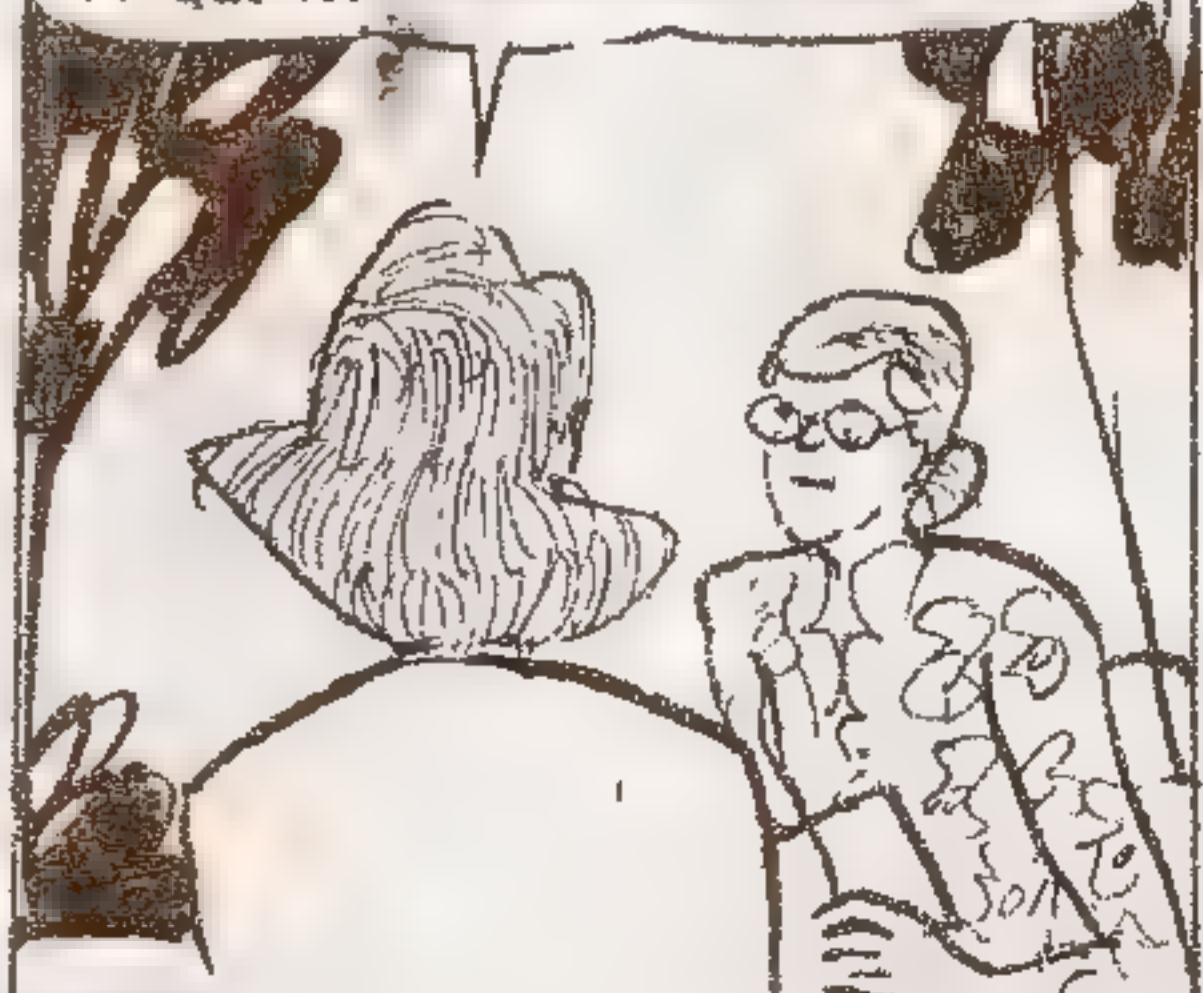
Todos aquellos recuerdos de una u otra manera pasaban fugazmente por la memoria de las tres viejas solteras. De pronto dijo Rosa:

Lo que nos ha sucedido es...



Y Mónica, de acuerdo siempre con la hermana, concluyó la frase:

...que estábamos enamoradas de él.



Y Herminia se puso roja bajo su profusa melena color gris: ¡Ah!... ¿Ustedes... también?

Las mayores la miraron ofendidas sin dejar de reconocer el milagro de aquella otra coincidencia armoniosa: —¿Cómo dices eso, Herminia?

¿Enamorada tú? Eras una chica de muñecas...

—Yo tenía quince años. —susurró Herminia dulcemente. Y la edad remota y conmovedora que brindaba rosas nuevas en los viejos rosales— era primavera—pareció rejuvenecer aquellos corazones que suspiraron al unísono.

Rosa se repuso en seguida y dijo: —No es extraño que te enamoras de él. Todas las mujeres lo querían, por galante, por caballero. No daba esperanzas ni las pedía. A ninguna. ¿Recuerdan?

Las otras asintieron, calladas. Y la mayor siguió hablando: —Pero su visita asidua a esta casa, las flores que nos mandaba en las noches de baile o de teatro, su presencia en todas nuestras reuniones, era rara.

Todo hacía suponer que amaba a alguna de... nosotras dos.

Porque Herminia era una chica.

En aquel tiempo las niñas no se casaban antes que sus hermanas mayores.

¡Bah! Nuestras abuelas se casaron muy niñas.

Sabes que papá no lo hubiera consentido.

—Hacen mal en excluirme —dijo suavemente la menor de las señoritas—. Yo era una niña. Pero mamá se había casado a los catorce años.

—¿Mamá? Mamá es otra cosa— dijo Mónica vivamente—. Ninguna de nosotras puede compararse a ella.

Y el recuerdo de la madre llegó, absurdamente juvenil, desde los árboles bajo cuya sombra ella tenía su hamaca, desde las flores que cultivó con manos suaves... Rosa dijo con honda pena:

—Nosotras hemos superado con creces la edad en que murió mamá.

Es curioso... Pienso en ella como en una hija.

¡Tuve que consolarla tanto cuando murió papá!

—Cierto. Era preciso velar por ella, darle infusión de tilo y miel, agua de azahar, acompañarla por las noches. — Murió cuando yo tenía veintidós años y parecía nuestra hermana —dijo Rosa.

Herminia la recordaba como a la figura de un cuadro bellissimo.

¡Qué pronto siguió a papá!



Las dos hermanas mayores habían reanudado su conversación sobre don Perfecto. ¡Cuánto las acompañó en su duelo! Qué bueno había sido con todos. Y ¡con qué estrictez manejó el patrimonio del doctor Beltrán!



Con los años —dijo Rosa— se adquiere clarividencia. Lo que yo creo es que don Perfecto estuvo enamorado de ti — señaló a Monica — y de mí.

Como nos veía siempre juntas, no supo elegir.



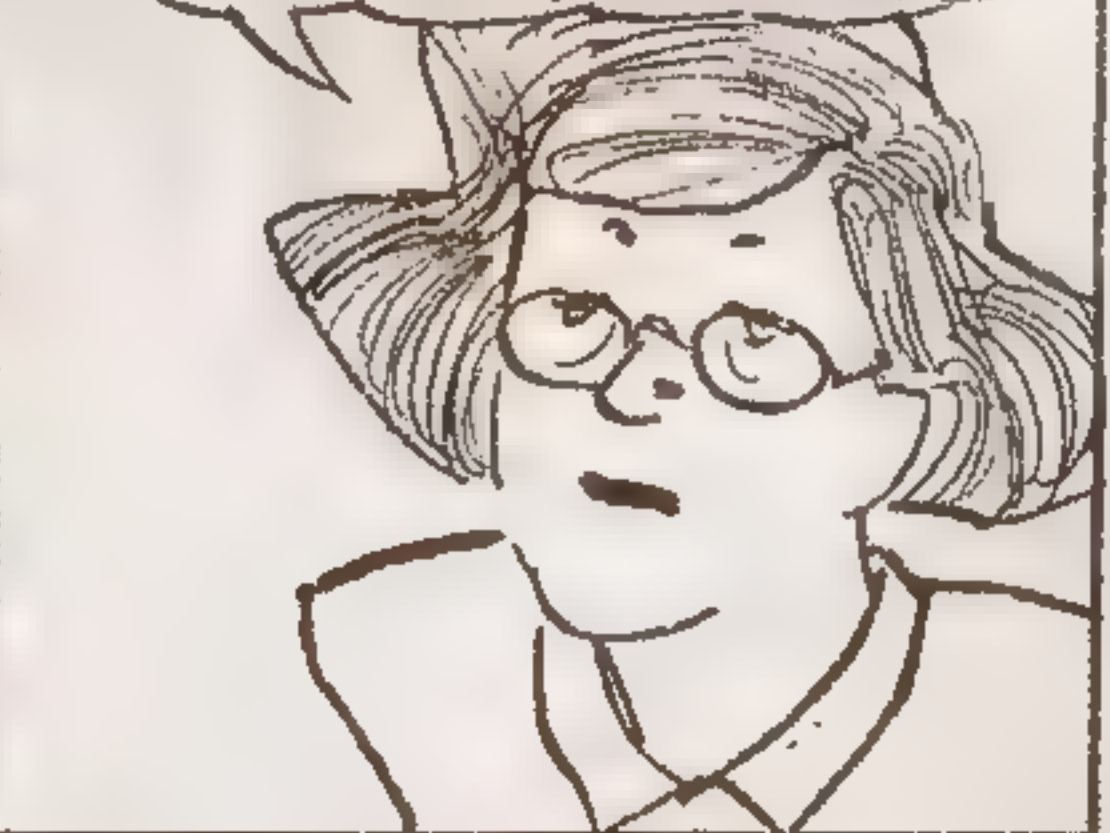
—O no quiso... o... no pudo— balbuceó la hermana. Habían hallado una conciliación en la memoria que las emocionó con dulce alegría.

—Don Perfecto era hombre capaz de sentir esas cosas. Tú eres rubia, Mónica.



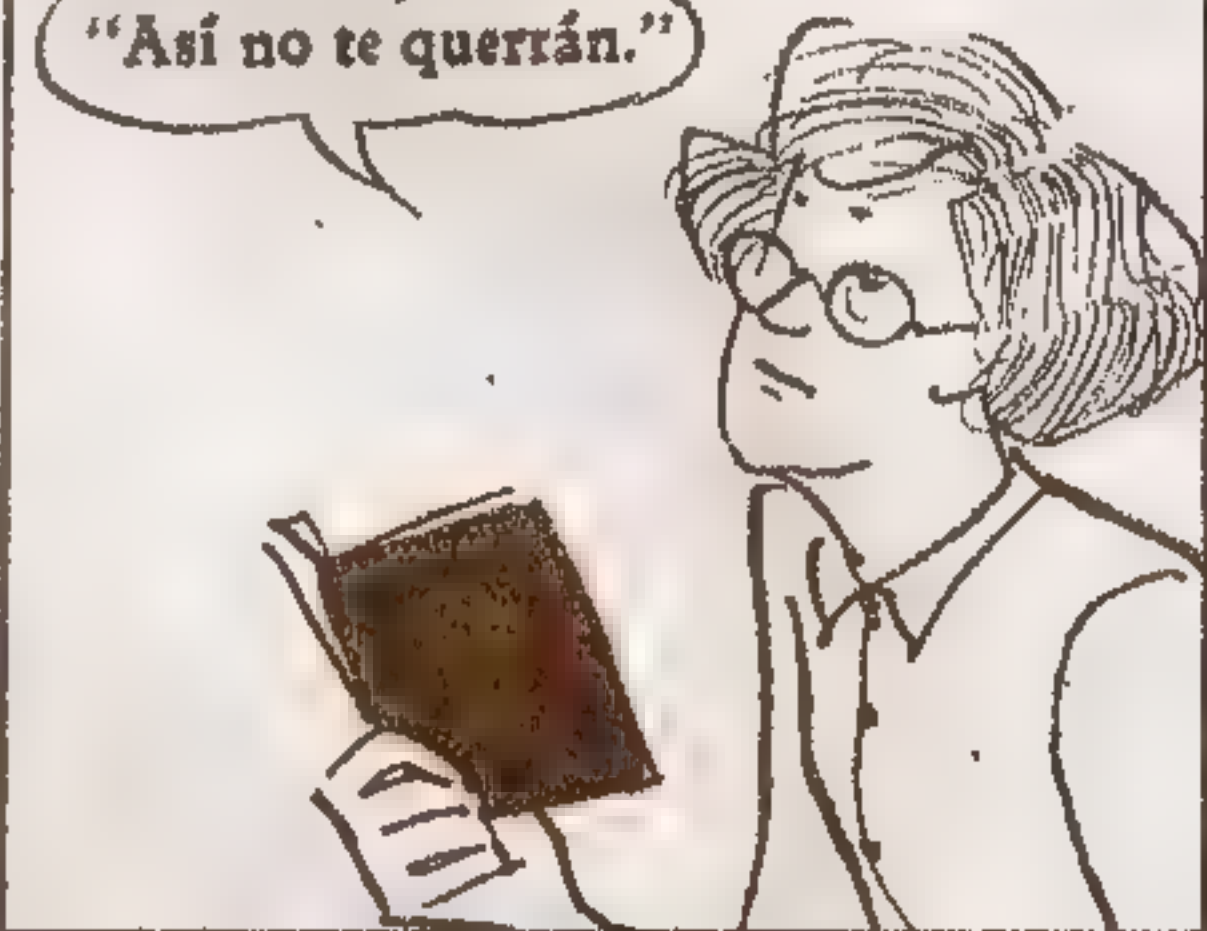
—Yo soy morocha. Las dos debimos enamorarlo cada una en su tipo. Entonces la voccecita de la menor se dejó oír con timbre ofendido:

A mí me regaló este libro. Con unos versos subrayados. Estos.



Y los leyó lentamente: —Pero mudo y absorto y de rodillas —. Como se adora a Dios ante su altar—. Como yo te he querido, desengáñate.

“Así no te querrán.”

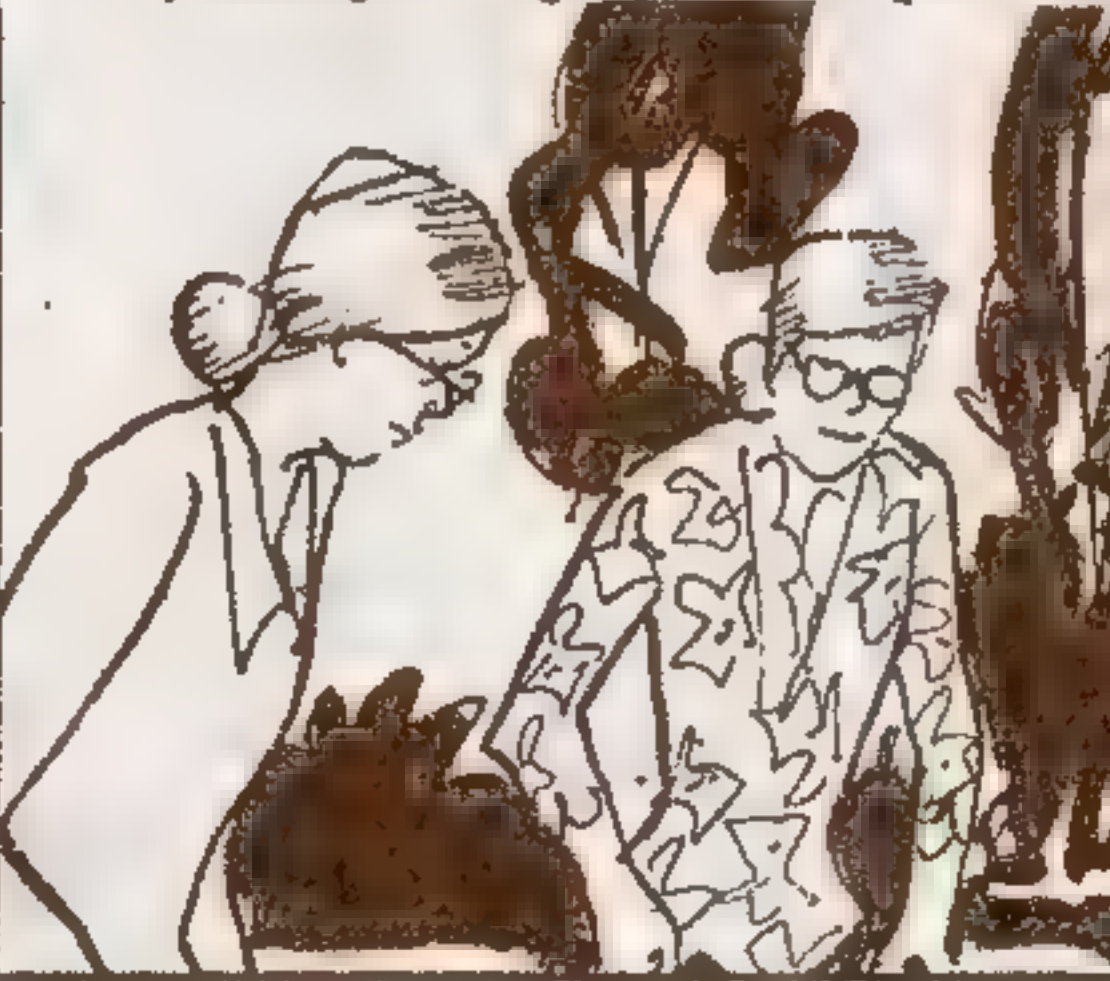


Eso debió ser casual —protestó Rosa.

No cabe la menor duda.



Hubo un largo silencio; la sombra muy densa ya, apartó a las solteronas. Luego, un idéntico impulso unió a las mayores, que se pusieron de pie.



Aquí no se puede bordar. Vamos adentro.



—Vamos, sí, hace rato que no distingo los colores —respondió la mayor. Herminia quedó sola frente al jardín de los recuerdos.



La imagen de don Perfecto corporizaba el fantasma de la evocación, con su encanto.



La anciana miró la ventana del salón sobre la galería.

Hay luz... como aquella noche.



Vio aproximarse las figuras de Rosa y de Mónica, como sombras chinescas. Pobres hermanas, cada una con su ilusión equivocada.



¿Por qué iba ella a quitarles su íntima riqueza? Habían atesorado atenciones, galanterías, flores, equívocos, obsequios, a lo largo de los años.



Lo mismo que la dama de honor de una reina, para quien un caballero derrochara agasajos sin cuento. Herminia acarició el libro tantas veces deshojado en las noches de su juventud, en los insomnios de su madurez.



Y evocó la tarde en que don Perfecto se lo puso en las manos.

Para ti, niña querida, la que mejor ha de sentirlo, comprenderlo.



En ese instante llegaban las dos mayores del brazo y precipitándose al encuentro del amigo, luego de mirar el volumen, lo agradecieron: —¿Para nosotras? Es usted muy gentil, gracias, gracias...



No era solamente gentil; era muy desdichado bajo el antifaz de la sonrisa con que poco tiempo después les dijo adiós... Las mayores...



...se alejaron muy tristes a discutir las razones de aquel viaje.



Era como la fuga de alguien que corre delante de su angustia.

(Sólo yo conocí la causa, sólo yo.)



Aquella noche, cuando por oír la voz del ídolo en la sala sobre el jardín, tuvo que enterarse de lo insospechado.



Mamá decía: —Don Perfecto, yo creí que su asiduidad se debía al sentimiento que le inspiraba alguna de mis hijas.



Y él, con entrañable acento, en el que parecía temblar el pulso de la sangre y el de las lágrimas: —Déjeme usted verla siquiera, Leonor, aunque sea de lejos. Déjeme verla, verla como un esclavo, consolarla...



¡Pobre mamá, tan valerosa, tan digna del hombre que se había casado con ella y que había muerto dejándola sola y joven!

Imposible, don Perfecto... Después de lo que usted acaba de decirme.



Ya ni siquiera puedo brindarle una amistad próxima. Lo siento mucho porque es usted un caballero, un hombre cabal que hubiese deseado para alguna de mis hijas. Confío en que su ilusión ha de disiparse como todas las ilusiones.



Nunca autoricé ésta, me parece, y lamento que la haya usted confesado. Pero es joven y digno de felicidad. Adiós, don Perfecto, gracias por todo.

Adiós...



Así había sucedido todo. Luego, muy pronto, la muerte de mamá, tranquila como si zarpara para un anhelado viaje; y tiempo adelante, la muerte de don Perfecto Ricci; lejos, con elogiosas crónicas en los diarios...



Con la invitación de sus numerosos amigos y admiradores...

Sin ningún nombre familiar. Estaba sólo en el mundo.



Una tarde, cuando mamá estaba ya muy enferma, y Herminia solía leer para ella, le acudió en un impulso la necesidad de decirle: —Esta cuarteta de Becquer estaba subrayada en el libro que me regaló don Perfecto.



Mamá recobró su olvidada sonrisa al pedirle que la leyese. Y después de oírla, en su conmovida voz, dijo acariciando la mejilla de su hija menor:

Don Perfecto dijo siempre que tú eras muy parecida a mí.



Era un hombre digno, como quedan pocos.

¡Ojalá encuentres uno semejante!



La anciana miró el cielo estrellado ya, pensando: —Puede ser que mis padres y su fiel amigo estén juntos cerca de Dios. Porque allá arriba no existen limitaciones en el amor.



Ella, Herminia, jamás pudo enamorarse de "otro", porque ninguno de los que encontró era igual a don Perfecto. Estaba sola en la tierra. Pero... no. ¿Acaso no la llamaban desde adentro las vocecitas queridas, inquietas?



¿Qué esperas, Herminia, para entrar? Puedes resfriarte.

¿Qué haces?

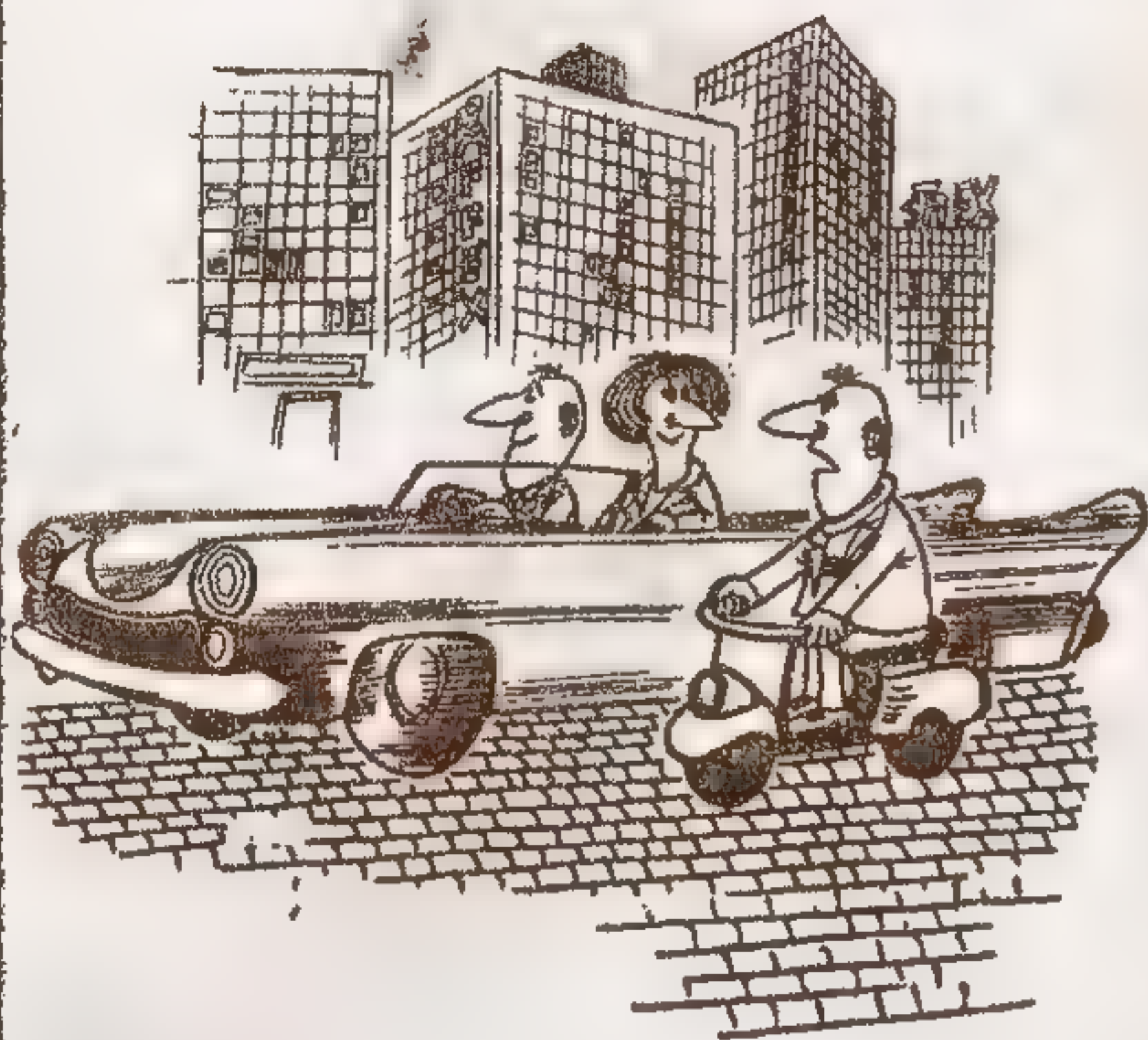


Estoy mirando la luna que acaba de salir...

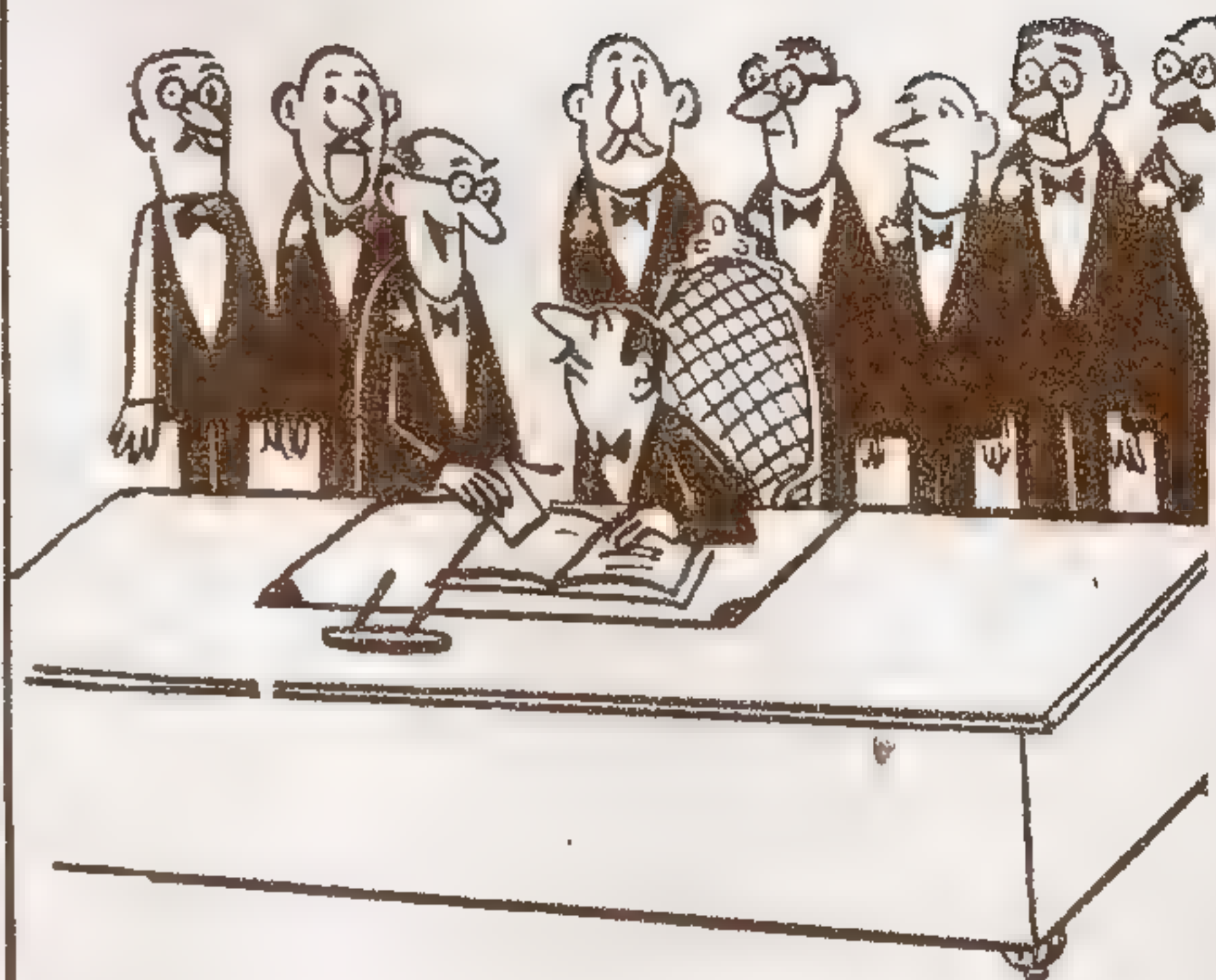


FIN

HUMOR EN GOTAS



-¿Qué tiene él más que yo?



-Después que haya firmado el tratado, Excelencia, ¿no podría firmarme este álbum? Mi mujer es una cazadora de autógrafos.



-Y pensar que en nuestro hotel están sirviendo un delicioso pastel de hongos para el almuerzo.



-¡Pronto, ni siquiera puede soportar una corbata al cuello durante dos minutos!

AMARGA COSECHA

por A. STANDISH

DIBUJOS DE HAUPHTH

Se considera a Standish como un continuador del insigne Somerset Maugham. Es un estudioso del alma humana que compone relatos apasionantes y emotivos como éste, que ha sido un "bestseller" internacional y fue llevado a la pantalla con mucho éxito.

Kate y su hermano Holly se querían entrañablemente, muy unidos desde la muerte de la madre en una especie de defensa mutua contra un padre injusto y cruel.

A veces pienso que papá está enfermo de los nervios.



Holly opinaba lo mismo. Ambos jóvenes eran demasiado buenos para sospechar que existen personas a quienes la intolerancia y el fanatismo vuelven duros, intratables: una era el viejo señor James Grimsdale.

Avaro, con ideas egoístas, no permitía el menor esparcimiento a Kate, hermosa niña de diecisiete años. Y ella no frecuentaba amigas ni reuniones.

Tu lugar está en casa.



Aquel hogar frío, paupérrimo, triste, donde faltaba alimento y luz, angustiaba a Kate. Y cuando Holly —durante la guerra de 1914— fue destinado al frente, la pobre muchacha se sintió muy desdichada.



Hacia tiempo ya que el joven Grimsdale vivía en una pensión por resultarle imposible la convivencia con aquel hombre endurecido. Ahora acababan de conceder una licencia al soldado, y él aprovechó para disponer el futuro de su hermana.



Y he de hablarte sobre lo que has de hacer en mi ausencia.

Papá no me dejará salir contigo, Holly.



En efecto, cuando la chica pidió permiso a su padre, éste se lo negó, y como ella le reprochaba su incompreensión asegurándole que de cualquier modo iba a acompañar a su hermano en vísperas de volver al frente, el viejo la abofeteó.



Kate se irguió indignada, llorando.

Padre, ¡esto es más de lo que puedo soportar!

Soportarás cuanto se me antoje. No mandas en ti.



Grimsdale salió dando un portazo. Entonces la hija fué a su habitación y a la que había sido de su pobre madre, y llenó su maleta con cuanto le pertenecía que era bien poco. Después recordó que debía cenar con el hermano.



La vio él aparecer con su aspecto sencillo, la valija en la mano y el precioso rostro palidísimo. — Has hecho lo mejor, querida. No cabía otra solución.



Después le presentó a Sally, su novia, que cenaría con ellos.

Aquella misma noche acordaron que la hermanita viviría con Sally, quien procuraría encontrarle trabajo en la tienda de la cual era jefe de sección.

Son los almacenes más importantes de Londres. Yo gano muy bien.



Con la guerra el trabajo femenino estaba reultando muy bien retribuido. Sally era una hermosa muchacha, siete años mayor que Kate, despierta, mo-



derna y muy alegre. En un aparte, mientras ella se levantaba para saludar unas...

...amigas en el restaurante donde cenaban los tres, Holly dijo a su hermana:

La amo y me hubiese casado con ella. Pero... pocos vuelven del frente.



Por Dios, no digas eso, Holly. ¿Qué será de mí si... pasa algo?

La tranquilizó, aconsejándola: — Trabajarás bien. Procura no volver a verte con papá pues aún eres menor de edad. Sally cuidará de ti; yo te dejo cien libras en el banco a tu nombre: todos mis ahorros. Pero ahora no pienses en nada triste.



Durante la semana de licencia, Kate, Sally y Holly salieron mucho. La niña de Grimsdale nunca había conocido tantos lugares alegres y bellos. Su compañera la enseñó a vestir y a maquillarse. Parecía otra.



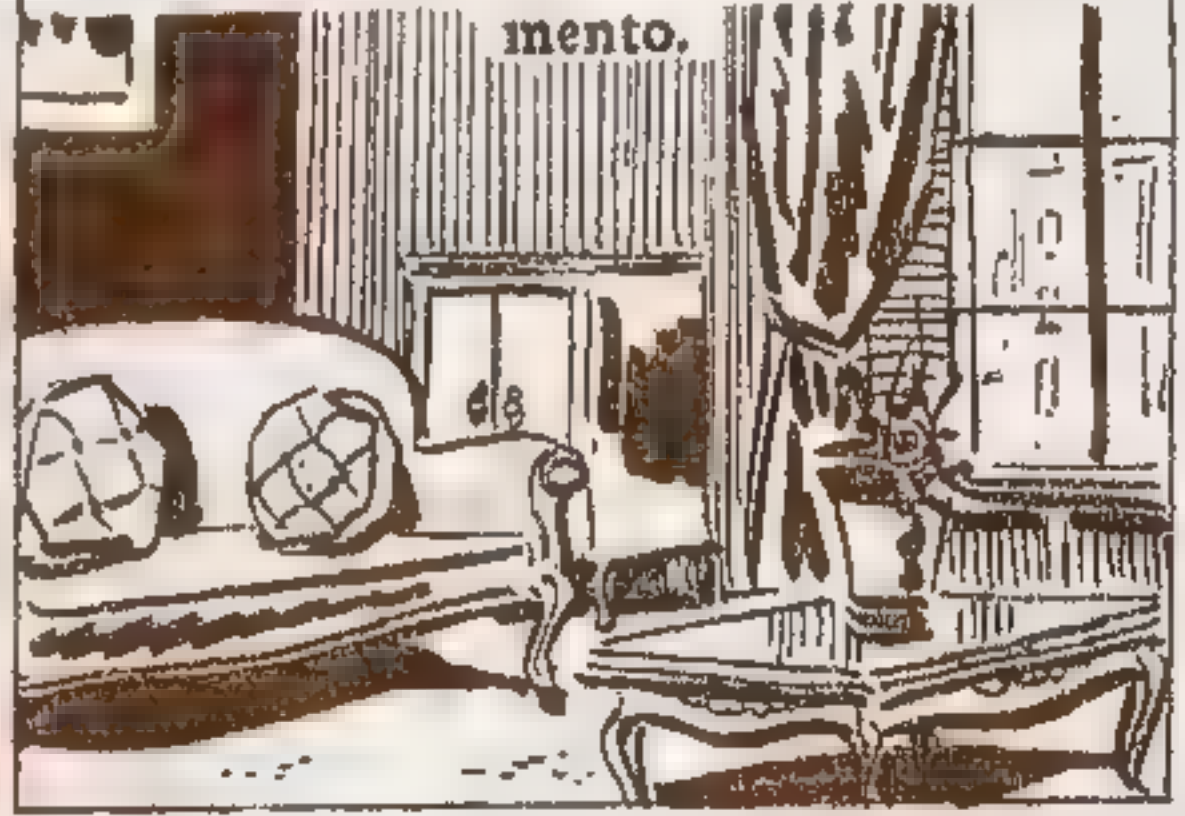
Horace —Holly— como le llamaban ellas— se marchó rumbo a Francia. Y esa misma semana Sally encontró trabajo para su amiga en la gran tienda de Mr. Holland. Los almacenes de este señor eran la base de su enorme fortuna.



Era un hombre práctico, nada sentimental, al cual molestaba mucho tener que retribuir con desusada generosidad el trabajo femenino. Pero todos los hombres estaban en el Ejército y las muchachas faltaban en las fábricas de...



...material de guerra. Las tiendas de Mr. Holland necesitaban empleadas. Kate comenzó ganando cien libras mensuales en una sección próxima a la de aquella en que su amiga Sally era jefa. Las dos vivían en un lindo departamento.



Bien pronto el gusto natural y la distinción de Kate contribuyeron a dar mayor relieve a su belleza, sino perfecta, muy interesante y singular. Sus modos serios y reservados le valieron el nombre de "la casta miss Grimsdale."



En cambio Sally —aunque muy correcta en su empleo— volvía tarde luego de cenar y bailar con sus amigos. Aquella conducta molestaba a Kate.



Mi hermano te amaba y me dijo que deseaba casarse contigo.

Sally era un poco cínica además de ser ligera en su conducta. Los galanes cambiaban con frecuencia. Y no sabía vivir sin divertirse.



Nunca pensé que fuésemos tan diferentes.

Hacia finales de 1917, Kate recibió un telegrama comunicándole que el segundo teniente Horace Grimsdale había resultado muerto en acción.

(¡Dios mío, pobre Holly querido!)



Sally no se mostró demasiado pesada y como esa noche tuviese un compromiso no dejó de salir. Esa circunstancia aumentó aún más el dolor de Kate. Al otro día recibió la condolencia de Mr. Holland y de sus compañeros.

Junto al dueño de la tienda había un joven alto y delgado, muy elegante en su uniforme de las Fuerzas Aéreas.

Mi hijo Martín, aviador como lo fue su padre y su valiente hermano.



La mirada llena de lágrimas de Kate se cruzó con aquella limpia, azul. El joven habló con simpatía:—A mí también me mandarán al servicio activo.

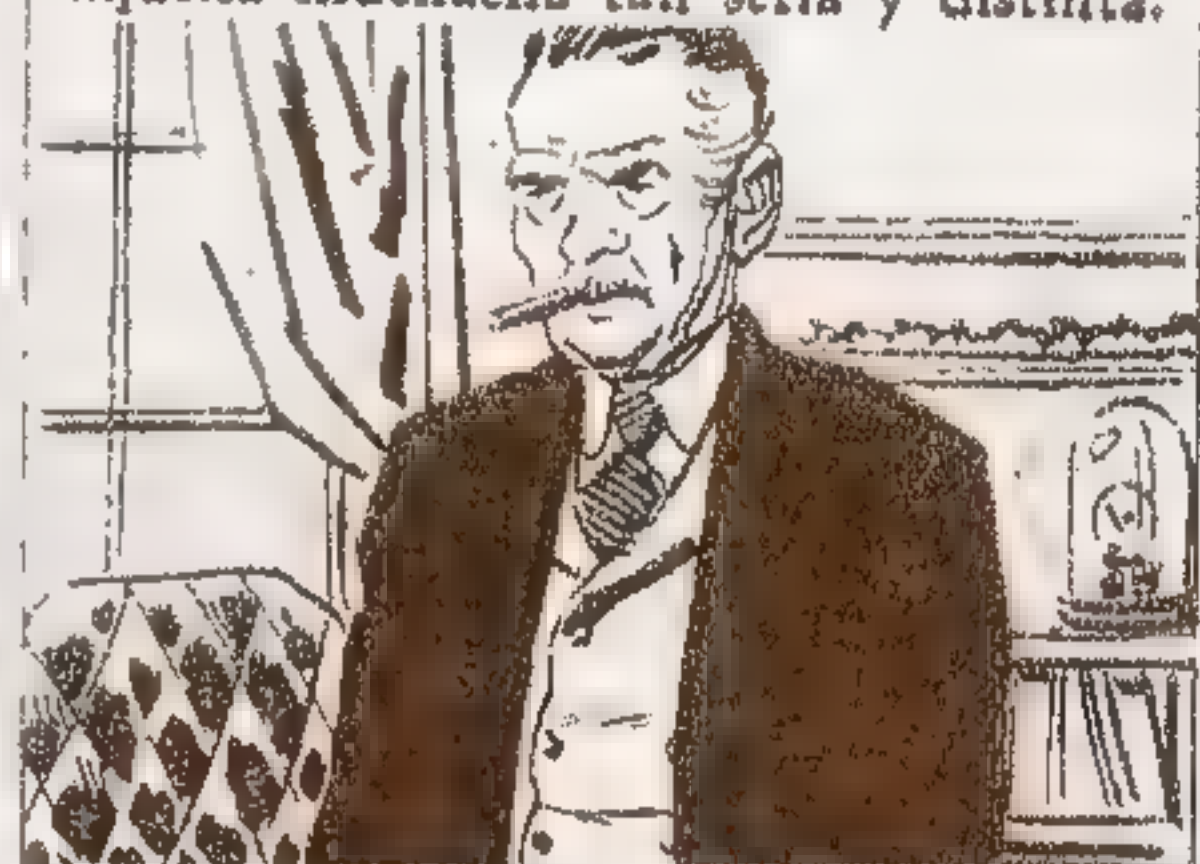
No sé por qué se ha enrolado. No tengo más hijo que él.



Era apreciable la diferencia entre el dueño de los almacenes y su hijo. Este, caballeroso, desinteresado, gallardo; Mr. George, tiránico, ambicioso. Kate simpatizó con el hijo. Del mismo modo había chocado con su patrón.



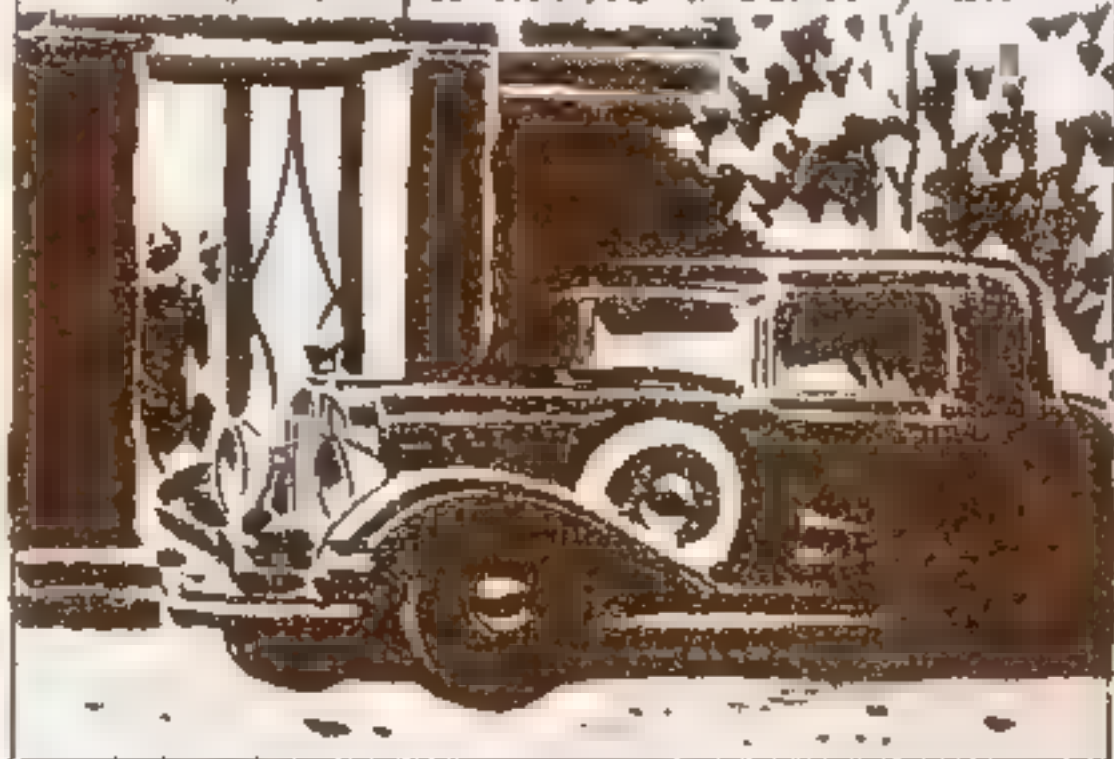
Nunca aduló al señor Holland y él no podía perdonarle que ganase lo que jamás le hubiera pagado a ninguna mujer en tiempo de paz. Martín, en cambio, se enamoró apasionadamente de aquella muchacha tan seria y distinta.



Procuró que Sally favoreciese la amistad de los dos y las invitó a cenar y a bailar, aunque procurando que su padre no se enterase de aquello. Podría perjudicar la situación de las muchachas en el establecimiento.

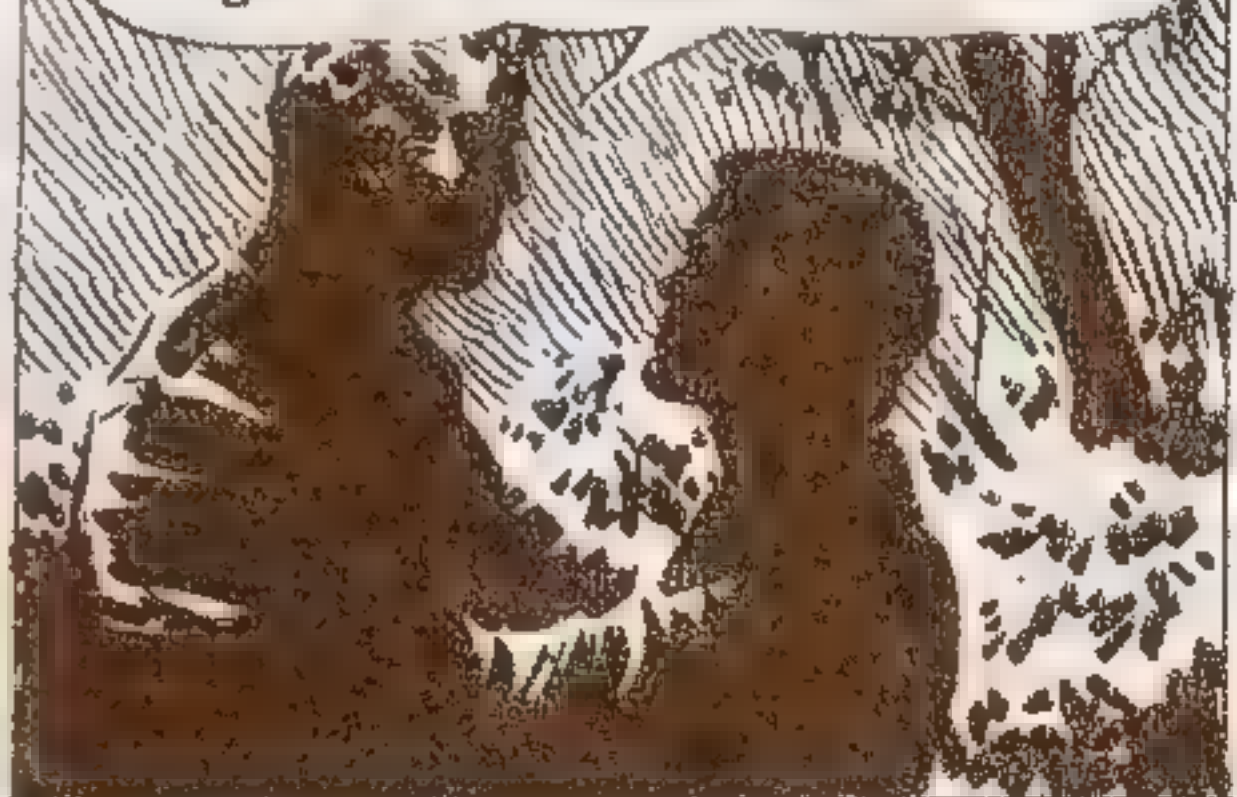


Martín conocía el carácter y la ambición tremenda de su padre. No se hubiera animado a desafiar su ira cuando se sabía contrariado por algo. Los clubes nocturnos habían surgido por todas partes en Londres; Martín invitó a Kate y a...



...Sally muchas veces mientras duró su licencia. Y concluyó de enamorarse cuando la niña le dijo que jamás hasta entonces había bailado.

Kate, si vuelvo..., ¿te casarías conmigo. Te amo como nunca amé.



Era ella tan pura como sincera y respondió, feliz: — Te quiero y siempre te querré. Si cuando vuelves quieres que nos casemos, me casaré contigo y siempre ha de parecerme un sueño. Entonces él la previno contra Mr. Holland.



No debía enterarse de nada. Porque estaba dispuesto a concertar una boda de conveniencia para su único hijo y era capaz de cualquier cosa con tal de impedir —si se enteraba— el casamiento por amor de Martín.

No le diremos nada hasta que podamos comunicárselo como hecho consumado.

Y ¿tu madre?

Pobre. Es un instrumento dócil de papá. Hace cuanto él ordena.



Al partir su novio —y muy distante espiritualmente de Sally— Kate recordó a un tío, hermano de su madre, Charles Howard. Nunca lo trató porque el padre inflexible había determinado que aquel abogado era un libertino.

Le escribió Kate comunicándole la muerte de Horace, y recibió una carta encantadora y afectuosa de aquel señor invitándola a cenar. Vivía en un piso en Londres. Era un hombre gentil, de cabello gris, todavía joven, locuaz, simpático.



Vivía con refinado buen gusto y ofreció una exquisita cena a su sobrina. Quería mucho a tu madre, mi única hermana. Tu padre nos distanció.



Se mostró cariñoso y Kate sintió en el acto que podía contar con él. Charles la invitaba a salir y a comer en su casa, interesándose por su vida. Cuando supo que vivía con una amiga, quiso conocer a Sally.



La invitó a cenar con su sobrina y el aspecto de aquella joven le desagradó. Por lo mismo dijo a su sobrina que era mejor que viviese sola.

Conozco la vida; esa joven es muy ligera; no te conviene su compañía.



Tampoco Sally simpatizó con tío Charles y éste no volvió a nombrarla. Pero Kate aseguró que estaba agradecida a su amiga porque la había ayudado mucho. —Me proporcionó un empleo honrado. No puedo dejarla sola.



El señor Howard pareció un poco disgustado, pero reservó su opinión. De pronto, Kate recibió un telegrama de su novio. Estaba con licencia; la citaba para encontrarse en un pueblo veraniego. "Te espero en el Hotel White Hart".



Coincidió la licencia del aviador con las vacaciones de la empleada. Ni quiso decir a Sally dónde iría; pretextó que viajaría de un pueblo a otro. La felicidad de la joven fue inmensa cuando vio al teniente Holland.



Tenía licencia especial para la boda. Entregó a Kate una sortija preciosa. —Ya está todo listo; esta tarde misma nos casaremos, querida.

Creo soñar. ¡Qué buen mozo te encuentres! Aunque estás muy delgado...



La boda fue sencilla y emotiva; asistieron al brindis algunos camaradas de Holland bajo promesa de guardar el secreto de la boda. Luego, ya solos en el hotel, explicó Martín: — Mi padre es ante todo un comerciante.



"Pero cuando tenga un nieto... soy su único hijo y todo lo perdonaré." Kate silenció su opinión de que George la detestaba. Dijo: — No soy humilde y él necesita siempre gente que le dé la razón en todo. Yo lo temo y lo evito.



Martín sonrió abrazando a su esposa: Cuando te conozca... te amará como yo. Pasaron ocho idílicos días. En el campo había narcisos y violetas. El cielo estaba azul y la joven esposa vivía la primera felicidad conocida.



Comprendió que su marido no era débil ni tímido, pero respetaba al padre. Por su parte él comprendió que las riquezas de Holland no interesaban a Kate.



Eres la mujer soñada para mí. Dios te bendiga, querida.

Una tarde estaban en la terraza del hotel cuando llegó un telegrama... Me llaman con urgencia. Debo partir. Quédate aquí dos días más.

Ay, Martín, ¿cómo podría... sin ti?



Pero tras una despedida muy dolorosa, ella accedió, quedándose en el Hotel. Necesitaba recobrarse antes de reiniciar el trabajo. Cuando volvió, sorprendió a todos su aire a la vez distante y pensativo. El casamiento debía...



...permanecer secreto. Ni aún el tío Charles lo supo. Y mucho menos Sally.

¿Has flirteado mucho?

No.



Una mañana George Holland llamó a Sally a su despacho. Estaba lívido de ira cuando le dijo que sabía algo de ciertas relaciones ilícitas de su hijo con la "pícaro" recomendada suya...



Sally pareció sorprendida. Entonces el patrón siguió explicándose: — Si no quería perder su situación en las Tiendas Holland era preciso que...

Busque el medio de romper las relaciones de mi hijo con esa muchacha.



Sally se mostró atónita: no sabía nada. ¿Cómo iba a proceder?

Es usted bastante perspicaz para resolver. Su porvenir va en ello.

Esto es indigno, señor Holland.



—Más indigno sería que mi único hijo se casara tan descabelladamente.

No quiero aventuras en su vida. Y ésta lo es. Su amiga es una hipócrita.



Sally volvió perpleja a su casa. De modo que Kate era tan astuta como para haber pasado un fin de semana con Martín Holland —según lo habían dicho a su padre los espías que estaban siempre sobre sus pasos— y mantener el secreto.



Mientras tanto le habían recriminado a ella, a Sally, por tener amigos y salir a bailar por las noches. Una zorrilla la tal Kate.

Y su tío Charles, el puritano, ya no me invita. Quizá ella lo aconsejó.



"Y me debe lo que tiene. Era una pobre chica cuando la conocí." En los días siguientes la mirada fría del patrón recordó a Sally que su empleo peligraba. Y ahora cuando pensaba ganar pronto mil libras. Había que proceder.



Con su habilidad y astucia consiguió llevar a la amiga al terreno de la confidencia. Y supo lo muy terrible para su propia seguridad:

Martín y yo estamos casados. ¿Cómo sino hubiésemos pasado juntos un fin de semana?



Si el viejo se enterara de la boda —persó la muchacha— esto es mi ruina. Hay que arbitrar un medio eficaz y pronto que separe a los jóvenes." Con su habilidad de coqueta experimentada decidió la conquista de Martín.



Si Kate advirtiese la menor galantería de parte de su amado para mí, lo rechazaría.

Ignorante de los principios sólidos de la joven, creía fácil desunir un matrimonio. En esos días Martín debía partir a Manchester en un tren de tropas. Llegó de improviso una noche para advertir a su esposa. Encontró a Sally.



He sido alistado con urgencia. Dígame a Kate que piense en mí y que la amo mucho. Escribiré seguido.

No advirtió el joven las coqueterías de Sally. ni reparó en ella siquiera.

Dirigiré aquí mis cartas para evitar sospechas. Confío en usted, querida.



Y ella prometió solemnemente entregar la correspondencia y guardar el secreto. De este modo comenzó la obra ruin de la ambiciosa muchacha, originada en su temor de perder una situación económica de privilegio.

Cada mañana al levantarse registraba el buzón afanosa y llena de precauciones.



Hoy no ha llegado carta.

Cuando fueron viniendo páginas amorosas y constantes, las escondió. Kate, enferma de angustia y de aprensión, se sentía morir. Con perfidia sutil la otra la convenció de la ingratitud común a todos los hombres:



—Yo he tratado a muchos y todos son iguales. Martín te habrá olvidado. No des demasiada importancia a ello.

Se ingenió para mostrarse más amistosa que nunca con la pobre muchacha. Una tarde se encontró con un amigo soldado que llegaba de Manchester. No conocía a Martín Holland, pero se encargó de que él respondiese a su gusto cuando lo interrogó en presencia de Kate, la noche que lo invitó a comer: —No. los soldados olvidaban.



Donde iban, los destinados al frente eran objetos de atenciones. Kate escuchaba azorada; le pareció comprender que el soldado aquel quería significar algo que a la vez callaba. Sally la miró con fingida pena.



Pasadas unas semanas anunció a la amiga que era preciso notificarla de algo que sabía por su amigo: —Martín Holland conocido por su fortuna y su bizarra conducta... ¡amaba a otra mujer!



Junto con aquella afirmación, la angustia de Kate reconoció que se le volvía asfixiante el clima donde respiraba, los recuerdos, el departamento compartido con Sally, hasta la presencia de la mujer. Fue como si el espíritu de la pobre joven la pusiera en estado de alerta contra la traición.

Cuando la otra se marchó al trabajo, hizo el equipaje y abandonó la casa como si huiese. Estaba ya enferma de gravedad cuando llegó a la puerta del tío Charles. La vieja sirvienta acostó a la joven que estuvo entre la vida y la muerte varios días.

La Hermana de Caridad que la velaba la oyó delirar y participó al tío: —Habla de un esposo que la traicionó, de una amiga que parecía complacerse en traerle malas noticias. Cuando Kate convalació, tío Charles conoció toda la historia.



Debo vivir, espero un hijo, tío Charles.

Charles, que era eximio abogado, comenzó a proteger a su sobrina. Debía solicitar indemnización al esposo. De ese modo se vengaría del cruel George Holland. Pero la voluntad y el orgullo de la muchacha, eran inflexibles:

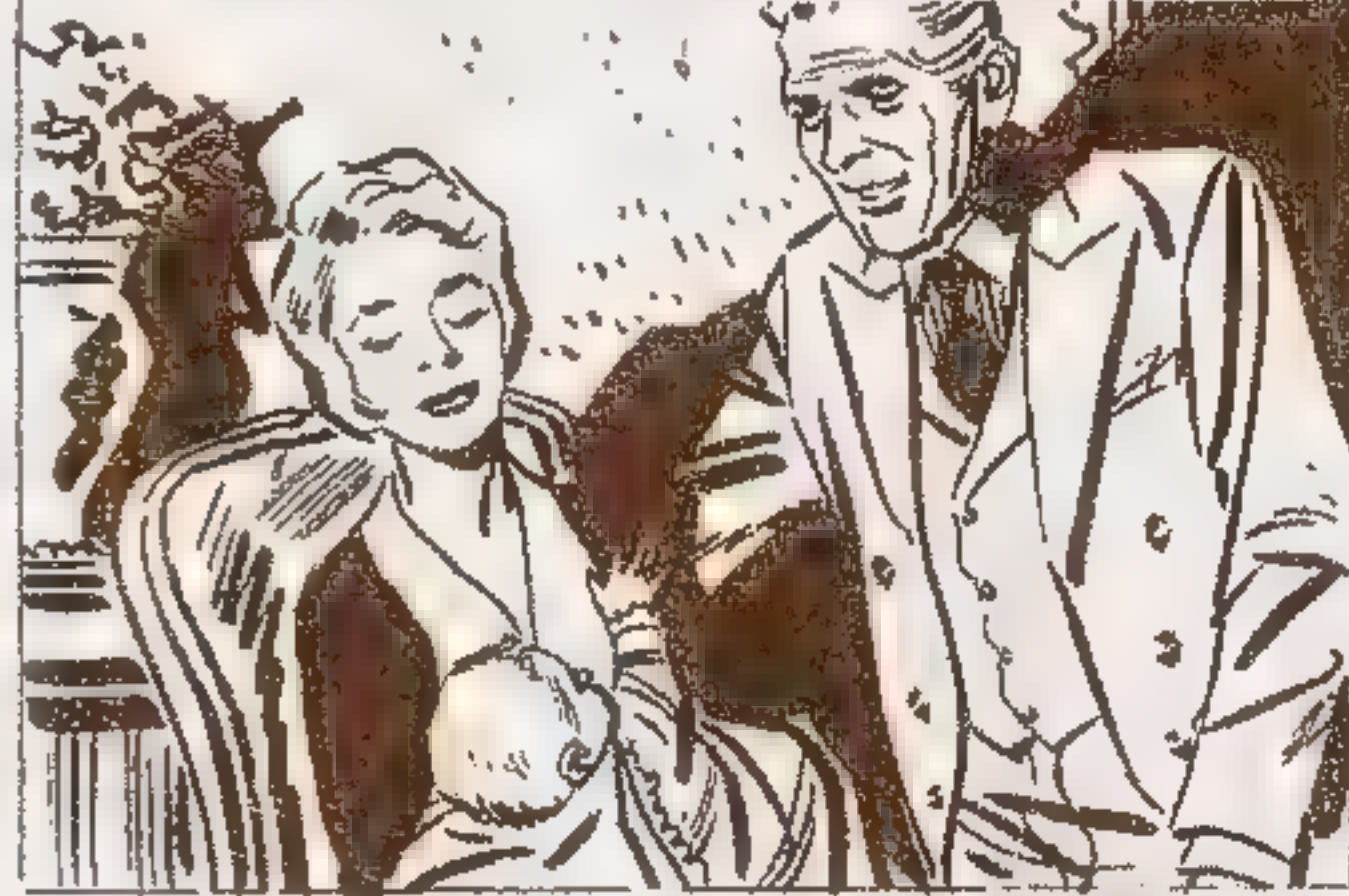


—Martín murió para mí. No deseo ni oír su nombre nunca más.

Esto había sido previsto por Sally.
—Cuando se crea suplantada Kate no querrá saber nada más de Martín.



Nacido su hijito y al cabo de algunos meses, Kate buscó trabajo. Se le ofreció una plaza de institutriz en las islas Bahamas. Debía hacerse cargo de varios niños indisciplinados. La madre era inválida.



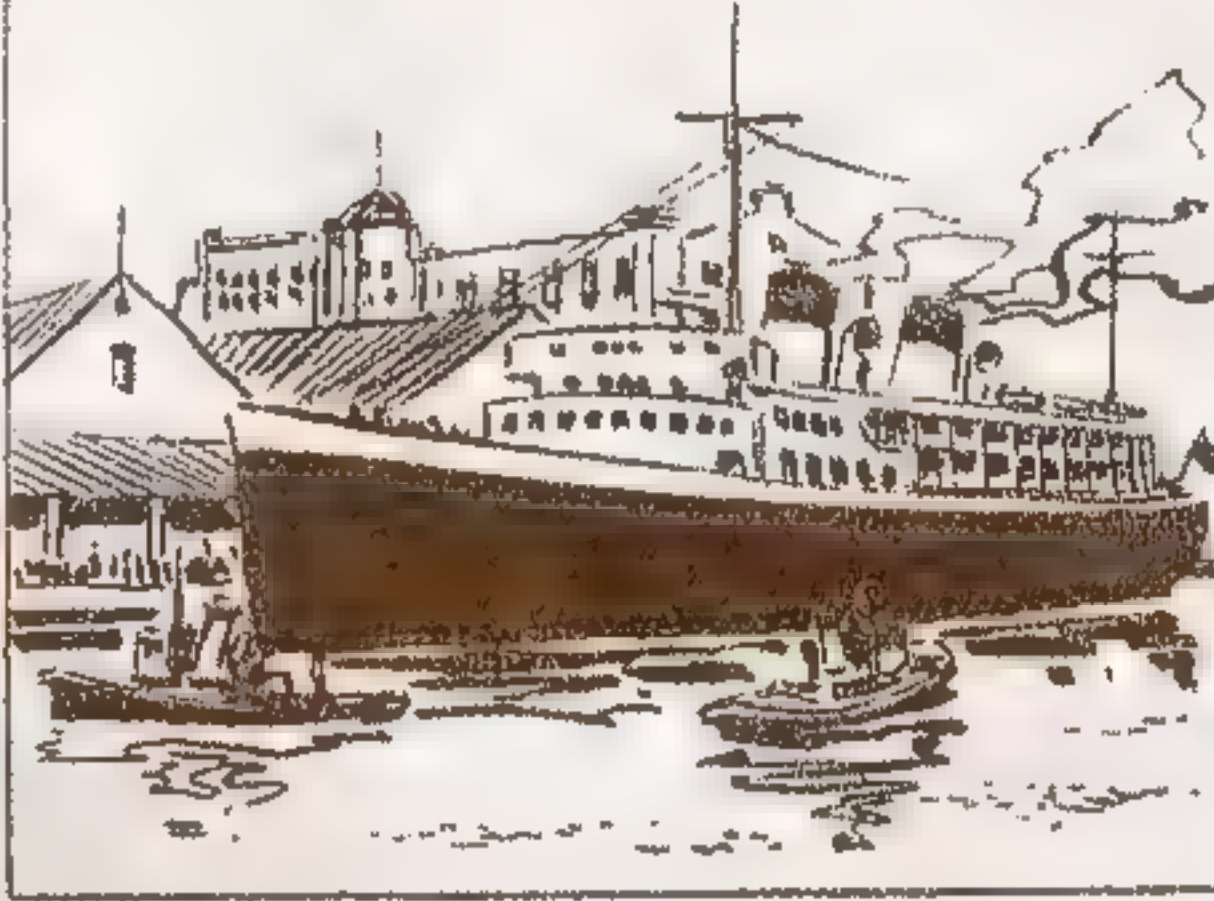
El aviso indicaba una entrevista en Londres con el doctor John Gardiner.—Es muy amigo mío, un gran caballero. Iremos a verlo.



Obruvieron amplias referencias. La familia de las Bahamas era rica. Kate podría llevar a su hijito. Sería además, muy bien remunerada.



En el mes de abril de 1919, pocos días después de cumplir 21 años Kate y su pequeño Martín partieron de Liverpool en un barco colmado de pasaje.



Charles estaba muy conmovido. Acompañó a la sobrina cargado de flores y de cajas de bombones. Quería mucho al pequeñito. Madre e hijo habían dado a su vida una ilusión de feliz hogar.



—Cuando pueda reunirme con ustedes iré a las Bahamas, querida. Cuidate mucho.—Y tú también, tío Charles. Hasta la vista. Gracias por todo.

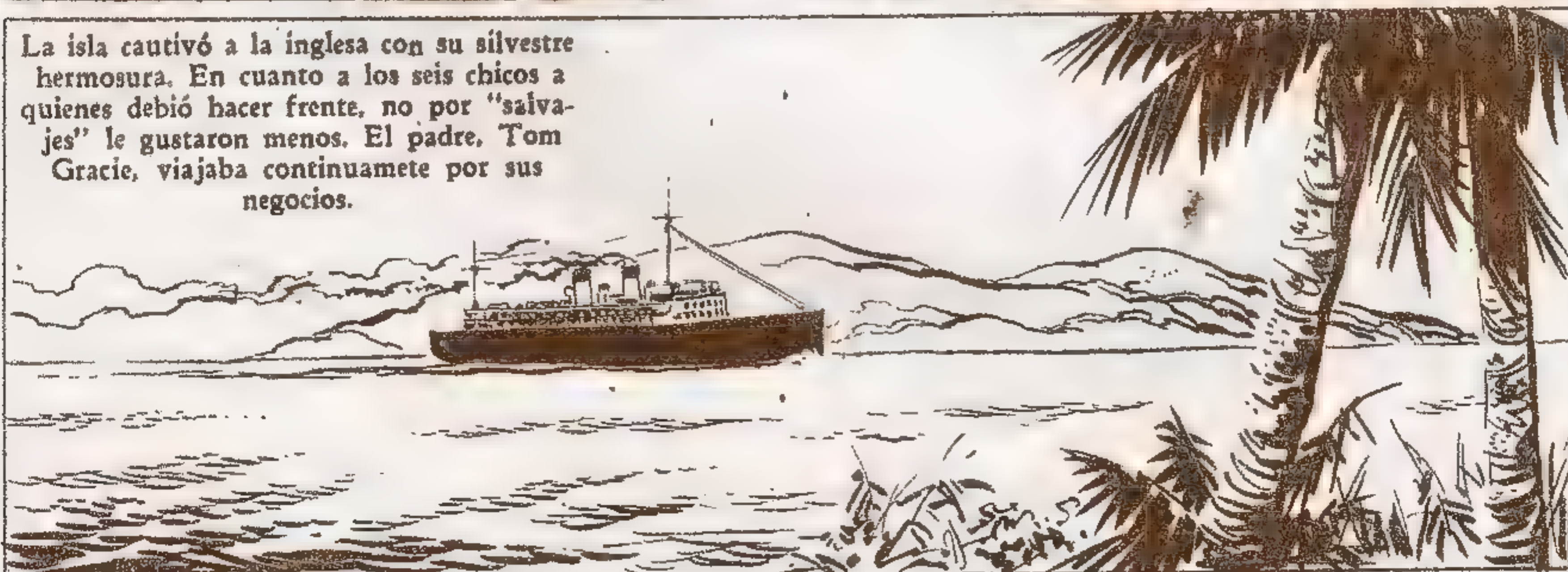


Antes de subir al buque agregó la muchacha mirando a los ojos de su buen tío: —Fuiste mi única familia desde que perdí a mi hermano. Te quiero mucho. Dios te bendiga.



Procura olvidar las cosas tristes. Dios ha de iluminar tu camino.

La isla cautivó a la inglesa con su silvestre hermosura. En cuanto a los seis chicos a quienes debió hacer frente, no por "salvajes" le gustaron menos. El padre, Tom Gracie, viajaba continuamente por sus negocios.



La señora permanecía en cama casi todo el día; era muy hermosa. a pesar del aspecto lánguido y de la fiebre tropical que la consumía. Le ruego que me sustituya cerca de esos niños, querida señora.



Hubo que enseñarles desde modales hasta gramática, historia y matemáticas. La mayorcita de trece años secundó a Kate ayudándola a domeñar a los menores.

Teresita, Maud, Cynthia, nosotras debemos trabajar con Kate.



Collins, el mayordomo, era un negro viejo de la isla, pero aún robusto y útil. Puso en comunicación a la señora con toda la servidumbre, que pronto la quiso y obedeció. Tom Gracie, un hombre joven y buen mozo amaba mucho a los niños.



Pero solamente era padre de Bill, el menor, de cinco años. Los otros eran hijos de su hermano Ted, que había muerto en la India, después de la esposa.

Mi pobre Hortense es delicada de salud y no ha podido dirigir a estos chicos.



La mayor parte de los días el señor Gracie almorzaba con los niños y la institutriz. Su esposa permanecía en cama. Cuando Kate organizó sus tareas, tenía también horas de descanso. Paseaba también por la isla.



Se llamaba Gracie's Harbour y estaba a 150 millas de New Providence, donde más tarde conoció Nassau, la capital. Había en un extremo de la isla un mísero poblado de negros y blancos, dedicados a la pesca y la caza.



Mr. Gracie tenía un cutter con el que viajaba en busca de té, libros, telas y cuanto se necesitaba en la casa. Constaba esta de la residencia de los dueños, un hermoso edificio que tenía ciento cincuenta años, y de tres bungalows para huéspedes.



La vegetación era rica y de un color que a veces obligaba a cerrar los ojos a Kate. Pronto aprendió a nadar junto con los chicos, que parecían peces. El niño de la institutriz crecía muy hermoso y saludable.



Ella lo nombró Martín como se llamaba su esposo y cada día lo hallaba más semejante al que tanto había amado. Se impuso querer a los niños sin distinciones. Ella cuidaba de todos.



El tío Charles le escribía con frecuencia y con el mismo afecto de siempre. Espero aceptar tu invitación. Iré a la isla pronto.



Kate distribuyó orden, belleza y armonía en las suntuosas y hasta entonces desarregladas habitaciones de la mansión. Los chicos vistieron bien y se comportaban correctamente en la mesa, lo cual maravilló a Tom Gracie.



Esa navidad, Kate dispuso de adornos y obsequios para todos. El dueño de casa no había regresado de uno de sus viajes —esta vez iba a prolongarlo dirigiéndose a Nueva York—. Sobreponiéndose a sus inquietudes, Kate brindó una alegre fiesta a los niños.



Hortense Gracie no quiso bajar al comedor. La institutriz subió con su obsequio, llena de pesar. Le daba mucha pena aquella joven tan hermosa y triste.

¿Por qué no lucha usted por mejorar, señora Gracie?



La enferma respondió que estaba perdida y moriría pronto. Recomendó a Kate que cuidase a su hijo Bill y a los sobrinos a quienes amaba mucho.

No he sido feliz; lo siento sobre todo por mi marido.



Miró intensamente a Kate y agregó: - Cuando advierta usted que voy a morirme, venga que debo confiarle algo muy secreto.

Confío en usted. Le agradezco esta paz que me rodea.



Tom Gracie no dio noticias suyas tampoco en Año Nuevo ni en los días que siguieron, muy inquietos para la institutriz, porque la señora empeoró, sin dar tiempo a llamar al médico de Nassau. Kate se constituyó en enfermera.



Una noche la moribunda pidió quedarse a solas con la joven. Entonces le dio una llave que llevaba pendiente de una cadanita de oro en el cuello.

Abra ese mueble de ébano y tráigame un cofrecito que hay allí.



Kate obedeció mientras Hortense con voz débil explicaba: - Aquí hay dinero y joyas suficientes como para que usted pueda sostener la isla, mientras llega Tom...

que tal vez tarde tiempo en regresar..., porque... Su voz languideció.



Y Kate asombrada pudo enterarse de que el último de los Gracie, la noble familia del lugar, era contrabandista de licores que llevaba a Estados Unidos.

Se le ocurrió a causa de la ley seca. Gana muchísimos dólares.



-Pero... es indigno, peligroso. Me ha hecho padecer demasiado tal actitud. Por favor, Kate, que los niños lo ignoren. ¿Me lo promete, querida?

Se lo prometo. No se agite, piense en Dios, Hortense.

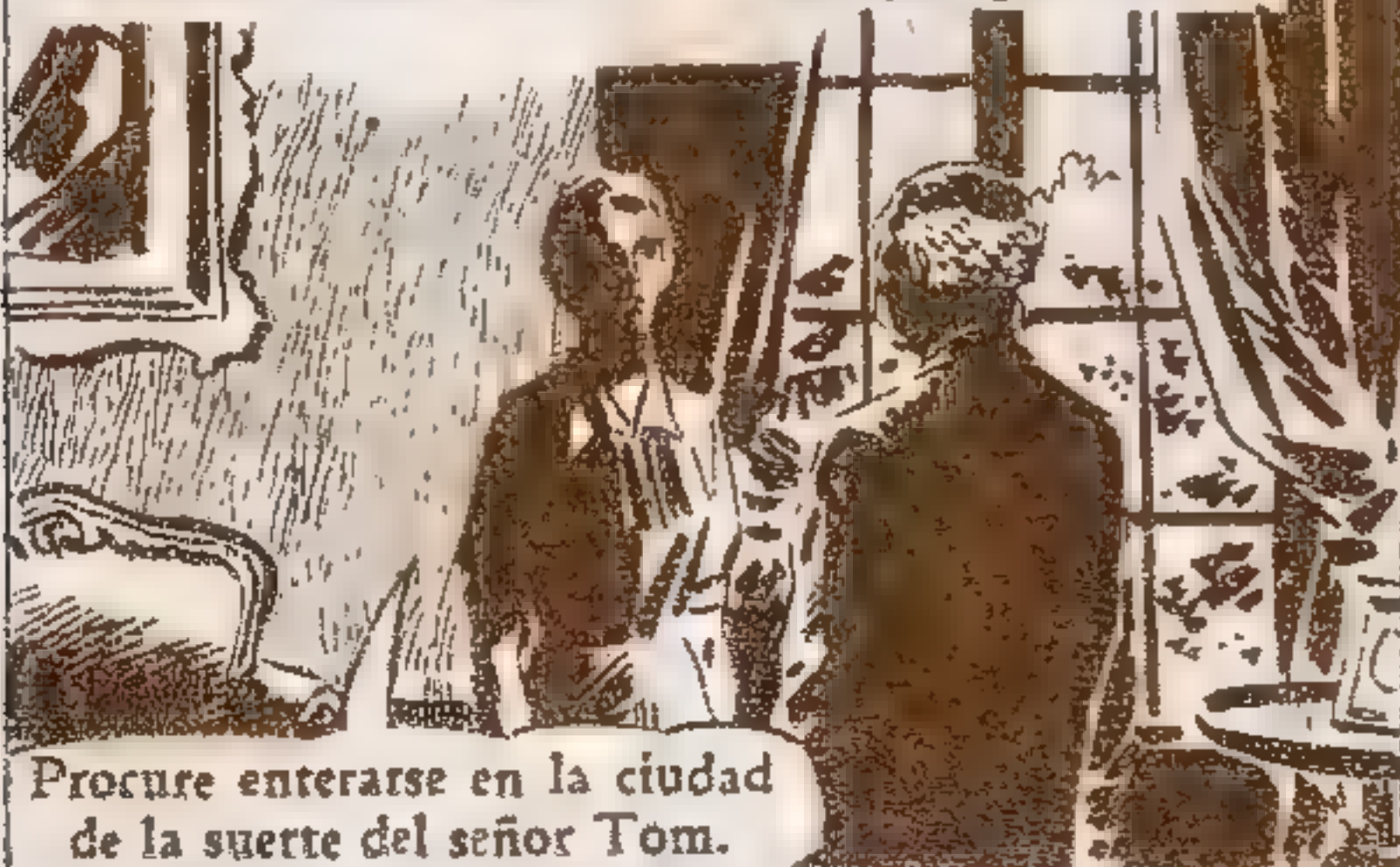


La firmeza y dulzura de la institutriz llenaron de esperanza religiosa y de paz los últimos días de la señora de Gracie. Murió sin noticias de Tom.



Utilice el dinero como lo crea necesario. Cuide a los niños. Adiós.

El padecimiento propio había hecho fuerte a Kate. Sostuvo la moral de los chicos y de la servidumbre. Debó enviar a Collins por provisiones.



Procure enterarse en la ciudad de la suerte del señor Tom.

El mayordomo negro volvió con múltiples compras y una triste noticia.

Nuestro amo está preso en la Unión por contrabando. Tiene para dos años.

Que los niños lo ignoren, querido Collins. Debemos luchar juntos.



El negro era fiel lo mismo que toda la sencilla gente de la isla tan amada por Kate. Ella misma encontró ahí un hogar, trabajo y sobre todo seis almas puras a las que había elevado y que ahora dependían de ella, además de su hijito.

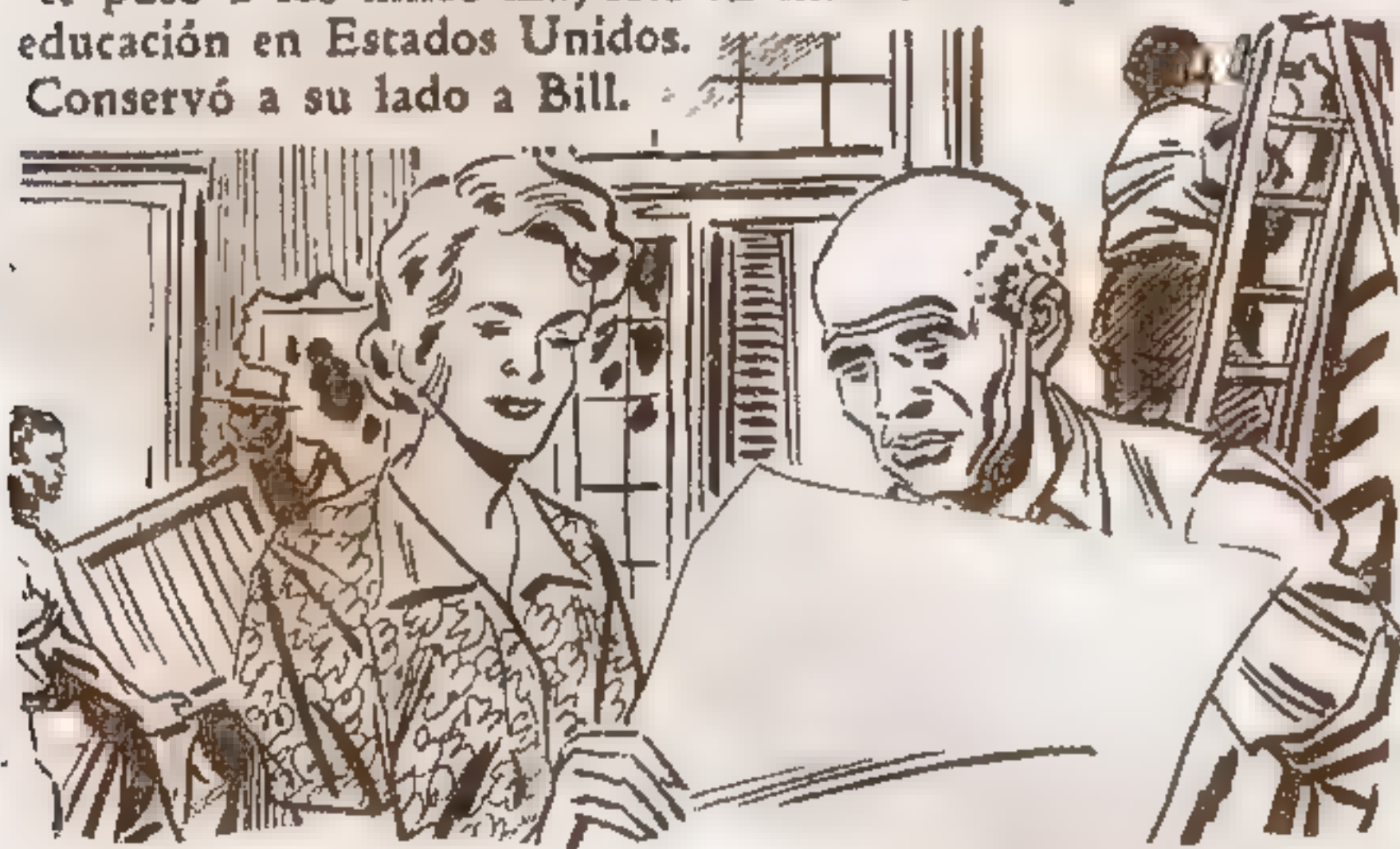
En sus desvelos constantes pensaba en el mejor modo de invertir la fortuna que le dejara Hortense —ahora bajo una cruz en un rincón de la isla florida— Y una tarde, paseando por los alrededores, Kate tuvo una idea.



¡El lugar era tan bello! Disponería una especie de hotel utilizando por el momento los tres "bungalows" para huéspedes. Collins la llevaría en el cutter hasta la ciudad para comprar muebles, ropas y hacer propaganda a su idea.



Con buen gusto y actividad la Isla Gracie quedó convertida en un magnífico hotel de Turismo pintoresco. Kate puso a los niños mayores en institutos superiores de educación en Estados Unidos. Conservó a su lado a Bill.



Crecía junto a Martín y eran como hermanos. Tom no escribía nunca, y Kate comprendió su confusión, su vergüenza. ¡Qué grande iba a ser la pena cuando volviese y supiera que su mujer había muerto! Y la joven rezaba por él.



A medida que pasaba el tiempo, el rencor que sintiera por su marido iba atenuándose. A veces soñaba con él y su breve luna del miel, tan dichosa.

¡Qué cruel fue engañándose...!



Los huéspedes más o menos jóvenes estaban enamorados de Kate, tan hermosa y distinguida, tan seria y hábil en sus tareas. Un millonario americano de mediana edad le propuso casarse con ella.



Kate se negó amablemente, conquistando una amistad llena de admiración por parte de aquel hombre considerado como un magnate.

Pensé comprar esta isla... Pero, sin usted, no me interesa.



En otoño, Kate visitaba a las niñas y al mayor de los Grace en sus respectivos establecimientos. Y ellos le demostraban un cariño muy grande. Había sabido convencerlos de la necesidad de estudiar y progresar.



Capitalizaba a nombre de los chicos la mayor parte del rendimiento del Hotel, luego de pagar a la servidumbre. Collins resultó un mayordomo ejemplar. Martín y Bill aprendían idiomas con Kate en sus ratos libres.



La joven amaba mucho aquel paisaje, su paz, su belleza, su trabajo, todo lo que le permitía olvidar el fracaso de su matrimonio. Tío Charles anunció que iba a la isla: "Quiero vivir junto a tí y tu niñito, querida"



La felicidad de Kate fue grande al abrazar a tío Charles, quien estaba muy emocionado. Kate lo alojó en la casa. Estaban en plena temporada de turismo.

Día a día recibo muchas cartas pidiéndome habitaciones.



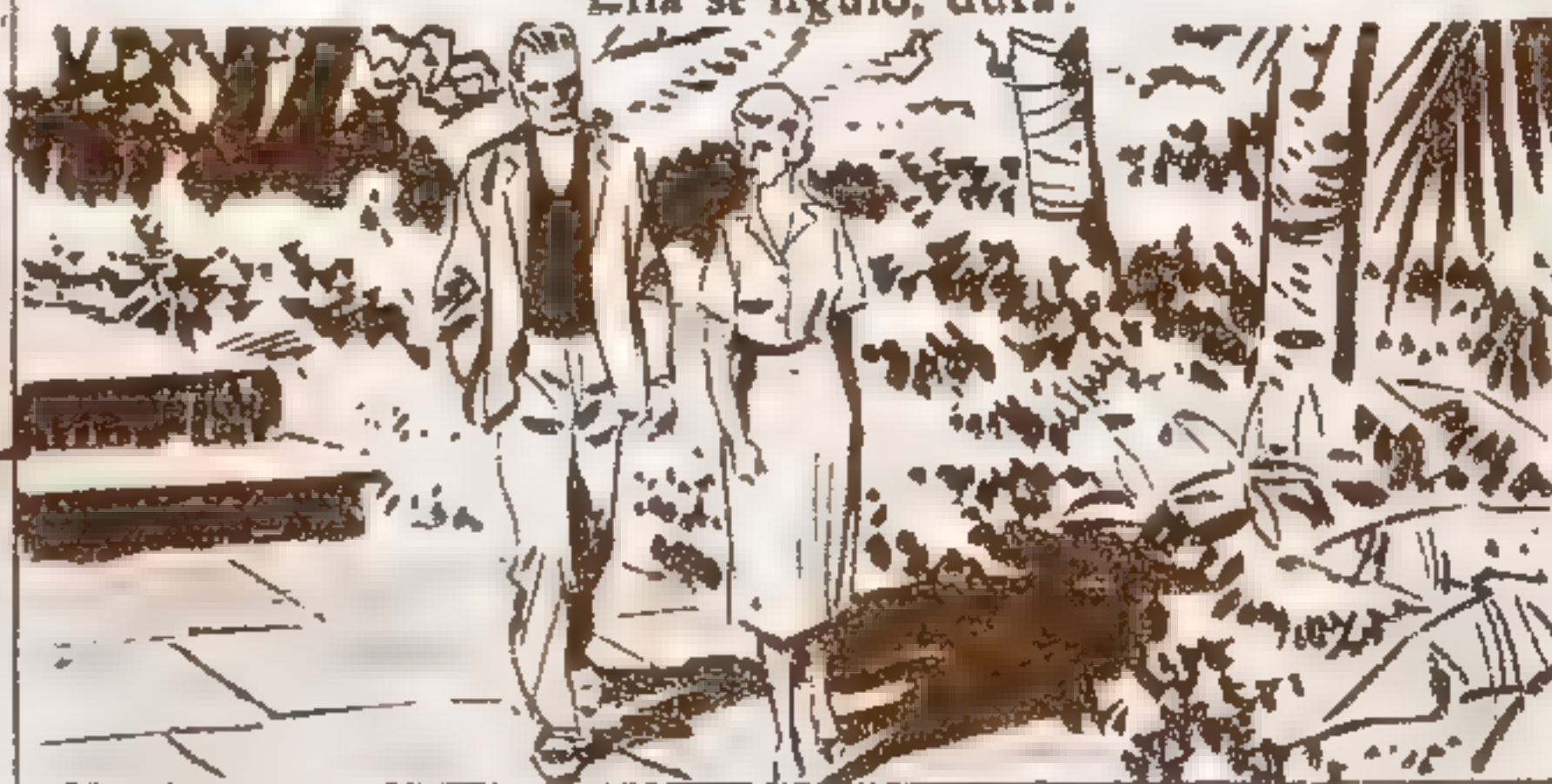
Una mañana, a los seis días de llegar su tío, Kate preguntó por Londres, por la gente conocida. Supo que su padre se había vuelto a casar y estaba más raro que nunca. Mr. Holland seguía enriqueciéndose. Martín, su hijo, continuaba en la aviación.



Se contaba de él que era temerario y heroico. La esposa bajó la frente. —Y ¿Sally? Tío Charles pareció enojado: —Se casó con una especie de mono mexicano, color cobre, pero lleno de oro.



Una semana más tarde, Charles, mientras paseaba con su sobrina le aconsejó: —Debías tratar de ver a tu esposo, de hablar con él. Ni aun sabe que tiene un hijo. Eso no es justo, Kate; no es cristiano, no es humano. Ella se irguió, dura:



"Menos justa fue la forma en que él destruyó mi vida". Se echó a llorar. El destino tiene extrañas maneras de procurar el reencuentro de los seres. Y cuando Cirilo Gomez llegó con su mujer a Isla Gracie, nadie esperaba que...



...ella fuese Sally; una Sally entrada en carnes, llena de perlas y de brillantes, vestida con ostentación. A su vez, cuando esa noche en el comedor, la antigua amiga vio a la dueña del Hotel vestida de blanco, sencillamente...



...le pareció estar soñando: —Esta era Kate, más hermosa que nunca. Y libre. No estaba unida a un hombre de rostro y alma negros, que había hecho fortuna de manera misteriosa y que después de comprar a su mujer, la vigilaba con desconfianza.



Sally saludó a Kate, luego de darse ánimos con varios cócteles, a los cuales se había aficionado mucho. —Hola, querida, qué bien te encuentro. Me alegro de verte.

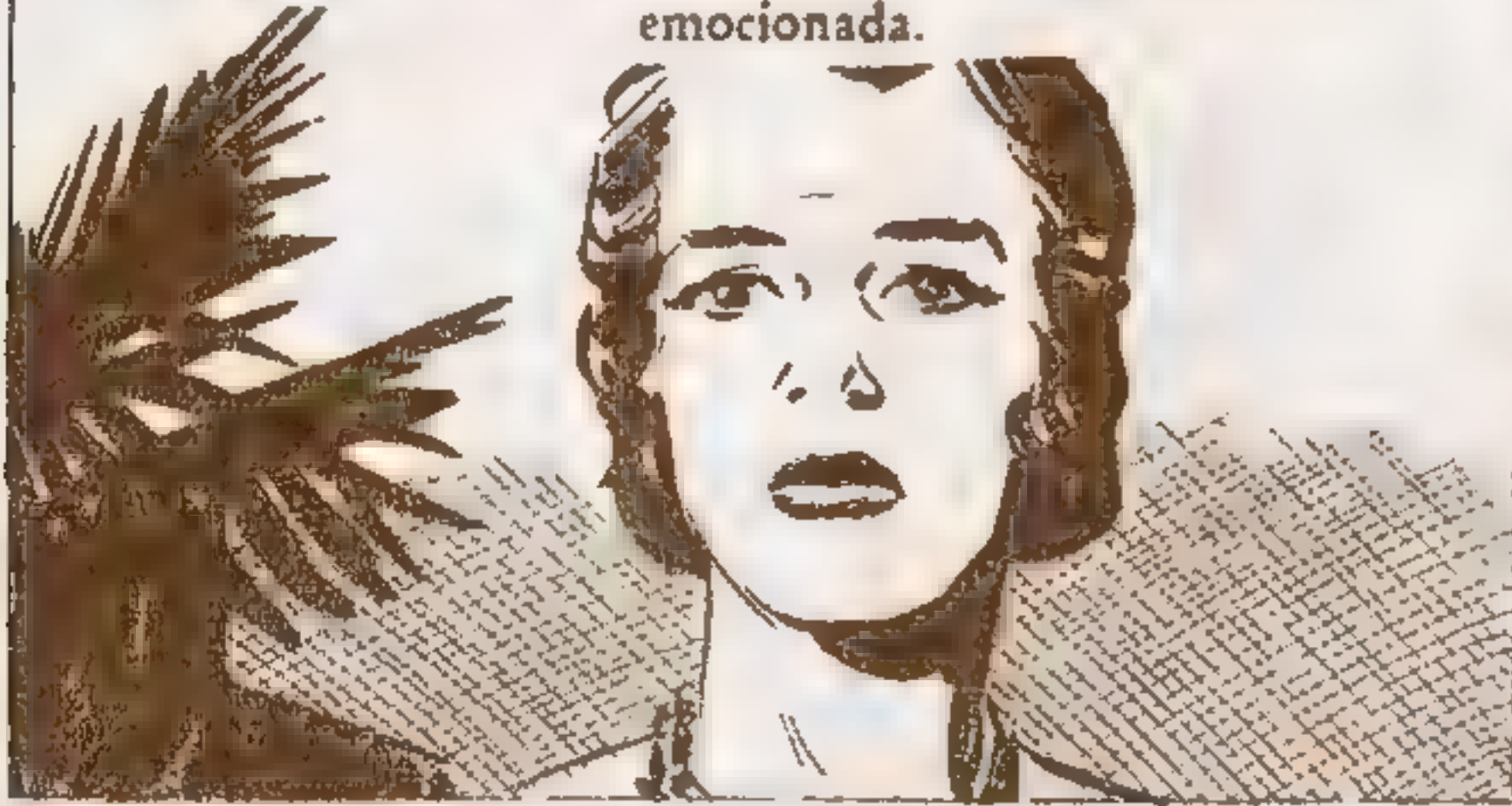
Me recuerdas un pasado triste.



La mujer del millonario mexicano había buscado la soledad de la terraza para el saludo. Se sintió confusa al oír las palabras de su antigua amiga. Pasaba Collins con una bandeja de whiskey. Ella tomó dos, bebiéndoselos uno tras otro.



Kate permanecía de pie, mirándola con sus bellos ojos grises doloridos. Entonces algo de la antigua Sally que había amado al pobre Holly muerto en la guerra, se agitó en el pecho de la mujer que había palidecido, emocionada.



Avanzó hacia Kate y, despacio, fue explicándose: -Obré por miedo. Holland me amenazó con quitarme el empleo si yo no te apartaba de su hijo. Martín te amaba y te ama siempre. A menudo me iba a buscar a la tienda para preguntarme...



...por ti. Mentí siempre. El te escribió; robé sus cartas. Conocía tu carácter y comprendí que tu reacción iba a ser exactamente la que tuviste. Que no ibas a querer verlo ni oírlo nunca más.



Ahora el señor Holland estaba enfermo de muerte y deseaba tener junto a sí al hijo. Martín le había dicho que estaba casado y permanecía fiel a su mujer.



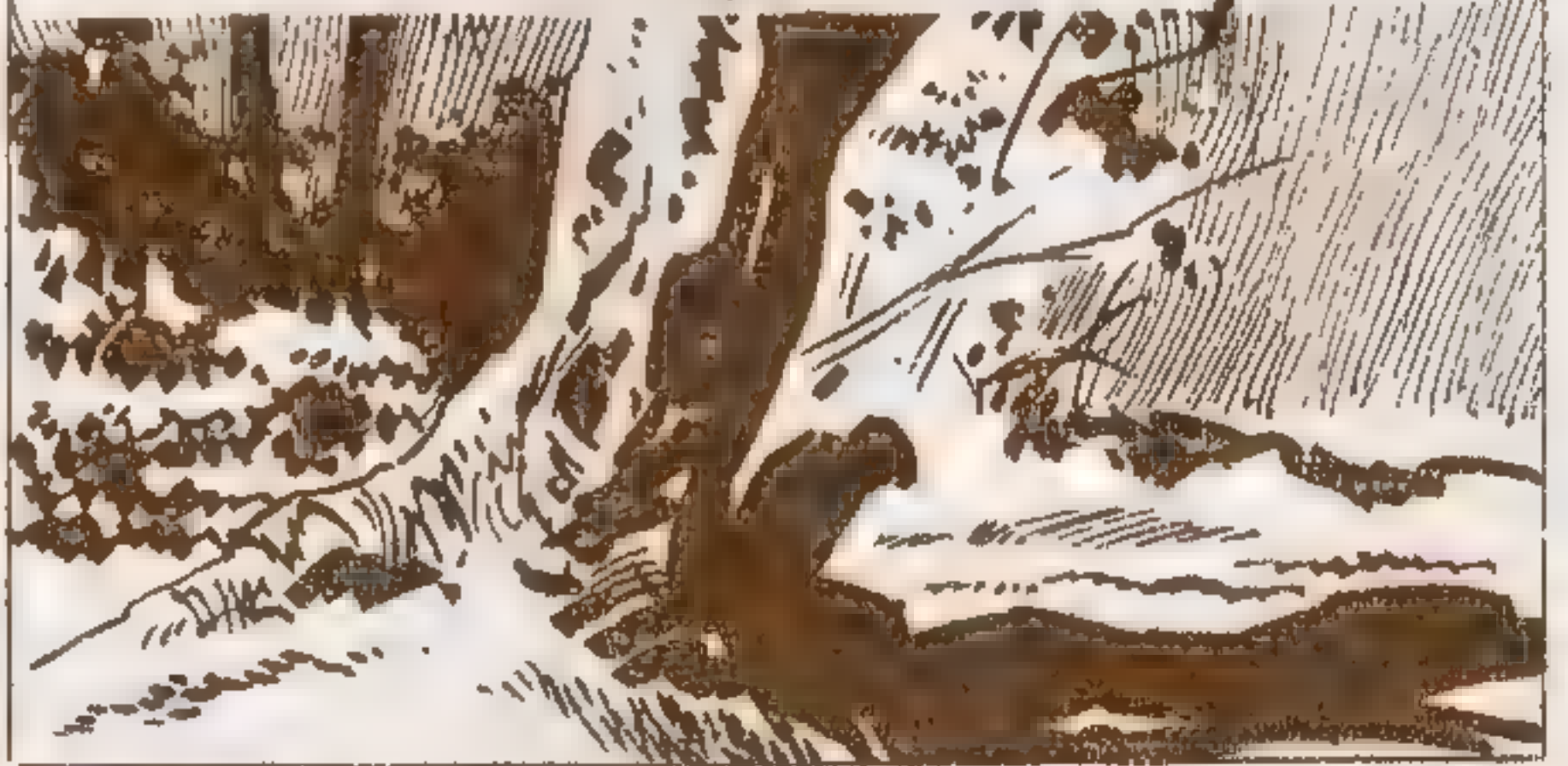
No ha dejado de buscarte... ni yo tampoco. Pero tu tío Charles nunca me quiso recibir.

Como me viera rondando la casa, se mudó, perdiéndose en Londres. Así habían pasado las cosas. Pero por suerte, Dios permitió este encuentro.



¿Dónde vas, Kate? Perdóname... dime que me perdonas...

Kate había echado a correr sollozando, necesitaba huir y tirarse a llorar sobre el césped de la isla, al reparo de un árbol, lejos de todas las miradas. Cinco años de amor y de paz perdidos... Luego relexionó: ella había tenido la culpa.



Fue implacable, cuando el deber de una esposa, de una mujer es perdonar y comprender. ¡Oh, Martín, querido, pobre querido Martín! Cuanto ansiaba verlo, hablarle, ponerle a su hijito en brazos.

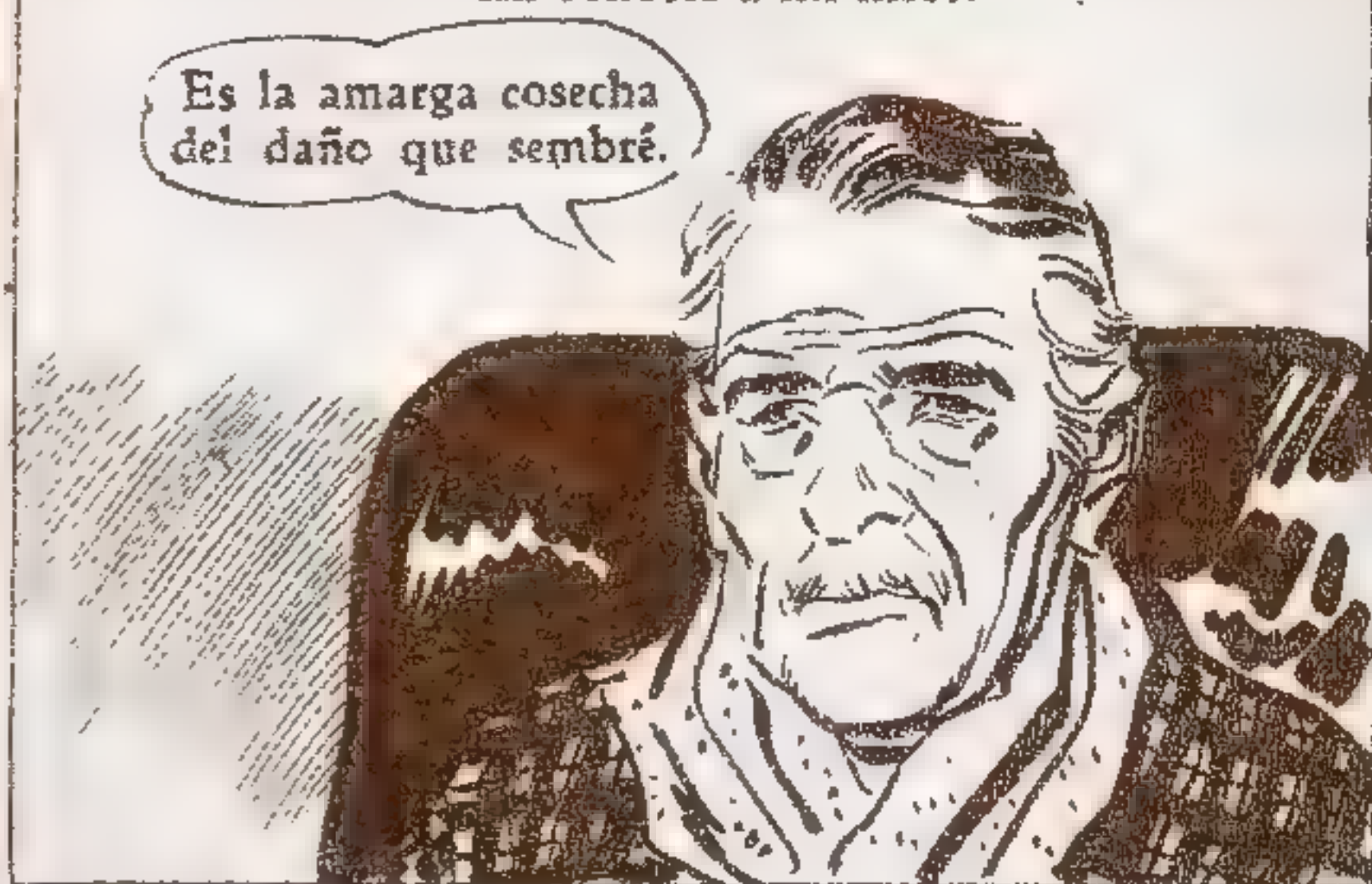


Tío Charles fue el encargado de volver a Londres, buscar al esposo y a Mr. Holland y explicarle todo. El viejo dueño de los almacenes estaba muy grave. Escuchó la historia y cuando supo de la lucha de Kate, murmuró:



—Como es justo, ella recobraré la felicidad. Yo moriré sin conocer a mi nieto.

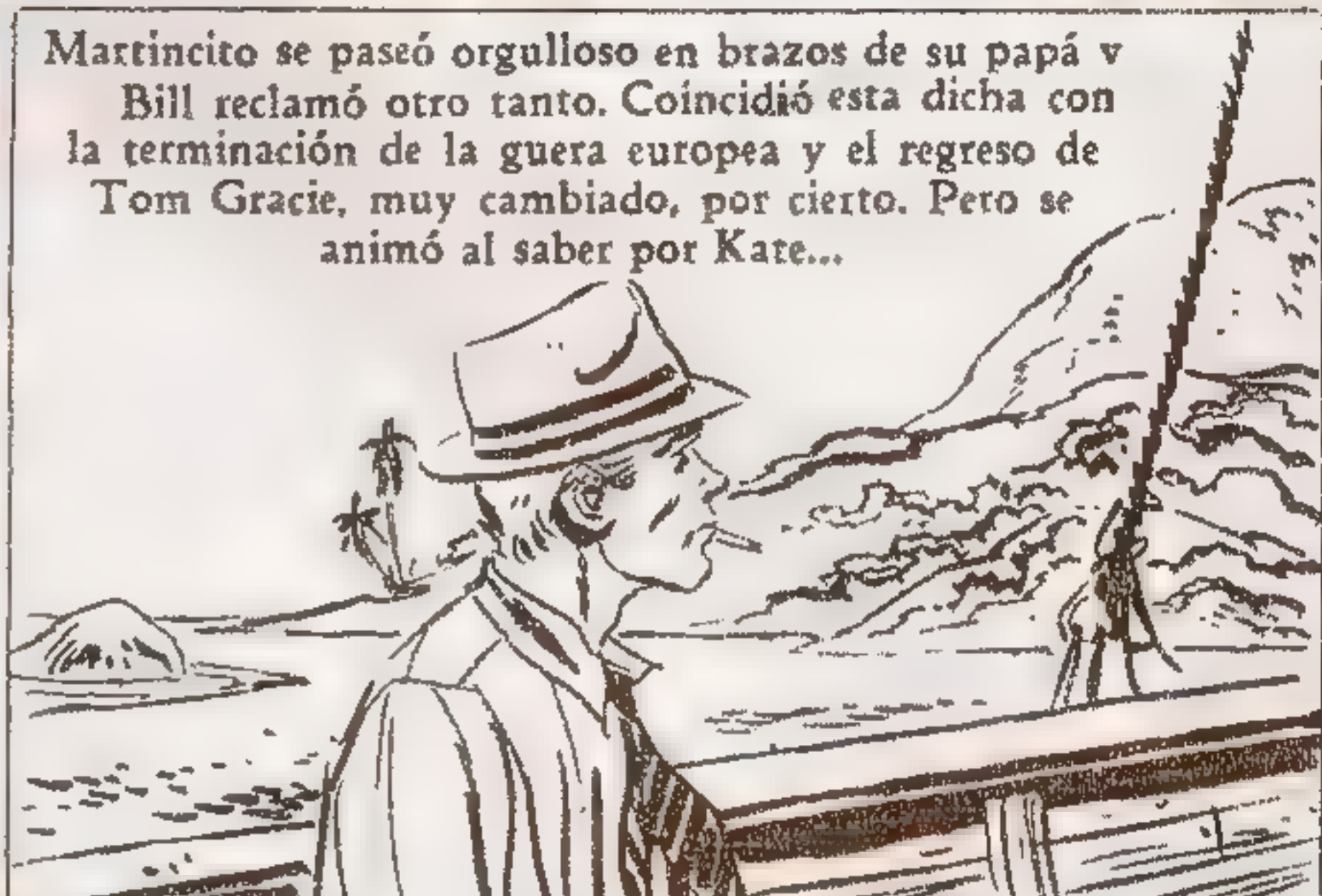
Es la amarga cosecha del daño que sembré.



Poco tiempo después, el aviador Holland, tío Charles y algunos ingleses llegaron a Isla Gracie donde el encuentro de los esposos fue emotivo y tiernísimo. Sally pidió perdón a los dos. Su marido ofreció un costoso banquete.



Martincito se paseó orgulloso en brazos de su papá y Bill reclamó otro tanto. Coincidió esta dicha con la terminación de la guerra europea y el regreso de Tom Gracie, muy cambiado, por cierto. Pero se animó al saber por Kate...



...la suerte de la isla, próspera en su hotel ya organizado y la cumplida educación de los hijos. Kate le narró el fin de Hortense, sus recomendaciones.—Esperaba que usted abandonaría sus... negocios, señor Gracie. Ahora puede hacerlo.



Aquí todos los habitantes de la isla lo ayudarán; —Yo... vuelvo a Londres. Presentó a su marido y entonces vio una sombra dolorosa en los ojos del dueño de Gracie's Harbour. Pudo pensar que él también la amaba en vano.



Así había sido, pues, cuando vio alejarse el buque a bordo del cual se marchaba Kate con su esposo, su hijito y tío Charles, el señor Gracie, gimió:

Qué distinta pudo ser mi vida. Pero... recojo lo que sembré: soledad, dolor.



GOTITAS DE ALEGRIA



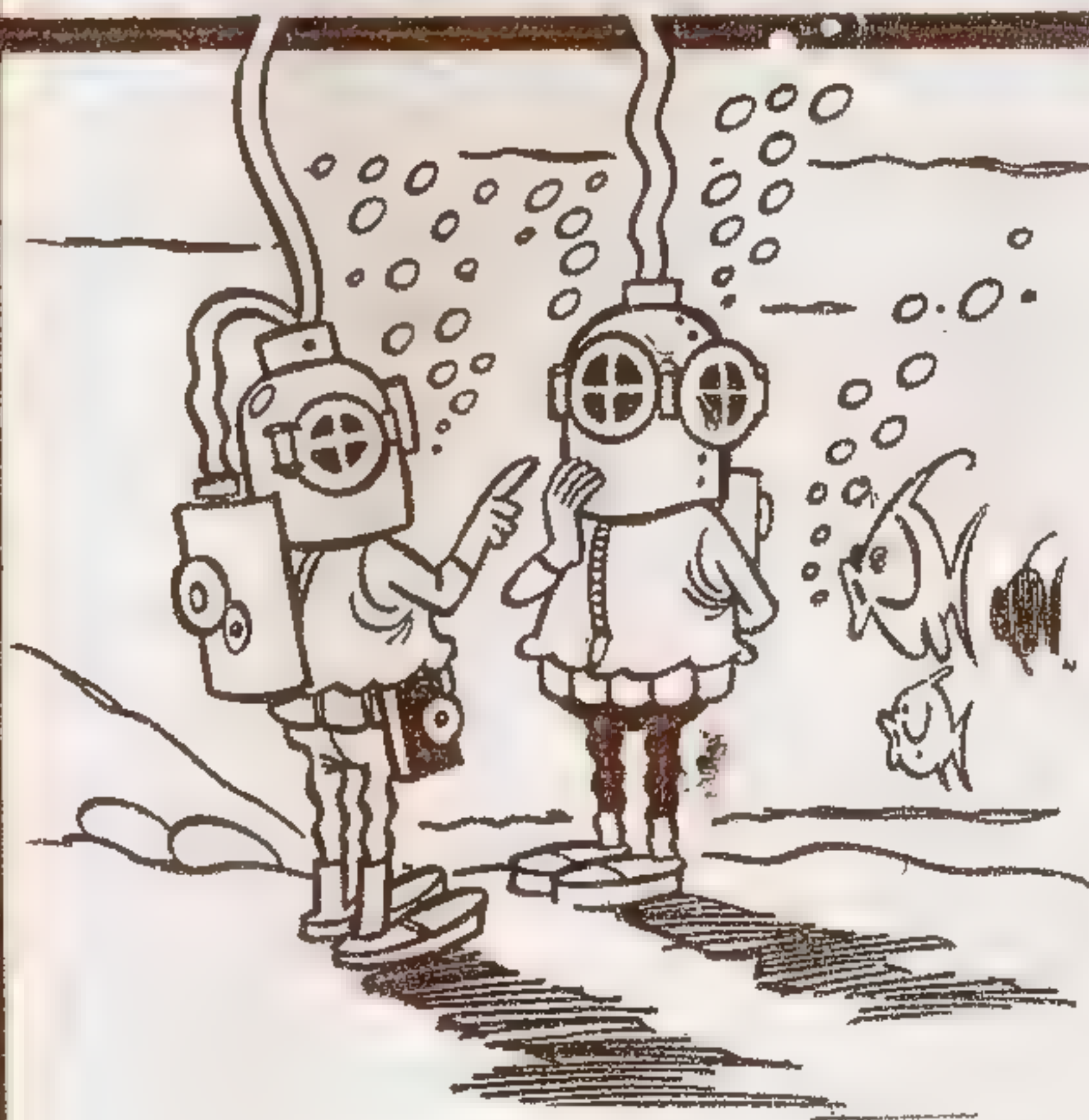
—Eso es lo que yo llamo una verdadera salida.



—Dime, ¿cuánta propina le diste a este gondolero en Venecia?



—Es un auto familiar, es decir toda la familia tiene que trabajar para poder mantenerlo.



—Su cara me resulta conocida; ¿Atlántico, Pacífico o Índico?

LA TRAGEDIA DEL AMÉRICA

por INA DAHL

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE MORAGA

Cuando miramos en el atardecer, las leonadas aguas del río de la Plata, enrojecidas por los rayos del sol próximo a hundirse en el horizonte, nuestro espíritu capta la grandiosidad y belleza del espectáculo, pero pocas veces evocamos la tragedia que allí ocurriría, hace casi un siglo...



El fuego y la sangre escribieron una página más en la historia, llegando así hasta nuestros días el relato de luchas desesperadas, de atroces agonías, de actos de egoísmo y de otros de abnegación y amor a la humanidad. Hombres y mujeres que pasaron, pero que no pueden morir en el recuerdo.



Y para revivir esa tragedia, retrocediendo en el tiempo, vamos al encuentro del Buenos Aires de 1871. Ese Buenos Aires que se aprestaba a celebrar las fiestas navideñas... Ignorando su horrendo destino, muchos de aquellos que serían protagonistas...



...de un trágico suceso, vivían horas de dicha, de esperanza, de felicidad. Así, en la mansión de D. Juan Manuel de Larrazabal se celebraba la fiesta de bodas de su hijo Juan Antonio con Josefina Villar, matrimonio que llenaba de satisfacción al caballero, por los reiterados elogios y plácemes.



Podéis estar orgulloso D. Juan Manuel. Vuestro hijo se ha llevado una de nuestras mejores niñas. Josefina es muy bella, y prudente, pese a su juventud. Será una buena esposa.



Eso creo... Y espero que sean ambos felices, ya que se quieren de verdad, sin egoísmos...

Ya veis, han insistido en que los acompañe en su luna de miel, que pasarán en Montevideo.

Magnífico gesto el suyo, para no dejarlos solo aquí. Bien, quizá viajemos juntos. He sacado pasaje en el "VILLA DEL SALTO", para mi hija Gabriela y para mí.



Me hubiera encantado, pero mis hijos han preferido el "AMERICA". De todas maneras, nos veremos allá. ¿Estaréis muy ocupado?

No... Esta vez mi viaje no es de negocios...



El señor de Larrazabal se abstuvo de hacer comentarios al ver la expresión de los ojos de Arana, en los que había tristeza, quizá dolor y desde luego, una fría decisión. ¿Cuál podía ser el real motivo de ese viaje? Y esa misma pregunta la estaba formulando Mariquita Torres a su amiga Gabriela.

¿Por qué te vas así, tan repentinamente?

Papá lo ha decidido hoy. Dice que hay muchas fiestas estos días en Buenos Aires, que desea mantenerme alejada de ellas, y sus excusas podrían ser mal interpretadas. Así, estando fuera...



¿Tiene algún motivo para no dejarte ir a esas fiestas?

Me temo que no le agradan determinadas personas, con las cuales suelo encontrarme en las reuniones o bailes. Papá es muy severo, ya sabes...



Entonces, me imagino que te apenará marcharte...

Por supuesto, Mariquita. Mucho más de lo que tú te imaginas.



Y efectivamente, en el rostro de Gabriela Arana se reflejó una profunda tristeza.

En suaves ondulaciones, las melodías que evocaban los bosques de Viena se esparcían por el salón. Y la flamante desposada suspiró su dicha una vez más...

¡Soy feliz, Juan Antonio!



¿Cómo expresarte yo mi felicidad?

En la mansión de los Marcó del Pont, en la íntima y plácida velada familiar, se estaba tomando en aquella misma hora, una decisión...

He decidido, Carmen, que vayamos a pasar estos días de fiesta a Montevideo.



Pero querido... El niño es muy pequeño... Apenas tiene unas semanas.

Quedará con tus padres, que por supuesto estarán encantados. Viajaremos en el "Villa del Salto".



No, Augusto. Eso no... Recuerda que en ese barco falleció el año pasado mi tío... Prefiero ir en el "América", que, por otra parte, es más lujoso y moderno.

Perfectamente, querida...



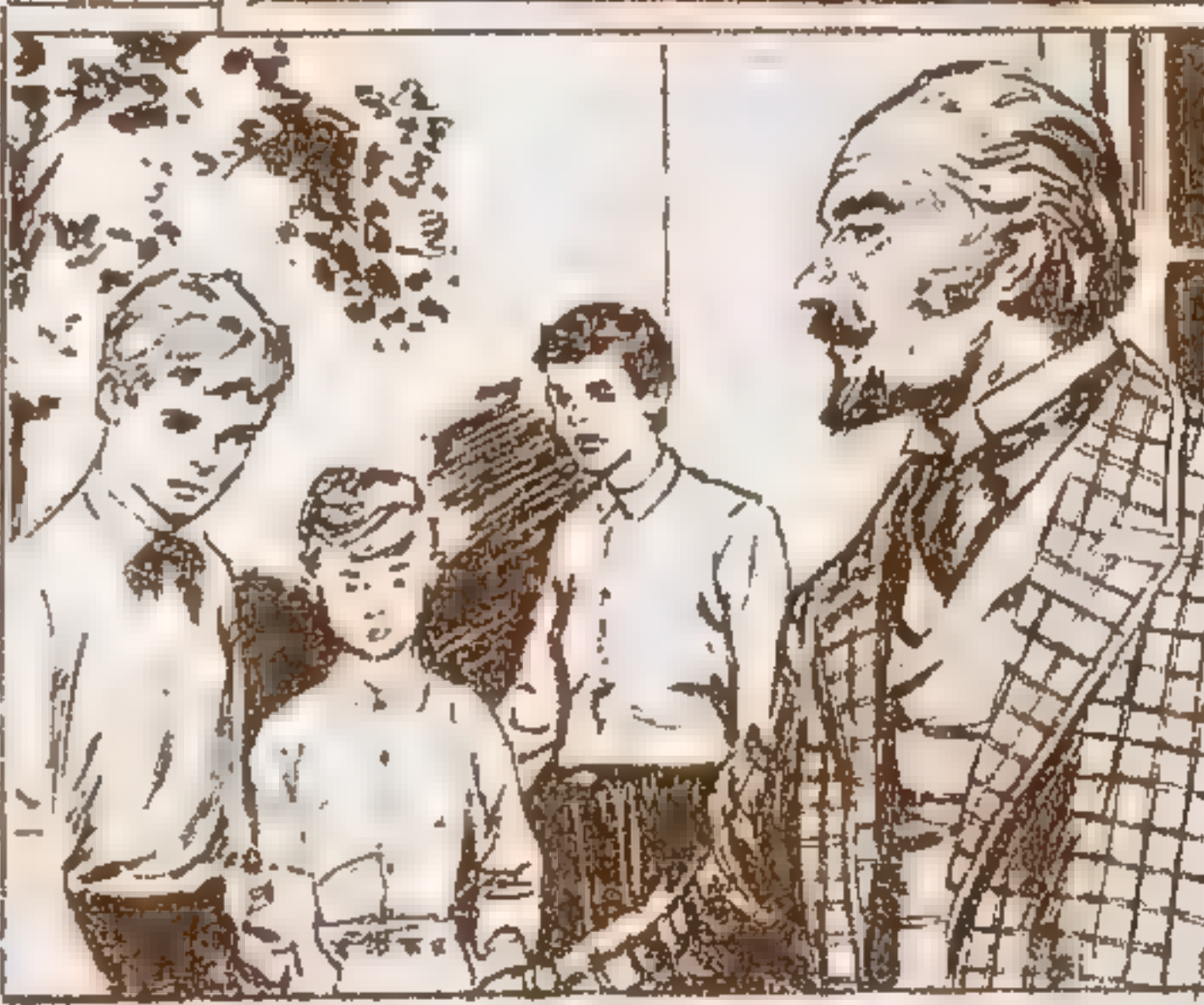
Amaneció el 22 de Diciembre, día que prometía ser tan caluroso como los anteriores, y la familia Rhol, a hora temprana, tomaba el desayuno en el jardín de su residencia.

He tomado pasajes en el AMERICA, para pasar este fin de semana en Montevideo.



¡Que alegría, papá!

Sólo el mayor se había atrevido a expresar la felicidad que todos experimentaban, ante la insospechada noticia. Un viaje es siempre excitante para los niños... aunque su entusiasmo se aplacó algo al recibir la orden de preparar por sí mismos sus equipajes.



Más tarde, el jefe de aquella familia, que vivía en un marco de severa disciplina, acarició una mano de su esposa. Una Navidad más en la que Dios nos concede la dicha de estar juntos. ¿Te complace la idea del viaje?

Por supuesto, querido.



Y en la mirada al esposo, al compañero de años que siempre había sabido anticiparse a sus deseos, había amor y respeto.

Esa misma mañana, Gabriela Arana escribía con su cuidada letra las tradicionales frases de felicitación, en las tarjetas, mientras su pensamiento estaba muy lejos de la tarea, que ejecutaba mecánicamente.

María... ¿Está mi padre en casa?



Sí niña Gabriela. Está en su despacho con unos señores...

Avísame cuando se vayan, quiero hablar con él...



La sirvienta, que viera nacer a Gabriela y la criara, se acercó a ella y acarició su cabeza, cual si aún fuera una niña.

¡Otra vez para suplicarle y llorar?... No va a conseguir nada.



—¡No puedo resignarme a no verle más! Ni siquiera me ha dejado despedir de él...

Niña, los padres siempre tienen razón...



¡Mi padre no la tiene! ¿Acaso él no ha demostrado quererme, soportando los desprecios de papá?... Dice que es un mujeriego, un bohemio... Que no tiene responsabilidad... Que le gusta viajar a París para llevar allí una vida disoluta...



Yo no creo eso, María. Me ha jurado no apartarse de mi lado toda la vida... A no dar motivos para ninguna nueva censura... ¿Por qué entonces esa obstinación en alejarme de Buenos Aires, sin siquiera permitirme que lo vea...?



Bien, niña... Yo no puedo contestar a todo eso... El señor piensa sólo en su bien y es el que manda... Pero no llore, escriba una cartita, de esa manera tan linda que sabe, y yo se la llevaré... Será como si se hubieran despedido...

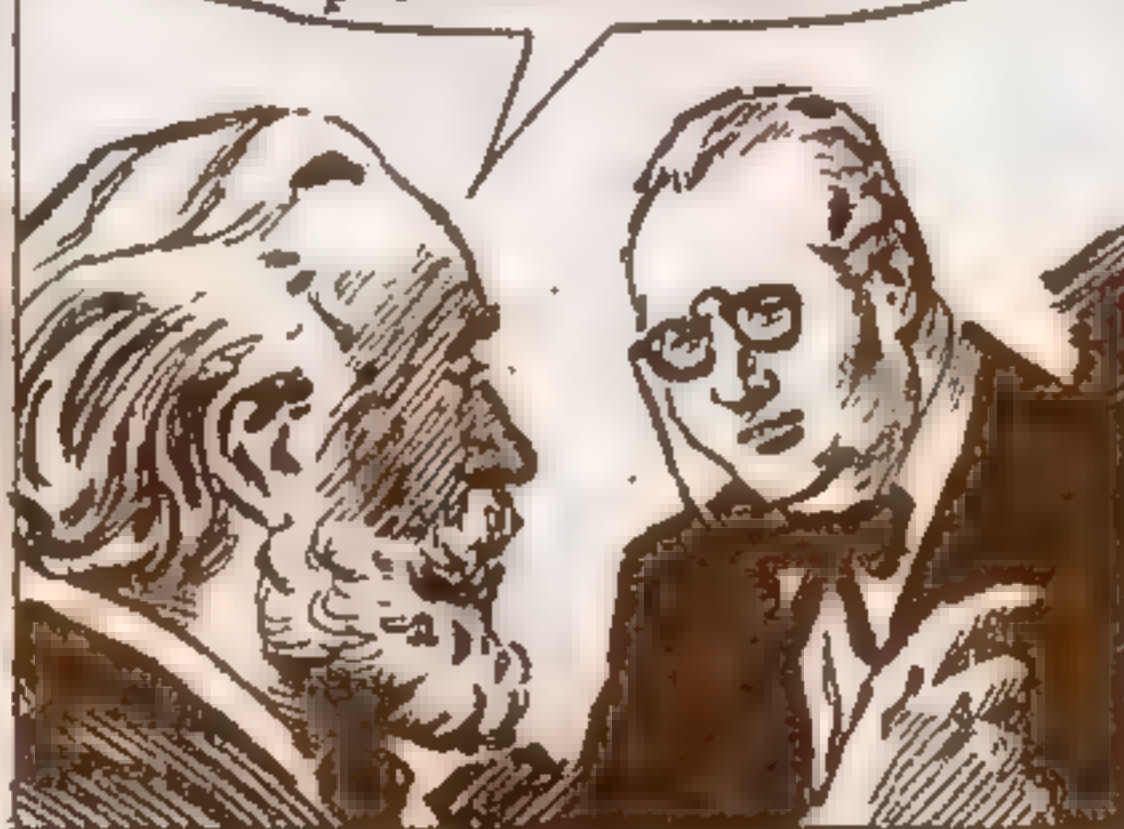
¡Oh! Gracias, María...!



En la tarde de ese mismo día, el médico de la familia Viale, empuja hacia su destino a dos personas más... A su sobrino le convienen unos baños de mar, D. Luis...



Desde mi viaje a Italia no he cruzado el Río de la Plata, pero si el muchacho lo necesita, iremos a Montevideo. Sacaré pasajes en el "AMERICA" y pasaremos allí estas próximas fiestas...



Una vez más, don Luis Viale dejaba de pensar en sí mismo... Había trabajado mucho, pero ello nunca le impidió hacer cuanto bien podía. A la sazón estaba por fundar el Banco de Italia, del que sin duda sería nombrado Presidente, mas ello no le parecía tan importante como cuidar, ante todo, la salud de su sobrino.



De nuevo la noche. Y al amparo de la oscuridad, dos hombres descienden de una diligencia.

Ten cuidado, Rodolfo. Estamos arriesgando mucho...



No te preocupes, Andrés. Tú corres poco peligro...

Ser tu amigo ya es peligroso... Espera. Me adelantaré para ver si ha llegado... De no haber conseguido "eso", la casa estará vacía...



Los golpes en la puerta resonaron lúgubramente. El llamado Rodolfo se adelantó con el ceño fruncido.

Viene alguien...



¡Si te reconocieran!

Un temor, negro como la noche, se entoscaba en el alma. De pronto, un rumor de goznes y una voz cascada.
-Pasen. El señor espera.



Don Juan Ezcurra acogió a los jóvenes con semblante grave.

Me alegro que hayas podido llegar hasta aquí, Rodolfo. Como siempre, la amistad de Andrés te ha sido provechosa...



Sí... Le debo mucho. Hasta ahora hemos hecho juntos buena parte del camino de nuestras vidas, pero en adelante... Debo dejar Buenos Aires, salir de la ciudad en que nací, escondiéndome como un criminal y enfrentar solo lo que venga...



Tú lo has querido...

No me quejo. Asumo toda la responsabilidad...



-Aquí, en este sobre, está tu pasaje del "AMERICA" y el dinero. Te queda por hacer lo más difícil. Calcular el tiempo al minuto y embarcar un segundo antes de retirar la planchada.

Le acompañaré al puerto...



No. Aquí nos despedimos. Hiciste ya demasiado.

Procura que no te vean. A estas horas habrán descubierto ya el cadáver de Benjamín Estrada y probablemente habrán salido en persecución de la diligencia, en la cual, según dijo tu criado al jefe de postas, vas tú hacia tus tierras del sur...



Pero mañana a la noche estarán de regreso. Habrán encontrado en la diligencia a tu criado, con la carta para el administrador. Este último duelo tuyo puede ser considerado casi un crimen. No te olvides.



No lo olvidaré. Gracias por todo...

Trataré de arreglar las cosas lo mejor posible. Espero que reflexiones y reconozcas tus errores, que tanto nos han dolido a los que te queremos de verdad.



En ese mismo instante, otro hombre sufría... estrujando la carta que la nodriza de Gabriela, pusiera en sus manos.

¡No puede llevársela!...



También ella está sufriendo mucho, mi pobre niña...

¡Tengo que verla, María...! Es preciso.



No va a ser posible, señor... Se la ha llevado a dormir a casa de su tía doña Mercedes y cuando regresen, mañana al atardecer, será para embarcar en el VILLA DEL SALTO...

Sí. todo lo ha previsto, pero...



En los ojos de José María se había encendido una extraña luz.

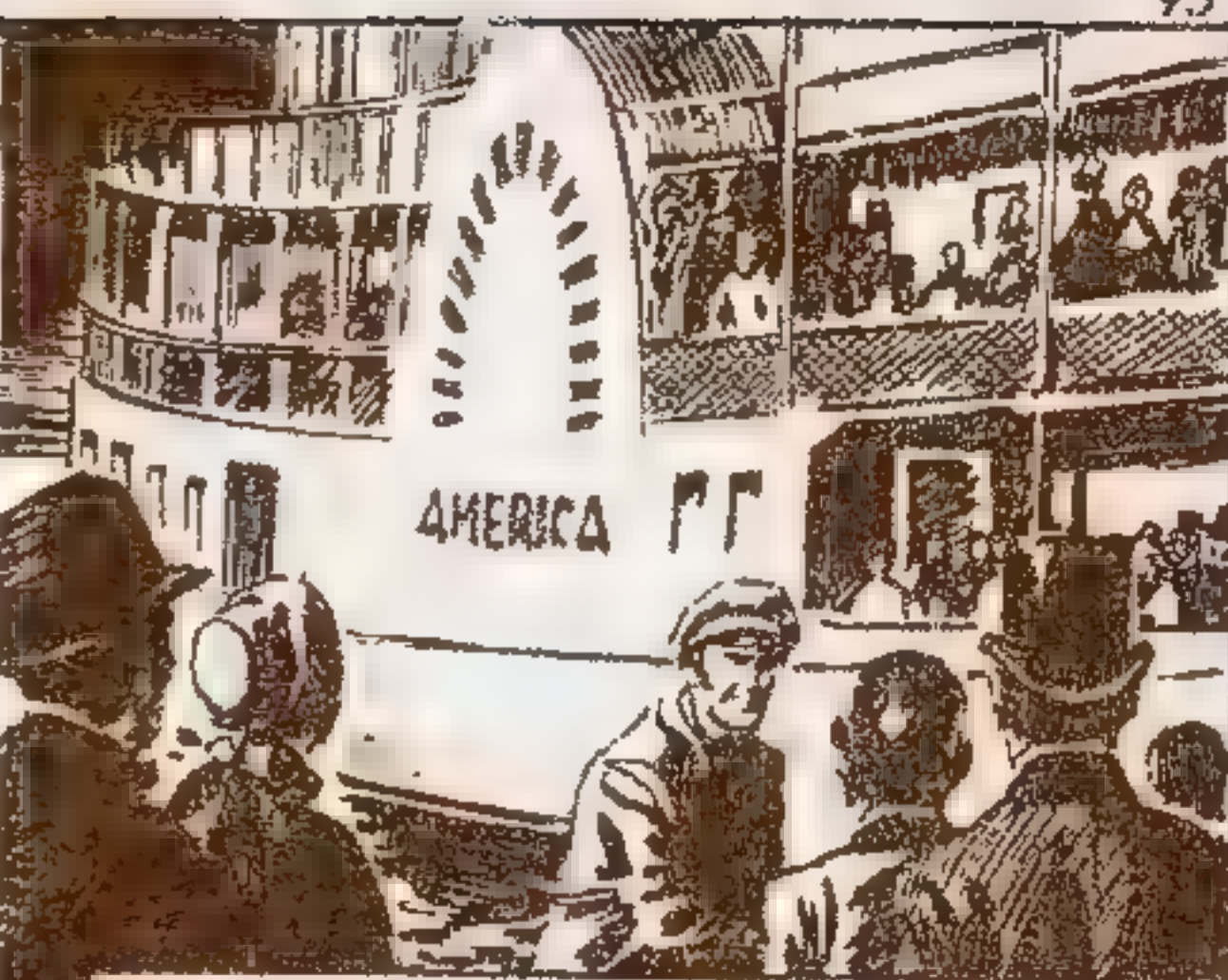
Te voy a dar unas líneas para ella. Y dile que esté tranquila.



En la ciudad
mu-
chas personas
velaban, pre-
sintiendo algo
grande y miste-
rioso... AL-
GO que ya
estaba escrito
en sus desti-
nos...



Sábado 23 de
diciembre.
El "AMERI-
CA" se mecía
en las aguas del
Río de la Pla-
ta; con sus
dos pisos ilu-
minados, pa-
recía un pala-
cio flotante.
Los pasajeros
charlaban con
los amigos
que habían
acudido a des-
pedirlos...



El "VILLA DEL SALTO", que hacía
el mismo recorrido, había salido hacia
Montevideo una hora antes, y en su
cubierta, José María Orgaz se enfren-
taba con algo no previsto...

De manera que D. Julián Arana y su
hija no figuran en la lista de
pasajeros...



Así es, señor. Si ud. está seguro de que
tenían pasajes, los habrán devuelto a
último momento...

Claro. Eso habrá ocurrido.
Gracias por su información.



Y José María concentró su mirada en
las aguas del río, para ocultar a todos
su desesperación. Cabían dos posibili-
dades. Que Gabriela y su padre no hu-
bieran embarcado, o bien que Arana,
intuyendo su reacción, hubiérase anti-
cipado a sus decisiones posibles y da-
do el nombre del vapor "VI-
LLA DEL SALTO" pensando viajar
en el "AMERICA"...



Juan Manuel de Larrazábal, su hijo
Juan Antonio y su nuera Josefina, ya
estaban en cubierta

Bien, muchachos, ya iniciáis el camino
unidos. Y Dios me hace la merced de
presenciar vuestra felicidad.



En el muelle, un grupo despedía a
Carmen Pinedo y su esposo Augusto
Marcó del Pont.

Es una segunda luna de miel.
¡Aprovechadla!



Cuando se tiene un hijo ya
no es fácil ser feliz lejos de él.
Sé que Carmen pensará mu-
cho en lo que deja aquí.

D. Luis Viale, junto a su sobrino,
repartía saludos, aunque en su rostro
preocupado no se reflejaba ninguna
alegría.

Me alegro que se haya decidido a pa-
sear un poco, D. Luis.



Quien así hablaba a Viale, era Darío
Beccar, que se disponía a ayudar a su es-
posa e hijita a bajar a la lancha, que había
de llevarlos hasta el barco.



Gracias Beccar. Siempre conviene
descansar un poco.

La última lancha iba a alejarse del muelle, cuando un hom-
bre saltó a ella, tratando de ocultar su rostro con el som-
brero muy inclinado. El oficial comprobó su nombre
en la lista. —Señor, no figura aquí.



Una dolorosa noticia me obligó a
adquirir el pasaje a última hora.

Comprendo. Y lamento que sea ése el motivo de su viaje.

Gracias.



En el comedor, comenzaron a reunirse los primeros comensales. Las damas lucían su hermosura y sus joyas, junto a la austeridad de los arajes de etiqueta de los caballeros. Las luces, la música y las flores embriagaban un poco. Marcó del Pont besó la mano de su esposa.

Te veo tan bella como el día de nuestra boda.



Mientras, en un rincón oscuro de cubierta...

-Perdone. Creí que aquí no había nadie.

También yo. He venido en busca de soledad.



Había tropezado con la muchacha al darse vuelta; y así había podido ver sus ojos llenos de lágrimas.

Hay que pensar que el destino nos ha querido reunir. Y por ello me atrevo a pedirle que no se vaya. Si mi presencia le resulta molesta, me iré yo...



¡Oh...! ¡No...!

Se lo agradezco. Es hermoso conocerse así, sin presentaciones, sin saber quienes somos, sin que cuenten los apellidos. Decir sólo los nombres que luego pueden identificar un rostro y un momento.



Quizá tenga razón. Es la única manera de hablar sin recelos de lo más íntimo... Mi nombre es Gabriela.

Y el mío Rodolfo.



Agitaba la brisa el cabello de la joven y sus lágrimas se habían secado.

Ahora, si lo desea, puede hablarme un poco de su pena y mucho de sus ilusiones, prometiéndole hacer lo mismo luego, en el caso que le interese escucharme.



En la voz varonil había un cálido magnetismo y su naturalidad restaba importancia al hecho insólito. Gabriela sintió confianza y afán de sinceridad. Ingenuamente lo reconoció.

Algo me impulsa a hablarle.



La dulce sonrisa de la muchacha cautivó a Rodolfo.

Puede hacerlo. Y trataré de comprender.



¡Oh! Todo es simple, pero no por ello menos doloroso.

El comandante del "AMERICA", D. Bartolomé Bossi, miraba a lo lejos...

Cerca de medianoche lo pasaremos.

¿Se refiere al "VILLA DEL SALTO", señor?



¡Por supuesto! Les damos ventaja y siempre llegamos primero, pero pese a ello el testarudo y flemático Capitán John Morse, no quiere reconocer que su barco es una vieja cáscara de nuez.

¡No creo que exista comparación posible!

Por supuesto, pero ese endiablado Capitán cree que pese a todo, su viejo barco puede competir en velocidad. ¡Si una sola vez llegara antes, se burlaría de mí...! ¿Comprende por qué quiero forzar la marcha?



Y en efecto, el "AMERICA" se deslizaba raudo sobre el río que parecía una lámina de plata bruñida, al que pensativo contemplaba Rodolfo mientras escuchaba.

Eso es todo. Sé que nada podrá hacer cambiar de pensar a mi padre, y por ello mi pena es tan grande.



-Nadie puede predecir lo que ocurre con el tiempo. Confíe en él, Gabriela. Y aunque sufrir por amor es hermoso, no llore demasiado. Su docilidad de hija y una resignación aparente, influirán en el ánimo de su padre.



Quiero creerle.

Hágalo así, pequeña.



Un silencio triste los alejó por unos instantes; luego ella leyó el dolor en los ojos del hombre.

Quizá le ayude hablarme de usted.

Quizá... Aunque mi historia está manchada de sangre.



-Es la historia de quien tempranamente huérfano y dueño de una fortuna, no supo ser un hombre, aunque creía presumir de hombría enamorando mujeres, jugando y retando a duelo a quienes osaban censurarlo. Como final, la huida.



En los ojos de la joven había horror y compasión.

¿Por qué no creer que la huida es un principio de sincero arrepentimiento? Si usted ha podido resumir su vida así, tan crudamente, es porque todo no está perdido. Me doy cuenta que nunca habrá sido feliz.

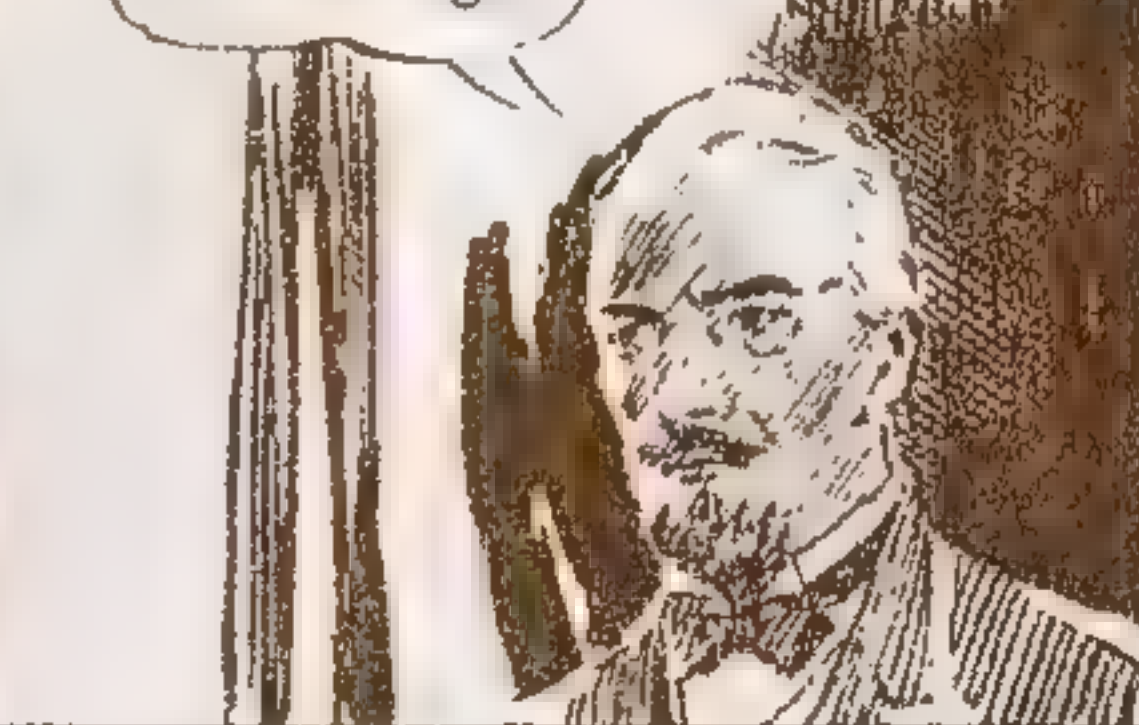


Ni podré serlo tampoco. ¡Pesan tantas cosas en mi alma! Le ruego que me disculpe, he turbado su mente en lugar de consolarla. Pero prométame que más tarde, cuando haya cenado, volverá aquí. La estaré esperando.

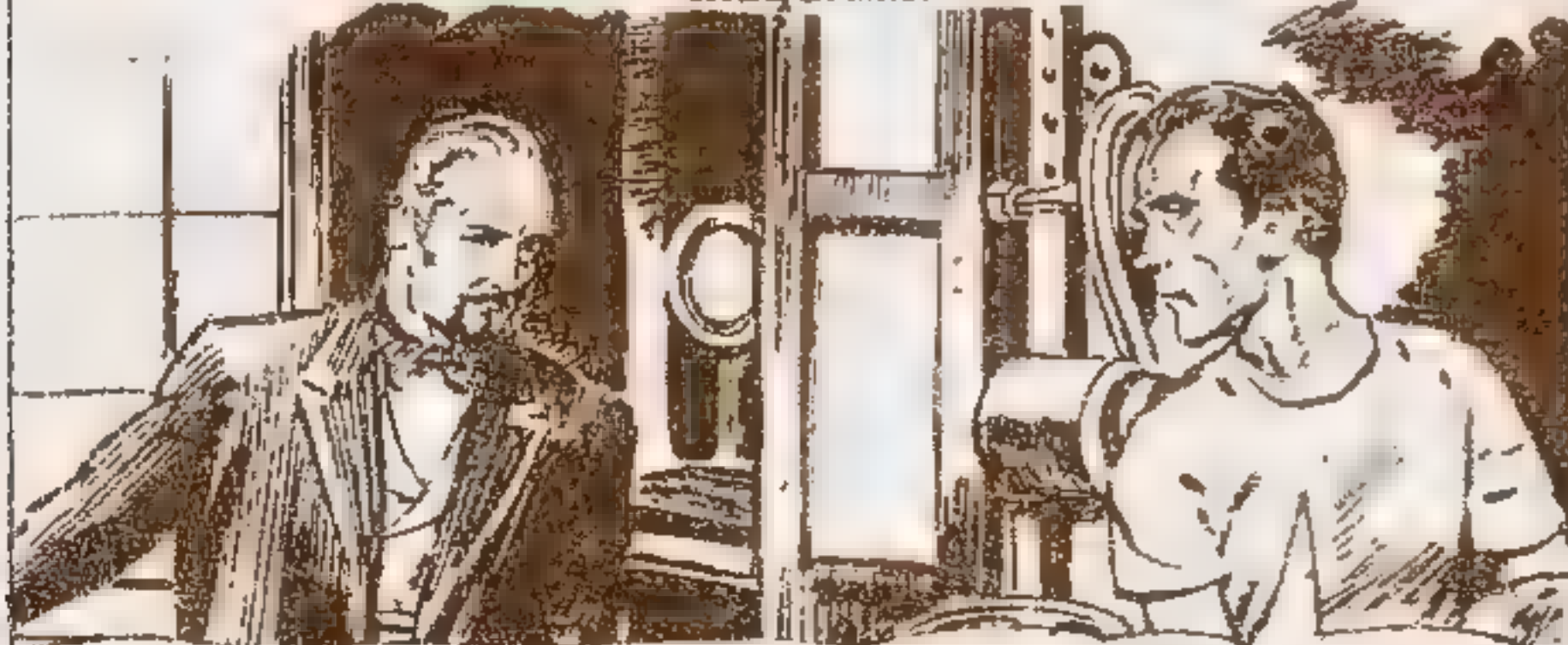


Augusto Rhol acomodó a su familia en el amplio camarote y, como buen marino, inspeccionó los salvavidas; luego, mientras fumaba en cubierta un cigarrillo, percibió un extraño ruido proveniente de las máquinas.

¿Ocurre algo?



El marinero no sabía nada; y Rhol descendió a la sala de máquinas.



Sí; las calderas necesitan ser reparadas, soportan siempre demasiada presión. Las hornallas permiten 26 libras, pero el Comandante nos hace dar 10 mas...

¡Pero el Comandante sabe que hacer esto es muy peligroso!

Desde luego. Ocurre cada vez que el "VILLA DEL SALTO" coincide con nosotros. Quiere llegar primero, saliendo más tarde. Y yo debo cumplir sus órdenes.



Preocupado, Augusto Rhol subió a cubierta, donde encontró a Germán Burmeister, otra personalidad que viajaba en el "AMERICA", también marino. Ambos enfrentaron al Comandante.



No obstante, Comandante, es una imprudencia...

Apoyo al señor Rhol...

Conozco mi deber. Les ruego que no insistan y se retiren a descansar.



El carácter irascible del Comandante y su grosería hicieron callar a Rhol y a Burmeister, que preocupados se dirigieron a sus camarotes. D. Julio Arana besó en la frente a su hija.

Espero que duermas bien.



Una vez sola, Gabriela recordó a Rodolfo y, decidida, se encaminó a cubierta, rezando para que su padre no la descubriera.

Comenzaba a temer que no viniera.

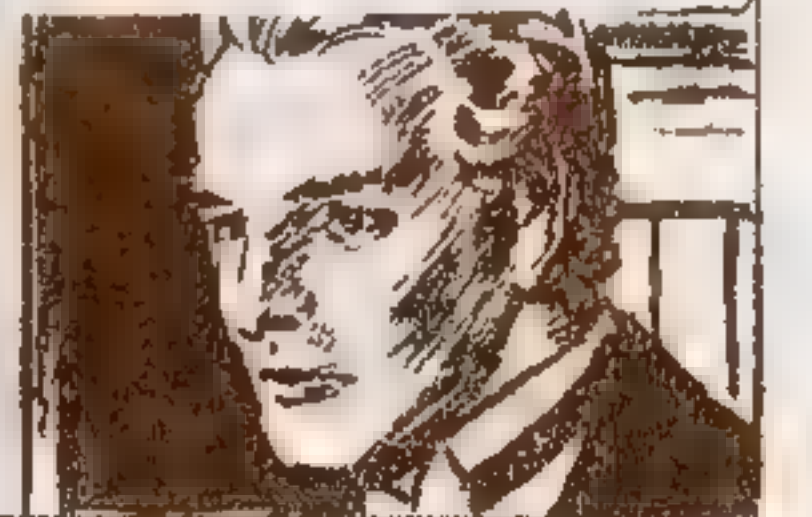


He tenido que esperar a que papá se acostara. He venido unos minutos para que usted no creyera que me había olvidado.

Gracias, Gabriela.

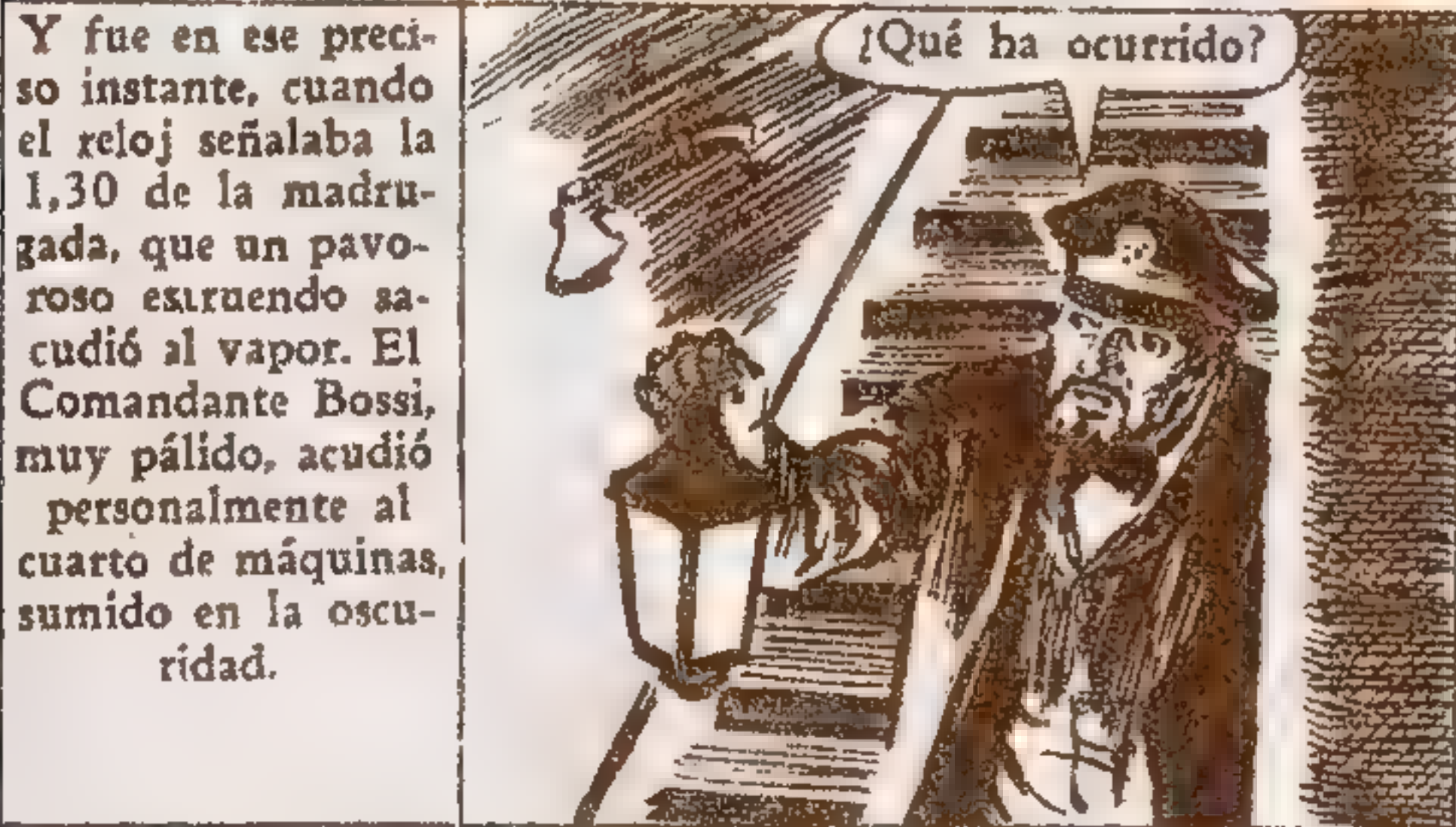


—Agradezco su gesto, su bondad, su indulgencia hacia un hombre como yo. Es posible que no volvámos a vernos, pero estoy seguro de que mi vida hubiera sido otra cosa, de haber encontrado en mi pasado a una mujer como usted.



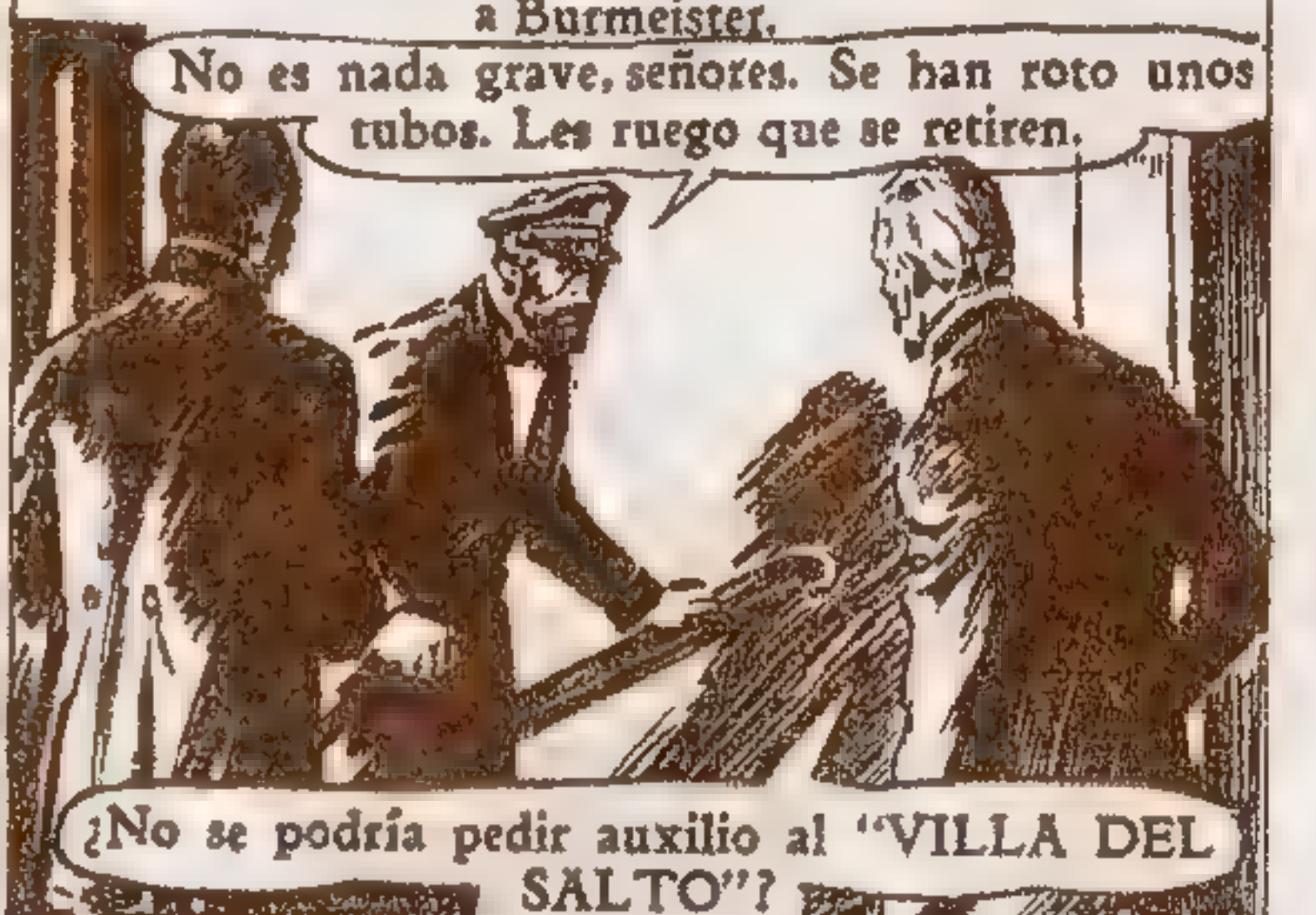
Y fue en ese preciso instante, cuando el reloj señalaba la 1,30 de la madrugada, que un pavoroso estruendo sacudió al vapor. El Comandante Bossi, muy pálido, acudió personalmente al cuarto de máquinas, sumido en la oscuridad.

¿Qué ha ocurrido?



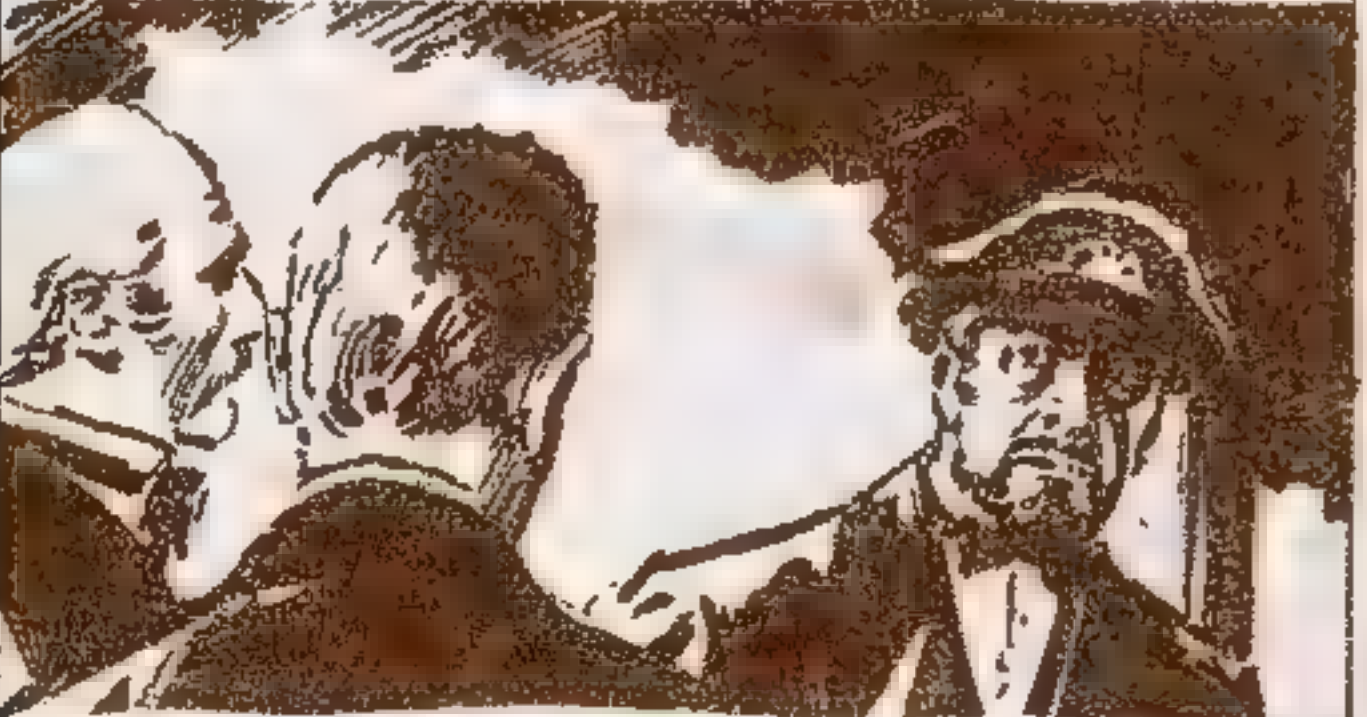
Cuando minutos más tarde regresó a cubierta, encontró de nuevo reunidos a Augusto Rhol y a Burmeister.

No es nada grave, señores. Se han roto unos tubos. Les ruego que se retiren.



¿No se podría pedir auxilio al "VILLA DEL SALTO"?

¿Inclinar su cabeza ante el frío y altivo Capitán inglés? ¿Pedir ayuda a un barco viejo, medio carcomido? El comandante Bossi sonrió con desdén.



Parece que ustedes son muy miedosos. No pasará nada. Y además, el silbato de alarma no suena, porque no hay presión en la caldera.

Los minutos gravitaban sobre aquellos que intuían lo que podía ocurrir. El barco, sumido en tinieblas, tenía algo de monstruo herido. De pronto, el agua de plata comenzó a teñirse de rojo, y en unos segundos, las llamas ascendieron hacia el cielo; esas llamas que nacieran en las propias entrañas de la nave.



En la noche cálida, las voces trágicas clamaban ayuda. La gente, despavorida, salía de sus camarotes sin recoger su ropa, sus joyas... Y una palabra horrible dominaba el clamor.

¡FUEGO!... ¡FUEGO!...



Crepitaba la madera en la inmensa hoguera. En pocos minutos, la nave entera estaba ardiendo y la verdad se hacía evidente para todos. ¿Cómo salvarse? Sólo había quedado un bote, y de ése se habían apoderado los marineros... Y por monstruoso que parezca, el Comandante Bossi iba entre ellos.



Los desesperados pasajeros pedían auxilio a Dios, ya que los hombres que tenían que haberlos ayudado habían huido. El cuadro era pavoroso. Rodolfo podía hacer muy poco para calmar a la muchacha, que con ternura sostenía en sus brazos.



¡Debo ir con mi padre! ¡Déjeme, Rodolfo!

No hay manera de llegar a los camarotes. Todo está ardiendo. Pero no tema, pequeña: encontraremos a su padre, que debe estar por aquí. No pierda la serenidad, por favor.



La muchacha, desprendiéndose, corrió enloquecida y tropezó con Josefina Villar, que se abrazaba a su padre político y a su esposo.

¡Juan Antonio!... ¡Papá!



¡Hijos míos...! ¡Invoquemos a Dios!

Sus labios temblaban musitando la oración que nacía en sus corazones y de pronto, la escalerilla envuelta en llamas cayó sobre ellos, que así, unidos por el amor, emprendieron el viaje definitivo.



Junto a ellos, Burmeister clamaba venganza de Dios.

¡Señor, haz que ese hombre pague su pecado! ¡Nos ha condenado a morir! ¡A huido cobardemente, sin siquiera darnos una posibilidad de salvación!



En efecto, solo unos pocos habían encontrado algunos salvavidas, ya que se ignoraba dónde pudieran estar los restantes y era imposible buscarlos. Darío Beccar había conseguido un par.

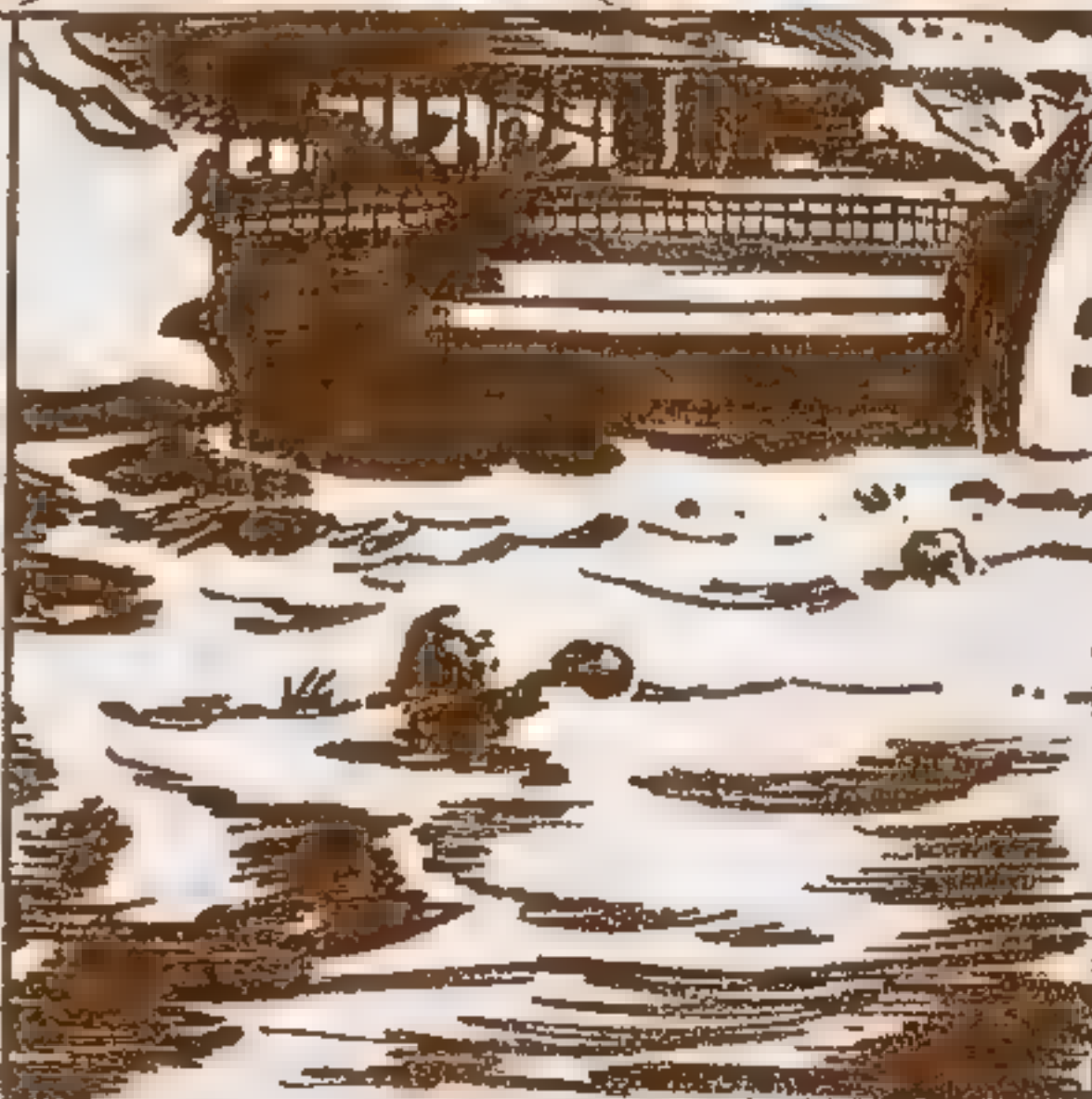
Toma, querida. Yo me lanzaré con la niña. Luego salta tú.



¡Sí... Sí...! ¡Cuidala bien!

Beccar oprimió el cuerpo de su hijita y se tiró al río. El agua se cerró por un instante sobre ellos, mas luego salieron a la superficie. Pero un grito de horror se escapó de su pecho. Al saltar, su esposa había quedado prendida en un gancho de hierro, y las llamas prendían ya en su

TOPE



El dolor mantenía rígido a Beccar. No acertaba a alejarse del barco y no vio al marinero, cuyo rostro evidenciaba la monstruosidad de su alma, avanzando hacia él con un puñal en alto...



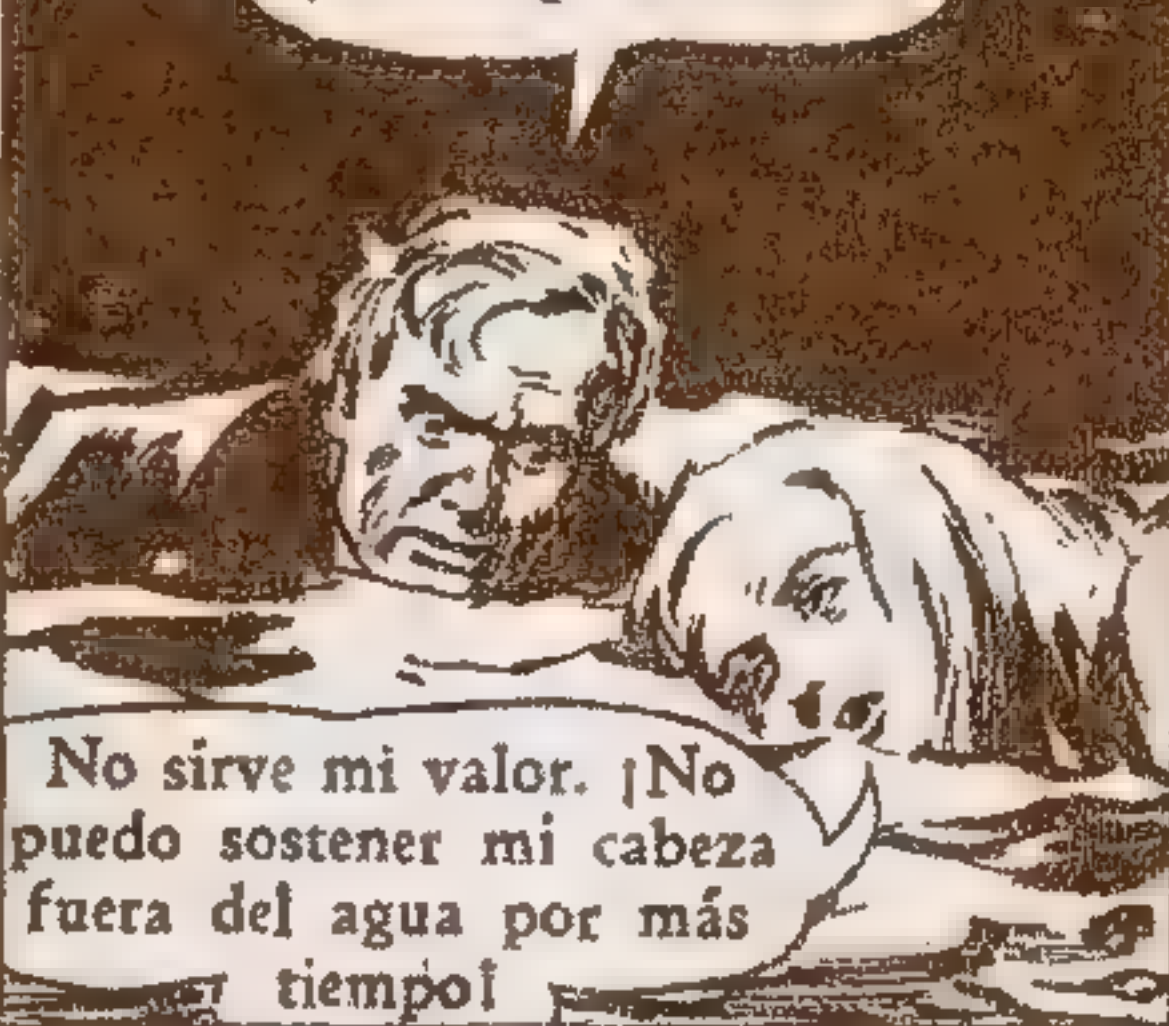
El fuego arrancaba destellos de las joyas de Carmen, abrazada a su esposo. ¡Sálvate, Augusto! ¡Me aterra la idea de lanzarme hacia esas aguas!

Amor mío, ten serenidad. ¡Aquí la muerte es segura! Una muerte horrible.



Pensando en el hijito, Carmen Marcó del Pont se tiró hacia el río, unida su mano a la del esposo amado. Y ambos trataron de sostenerse a flote.

¡Valor, querida mía!



No sirve mi valor. ¡No puedo sostener mi cabeza fuera del agua por más tiempo!

Un solo marinero había quedado a bordo, y ayudó a dos viajeros de comercio y algunos pasajeros más serenos, a buscar salvavidas y trozos de madera, que lanzaban al agua, tratando de sobreponerse al horror de aquella escena dantesca.



Rodolfo, que había corrido tras Gabriela, pudo evitar que ésta se abrazara a su padre, que se retorció pasto de las llamas.



¡Padre...! ¡Padre mío...!

¡Sal-va...te... hi...ja...! ¡Perdón...!

¡Nada podemos hacer por él! Luego habrá tiempo de llorar, Gabriela. ¡Venga!

¡No puedo dejar a mi padre! ¡Quiero morir con él! Hizo este viaje por culpa mía, porque yo trataba de desobedecerle...



Oprimiéndola con fuerza contra su pecho, Rodolfo se lanzó al agua, y Dios quiso que junto a ellos flotara un salvavidas, que se apresuró a poner a la joven. -Trate de luchar, Gabriela, su padre se lo ha pedido.



Cada ser humano vivía su íntima tragedia, pero quizá una de las peores era la de ese padre, que lleno el cuerpo de puñaladas, trataba aún de conservar el salvavidas para su hijita. . . Era la de Darío Beccar.



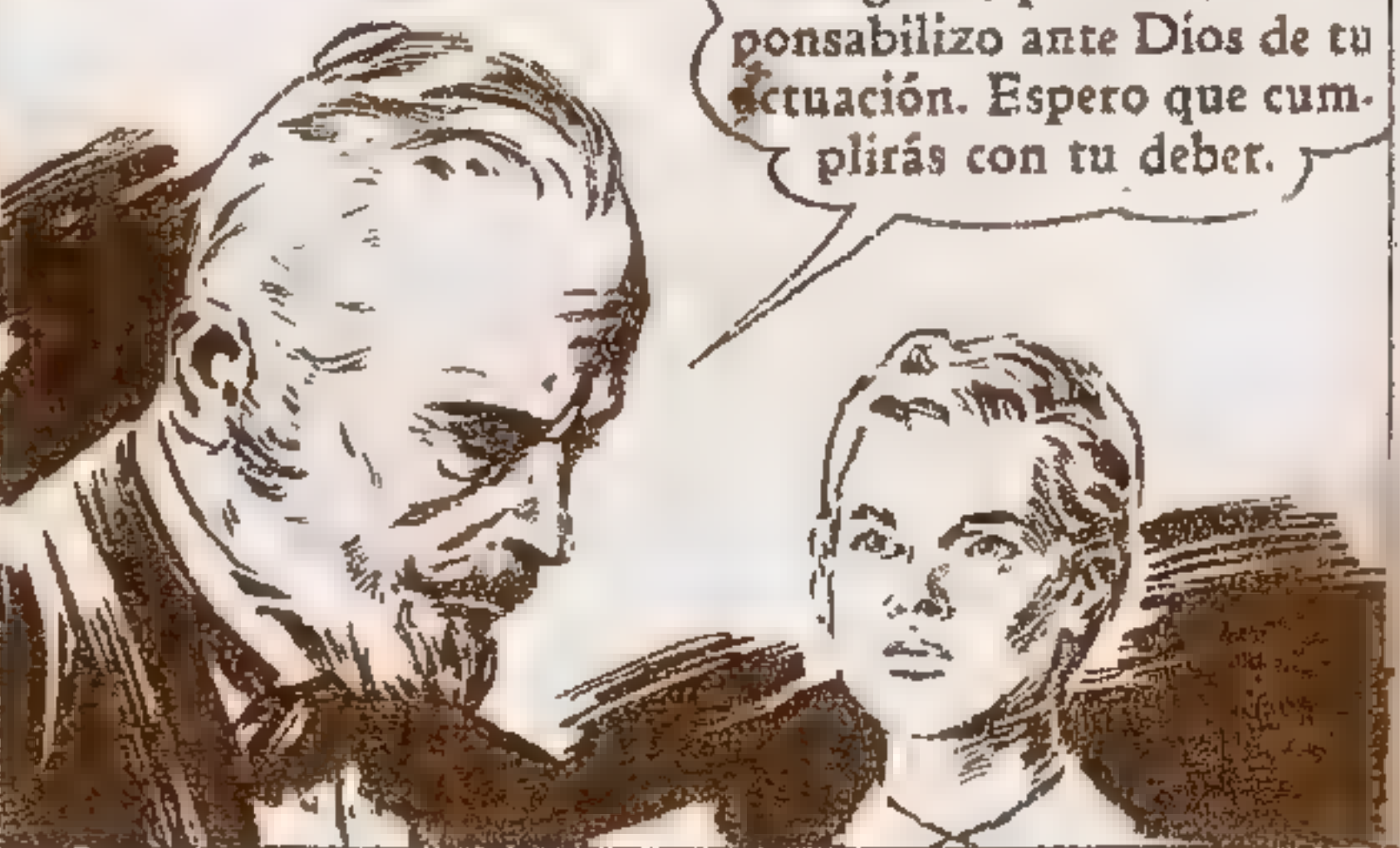
Fue difícil, sacar del camarote en llamas a la esposa y los tres hijos. . ., pero Augusto Rhol lo hizo y además, con los salvavidas que antes, previsivamente, había preparado.



Hijo, tú eres el mayor, te nombro mi lugarteniente. Voy a lanzarme al agua, luego empujas a tu madre y a tus hermanos y te tiras el último.

El niño escuchaba impasible.

Hemos de salvarnos todos o ninguno, por ello, te responsabilizo ante Dios de tu actuación. Espero que cumplirás con tu deber.



El espíritu de la raza alemana se puso de manifiesto. Una vez que el marino se hubo lanzado al agua, el muchachito, de apenas 14 años, empujó a su madre, a cada uno de su hermanitos, y por último, trazando el signo de la cruz, se tiró él. Así, unidos los cinco, fueron alejándose del barco en llamas...



Todo era silencio en el VILLA DEL SALTO. José María, junto a un marinero, pudo escuchar el comentario de éste acerca de un resplandor rojizo que le inquietaba, por venir del lugar en que a esas horas debía estar el "AMERICA".



No se perdió un minuto en avisar al Capitán, que después de mirar silencioso hacia aquel rojizo resplandor, dio una orden escueta.



Que viren de inmediato.
¡Hay que ir a toda marcha a socorrer al AMERICA!

¡Suéltame, Augusto...! ¡Es inútil! Trata de salvarte, por nuestro hijito...



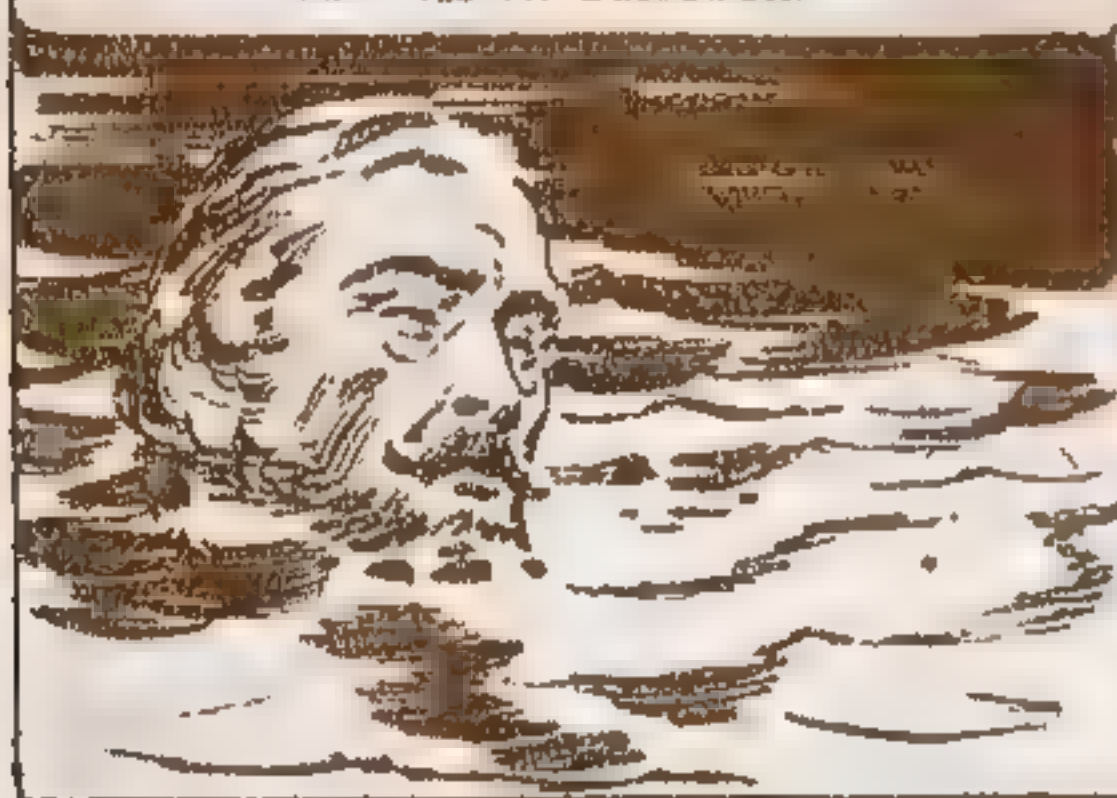
¡Por él te ruego que trates de sostenerme!

D. Luis Viale escuchó aquel diálogo de desesperación y amor, y en un instante decidió su futuro.

Señora, debe vivir por su hijito. Yo he recorrido ya casi todo mi camino, en cambio el suyo empieza... Adiós amigos y... ¡Felicidad!



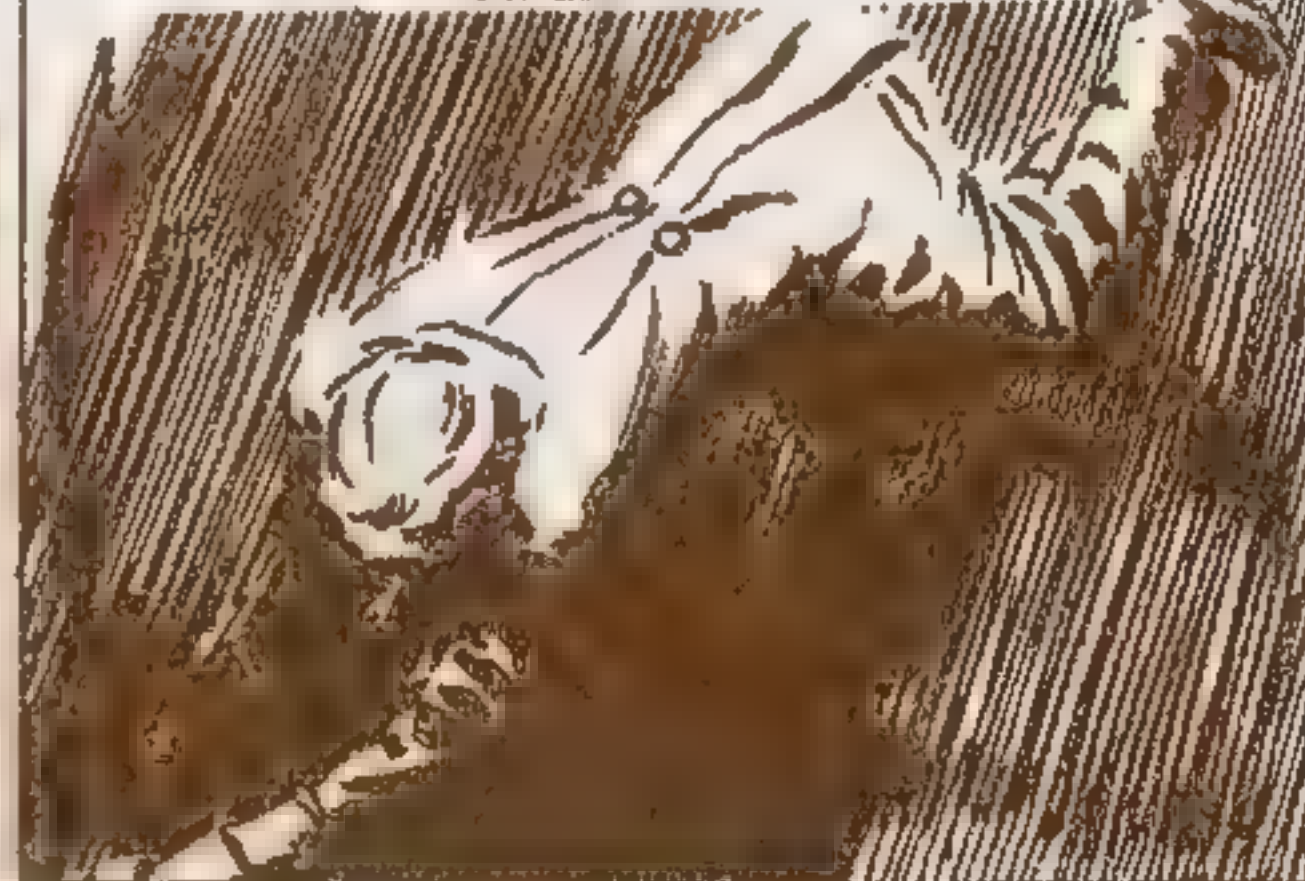
El magnífico gesto de amor a la humanidad, hacía resplandecer el rostro del anciano, que pronto desapareció en un remolino de negras aguas... A partir de ese momento, su alma estaba entre los Inmortales, y su nombre sería escrito con letras de oro en la Historia.



Y junto a esta escena sublime, aquella horripilante del hombre que para salvarse, clavaba su puñal en el cuerpo de Beccar, que tuvo que soltar el salvavidas, sin fuerzas siquiera para sostener a su hijita que se hundió junto a él... Hija... Ahora... No importaba... Morir.



Tardíamente arrepentido, el Comandante Bossi volvió al lugar. Pidió una cuerda al marinero Joaquín, que aún estaba en cubierta junto a los viajeros Otero y Arrieta, pero una vez izado, viendo que nada podía hacerse, y preso de pavor, lanzóse al agua otra vez... No tenía valor para morir con su nave...



Nadie podía calcular el tiempo. Gabriela lloraba silenciosamente, mirando como Rodolfo, con desprecio de su vida, trataba de ayudar a otros. Dios mío... Que nada le ocurra... Es un hombre bueno.



Los disciplinados marineros del VILLA DEL SALTO lanzaron al agua sus botes y salvaron a los pocos pasajeros que quedaban con vida. El Capitán Morse escondió en su camarote al Comandante Bossi, para evitar que fuera linchado por los sobrevivientes. ¡Que amarga lección para aquel hombre cobarde y envidioso!

¿Qué impulso llevó a Rodolfo a izar en la lancha que estaba José María el cuerpo casi inanimado de Gabriela?

Bueno, creo que en adelante, ella estará mejor con Vd. que conmigo...

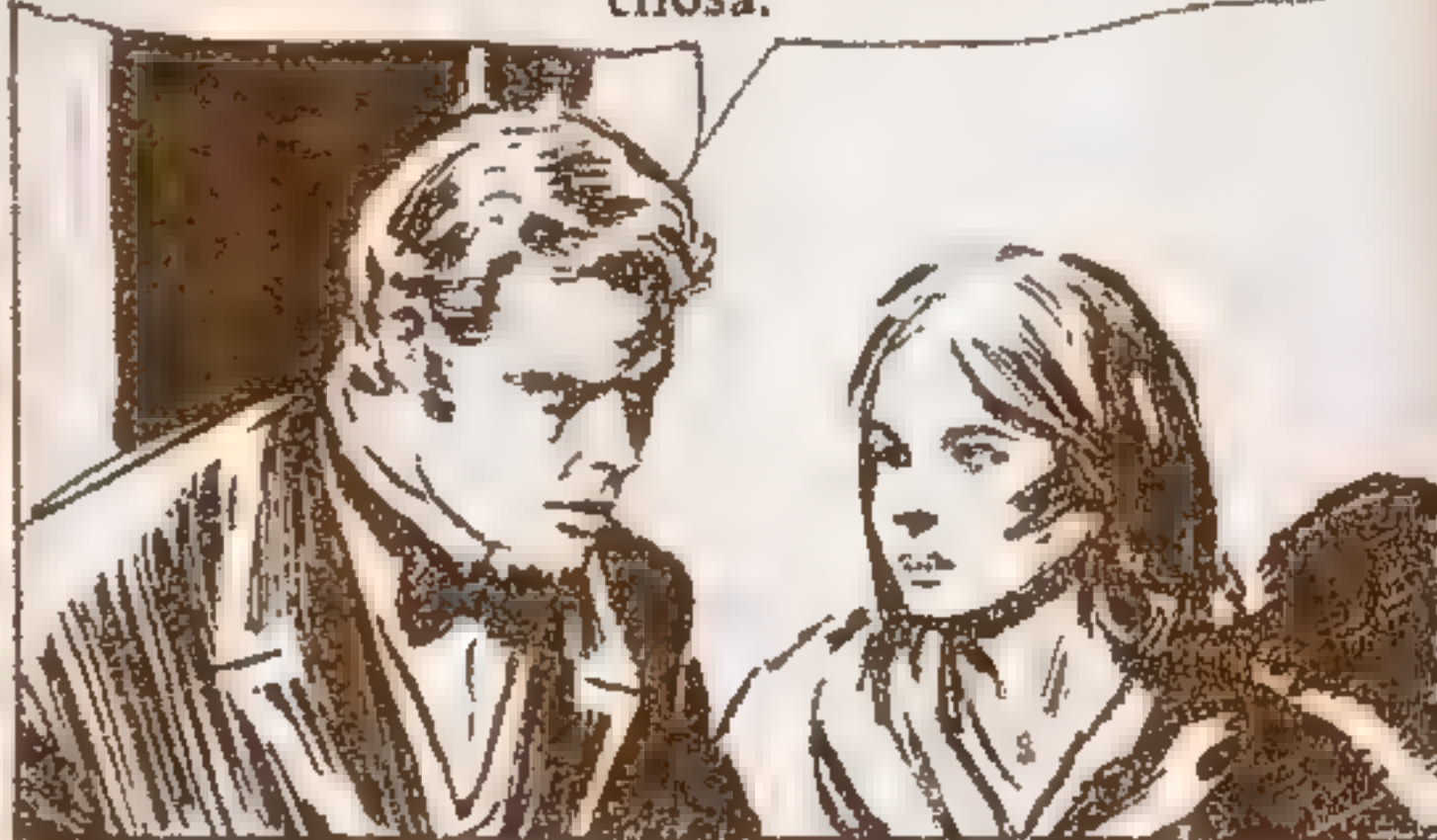


Al ver al hombre amado, el dolor de Gabriela recrudeció.

Papá ha muerto. Ha sido por mi culpa, José María... Y ahora he quedado sola...



Nadie tiene la culpa de esto querida... El destino ha querido que ocurriera así... Tienes que pensar que tu padre, que tanto te quería, trataba de asegurar tu felicidad, y hoy te prometo, en su nombre, que siempre estaré a tu lado, para hacerte dichosa.



El salvataje duró dos horas; luego, el Capitán Morse se pasó lista y los ojos se llenaron de lágrimas por las 150 personas que faltaban... Seres queridos que murieron carbonizados o que se hundieron en ese Río de la Plata, que relucía bajo las estrellas.



La nave se deslizaba sobre el agua, alejándose del lugar del siniestro. En lontananza se anunciaba un nuevo día. Gabriela, mirando a Rodolfo...

Me obligó a salvarme...



Nunca podré agradecerle lo que ha hecho por ti...

Nunca creí que mi conducta pudiera merecer el elogio de alguien...

Rodolfo... ¿Por qué se empeña en considerarse malo? Yo sé que es buenísimo, ya que en los momentos vividos, cada uno demuestra lo que lleva dentro.



Y no ha sido mi vida la única que ha salvado Vd. esta noche. Quiero considerarle para siempre mi amigo.

¿Puedo pedirle lo mismo?



Rodolfo miró a los dos enamorados. Por vez primera, desde niño, estaba conforme con su conducta.

Bueno..., creo que voy a necesitar mucho de la amistad de ambos...



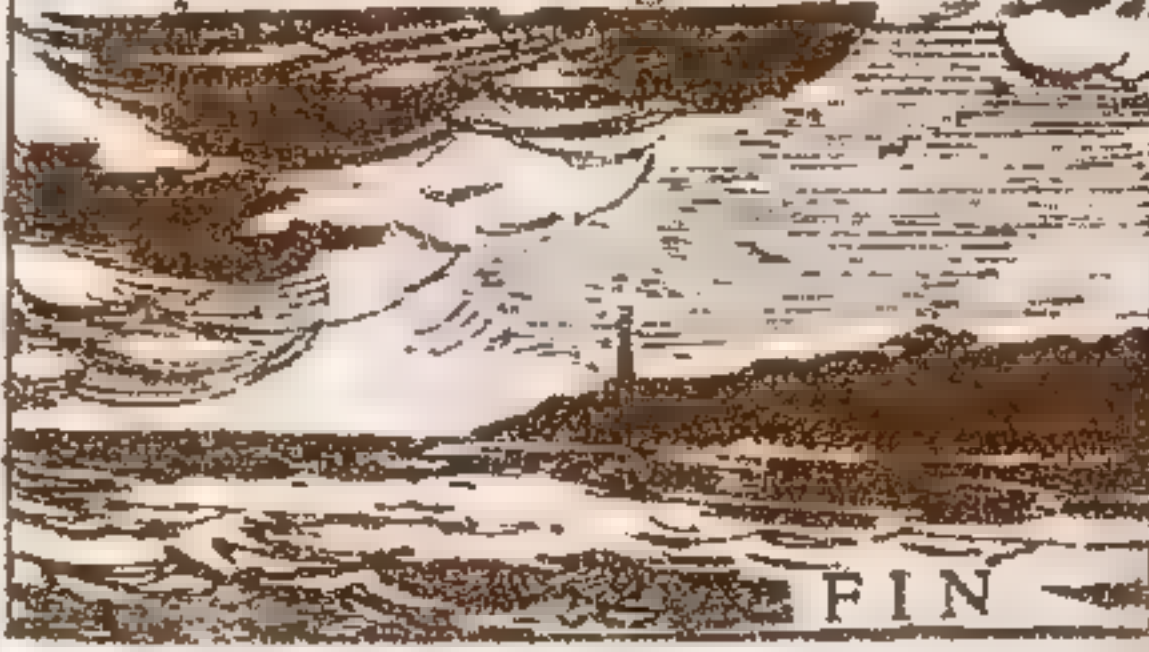
"...porque el pasado no perdona. Yo cometí muchos errores y he decidido enfrentar todo aquello que estaba dispuesto a eludir, cuando salimos de Buenos Aires. Regresaré..."

¡Oh, Rodolfo...! ¡Cómo me complace escuchar estas palabras tuyas!



Y los labios de Gabriela se posaron con dulzura en la frente de Rodolfo. Era el primer beso puro que el joven recibía desde que muriera su madre, y palideció de emoción. Luego, los dos hombres sellaron en un abrazo una amistad que había de durar toda su vida.

Los primeros rayos del sol entrojaban las aguas. Durante la noche, la tragedia del "AMERICA" había sido escrita con sangre y fuego para perdurar en el recuerdo de las generaciones futuras y estremecerlas de horror y admiración. Que si los hombres pueden ser monstruos de egoísmo y maldad, también pueden ser abnegados y sublimes.



FIN

VIVIR A LA RASTRA

Por CLAUDIO MARTINEZ PAYVA

DIBUJOS DE MIRANDA

ADAPTACION



En esa casa de campo de la provincia de Buenos Aires imperaba el mayor desorden que uno imaginarse pudiera. Todos andaban con desgano; no movían un brazo sin antes pedir permiso al otro. El dueño, casi inexistente por lo holgazán, se llamaba Don Filemón.



¿Cebás un mate. Rosa? No sé si tengo ganas...! Pero de vicio no más...!



Doña Rosa era la esposa de Filemón. Tampoco se mataba mucho limpiando.

¿Por qué no te vas a buscar el mate...? ¿Y la yerba...? ¿Y el agua caliente?

¡Ay... ¡A mis años tanta incomodá!



Graciliana, Magdalena y Clementina eran tres hijas de los patrones, que se diferenciaban bastante. La primera, por lo abandonada; la segunda, por lo coqueta y pintarrajada; la tercera —Clementina—, por lo activa y hacendosa. Hacía muy buena pareja con Feliciano, su novio, y presunto "capataz" de ese desastre campero...

¡No te enojés con mi tata! Es abandonado, pero bueno...



Feliciano se encargó con don Filemón.

Usted no puede reclamar nada; me lo dijo el juez. Sus animales no tenían marca. ¿Comprende?

¡Ese juez me los tiene que devolver! ¡Basta con mi palabra! ¡Si no, él también es un cuatrero...!



Entró Graciliana con un enorme atado de ropa sucia. Feliciano preguntó por dos camisas suyas...

¡Ay! Todavía no las lavé, Felicianito. ¡Esta tarde... puede ser...!



¡Esto no se levanta ni con seis bueyes, canejol! ¡Qué abandono...!



Apareció el "Boyerito"
Traía dos baldes llenos de leche.

¡Hay que hacer la manteca! ¿Quién la saeude? Yo estoy muy cansado...



Y se fué a dormir. Clementina tomó tranquilamente un rebenque, y dándole un par de chirlos al remolón, lo sacó en dirección a la batidora.

Andá... Y que dentro de una hora haya manteca en casa.

¡Más me hubiera valido nacer urraca, que pión de estancia...!



¿Estancia? ¡ESTO... Estancia? ¡Tapera, dentro de poco!

¡Decís bien! ¡Y me da una rabia! Nadie ayuda y lo más lindo es que aquí hay capital tu- yo también...



Clementina bajó la cabeza con vergüenza. Los suyos eran unos inútiles sin cura. ¿Qué iba a ser de ellos?

La joven discutió con la madre. Doña Rosa gritó como si la desollaran.

¡Ay, Filemón, mirá lo que me está diciendo esta hija nuestra! ¡Vení, imponete como padre!



Hija desagradecida... Salite de mi vista... ¡Andá pa la cocina...!



Ya lo crep que voy a la cocina. ¡Abí bago muchísima falta! Si no es por estos brazos, ustedes comen pasto...



Es la gente moderna... Los irrespetuosos... ¡Y con los propios padres!

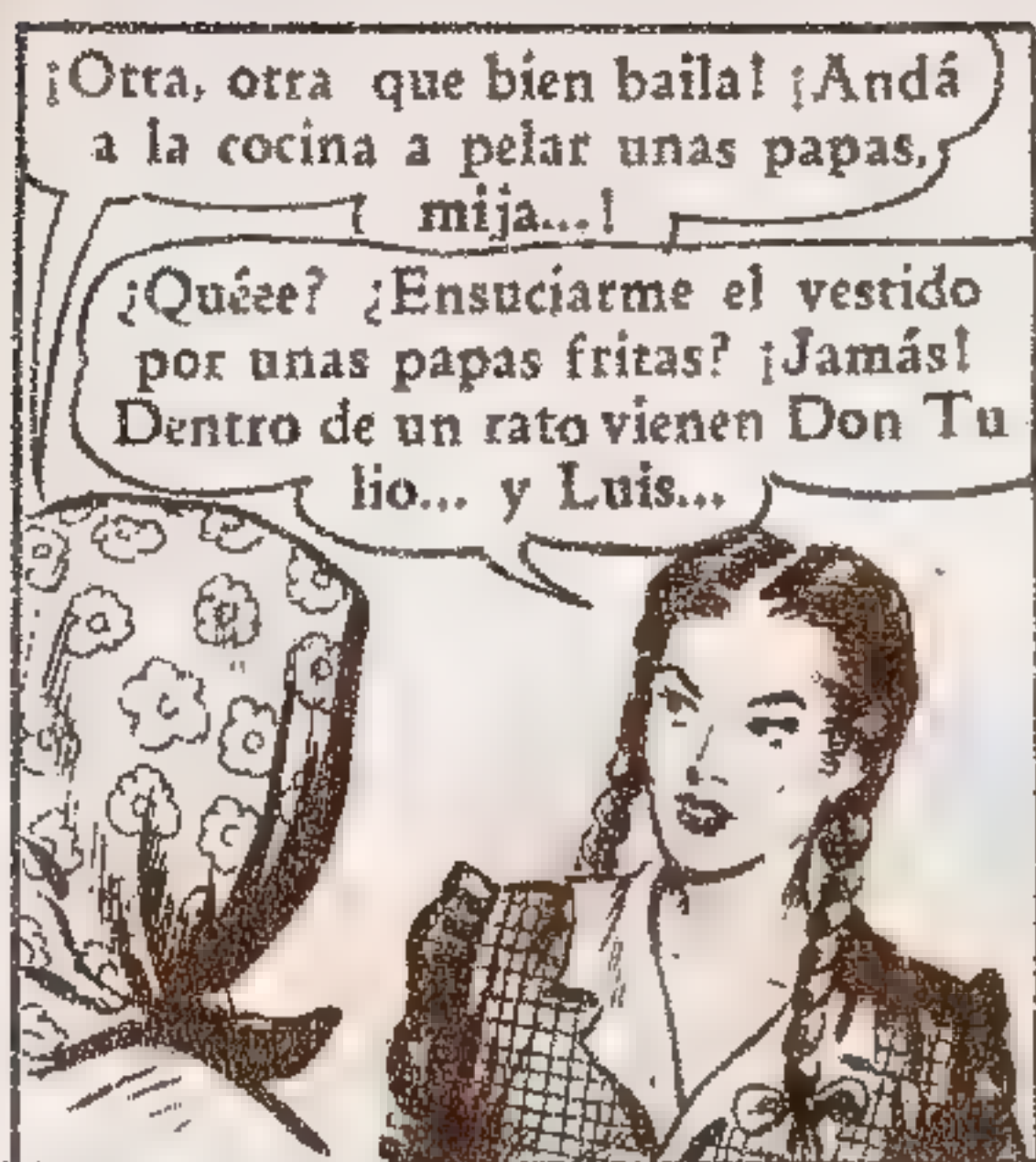
¡Quiere ayudarme mamá... a pelar unas papas?... Por favor...



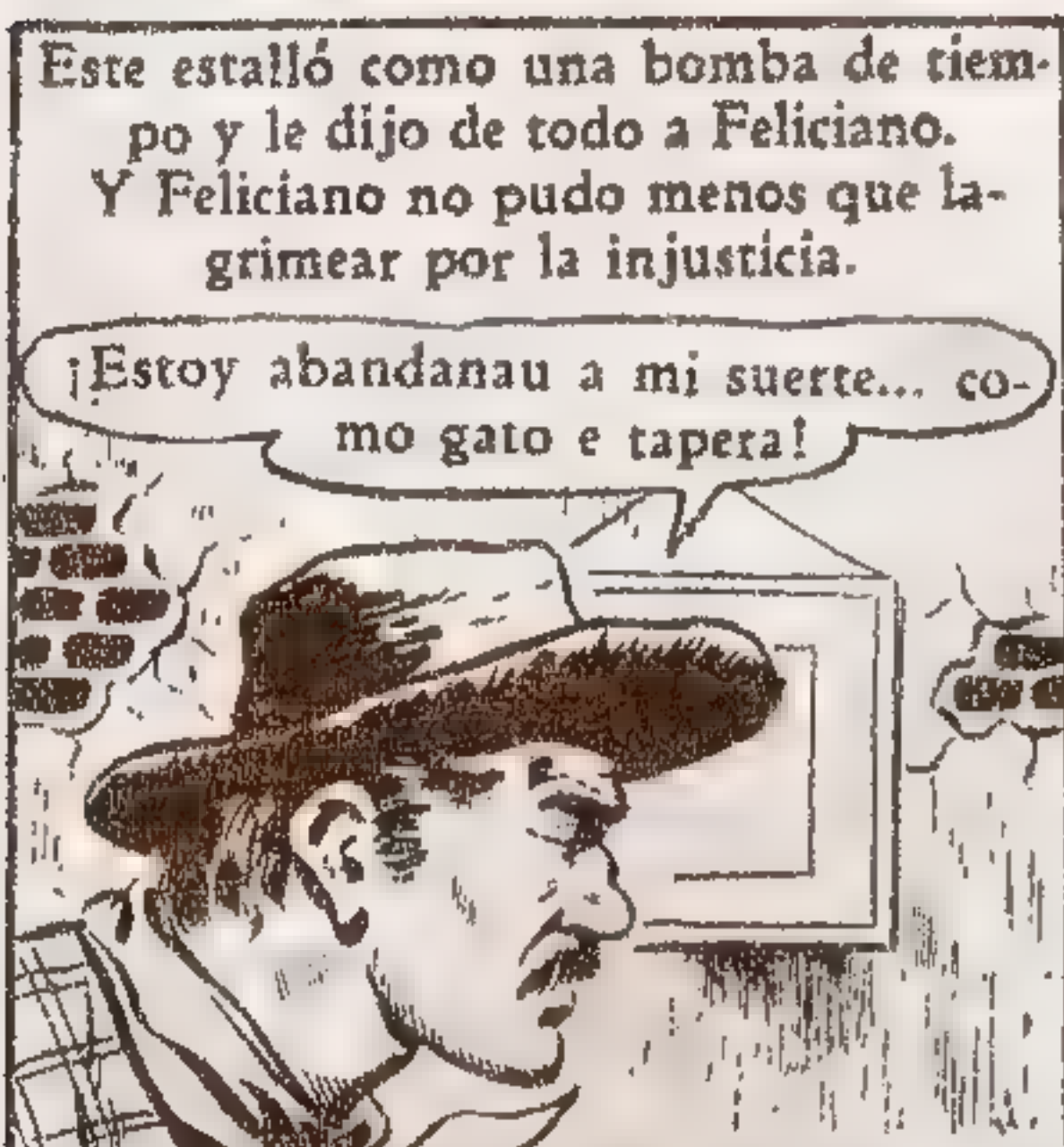
Rosa llamó a Magdalena. La muchachita salió de su pieza, ataviada como para una fiesta patria. Moños y pintura por doquier. ¡Y con un aire de suficiencia!

¿Llamabas, mami...? Estaba planchando... mis vestidos.





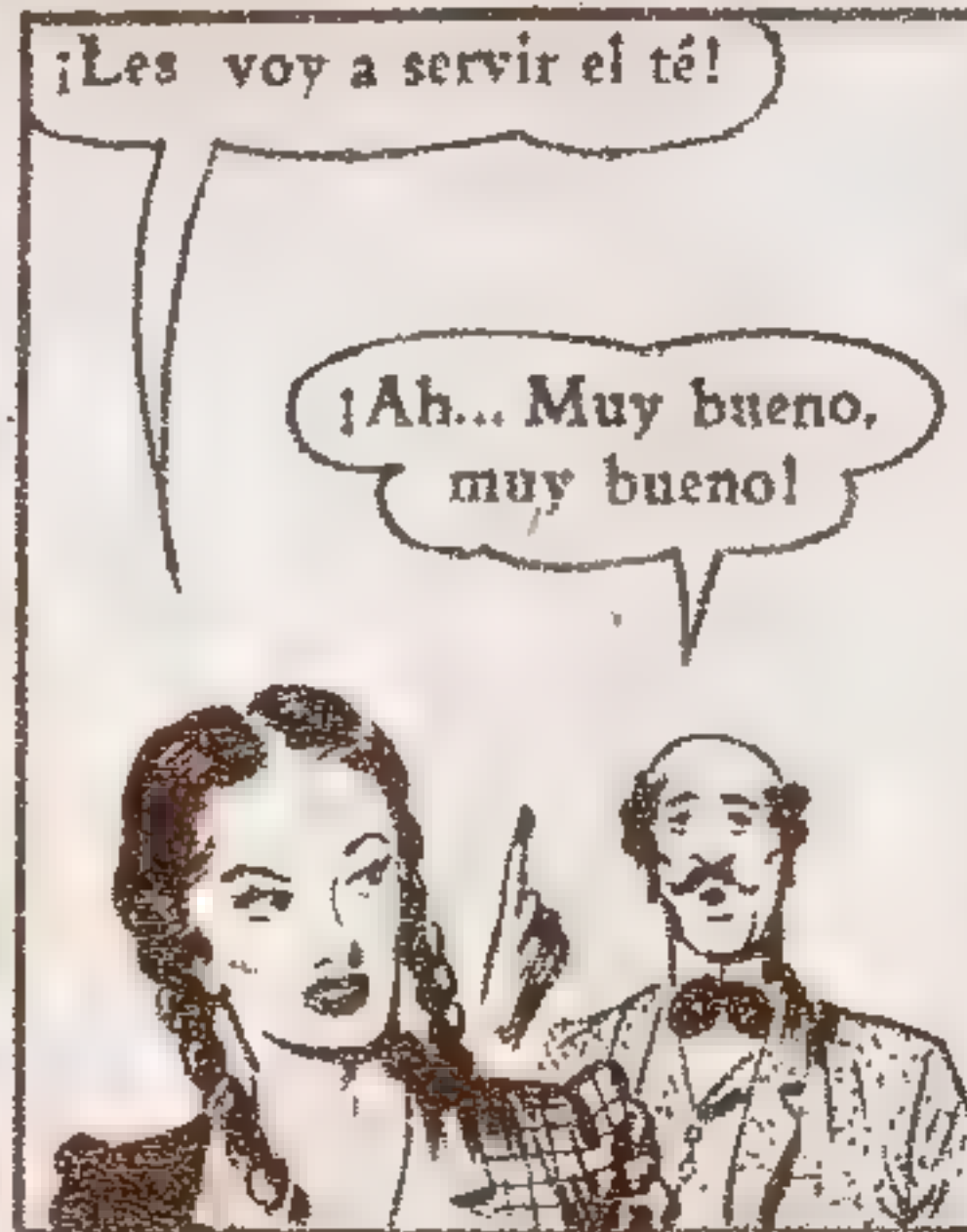
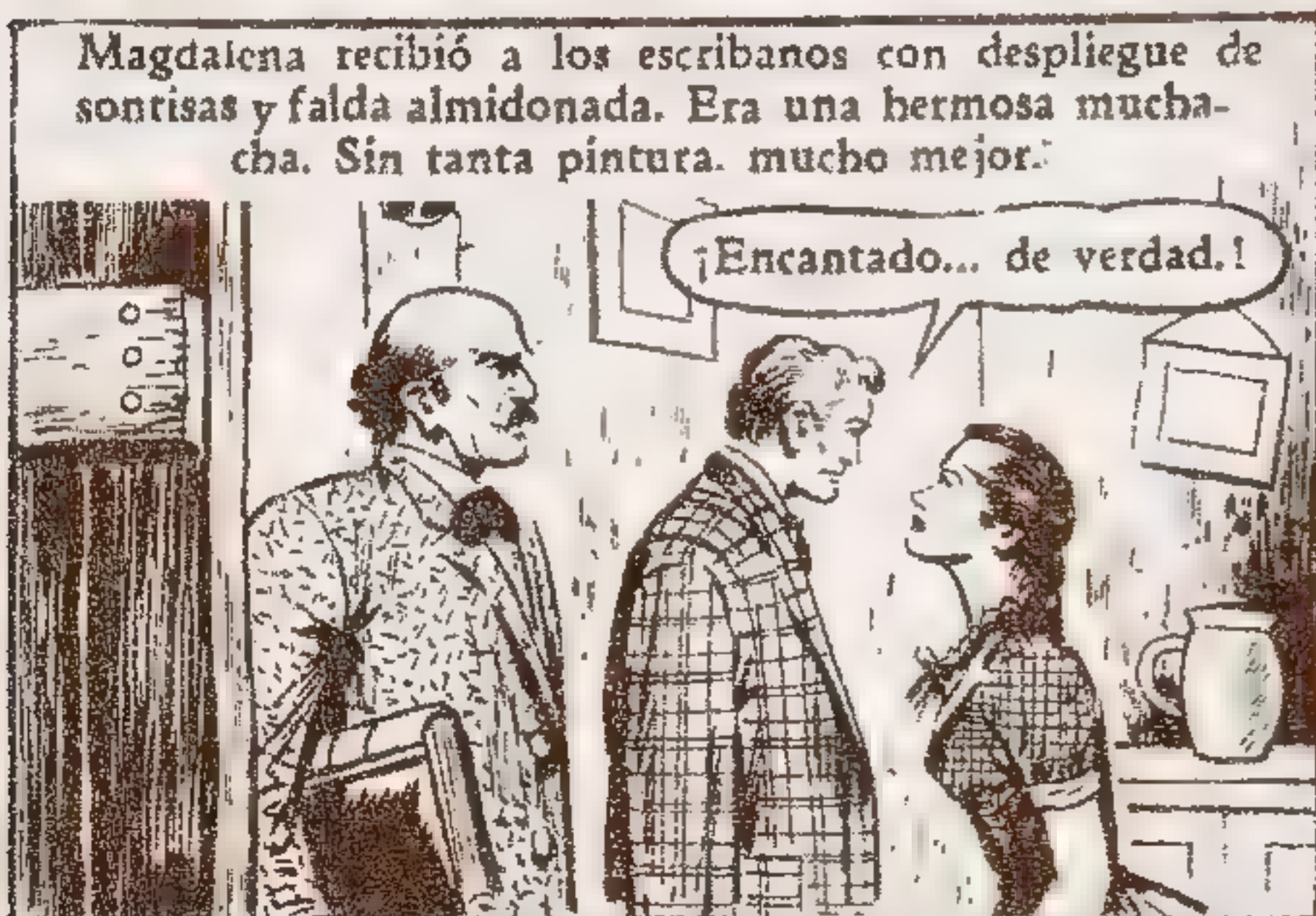
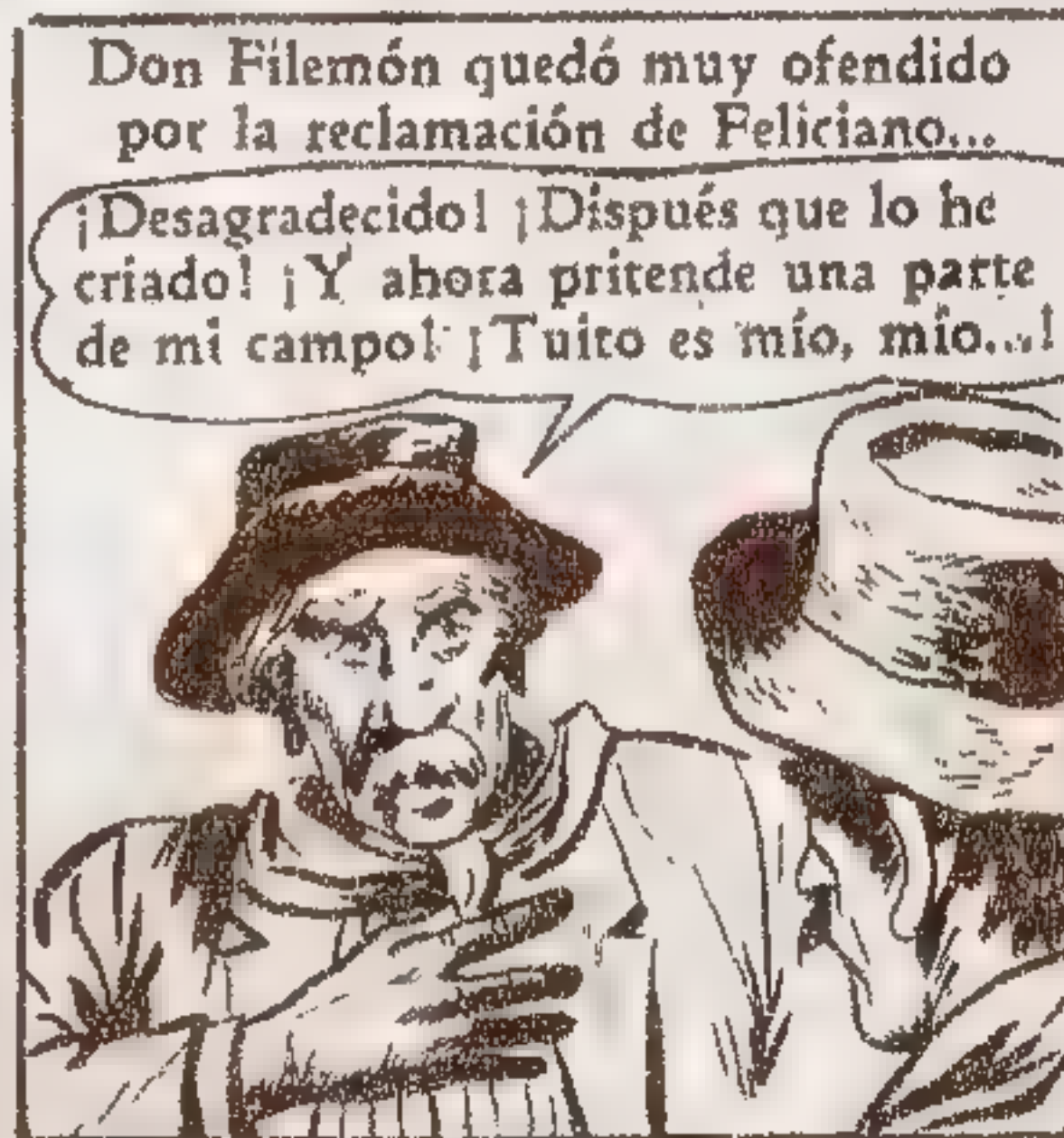
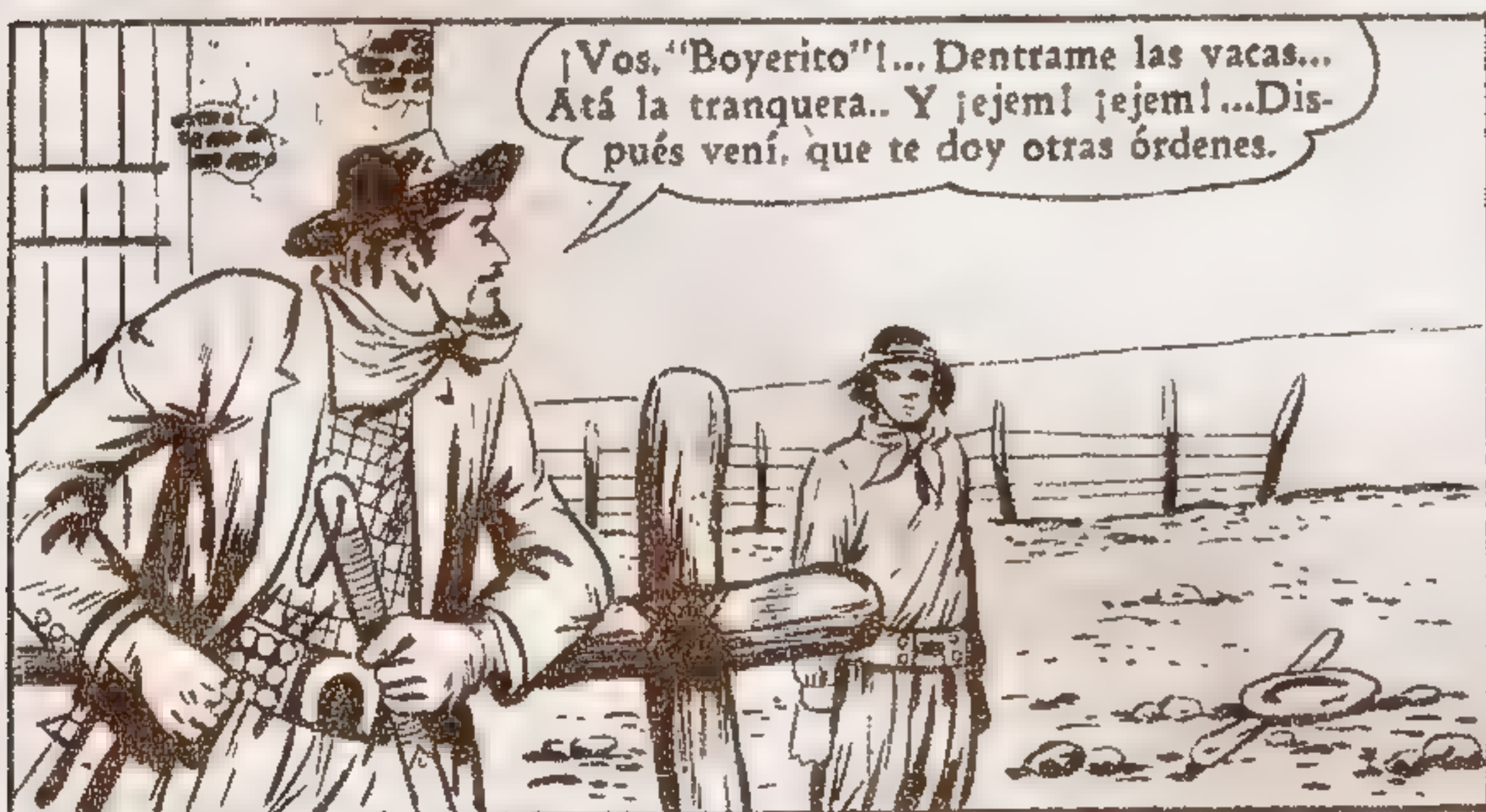
Los ojos pícaros de Magdalena se avivaron repentinamente. Luis era el joven engominado que vivía en Buenos Aires. Se ocupaba, junto a Don Tulio, de cuestiones de escribanía. Y habían pisado tierra de Don Filemón, para "arreglar" unos papeles bastantes embarullados. Una tarde, Feliciano empezó a quejarse...



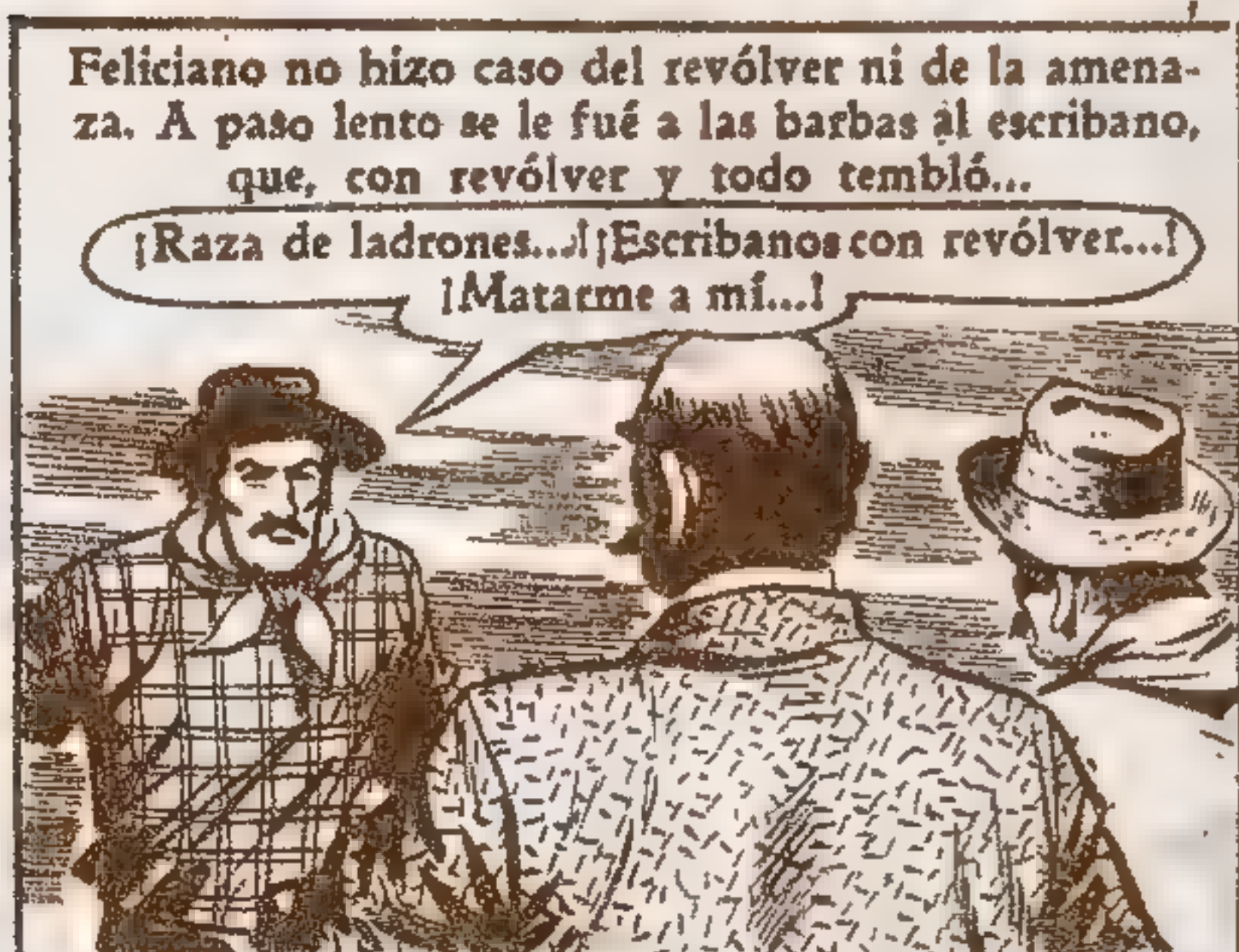
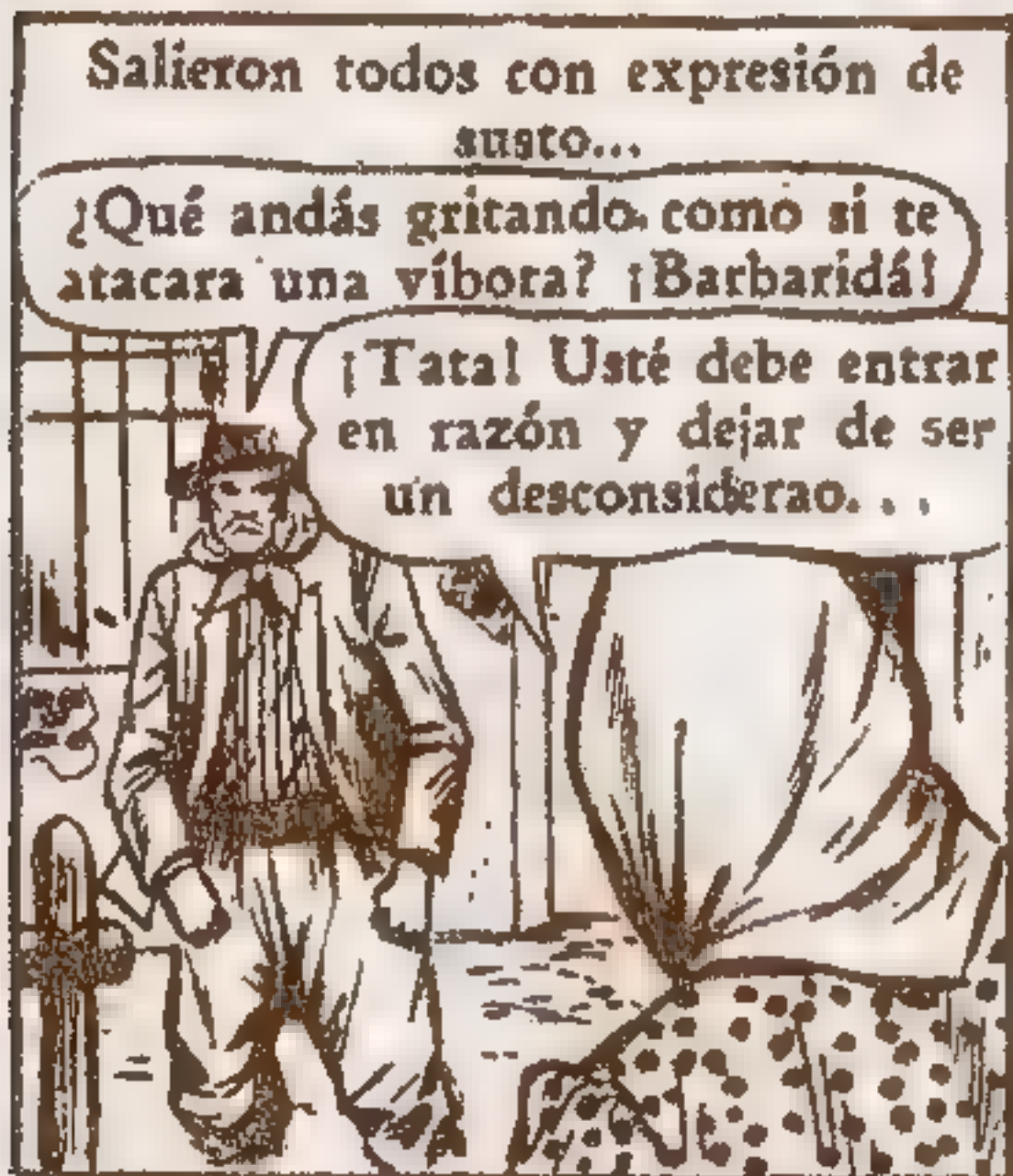
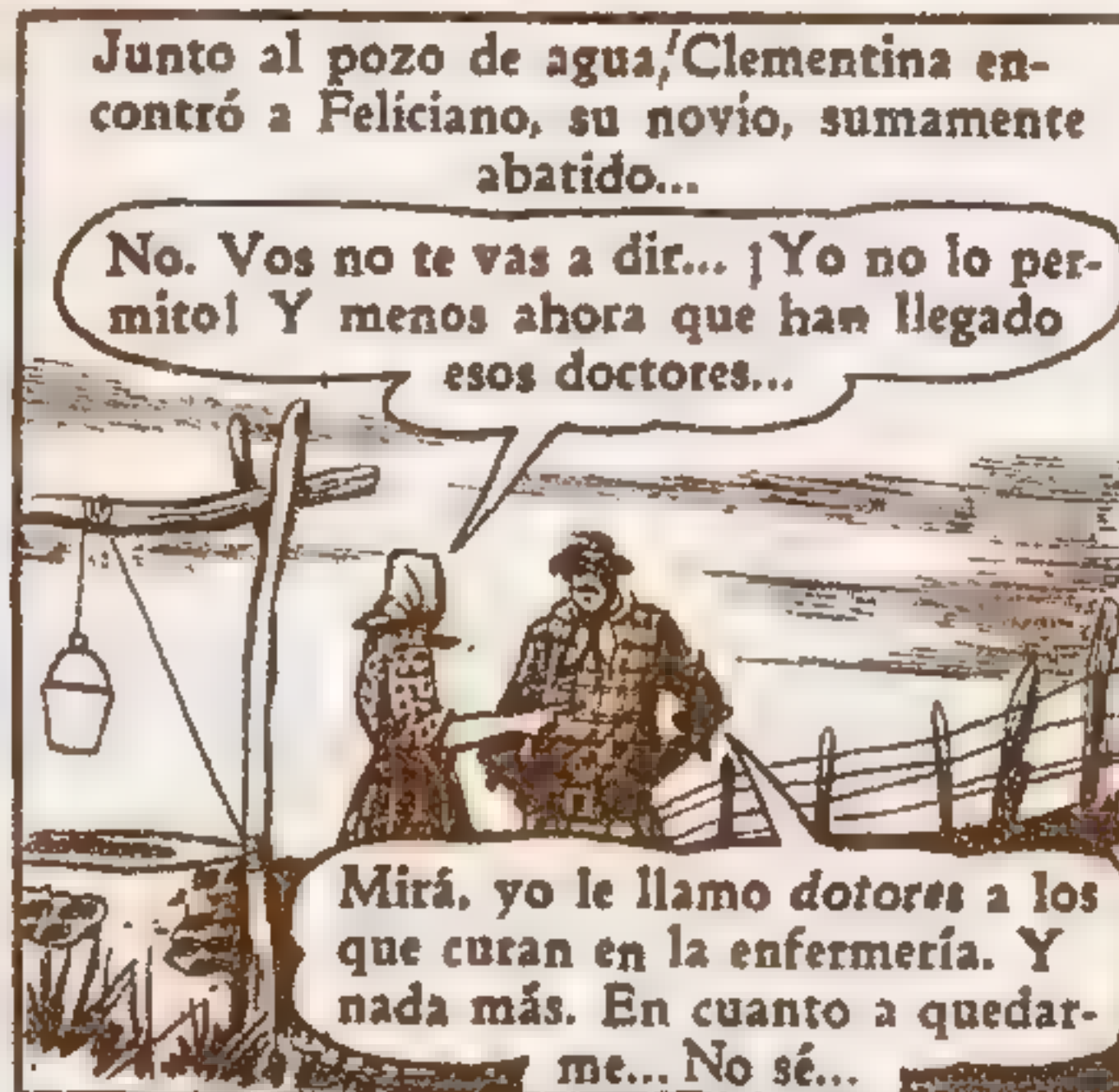
Los "entendidos en papeles" no le cayeron bien a Feliciano. En seguida los odió, e intuyó el chanchullo. Cuando se lo previno a Filemón, éste puso el grito por los aires... Y echó a su capataz. Feliciano, calladito, salió del rancho...



Don Filemón nombró nuevo "capataz" a su sobrino Celedonio. El gran holgazán empezó a dar órdenes con mucho empaque y poca actividad. Generalmente llamaba a "Boyerito" y le instruía sobre lo que "había que hacer".



En realidad, ambos escribanos pensaban quedarse con todo lo que allí hubiera. Tulio se lo explicó claramente a Luis: "Un viejo haragán fue declarado tutor de un muchacho, a la muerte de sus padres. Debe cuidarle un campo, un rancho y muchas vacas. Pero el viejo se lo gasta TODO. ¿Qué le queda al muchacho? NADA."



Magdalena cayó presa de un aparatoso ataque de nervios.
¡Se le iba Luis...!

¡No ven que me perjudican?
¡Luis es mi novio! ¡Canallas;
envidiosos!

Disparen de aquí, sin-
vergüenzas... ¡Rateros!



Filemón estuvo a punto de escupir el rostro de Feliciano. Los escribanos huyeron.

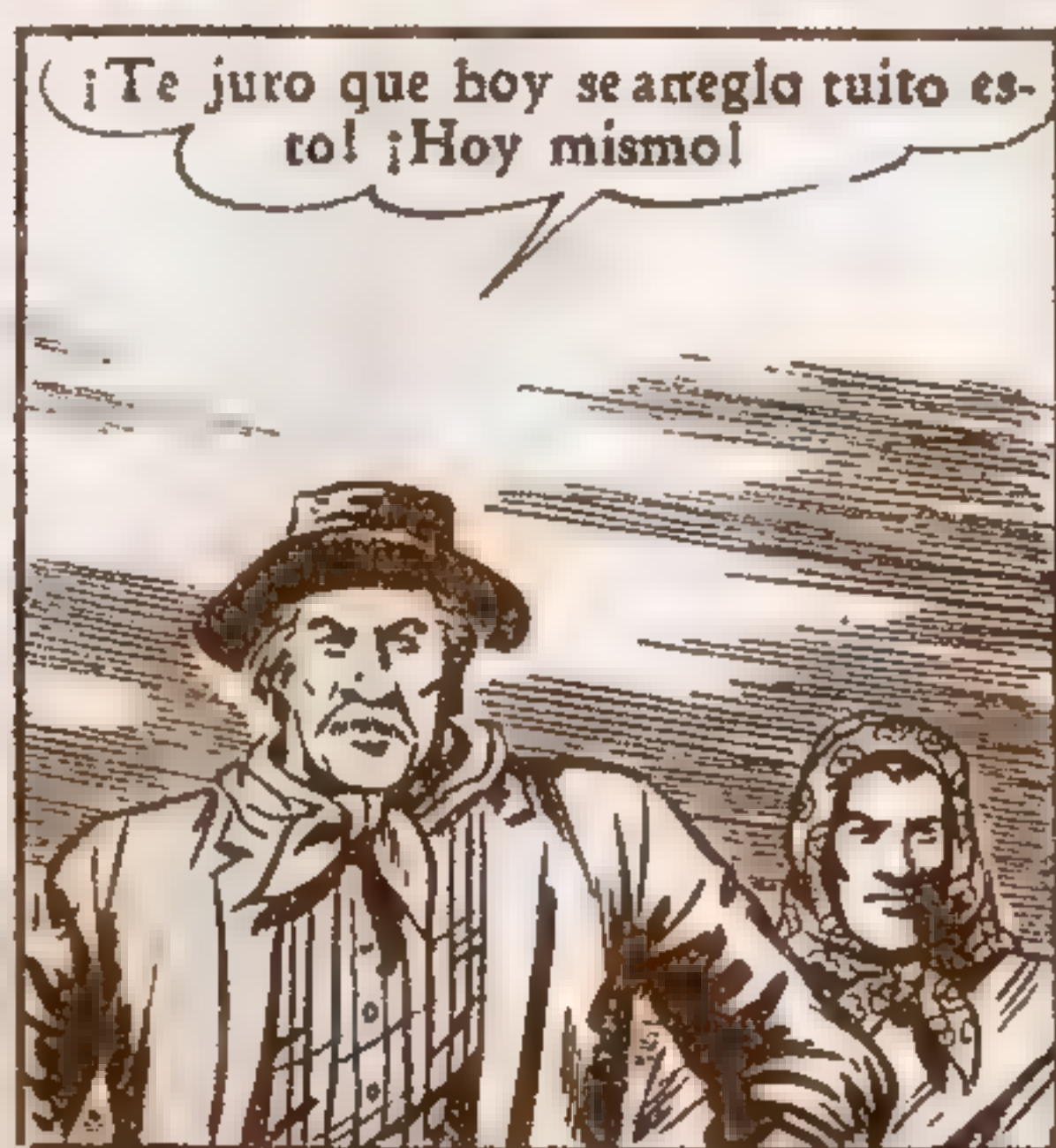
¡Vos quién sos para meterte...?
¡Quién sos? ¡Quién?



Feliciano era humilde hasta los huesos. Se sentía *nadie*... aún en ese campo que era suyo. Abrazó cariñosamente a Clementina y así se fueron los dos, por un caminito que los llevaba a un bañado.

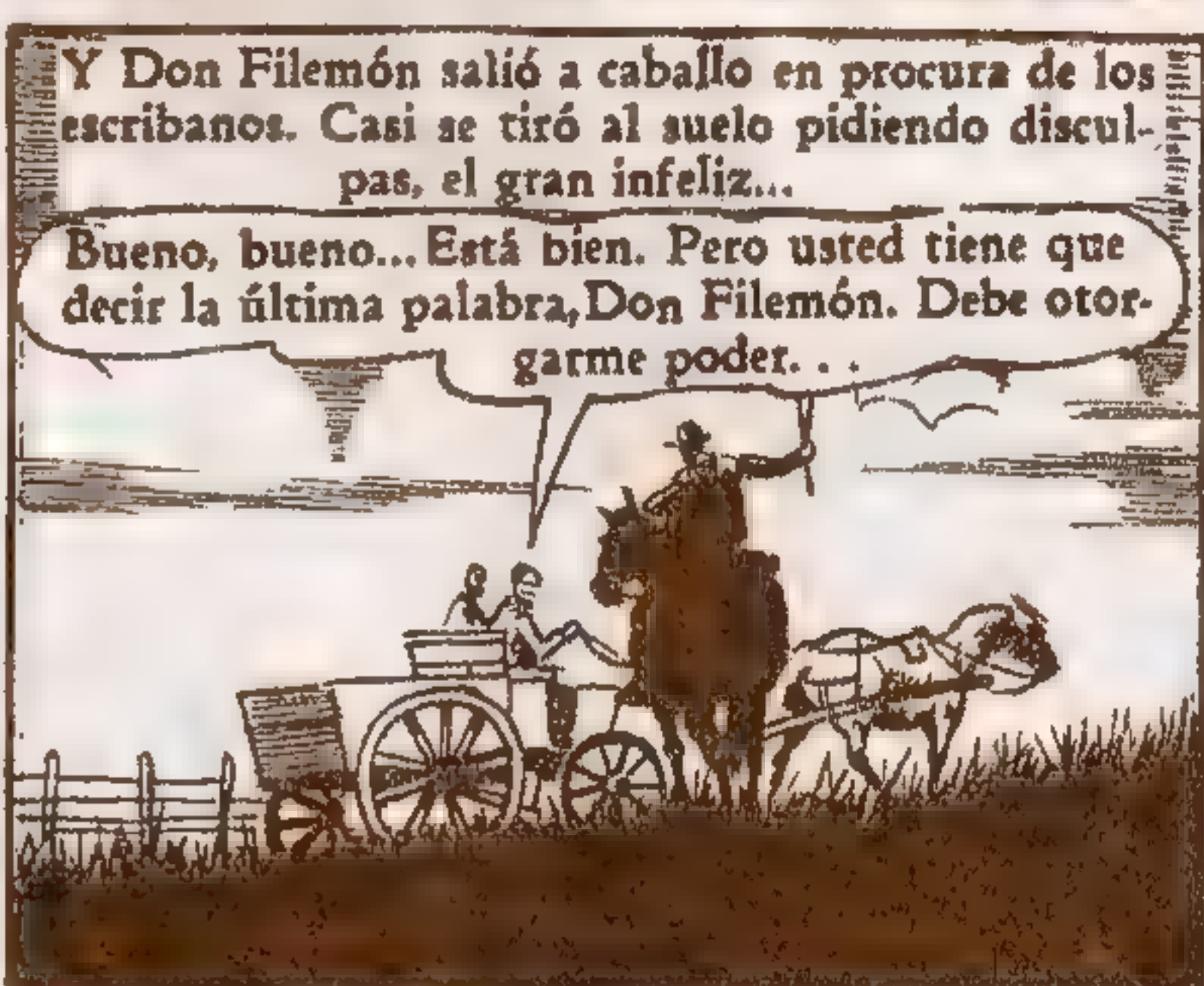
Los ojos relampagueantes de Don Filemón, Doña Rosa, y, especialmente Magdalena, los siguieron por todo el trecho.

¡Te juro que hoy se arregla tuito esto! ¡Hoy mismo!



Y Don Filemón salió a caballo en procura de los escribanos. Casi se tiró al suelo pidiendo disculpas, el gran infeliz...

Bueno, bueno... Está bien. Pero usted tiene que decir la última palabra, Don Filemón. Debe otorgarme poder...



...para liquidar la incómoda situación que se ha creado con ese tal Feliciano. ¡Ejem...! Le hablo como amigo...



Le tengo desconfianza a ese señor. Del enemigo, lo más peligroso, siempre es su silencio...

Y ese señor le puede hacer juicio "por despojo".



Por eso, Don Filemón, confíese a nuestra ciencia; como un enfermo a un médico. Y que conste que a usted...



...lo estoy viendo medio agonizante...



Los dos pillos se reían por dentro con toda la mandíbula, viéndolo al pobre Don Filemón, cariacontecido y destrozado.

¡Usted es un criollo muy derecho, Don Filemón! ¡Pero algo ignorante...!
¡No, no se enoje...!



Bueno; concretamos. Me trae ese poder... Y asunto terminado. ¡Vaya, vaya!

Sí... Sí... Lo voy a conversar con mi mujer... ¡Qué embrollo terrible!



Transcurrieron dos días, y los escribanos no tuvieron noticias de Don Filemón.

Y no querían acercarse al rancho, por temor a Feliciano. Al fin...

Yo voy; habrá que arriesgarse un poco también...

Si no hay más remedio... ¡Me arriesgaré! ¡Pero es que ese gaucho, Feliciano...!

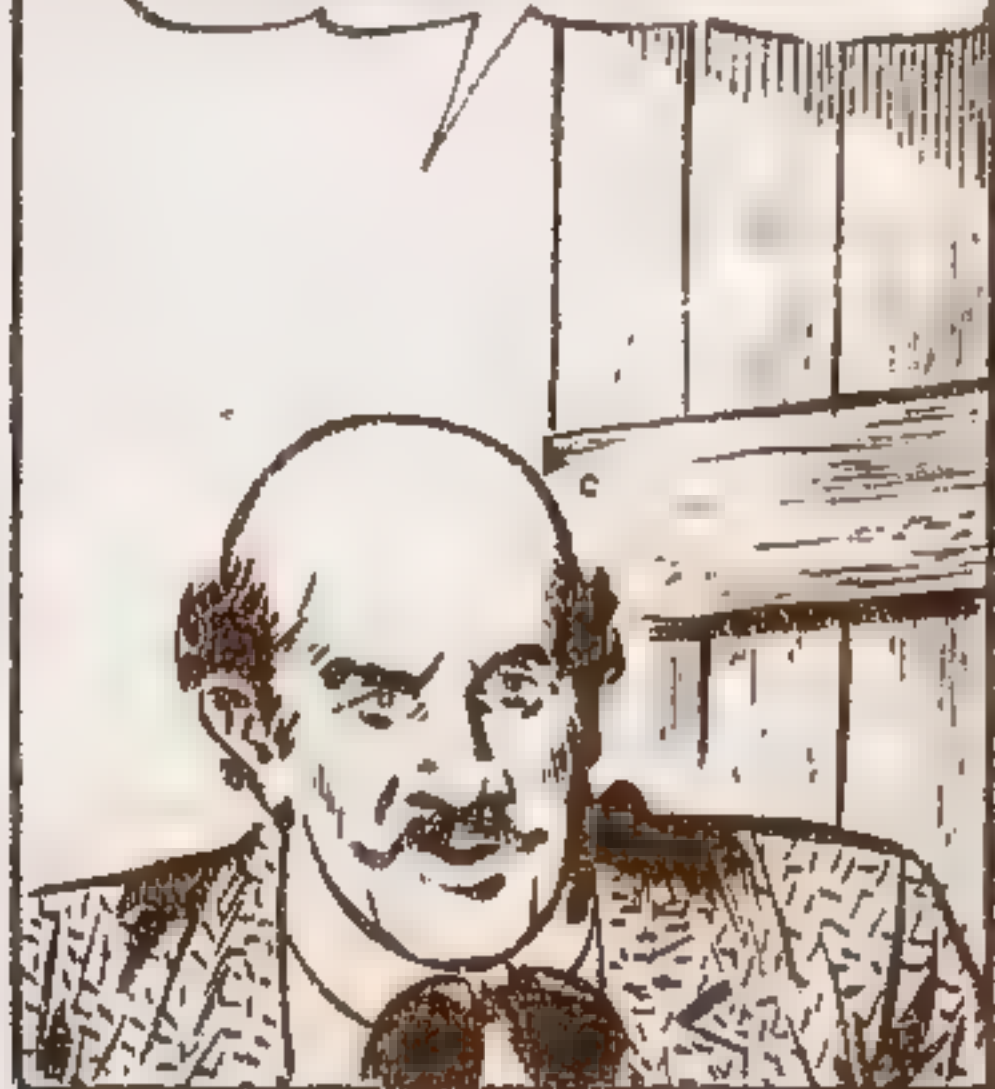


Un poco a tientas, los dos hombres de la ciudad llegaron al rancho.

Es la tercera vez que venimos, expresamente, a pedirle ese poder con el que se va a salvar...



Si no lo firma hoy mismo, lo abandonaré a su suerte.



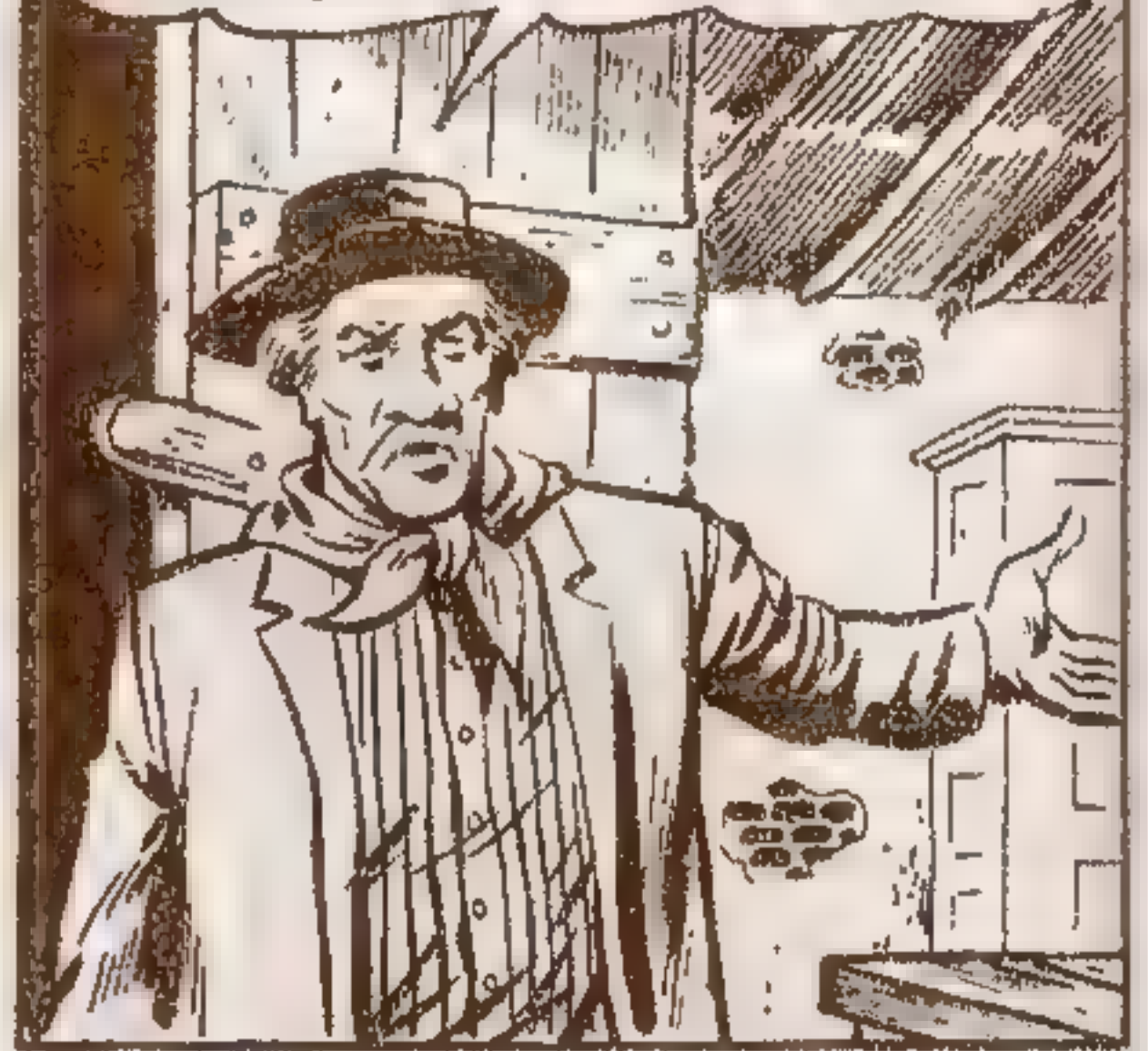
Don Filemón había empezado a sentir extraños cargos de conciencia...

Bueno... Voy a hablar con Feliciano y...

¡No...! ¡Es lo mismo...! ¡No lo llame!



Bueno, pasen al escritorio... Pasen...



Los escribanos pasaron al "escritorio". Una mesa con revoltijo de papeles, tinta azul aguada y una pluma chueca.

En ese momento, los ojos de don Filemón tropezaron con los de su hija Clementina. Se sintió paralizado, nulo...

¡Tata...! ¡Eche esos hombres de nuestra casa! ¡No ve que vienen buscando el resto e fortuna que nos queda...?



¡Hablás por vos misma, o por ese deslenguado de tu novio...?

Por mí, por él, por usted, por todos los de esta casa que peligrá...



¿Vos también creés que soy un estúpido, al que se puede llevar de las narices? ¡Miral...! ¡No me hagas subir la sangre...!



Filemón dio órdenes a los escribanos para que prepararan "ese papel que tenía que firmar"... Y Tulio contestó alborozado...

¡Al instante...! ¡Al instante...! En dos minutos está listo...



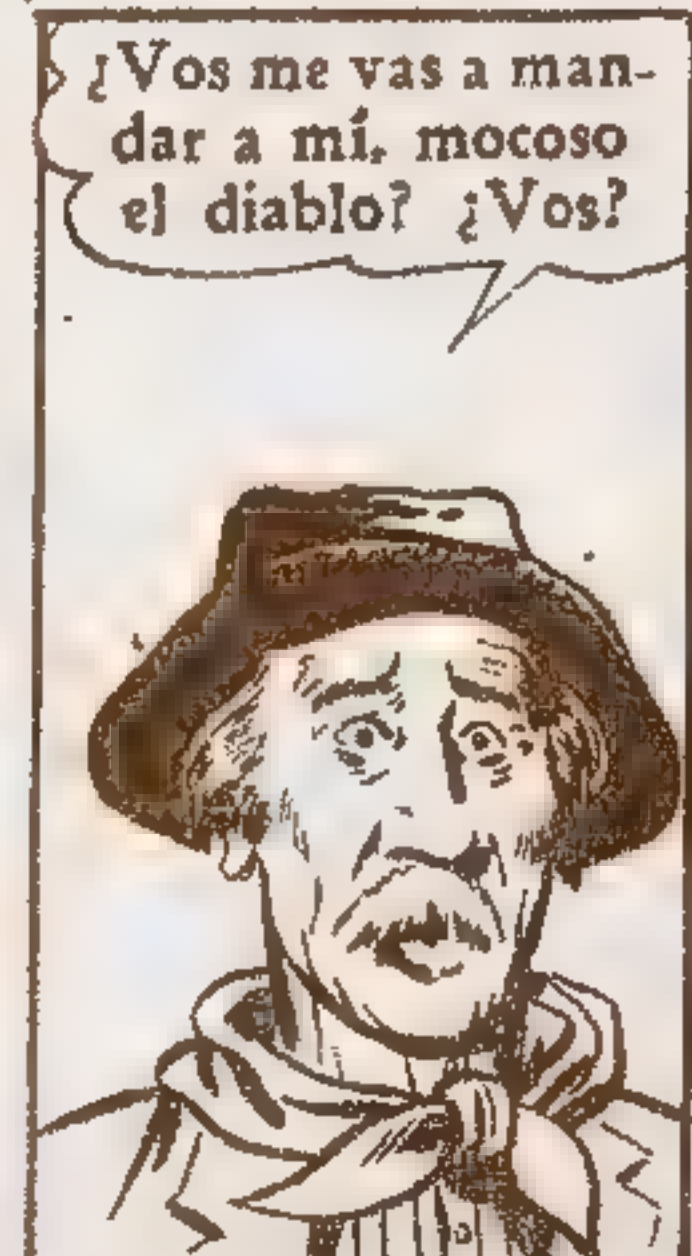
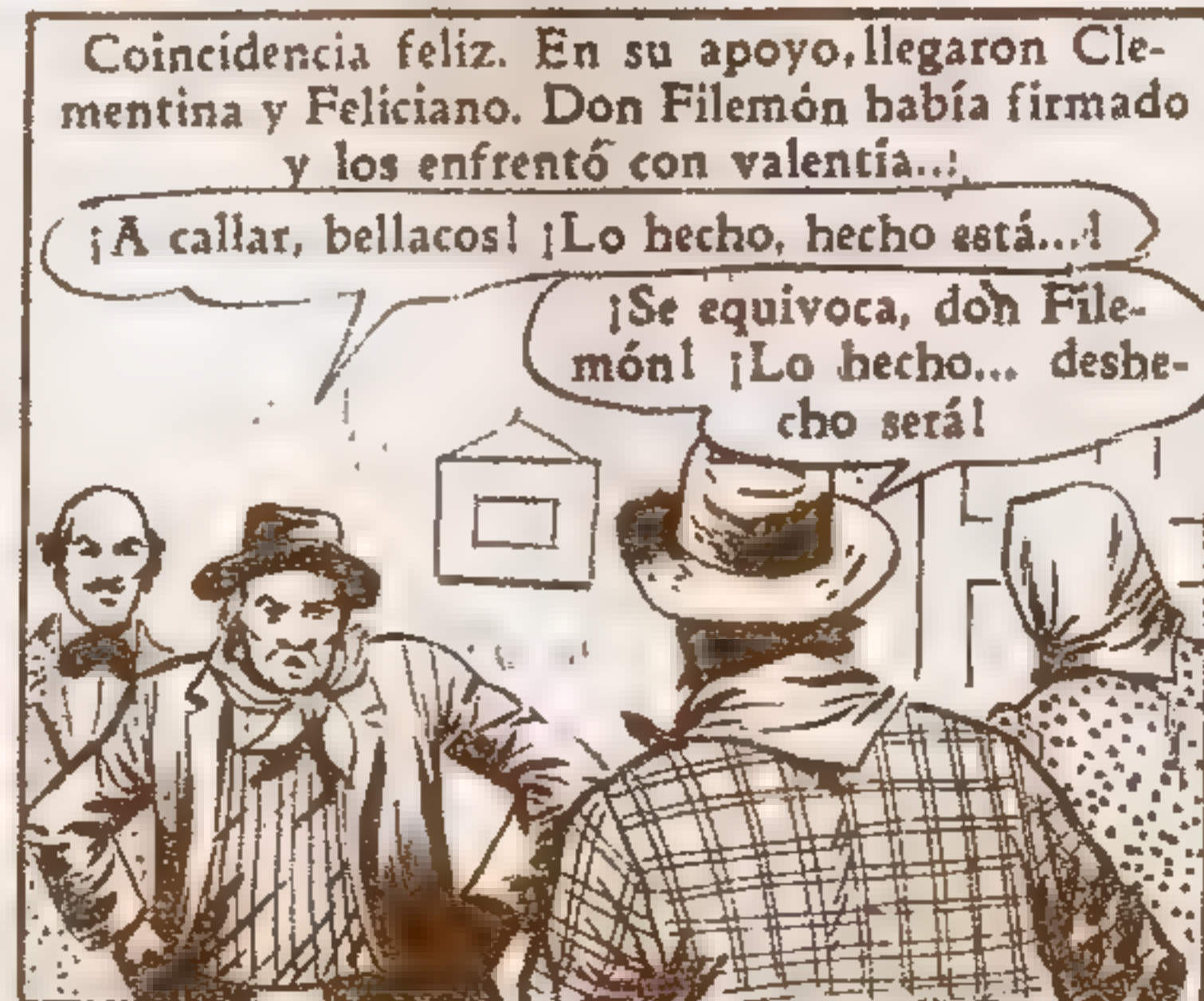
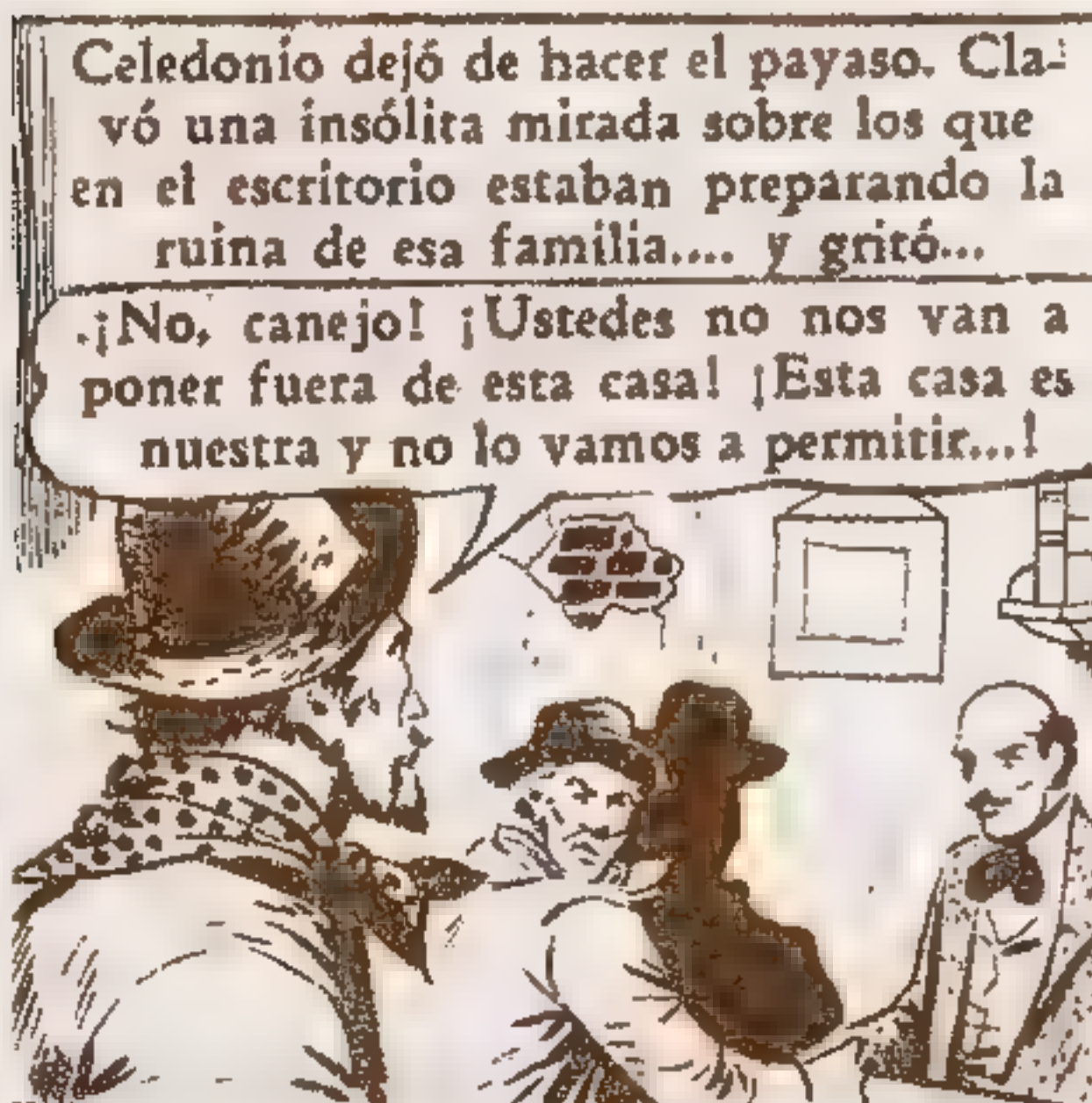
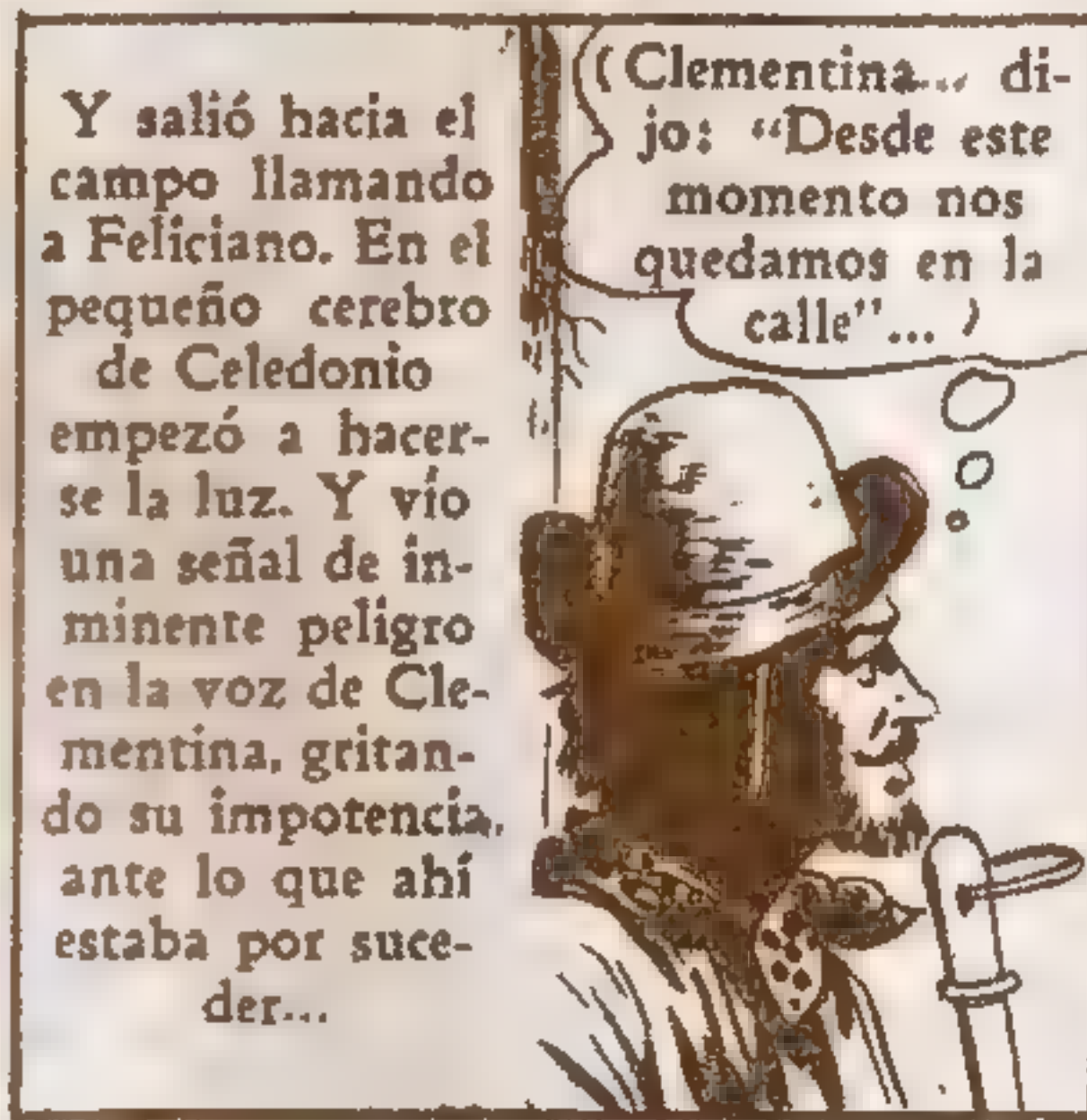
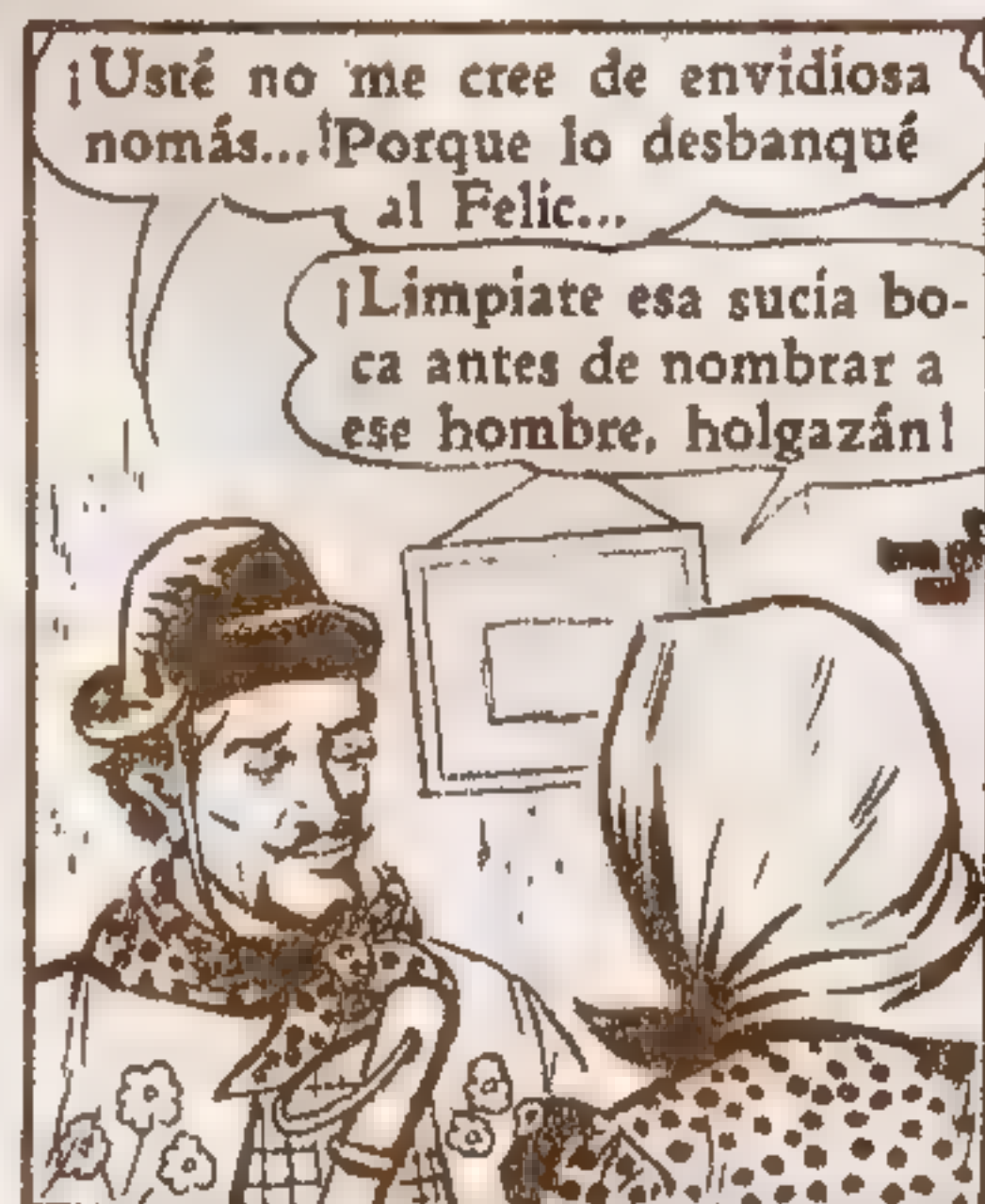
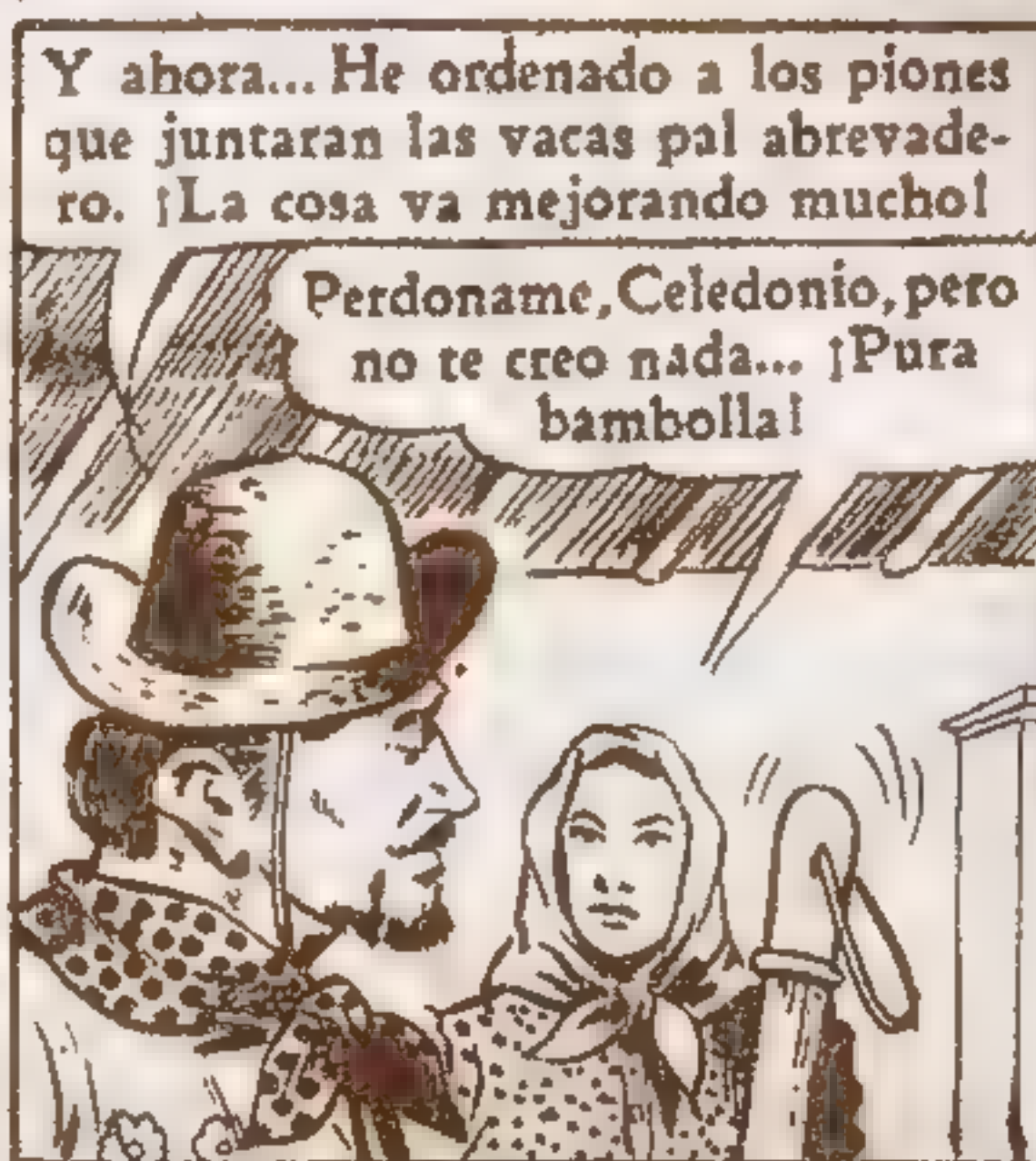
Clementina se arrojó a los pies del gaucho viejo e inocentón...

¡No firme, tata...! ¡Lévan a robar el resto e vida que le queda!





Por el lado de la cocina apareció Celedonio, vestido como un capataz en día de fiesta. Estaba ridículamente aperado a lo criollo: una enorme rastra de plata, botas perfectamente lustradas, sombrero con barbijó y boleadoras forradas en plata. Caminaba con lentitud y enorme aparatividad...



Y se lanzó sobre Feliciano, para pegarle como cuando era un niño. Feliciano le atajó el puñetazo y le hizo bajar el brazo al impetuoso viejo...



¡Por caridad, Don Filemón! ¡Que usted es el padre de la que tanto quiero...! ¡No voy a lastimarlo, justamente a usted!

Sí, tata... No se ponga así. ¡Hemos demorado mucho tiempo en saber la verdad! ¡Hemos hecho el ridículo...!



Clementina notó que el alma le volvía al cuerpo. ¡Era tan feliz...!

¡Gracias, Celedonio...! ¡Nunca es tarde...!



Feliciano arrancó de las manos trémulas de Tulio el papel recién firmado por Don Filemón. Lo rompió en mil pedazos...

¡Esto era la disgracia! ¡Pero Dios no quiere cosas feas...! ¡Y ahora... FUERA DE AQUI!



¡Yo los acompaño! ¡Ustedes me han basuriado! ¡No tienen entrañas, ni respeto a mis canas!

Don Filemón... ¿No quiere comprender que es para el bien de todos?



¡No me hable más naide! ¡Vamos, señores!... ¡Desde este momento ya no tengo más familia, ni rancho, ni nada...!



Clementina intentó intervenir, y fue desplazada a un costado. Celedonio quedó con la mirada en el suelo. Feliciano, enmudecido por la pena... Los escribanos salieron de inmediato. Detrás de ellos, Don Filemón, Doña Rosa y Magdalena...

¡Yo los maldigo, descasados! ¡Para siempre...!



¡Mamá...! Hermanita...!



En ese momento, Feliciano se juró por las cenizas amadas de sus padres, que en el rancho se habían terminado las holgazanerías; y que, sobre esa tapera, iban a ocurrir cosas muy gratas, muy sanas. "Tiempo al tiempo"... ¡Y si Dios me da salud...!



Once años más tarde, seguían gozando de óptima salud, como en el áspero y triste tiempo pretérito. Sólo que tenían unos años más sobre las espaldas. Y mejor posición económica. Y en lugar de un rancho que se caía en pedazos... una amplia casa campera, con parque al frente y campos cultivados al fondo... Y mucho ganado fino por los costados... y...


...un magnífico matrimonio que integraban Feliciano y Clementina, con una criatura de siete años recién cumplidos. ¡Y hasta con automóvil!

¡Celedonio! ¡Celedonio!




Celedonio no se había casado. Pero era todo un hombre, serio y formal.

¡Ah!... Ya están de vuelta... Decime despacito como te fue con el comprador del mercado de Liniers...




De primera, hermano... De primera. ¡Vendí los novillos a precio de oro!

¡Venga un abrazo! ¡Es el tercero que te doy esta semana!



¡Ha sido una gran semana para nuestros capitales! ¡Pura suerte!

El matrimonio entró directamente hacia sus lujosas dependencias. Celedonio recibió con una sonrisa el mate que le acercó Petrona, una muchacha bonita, discreta y suave, que trabajaba en la casa...



¿Está dulce ahora?

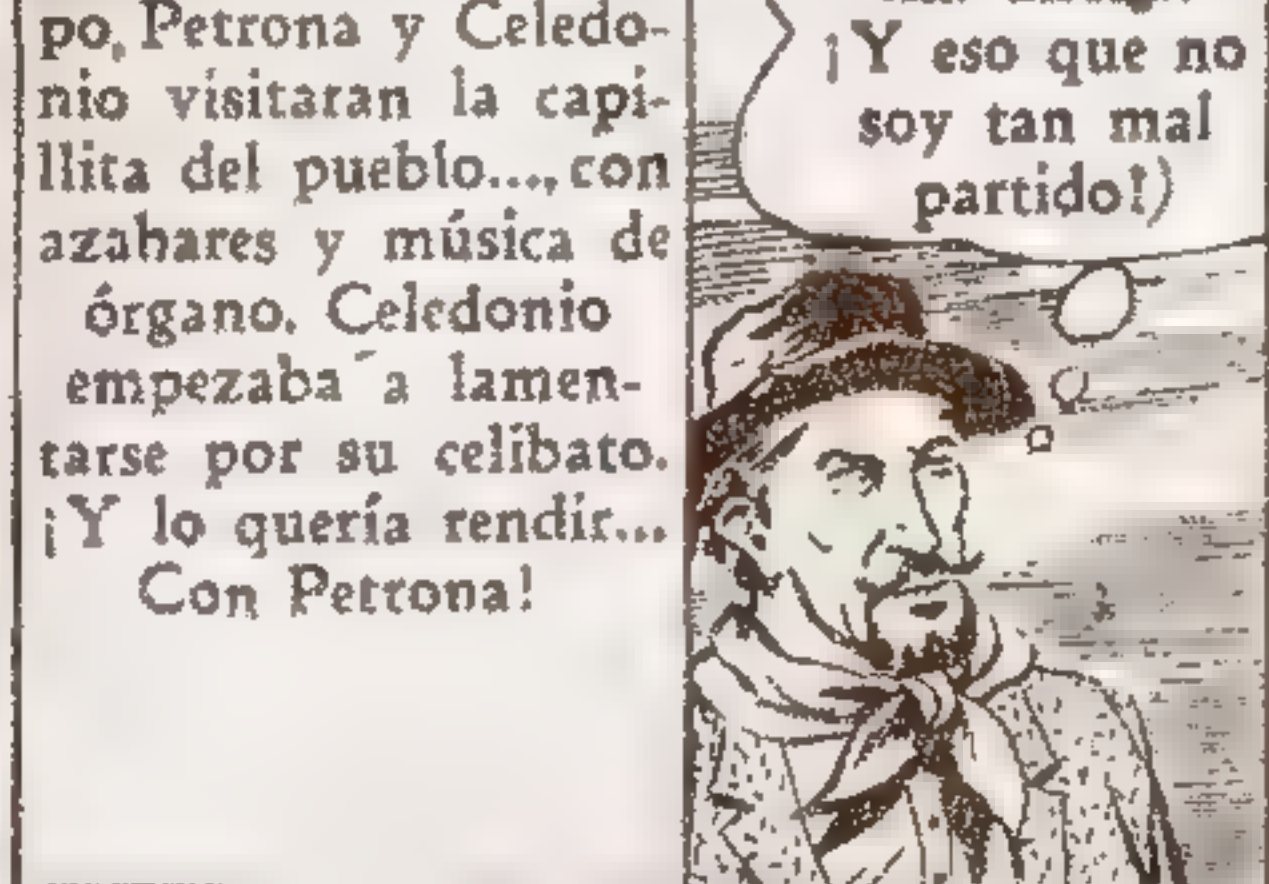
¡Es inútil! ¡Sigue dulce! ¡Vamos a tener que cambiar de cebadora!



No sería nada extraño que en poco tiempo, Petrona y Celedonio visitaran la capillita del pueblo..., con azahares y música de órgano. Celedonio empezaba a lamentarse por su celibato. ¡Y lo quería rendir... Con Petrona!

La muchacha sonreía..., pero no daba el sí.

(¡Qué muchacha difícil! ¡Y eso que no soy tan mal partido!)



Clementina se burló de Celedonio. Los estaba observando desde un amplio ventanal, en el piso de arriba...

¡Uno más para vestir santos! ¡Pobre Don Juan Celedonio...!



Mejor me voy a tapar unas goteras... Antes de que llueva...

¡No te demores mucho, que estoy poniendo la mesa! ¡Hay estofado...!



Clementina cerró el ventanal y cayó en los fuertes brazos de su esposo. Feliciano rio de buena gana por el "romance Petrona-Celedonio"...

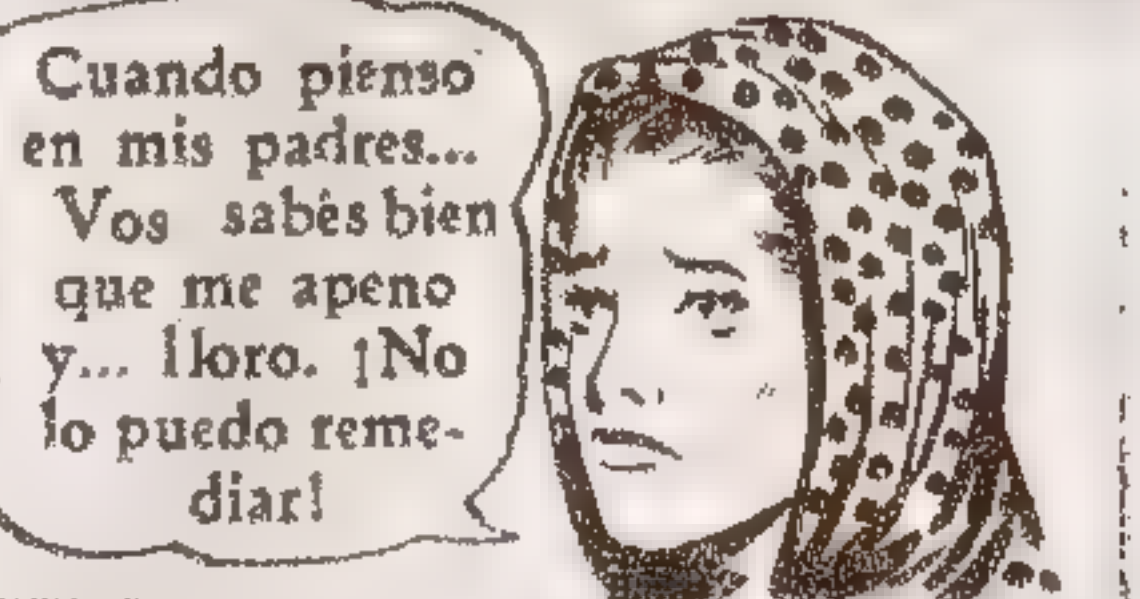
¡Los dos merecían terminar casados! ¡Qué par!

Nosotros tuvimos más suerte que ellos, fuimos más decididos...



Clementina se reflejó por unos instantes en los grandes ojos de su marido. Acarició el cabello entrecano, del gran triunfador de la lucha de diez años, que sostuvieron para lograr esa posición que ahora ostentaban. Sin embargo, ella no era del todo feliz. El recuerdo de sus padres empañaba muchas horas de su vida.

Cuando pienso en mis padres... Vos sabés bien que me apeno y... lloro. ¡No lo puedo remediar!




Se pasaron diez años rechazando nuestros ofrecimientos. Y ahora, que tenemos este palacio, tampoco quisieron...

Son los míos, Feliciano... Qué lástima... Y qué pena... En este sector me vieron crecer..., besaron mi frente...



Lo sé... Lo sé... ¡Hace diez años que ando rondando a tu tata, y él, carnero empacado, me dá cabezazos y ¡nada!

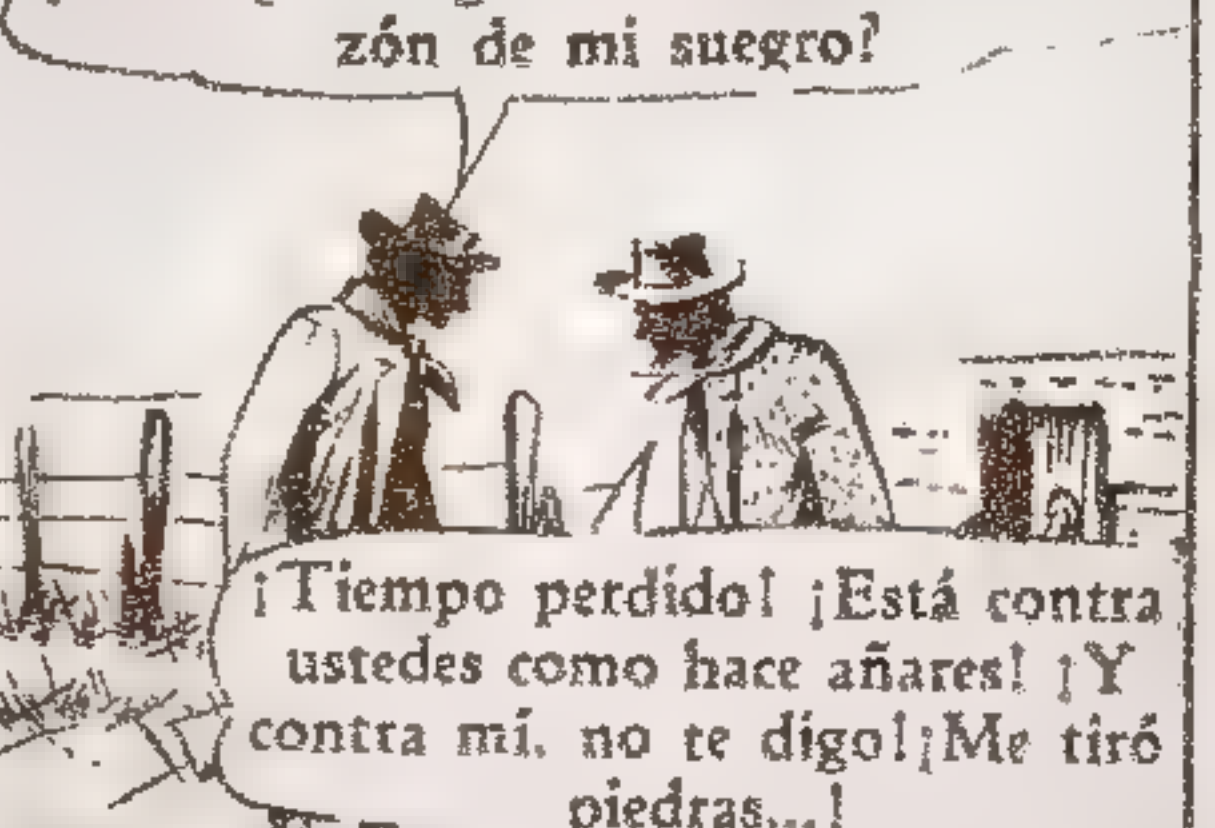
¡Un pobre criollo sin ánimo para enfrentar la nueva vida! Pero yo soy su hija... Y mi hijo su nieto. ¡Es mi padre...!



Feliciano bajó al campo moviendo la cabeza, impotente, ante el duro orgullo de don Filemón. Encontró a Celedonio...

¡Y...? ¡Conseguiste ablandar el corazón de mi suegro?

¡Tiempo perdido! ¡Está contra ustedes como hace añares! ¡Y contra mí, no te digol! Me tiró piedras...!



"En cambio doña Rosa —siguió contando Celedonio— está que se le cae la baba por el nietito que no conoce. Y creo que va a darle una sorpresa a Clementina".

¿De veras? ¿Pronto?
¿Decime...?



A vos no te puedo engañar. Viene hoy mismo, tía Rosa...



Feliciano quiso correr hasta su esposa, para darle la esperada nueva. Celedonio lo agarró de la camisa.— Esperá... Esperá, pues hombre. ¡Atorado!

El "boyerito", un poco más viejo, pero igual de sucio y desaliñado, trajo en un carro destartado a doña Rosa... Muy anciana... Muy triste... Muy pobre...

Feliciano fue el primero en descubrirla y gritó:—EL MILAGRO, Clementina...

¡Un manojo de brazos, femeninos y masculinos empujados por el amor!



¡Mamita vieja... Mamita!
¡Nuestra antigua casa conoce por fin la alegría!

¡Otra vez tuitos juntos...! Mis queridos...
¡Hijitos!



Lo que ocurrió luego, pertenecía íntegramente a un plan "militar" del pícaro Celedonio. Fueron con Feliciano, Doña Rosa, el Boyerito y Clementina hasta la inhóspita tapera de don Filemón... Y lo raptaron al bravo viejo de los cabellos plateados. ¡Cómo pataleaba! ¡Las "cosas" que dijo!

Lo colocaron en el auto de Feliciano, "engrillado" por los brazos cariñosos de su mujer y de sus hijos. Ahí, el anciano fue aflojando...

¡Aunque me lleven a donde me lleven, no dejaré de odiarlos traidores!



Le contestó un coro de risas y una avalancha de caricias...

¡Es al ñudo, al ñudo...! ¡No aflojo!



Pero aflojó. Se produjo delante del nieto, un muchachito delicado y atractivo, que le hizo temblar las rodillas al abuelo...

¡Vamos a ver viejo loco, si ahora sé animal! Y luego, le voy a presentar mi prometida pa que dé el fallo...



Don Filemón estaba muy lejos de ser un malvado Terco, como una mula, y nada más.

¡Mi nieto! ¡Mi nieto!



¡Tu abuelo te da la bendición! ¡A VOS SOLO, MI QUERIDO!

¡Aflojaste, viejo guerrero del desierto!
¡Juá, juá, juá!



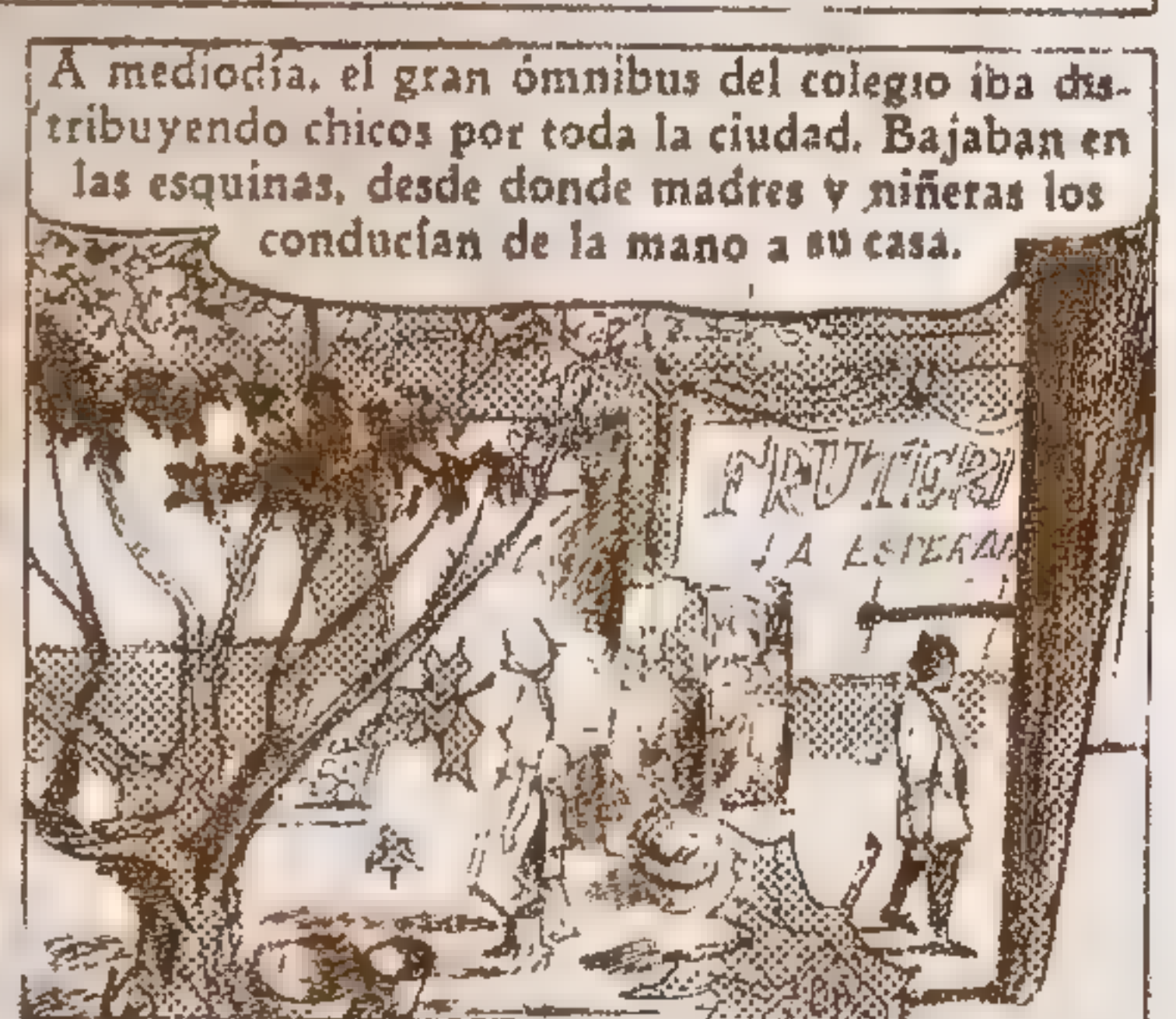
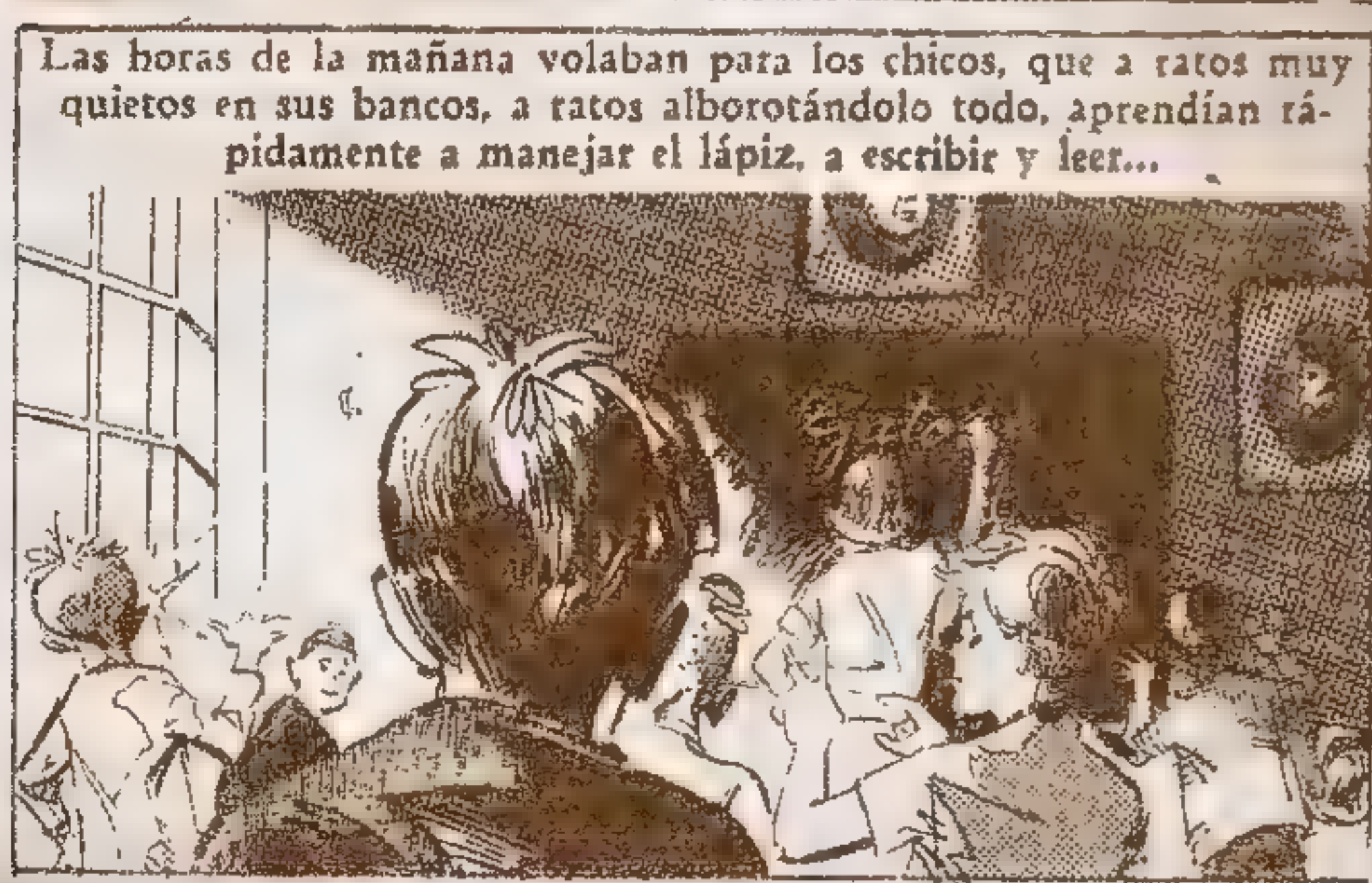
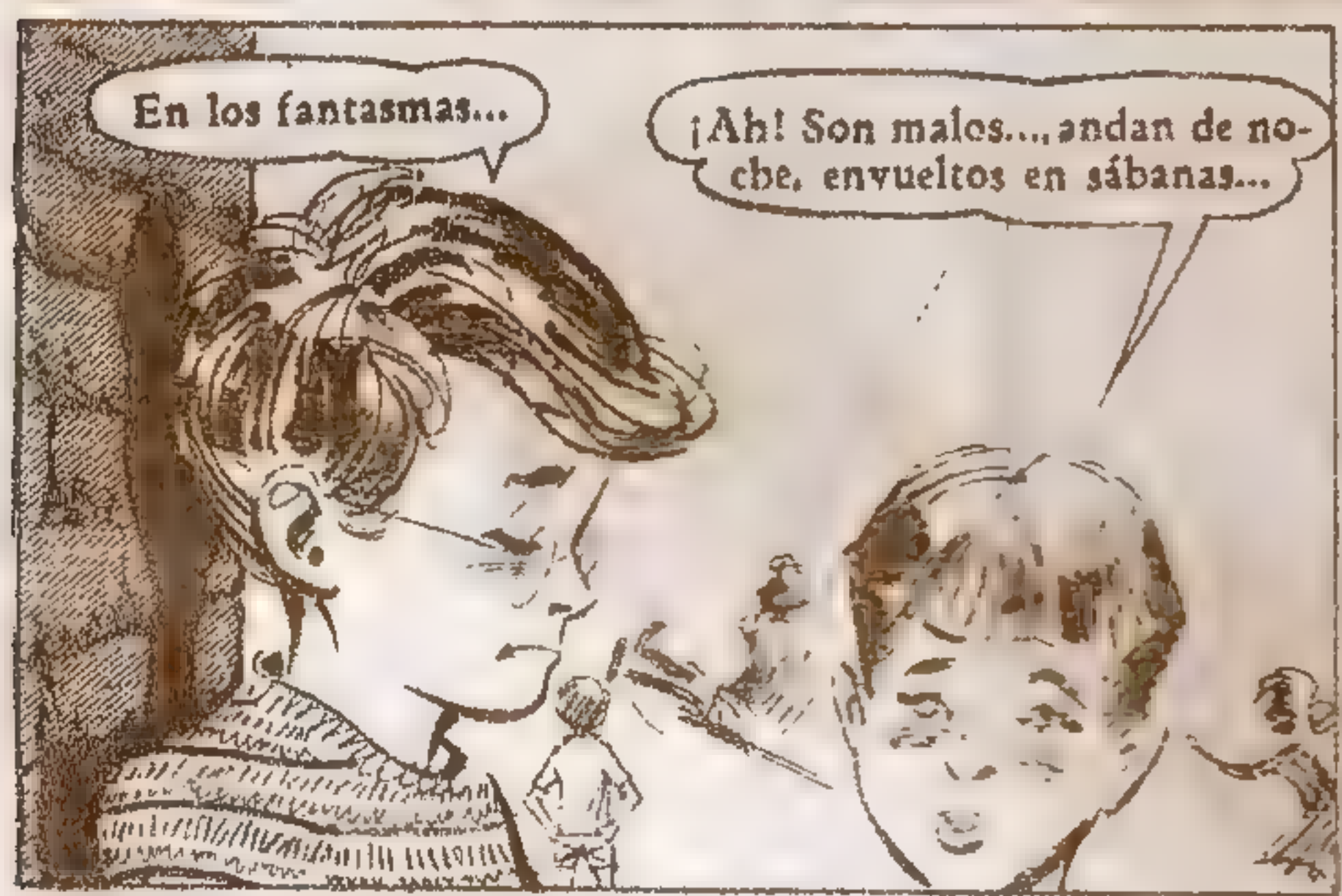
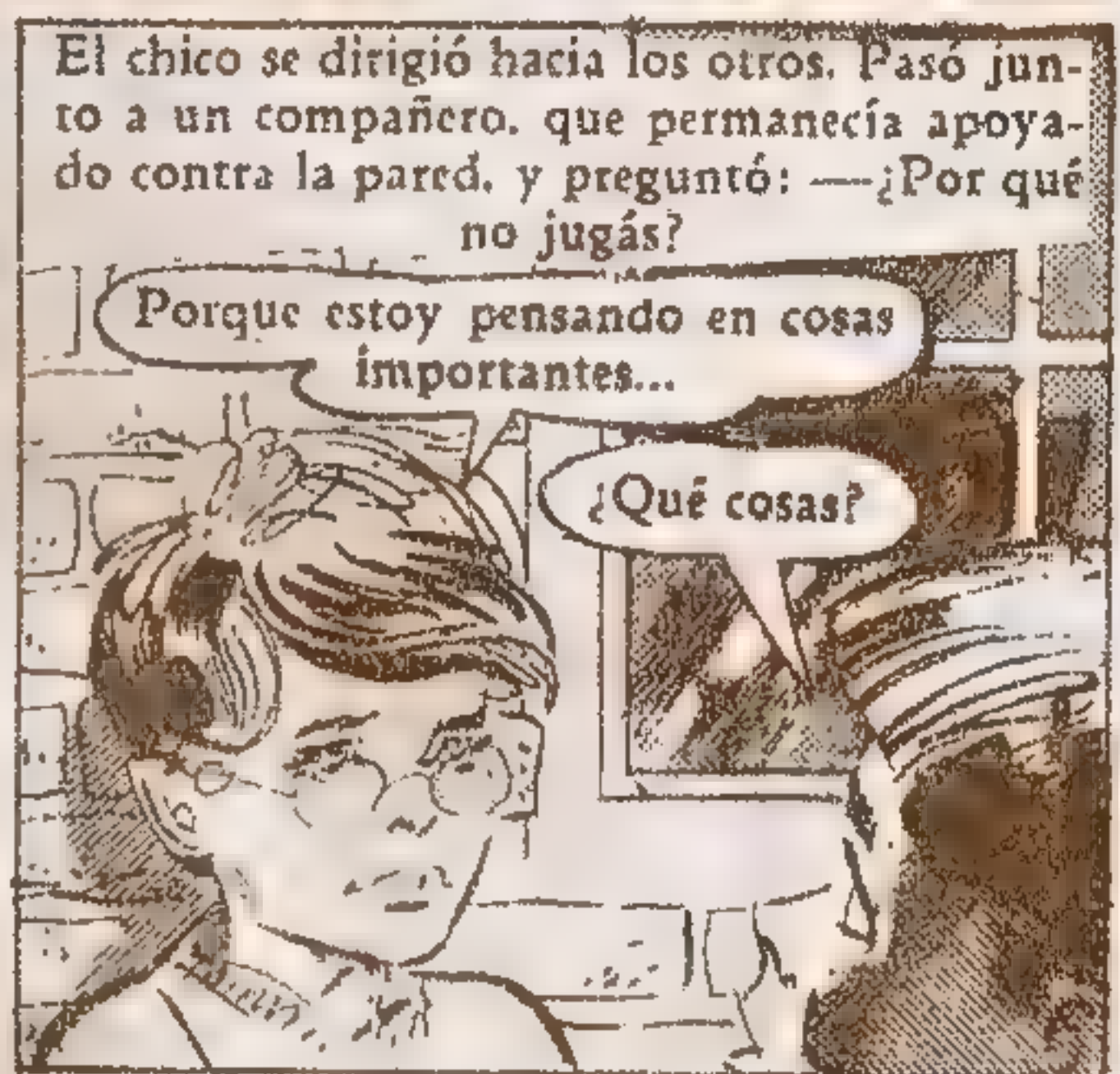
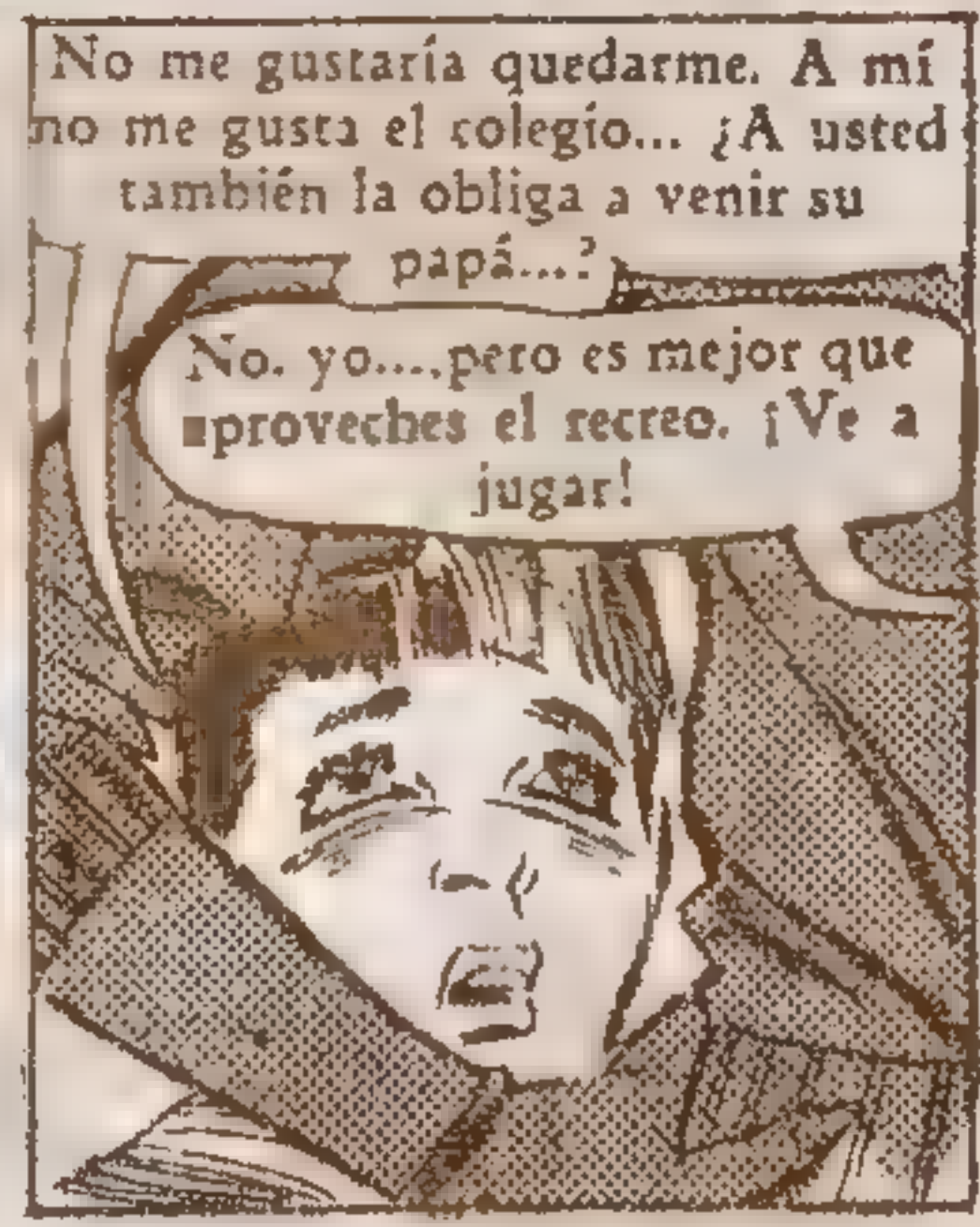
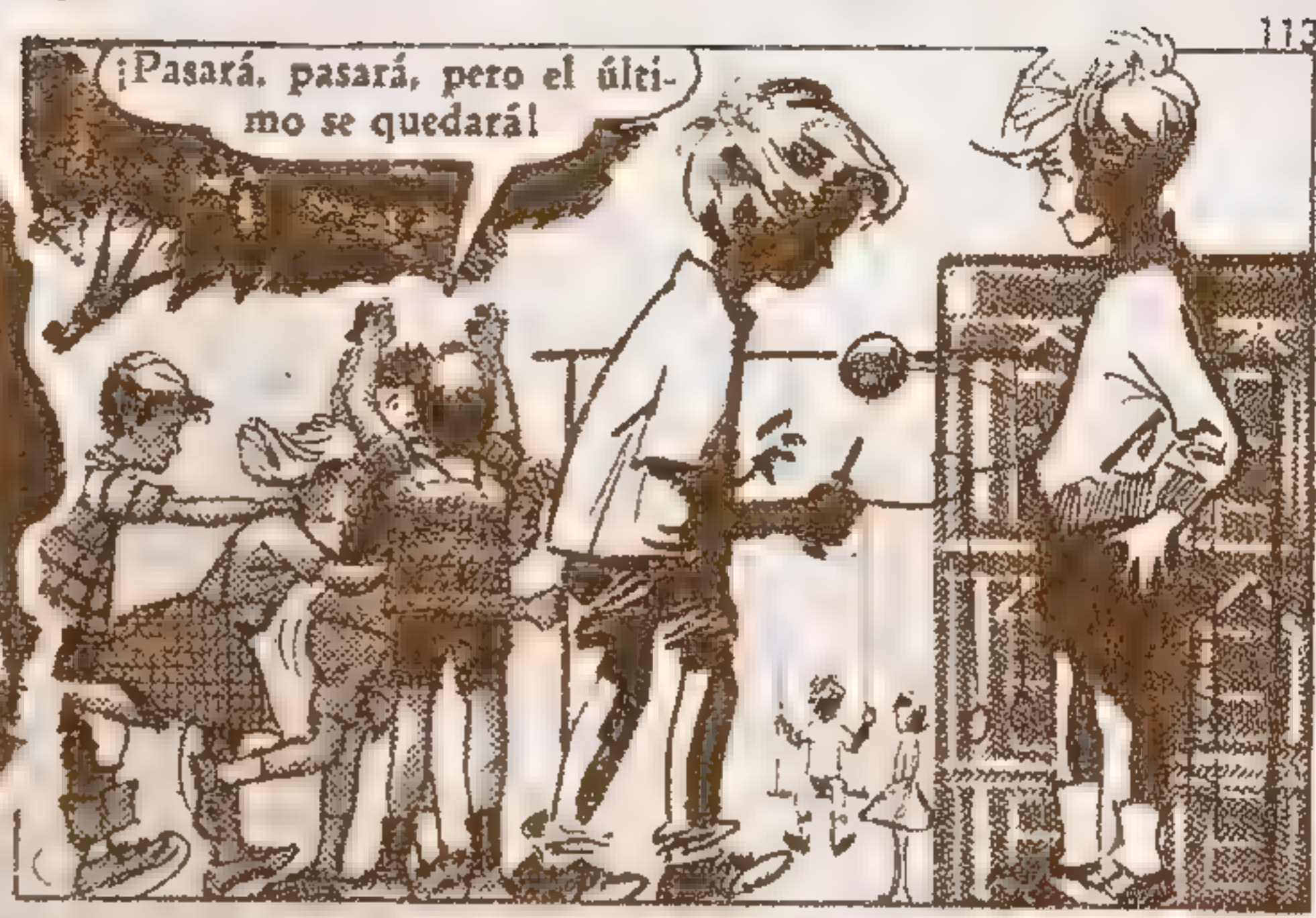
Se iba poniendo el sol... Pero para ellos, era como si recién hubiera salido. Y la noche trajo risas y cantos alrededor de unos viejos, reconquistados por el amor...

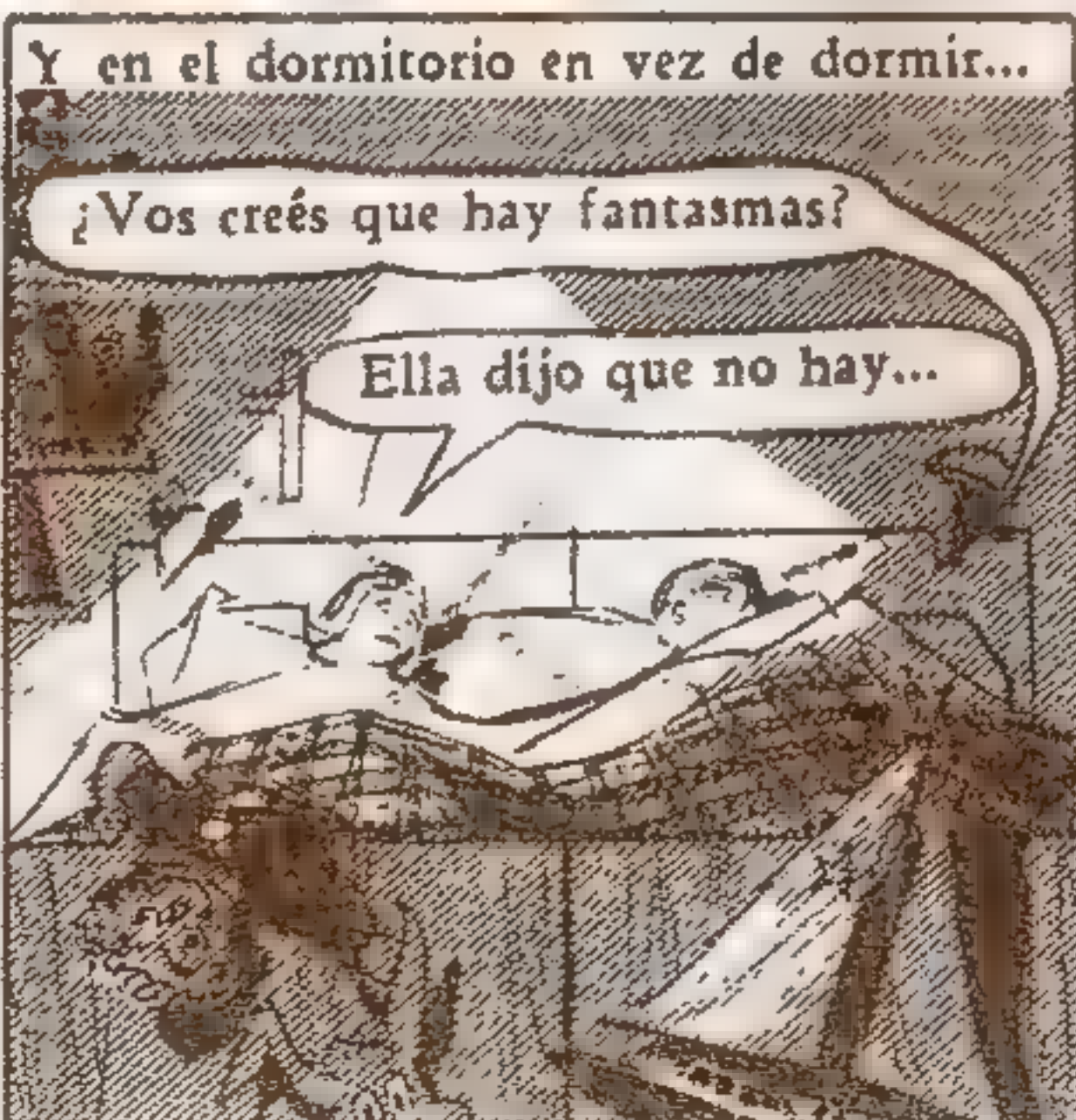
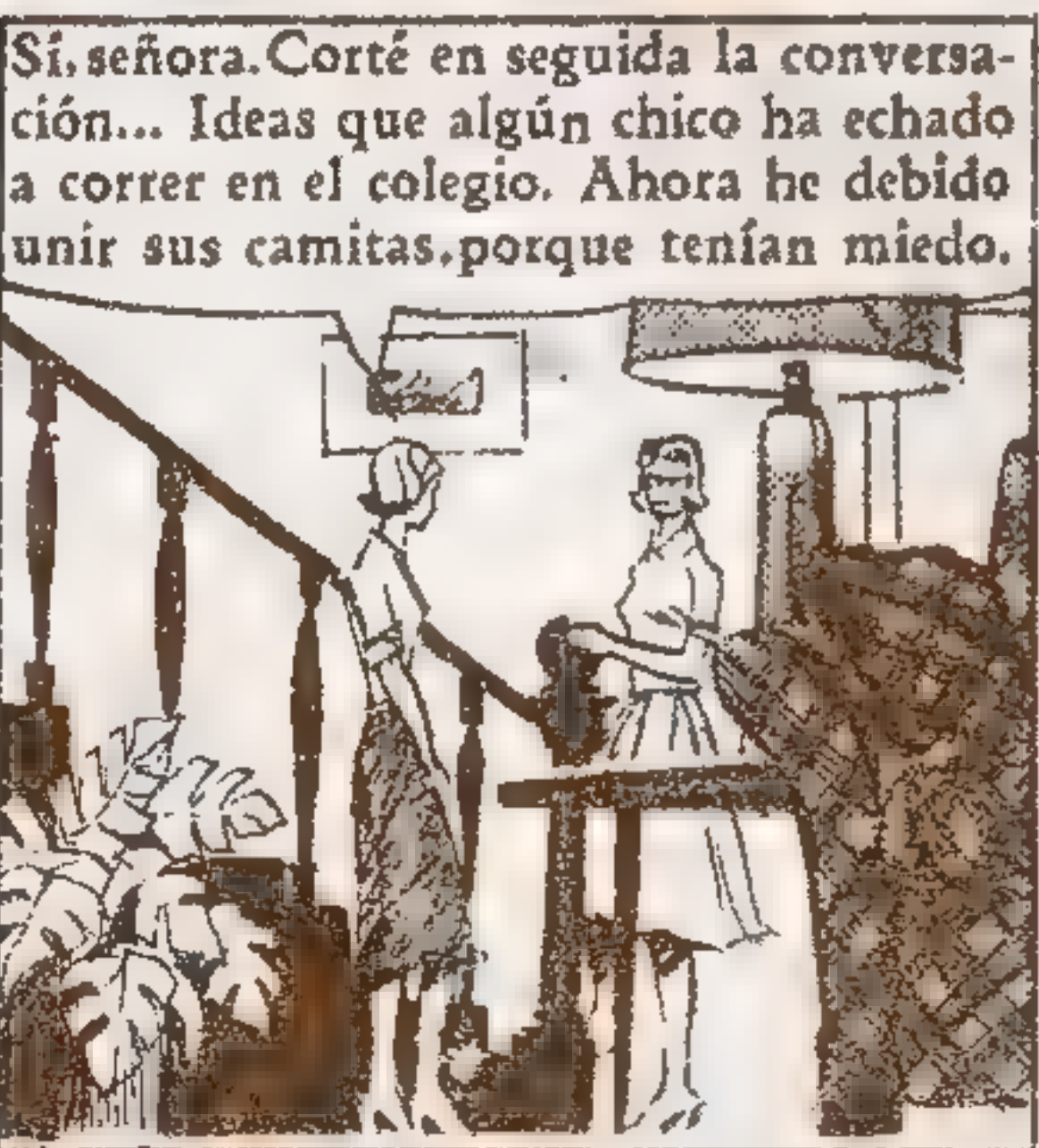
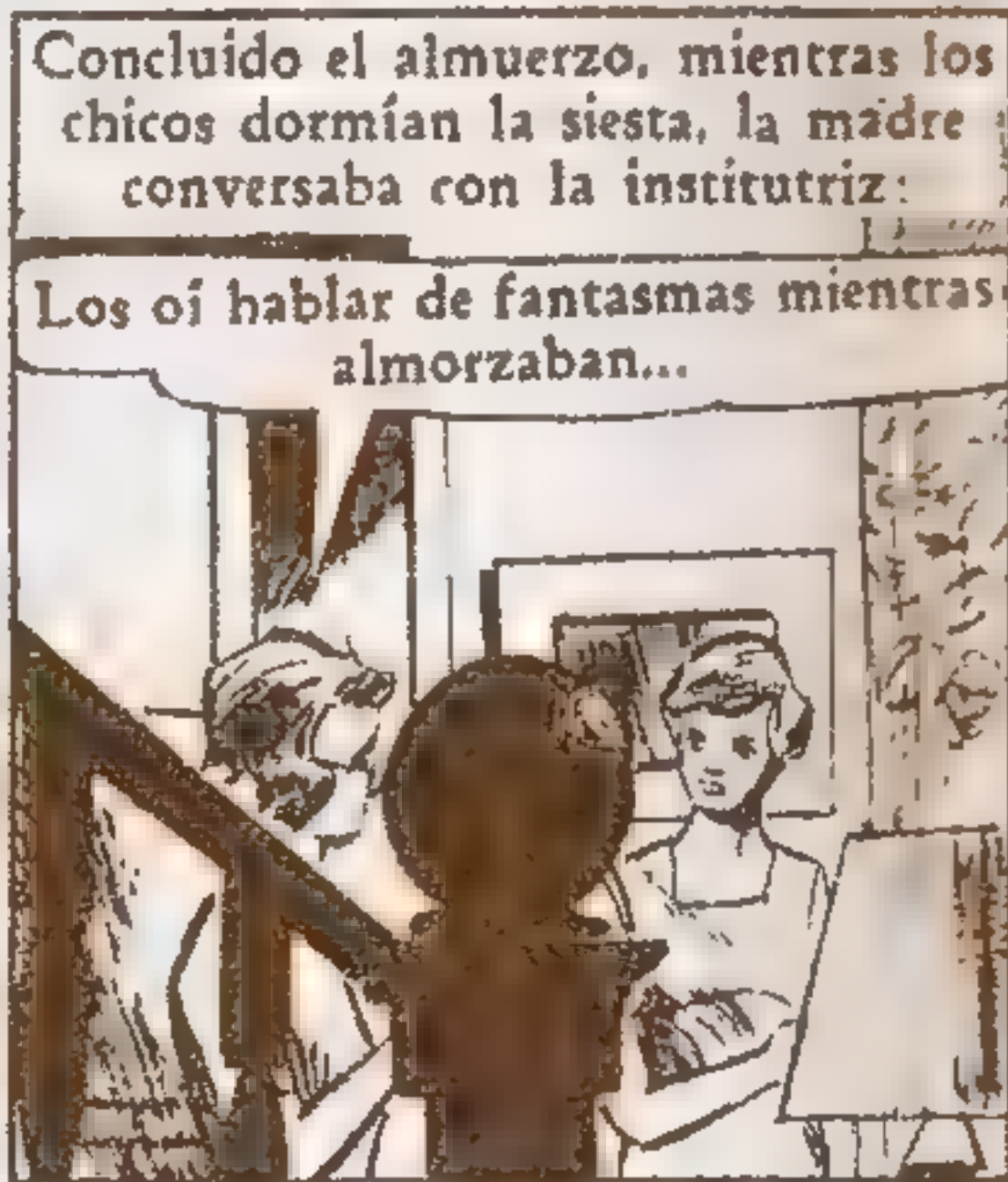
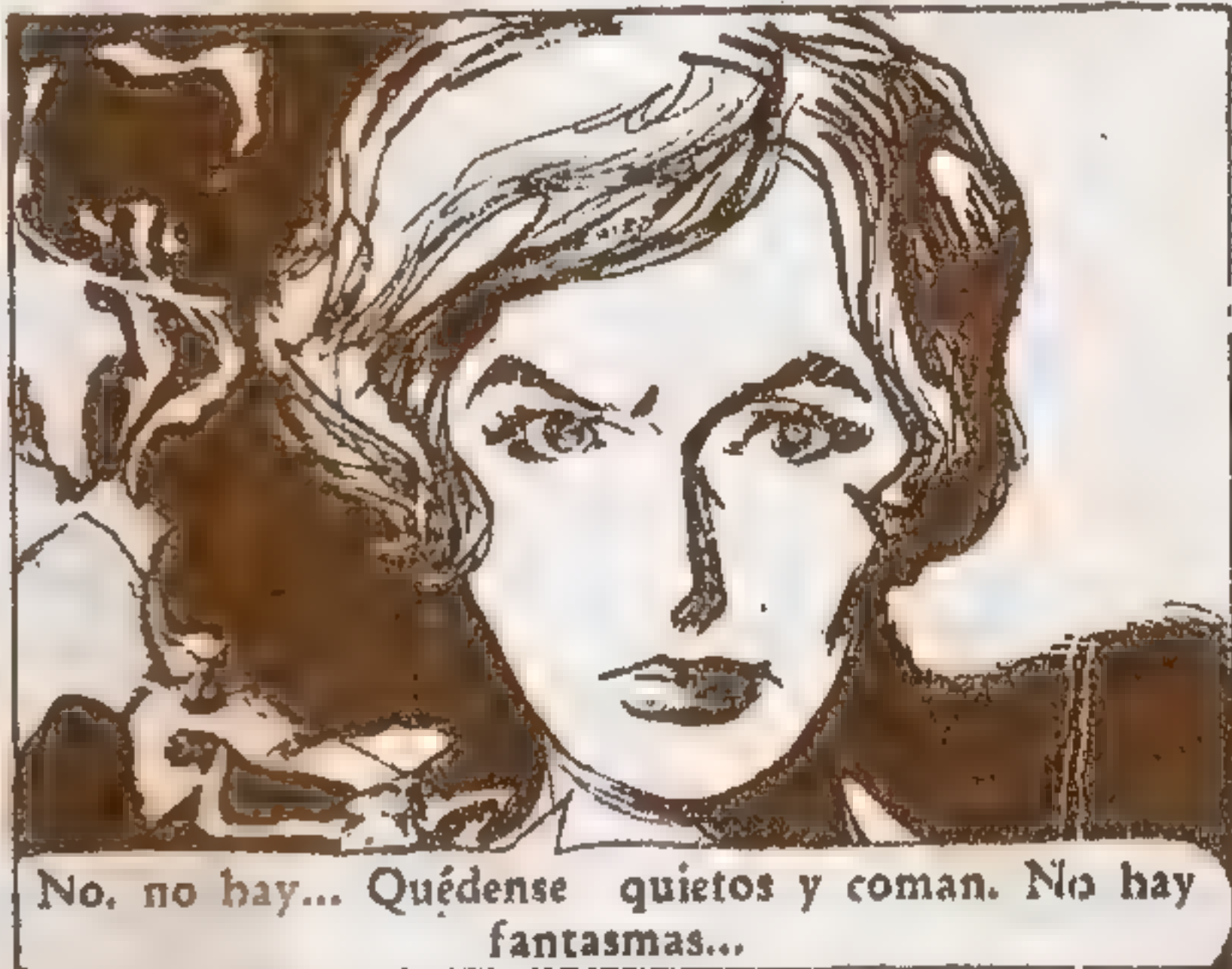
¡Volvi por vos, mi nieto lindo...! ¡Los otros que revienten...! ¡Sabe mi gauchito lindo? ¡Hijo e mi alma! ¡Corazón...!



EL FANTASMA

por JORGE DELBOSQUE
DIBUJOS DE DURANOVA





La última pregunta de la nena quedó flotando en el aire, mientras la pequeña arropaba junto a ella a un perro tuerto y deshilvanado, de paño burdo: "el juguete más lindo que tengo..."



Y la madre hablaba a la oficina de su esposo, precisamente del perro de la nena...



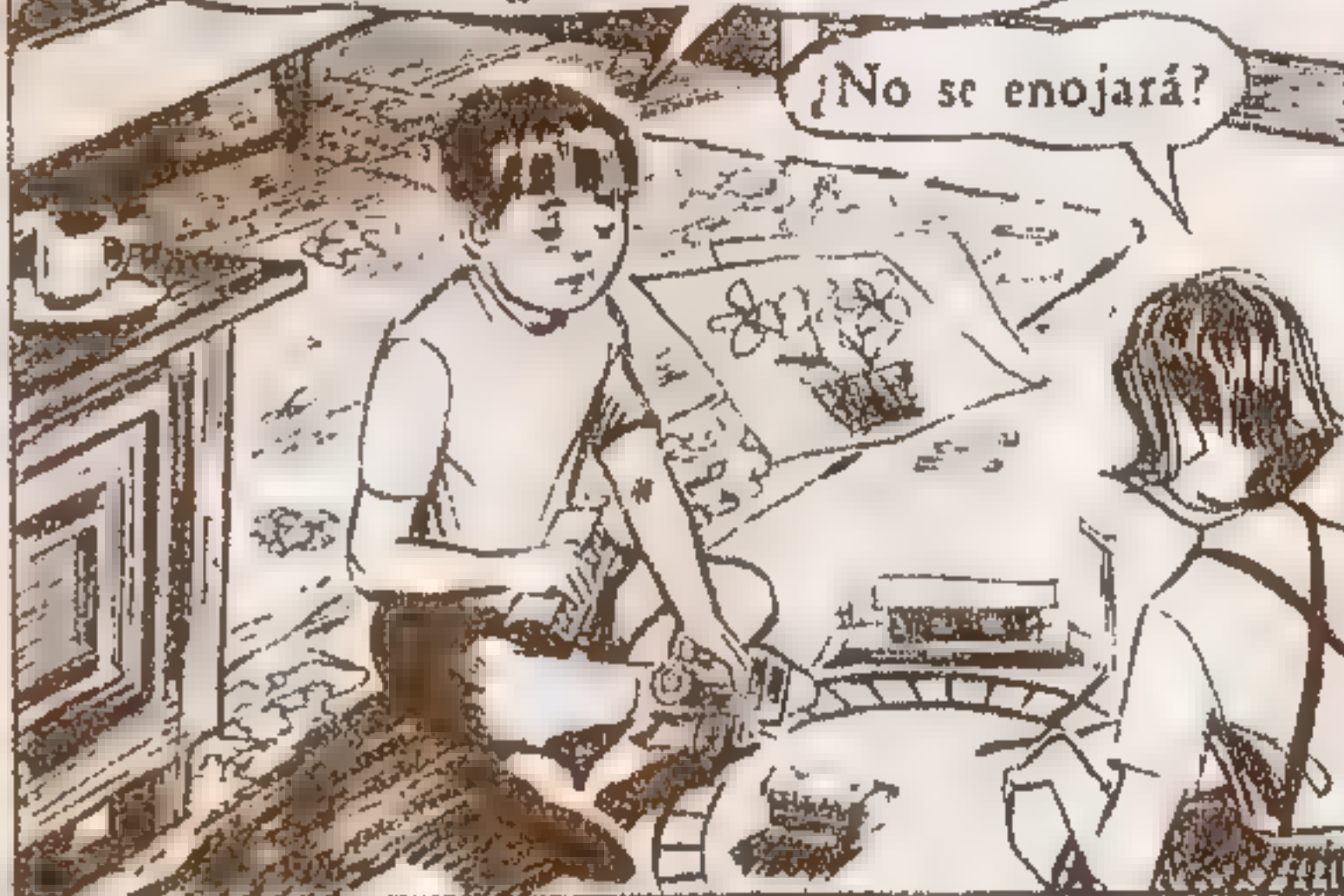
Un perro para la nena..., como si no tuviera otra cosa en qué pensar... Bueno, bueno, haré que mi secretaria me haga acordar de eso, no te preocupes...
Hasta luego, querida...



La tarde se presentó nublada y húmeda. Una tormenta se acercaba, y los chicos andaban de un lado para otro, nerviosos... La institutriz remendaba un par de diminutos pantalones, y de pronto advirtió que hacía rato no veía a los chicos. Dejó a un lado la costura y fue en su busca.



¿Sabés lo que vamos a hacer para estar seguras?
Se lo preguntaremos a papá...



¿No se enojará?

¿Qué están tramando ustedes dos?



Nada... Inventábamos un juego nuevo...

Los chicos volvieron a andar de un lado a otro, misteriosos...



Cuando anocheció, los chicos fueron sentados a la mesa. Con un cuento, y tal vez alguna inofensiva amenaza, la institutriz los mantenía quietos, haciéndolos comer, pero...



...cuando oyeron el ruido de las llaves en la puerta de calle, nadie pudo sujetarlos.



¡Papá! ¡Yo lo oí primero!

¿Qué me trajiste?

A vos un chocolate, y a vos un perro precioso, mucho más lindo que el que tenés ahora...



No lo quiero...! No hay ningún perro más lindo que el mío...!

Pero querida, mirá qué precioso es...



¡No lo quiero...! A mí me gusta mi perro...!
¿Por qué me lo quieren quitar...?



— ¿Qué pasa aquí? ¡Deja ese chocolate! Todavía no han terminado de comer...



¿Y vos por qué llorás? ¡Vamos, vamos a comer!

Con una mirada de reproche dirigida al padre, por perturbar el normal desarrollo de la cena, la institutriz se llevó a la rastra a los chicos, y a duras penas consiguió que terminaran la sopa. Breve limpieza de labios y manos, para correr otra vez en busca de los padres.

Quiero saber una cosa: ¿Hay fantasmas o no hay...?



La mirada que dirigió la madre a su marido no fue advertida por los chicos.

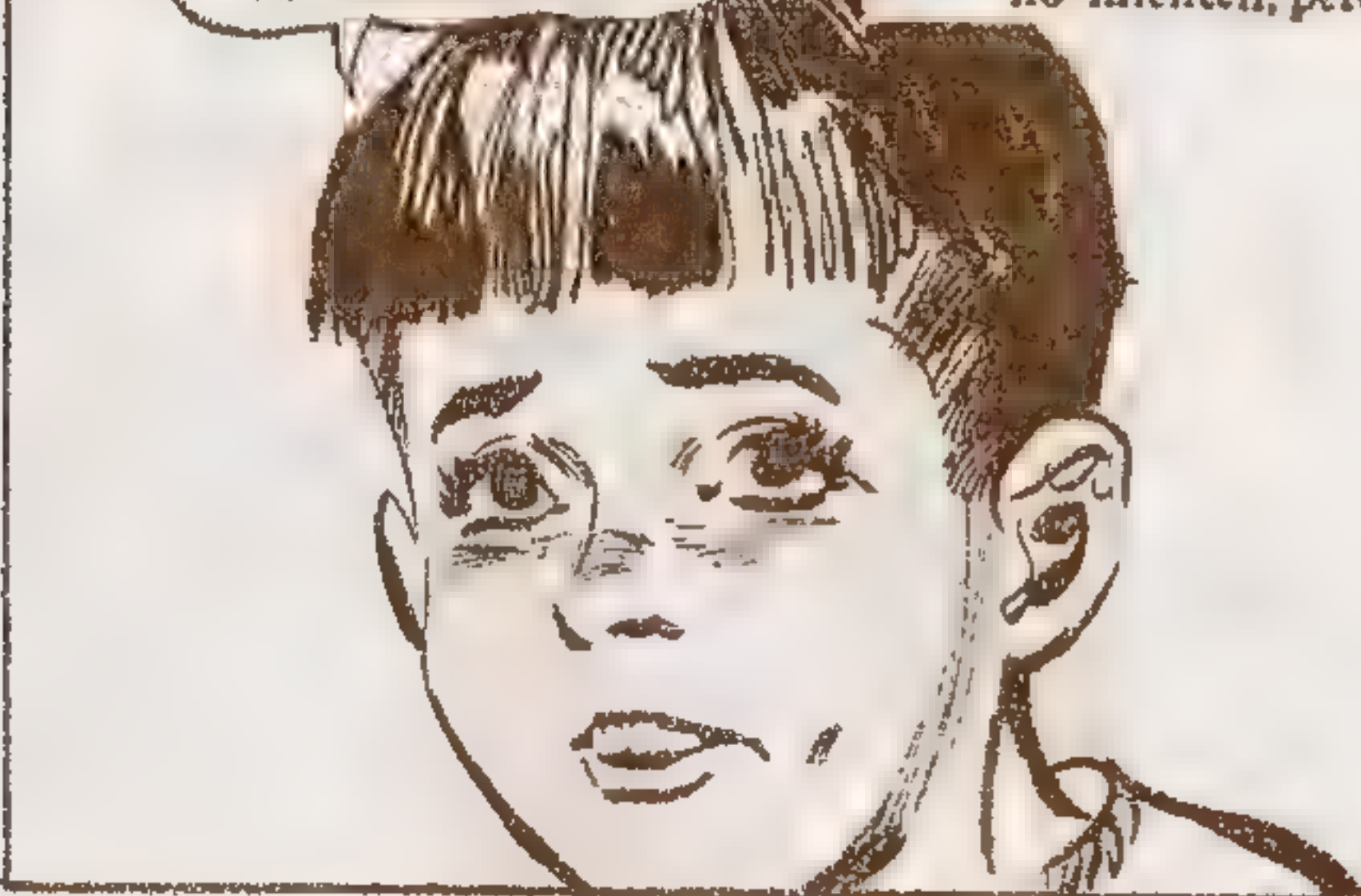
No, no hay...
Si algún chico en el colegio te dice que hay, no le creas.

No hay fantasmas, querido...
Aunque lo leas en algún libro de cuentos, no lo creas...



Si dice que hay, el libro miente, entonces...

— Bueno, en general, los libros no mienten, pero...



Este perro es bastante lindo... ¿Hay libros que no mienten nunca?



La conversación se iba tornando más y más difícil... Fantasmas, libros que mienten... ¿Cómo explicarles?

Ante la pregunta de la pequeña, el padre pensó rápidamente en algún libro que no mintiera nunca... La Biblia... No, demasiado... Por fin, encontró la respuesta.

El diccionario no miente nunca...
Conviene aprender a usarlo...

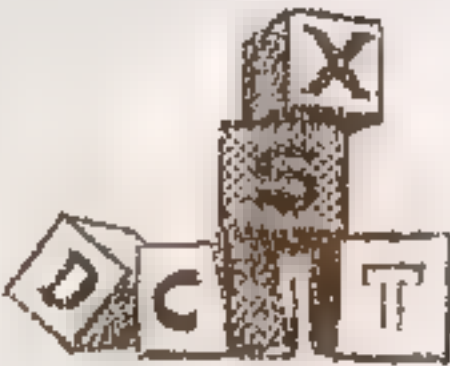


En el colegio hay uno...

— Ya es tarde... A la cama, chicos.



Besaron a los pa-
dres, y de las ma-
nos de la institu-
triz subieron a su
cuarto.



Están obsesionados con eso de los
fantasmas...

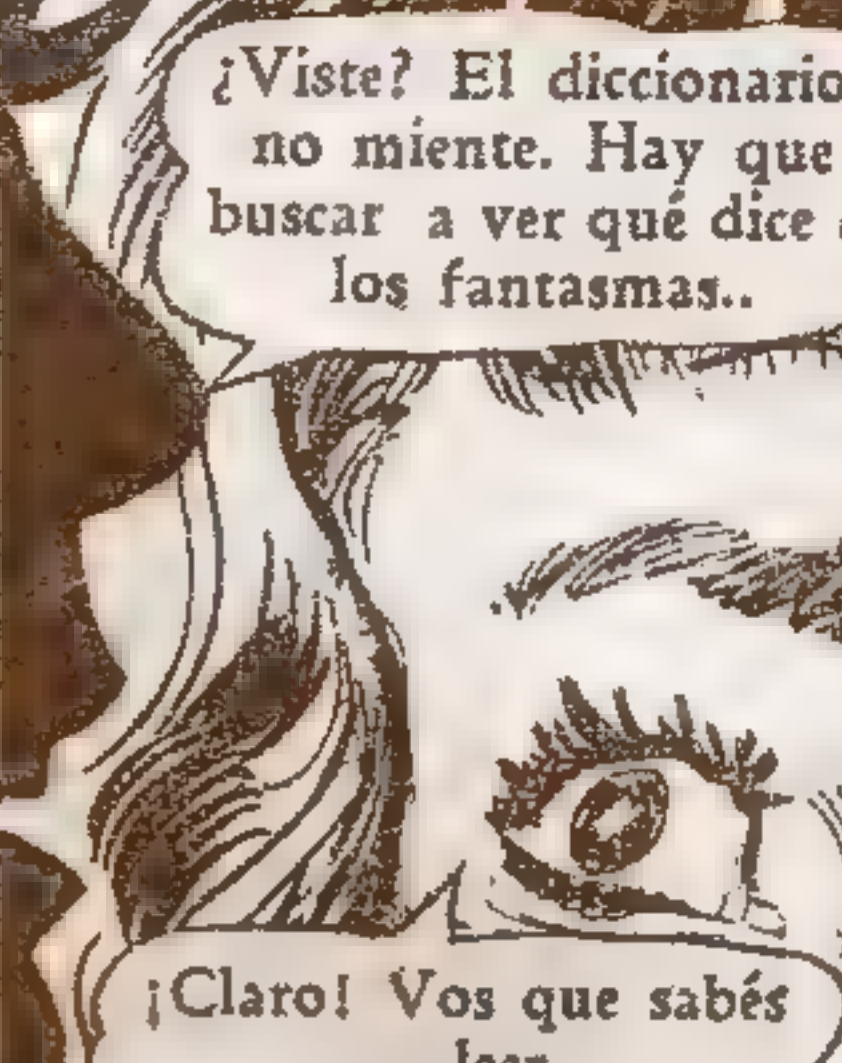
Ya se olvidarán, no te preo-
cupes...



Subían la escalera, detrás de la
institutriz.

¿Viste? El diccionario
no miente. Hay que
buscar a ver qué dice de
los fantasmas..

¡Claro! Vos que sabés
leer...



Lo inundó una sensa-
ción de persona impor-
tante. ¡El sabía leer! De
golpe acaba de descubrir
que saber leer servía
para algo...



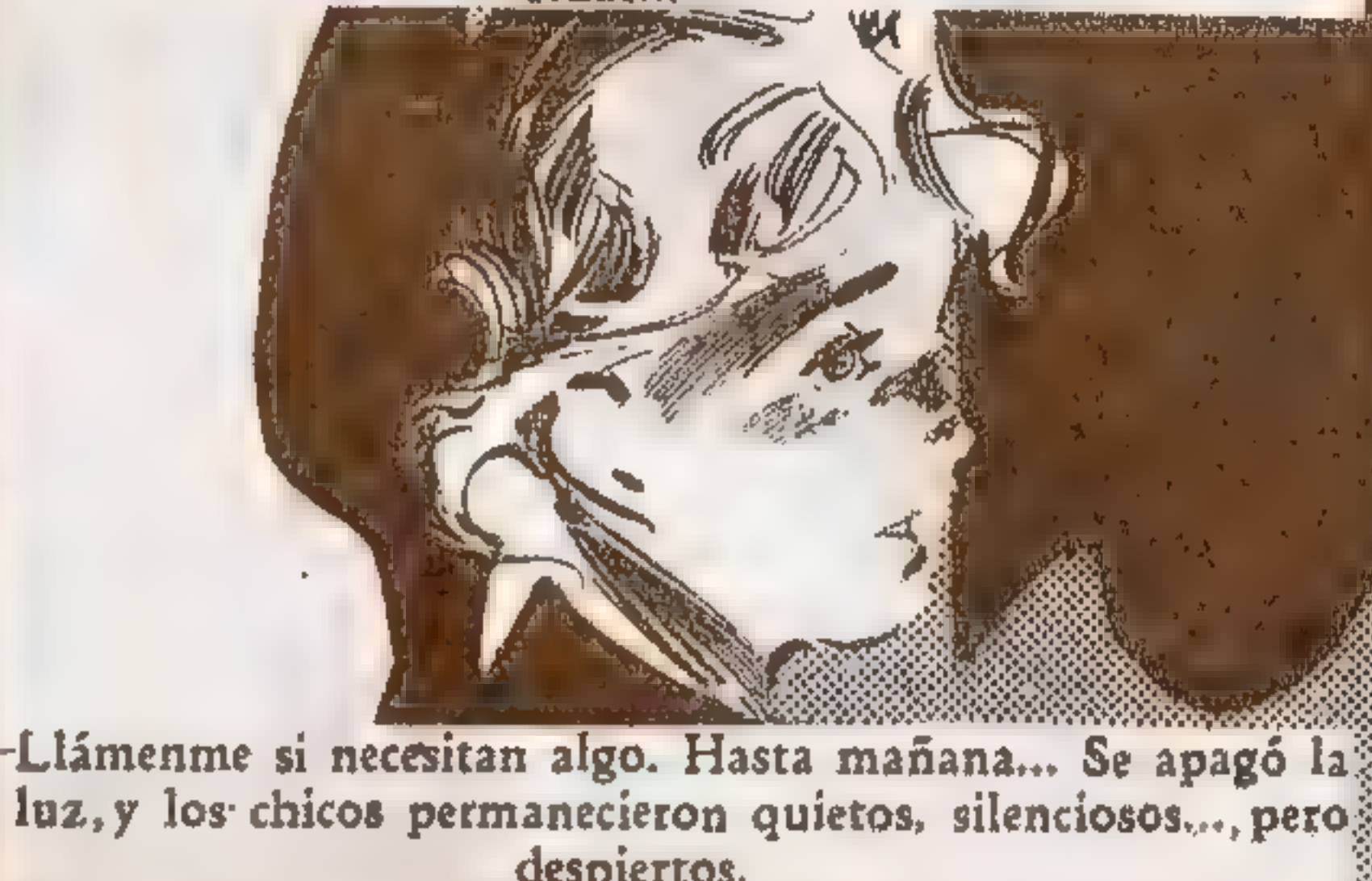
Cuando todos duerman, yo
te llamo...

¡Rápido, rápido! Vamos a
dormir...




La institutriz los metió en la cama, y después de hacerlos
rezar...

—Llámenme si necesitan algo. Hasta mañana... Se apagó la
luz, y los chicos permanecieron quietos, silenciosos..., pero
despiertos.



En la calle se agitaron las copas de los
árboles. El rodar de un trueno lejano que-
bró la quietud, y suavemente comenzó a
llover...

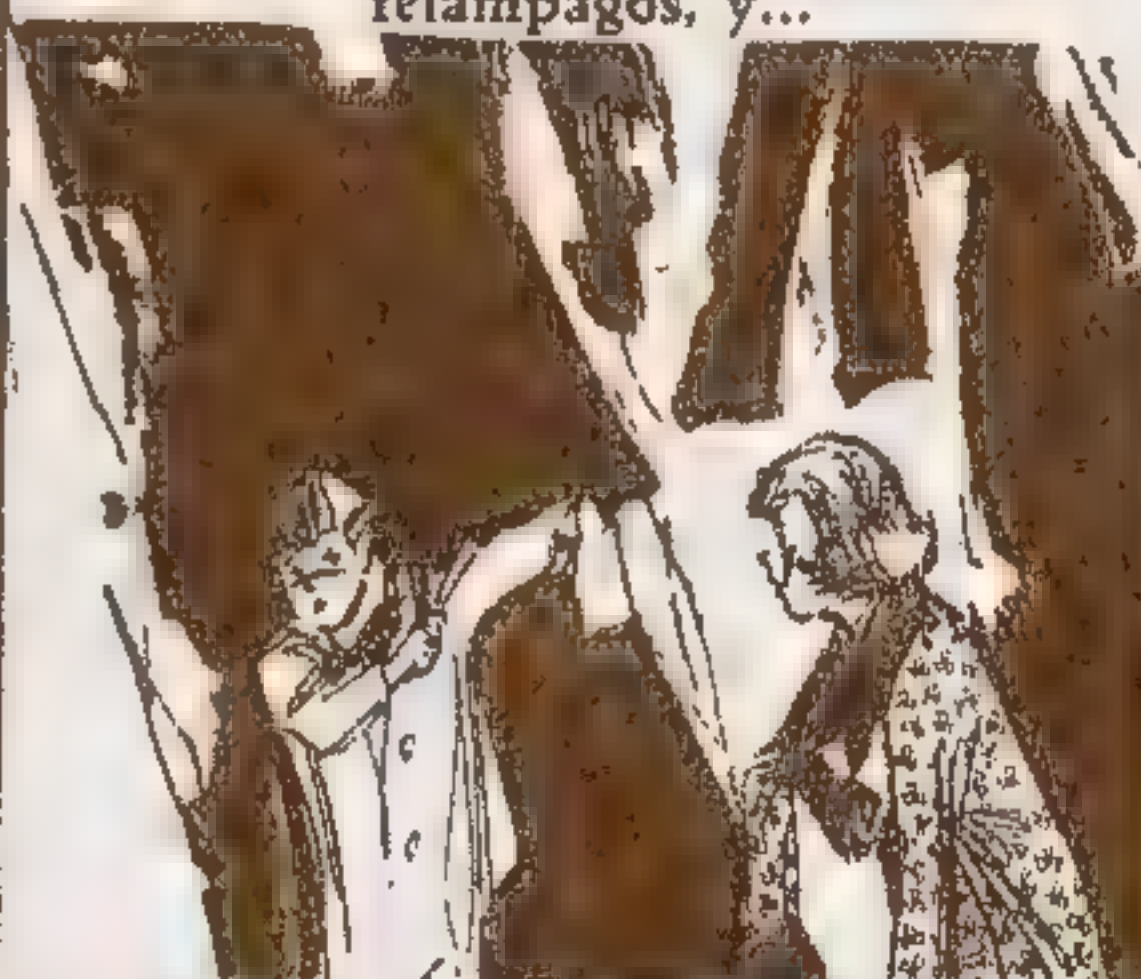


¿Estás despierta?

Sí... ¿Vamos ahora?




—Vamos, pero no hagas ruido...
Se colocaron sus batitas, en aquella os-
curidad, interrumpida a ratos por los
relámpagos, y...




...comenzaron a bajar la escalera.
Acordate de que el escalón de abajo
hace ruido...

Pisá muy despacito, con la pun-
ta del pie...



El murmullo de la lluvia cubría el de la
conversación. En la habitación de los padres
no había luz. Las dos diminutas sombras
cruzaron el comedor y entraron a la biblio-
teca.



Y en un susurro apenas mudula-
do...

Cerrá bien la puerta: tenemos que
encender la luz...



¡El diccionario estaba demasiado alto! La pequeña retuvo la respiración hasta que el muchacho alcanzó el libro, y bajó de la silla, que habían acercado a la biblioteca.



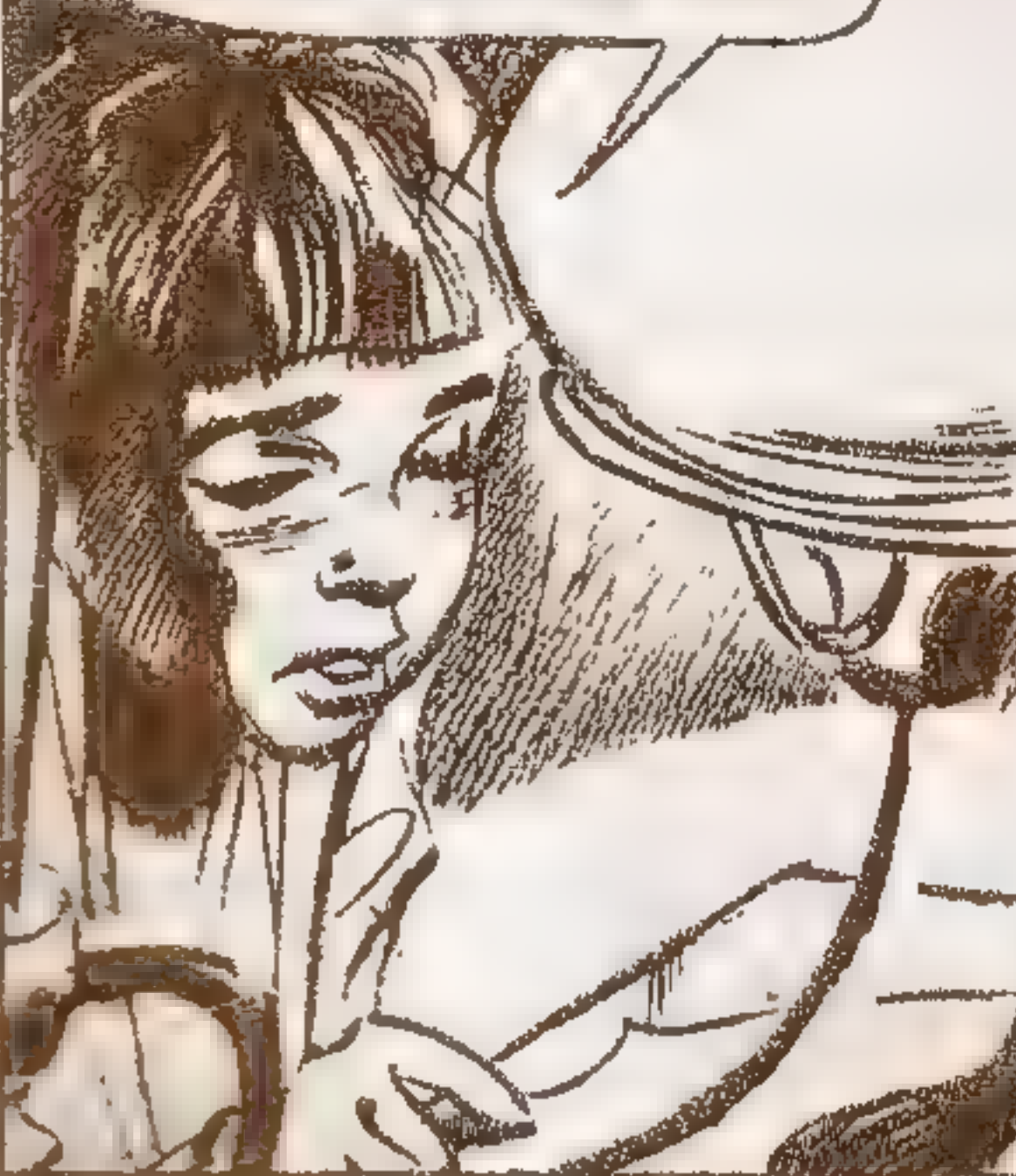
¿Dónde dice fantasma? ¿Aquí?

¡Callátele! Estoy buscando... F....f...



Trabajosamente ubicó la F en el enorme libro.

FA...MA... Fama.. Más adelante. FA... RO... Faro. Más atrás...



La cabecita de la niña se inclinaba sobre el libro. Ella miraba las ilustraciones, mientras su hermano leía.



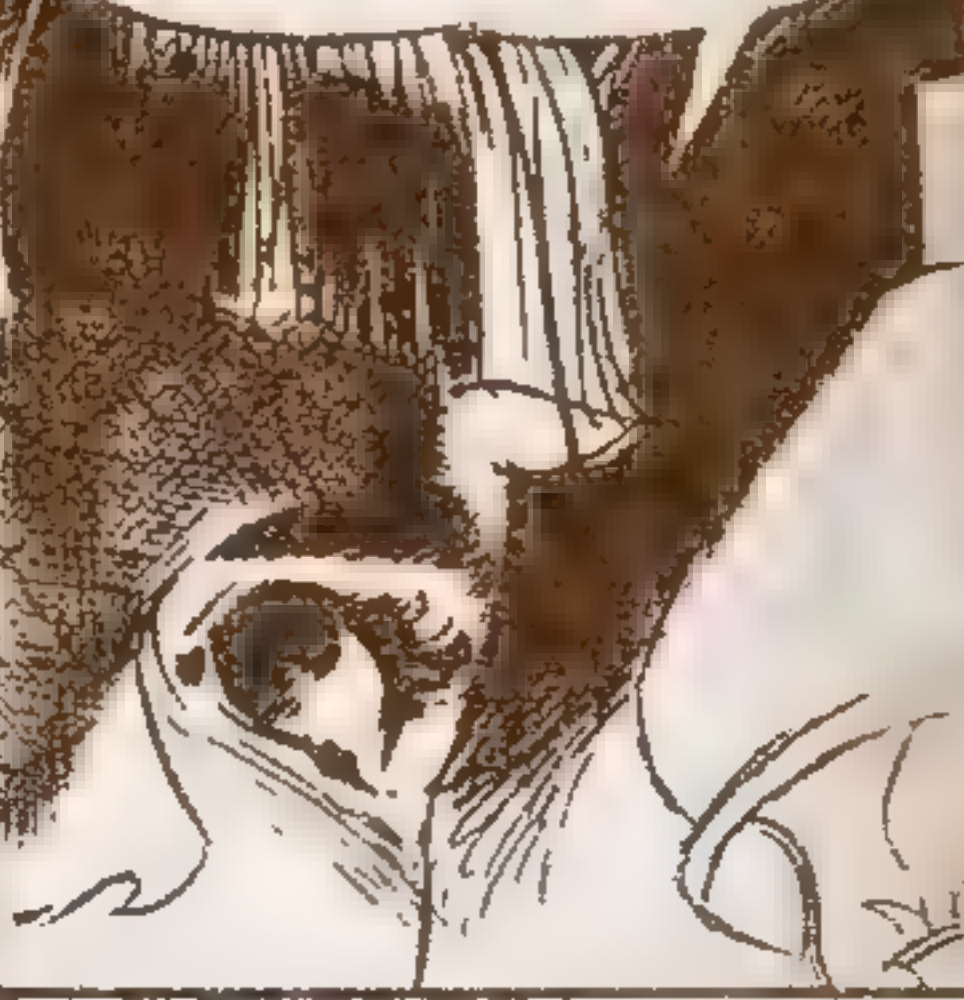
FAN... TA... SIA... Por acá tiene que estar. Hay tantas palabras, que es difícil encontrar. ¿Sabes?



FAN TAS MA... ¡Acá está! Lo encontré!

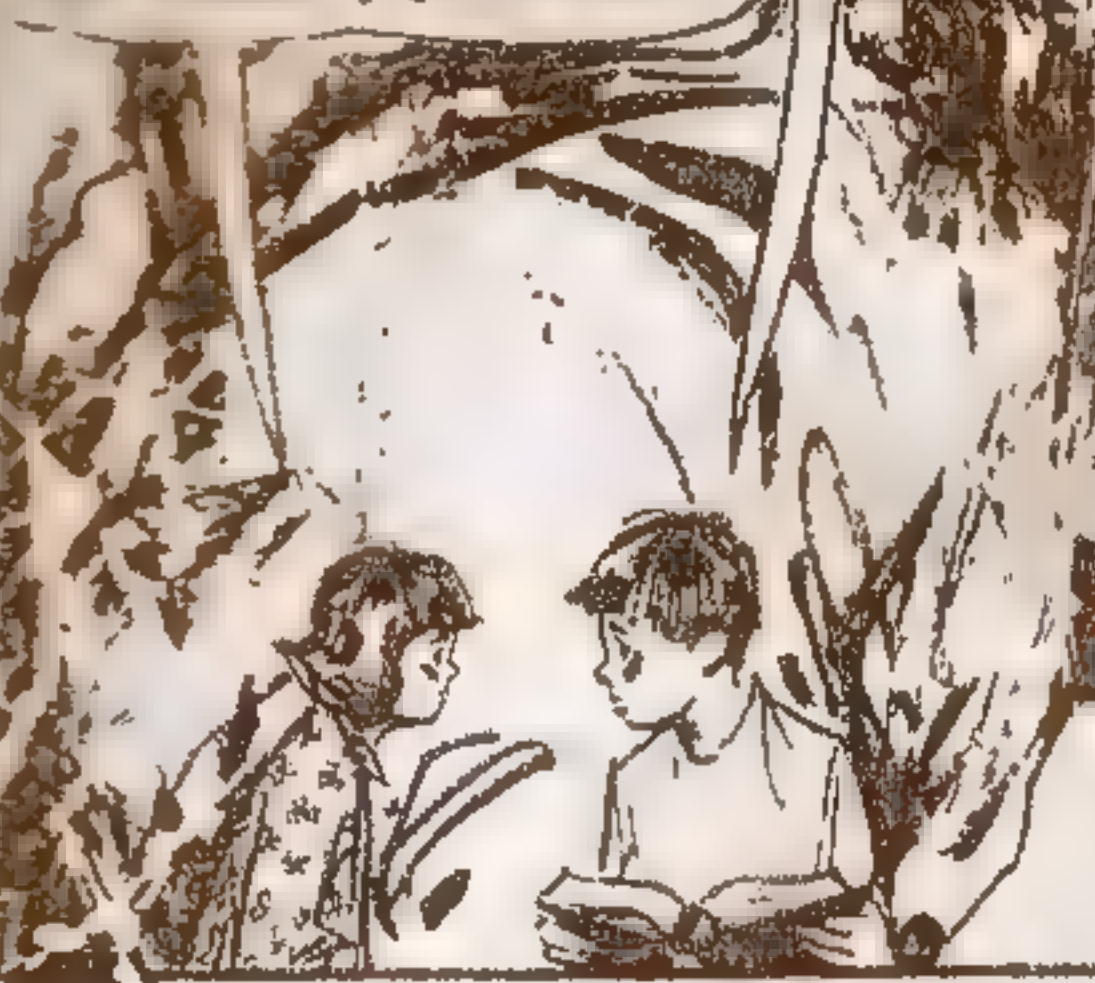
...magia... **FANTASMA**... Vision qu...
Imagen impresa en la fanta...
persona entonada y pro...

¿Qué dice? ¿Qué dice de los fantasmas? Es difícil de leer... VI... SION... QUI... ME... RI... CA... No sé...



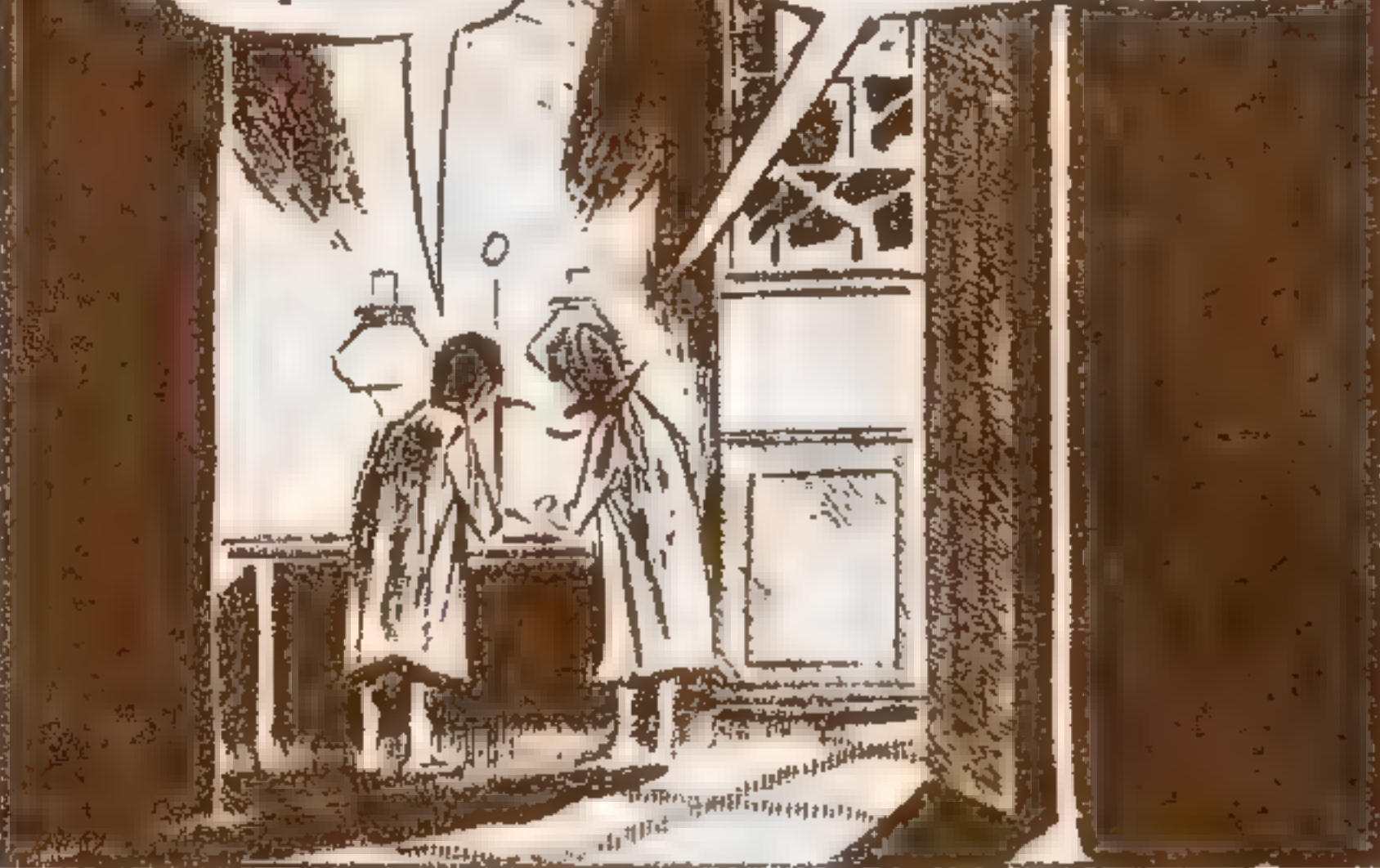
Visión... es algo que se ve. ¿Sabés? ¿Quiere decir, que hay fantasmas!

¿Qué más? ¿Qué más...!



No entiendo muy bien... ¡Asustar a la gente! Aquí dice...

Tengo miedo... ¿Y si nos oye papá? ¡Vamos...!

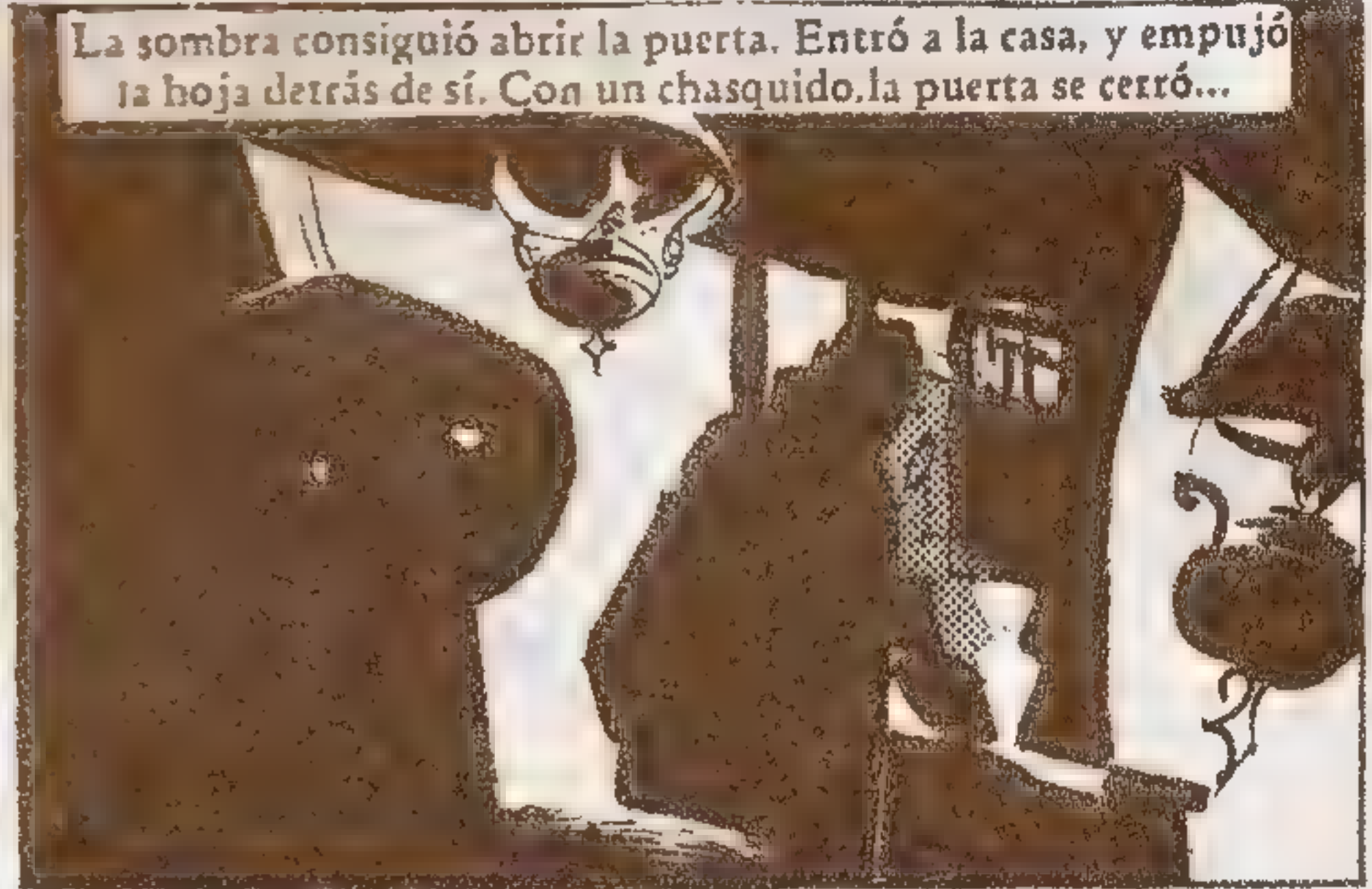
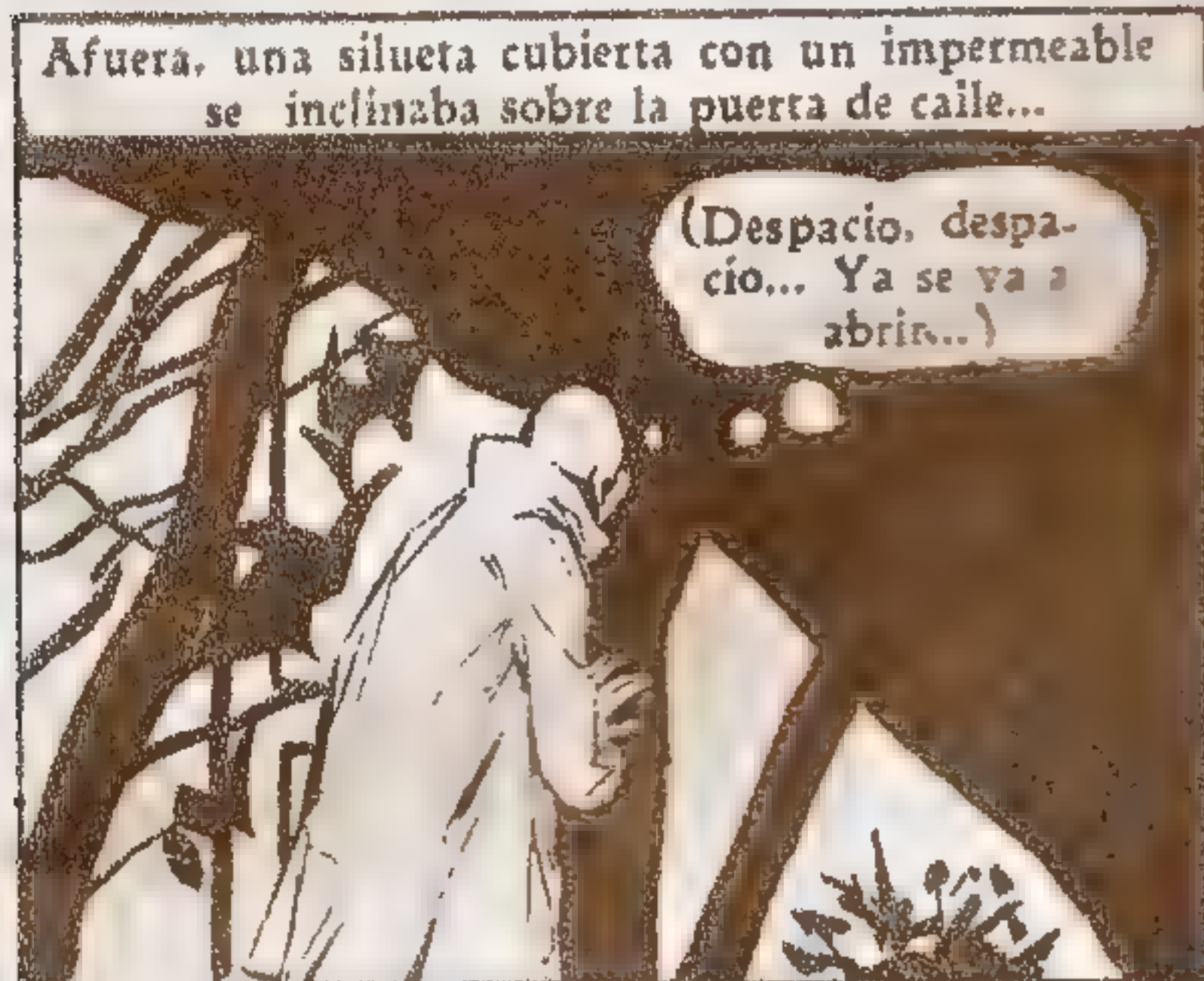
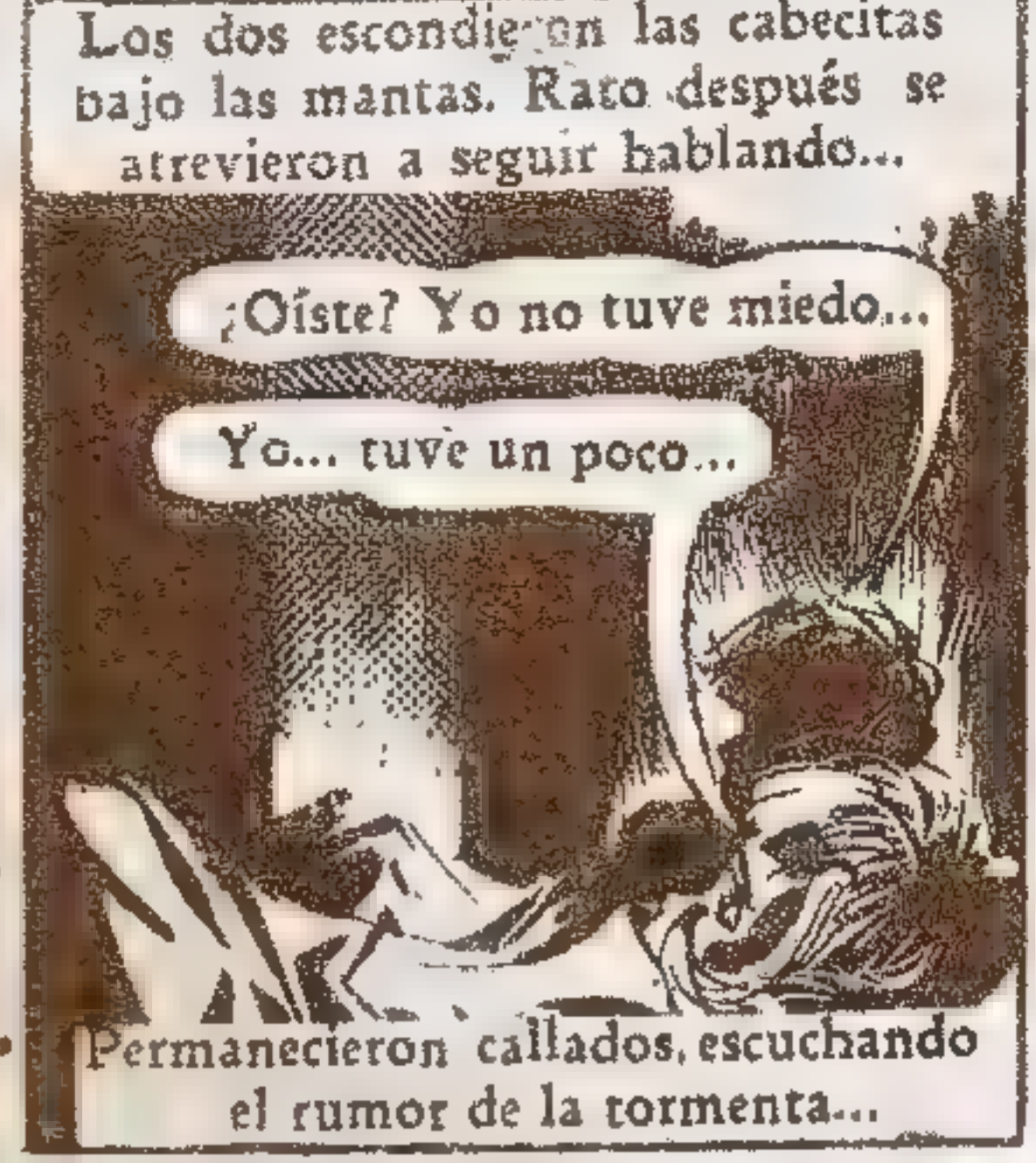


Guardaron el libro, apagaron la luz, y subieron rápida y silenciosamente a su cuarto. Se acercaba la tormenta: los relámpagos iluminaban casi continuamente la habitación. Y se metieron los dos en sus camitas...

¿Viste? Hay fantasmas... En el diccionario estaba.

Sí... Y papá dice que el diccionario no miente nunca.





(Los truenos me protegen... No han oído el ruido...)



Un relámpago iluminó la noche, y el hombre vio delante de él la escalera.



En la habitación de los chicos, silencio tenso. De pronto, quebrándolo, el chasquido del primer escalón, que ellos conocían tan bien.



¡Ya sube! El fantasma...



¡Vamos a verlo!



Un escalón, otro... El hombre quería evitar otros chasquidos como el que se había producido al principio, y tanteaba con los zapatos cada escalón, antes de volcar su peso sobre el pie.



Tomados de la mano, los chicos salieron del dormitorio. Se atrevieron a acercarse a la escalera. Fantasmagóricamente iluminada por los relámpagos, una silueta blanca subía lentamente.



¡Allá está! Sube despacito...



Tengo miedo... ¡Nos va a agarrar!

El murmullo llegó a oídos del hombre, que saltó a un costado, trepando siempre...

Retrocedieron los chicos. El hombre llegaba ya al pasillo, pisaba la alfombra que lo cubría...

Tengo miedo... Tengo miedo...

¡Que no nos agarre! Tirá fuerte de la alfombra...

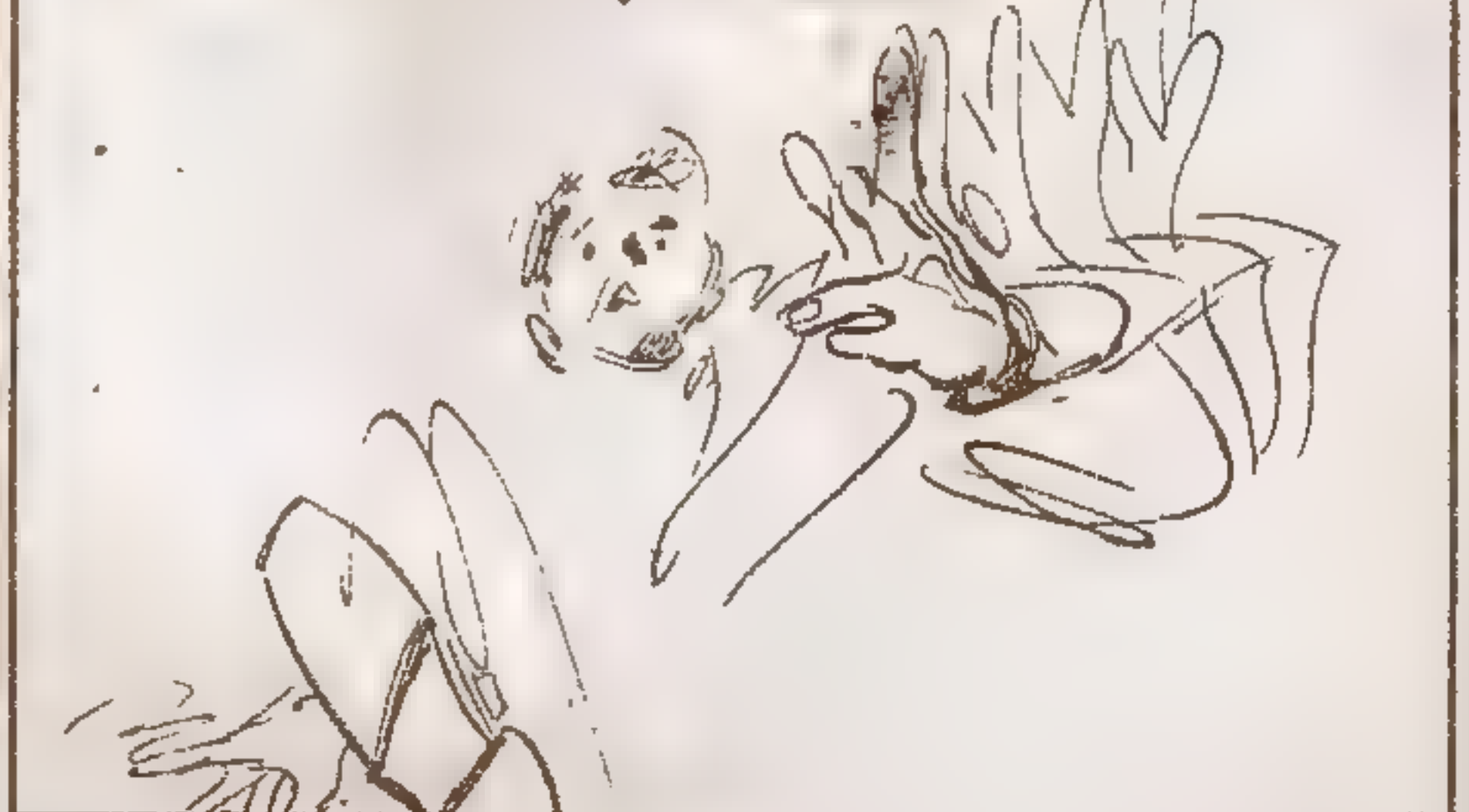


¡Ahora! ¡Fuerza!



El miedo les hizo aferrar la alfombra, y tirar de ella con violencia tremenda.

Trastabillaron hacia atrás, sin soltar la alfombra, y vieron un desesperado manoteo al borde de la escalera. Cerraron los ojos un instante...



...pero el estrépito de un cuerpo, rodando escalera abajo, los obligó a abrirlos, para ver cómo un hombre se estrellaba contra el piso del vestíbulo...



En ese instante, en la comisaría, un oficial arrojaba las piernas. Y en un bostezo hablaba al sargento:

Noche de perros, ¿eh? Con viento del este...
"llovía como peste."



Espero que a nadie se le ocurra "trabajar" esta noche...

No se haga ilusiones, sargento. ¿Recuerda la circular que pasaron de Central el otro día...?



¿Aquel que trabaja de noche y solo? Sí..., creo que van seis asaltos, y nadie lo ha visto... Ni que fuera un fantasma... Fantasma o no, ya caerá...



¿Qué fue ese ruido?
¿Qué pasa...?



¿Qué pasa? ¿Los chicos...?



¡No sé! ¡Aquí hay alguien...!

¿Quién es? ¡Espera que encuentre el revólver...!



¡Cayó por la escalera! ¡ESTA MUERTO!



Muerto, no; pero me faltó poco.



¡¡FANTASMA!!



FIN

Lucas



IRIS AMARILLOS

por AGATHA CHRISTIE

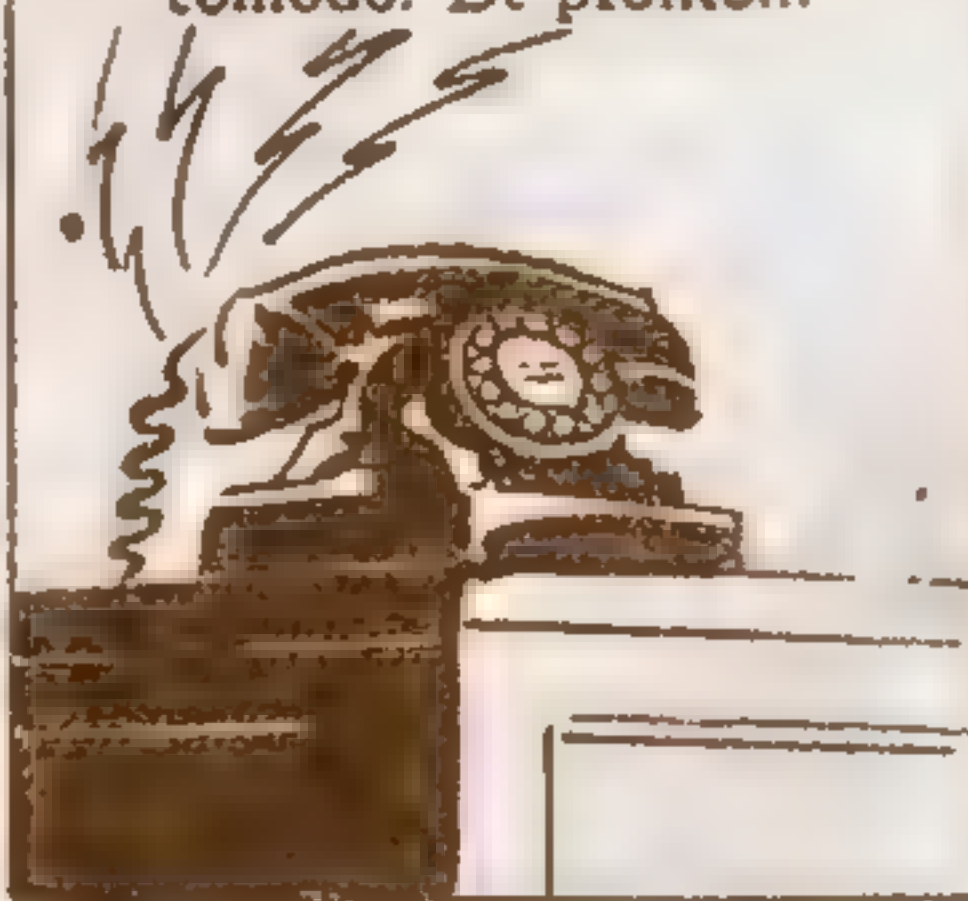
ADAPTACIÓN — DIBUJOS DE FERNAND

Hércules Poirot estiró voluptuosamente los pies, hasta rozar los barrotes de la estufa eléctrica...

(Es hermoso. Un fuego ordenado, geométrico. No ese desorden de la estufa a leña...).



Filosofaba sobre su propia estética, basada en la regularidad y el método, con la que se avenía mejor la estufa eléctrica que la de carbón, y se sentía feliz, cómodo. De pronto...



Suspiró. ¡Si al menos se tratara de algún asesinato interesante! Se levantó, sin prisa...

¡Allo! ¡Hércules Poirot, al teléfono!



Una voz de mujer, áspera, que hablaba con urgencia desesperada, respondió del otro lado...

¡Señor Poirot! ¿Puede venir en seguida? Estoy en peligro... Un gran peligro... Lo sé...

¿Quién es usted? ¿Desde dónde habla?



La voz se oyó aún más débil, pero con mayor urgencia...

En seguida... es cuestión de vida o muerte... El *Jardin Des Cygnes*... La mesa de los iris amarillos..., en seguida...



Se hizo un silencio, y la línea se cortó. Poirot quedó un momento perplejo. Luego depositó el auricular sobre la horquilla...

(Aquí hay algo extraño... Muy extraño...).



Poco después, bajaba de un taxi, ante el restaurante *Jardin des Cygnes*. El dueño del local, el obeso Luigi, fue hacia él al verlo entrar...

¡Monsieur Poirot! ¡Buona sera, buona sera! ¿Quire usted una mesa? ¿Sí?



Poirot dijo que estaba buscando a unos amigos. En un rincón del salón, aislada de las demás mesas...



¡Ah! He aquí una mesa con iris amarillos. En todas las demás, hay rosas, tulipanes... ¿Por qué allí hay iris amarillos, amigo Luigi?



Luigi miró el sitio que señalaba Poirot. En efecto, allí se veía una mesa adornada con esas flores, en la cual un joven parecía muy aburrido...

Una orden, Monsieur. Esa mesa es del señor Russell. Un americano muy rico. El y sus invitados están bailando ahora... Excepto ese joven...



Poirot contestó con unos monosílabos y se dirigió hacia la mesa. Conocía a ese joven, Tony Chapell. Era imposible asociarlo con ninguna idea de drama o tragedia. Se acercó...



¡Hola! ¿No es mi amigo Anthony Chapell?

El joven se volvió vivamente..

¡Oh! ¡Qué sorpresa más estupenda! ¡Poirot! ¡El sabueso Poirot! ¡Siéntese, querido amigo! Venga. ¡Habla-remos sobre el crimen! Bebamos...



Se levantó, acercando una silla, y buscando en seguida la botella de champagne. Sirvió dos copas...

¿Qué hace usted aquí, querido Poirot? ¿No podemos ofrecerle ningún cadáver!



Bien bien, me pasaré sin ellos. Parece usted muy alegre.

Poirot tomó su copa y bebió—¿Alegre? —exclamó Tony, alzando la suya— ¡Hundido en la desgracia!

¡Sumido en la melancolía! Dígame: ¿Conoce la letra de esa canción que están tocando?



¿Es algo relacionado con un tipo al que una chica lo abandona?

—No —dijo Tony—. La canción dice que no hay nada como el amor para sentirse desgraciado.

Paulina y yo tuvimos unas palabras. Es decir, ella tuvo noventa y cinco, y yo cinco, que fueron: "Pero, querida, yo te explicaré"...



¿Paulina?

--Paulina Weatherby —explicó Tony—, la cuñada de Barton Russell. Es joven, encantadora y repugnantemente rica. Esta noche nos invitó a cenar el Barón Russell. Un gran hombre de negocios, un americano muy pulido, y con mucha personalidad. Su mujer era hermana de Paulina.



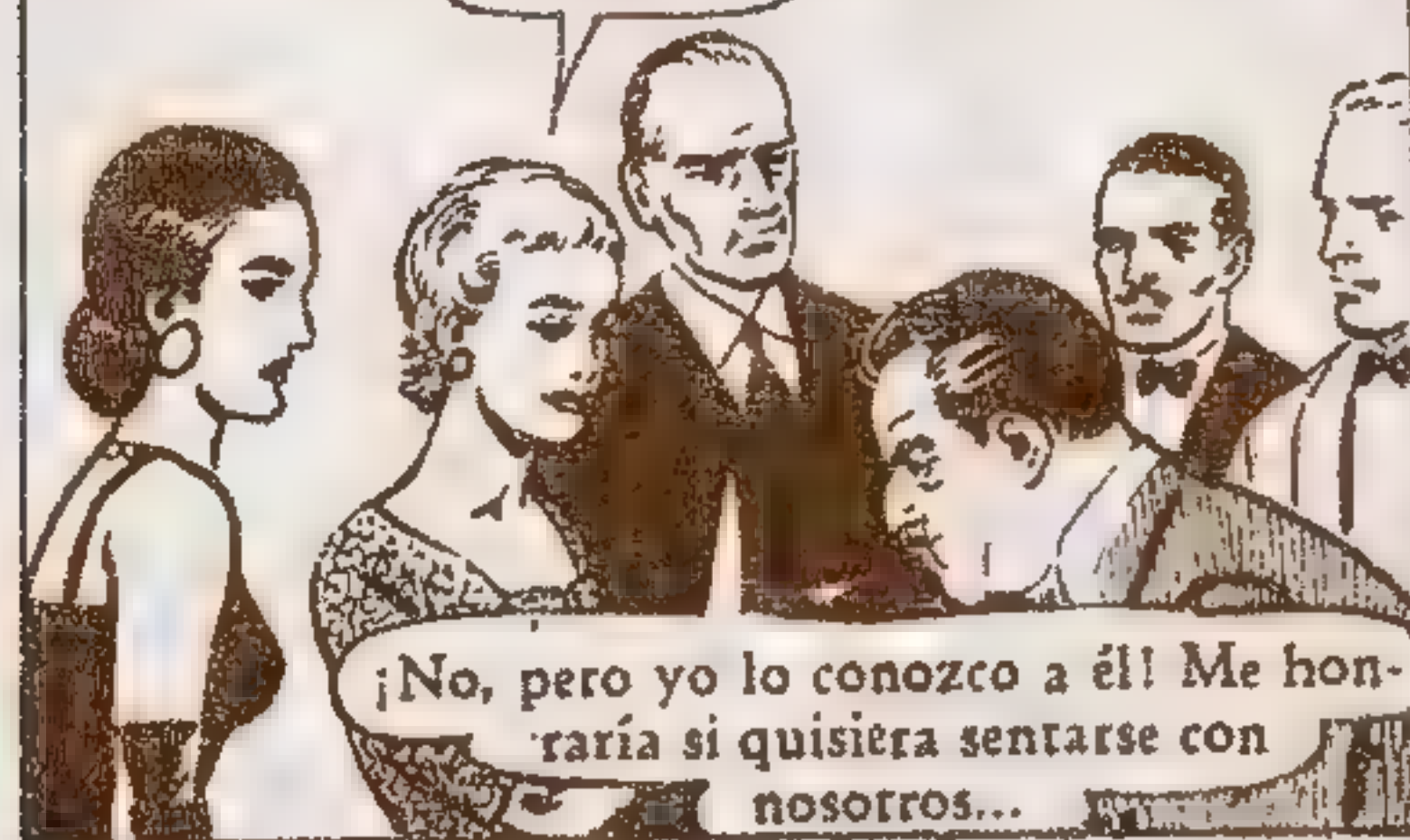
Tony aclaró que los otros invitados eran: la bailarina Lola Valdez y Stephen Carter, diplomático.

Con él baila ahora Paulina. Un tipo misterioso, callado, enigmático... Pero mire: ahí vienen.



Poirot se puso de pie. Le presentaron a Lola Valdez, morena, y a Paulina, muy rubia...

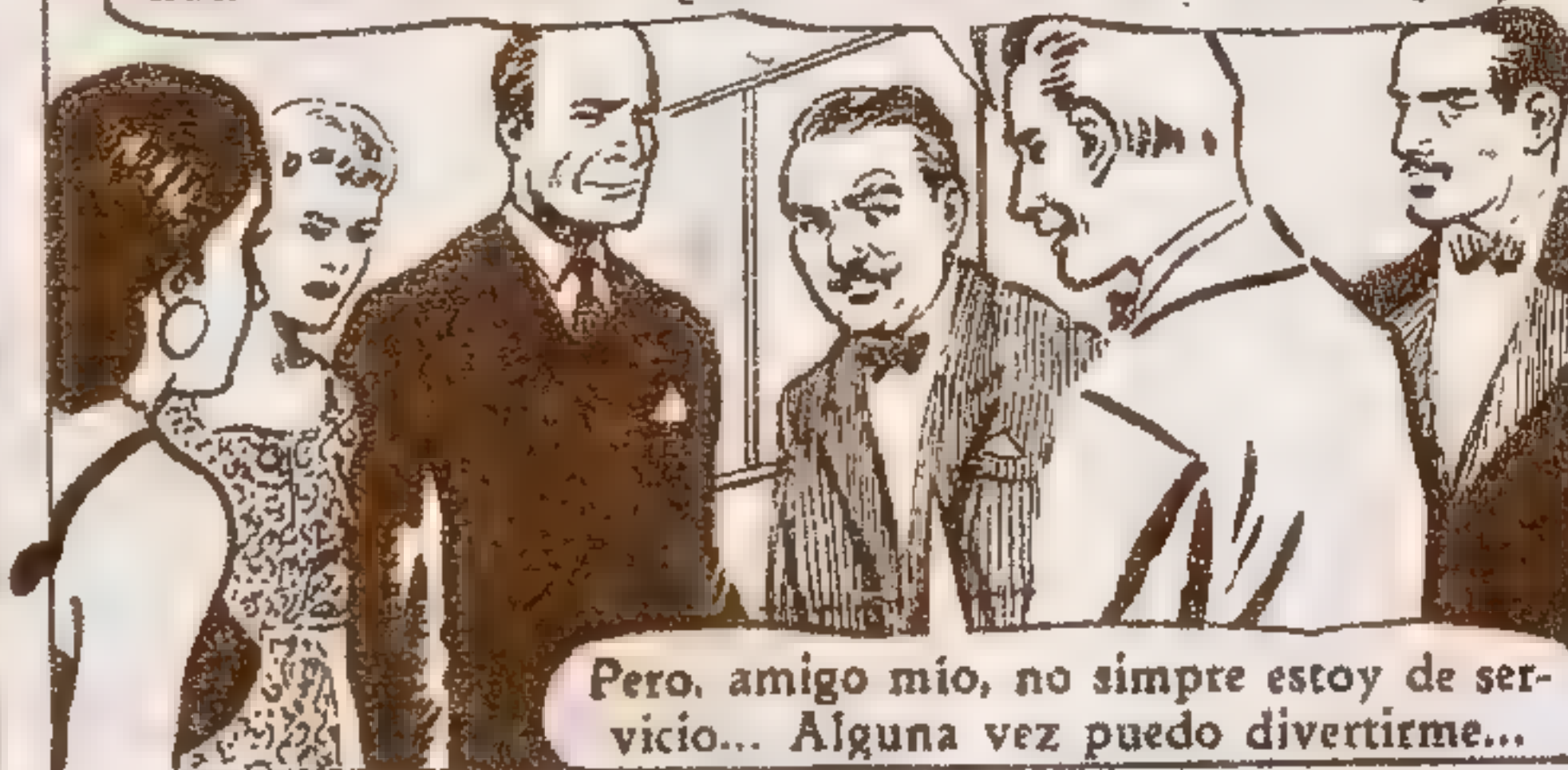
Señor Poirot: ¿Conoce a mi cuñado, el señor Russell?



¡No, pero yo lo conozco a él! Me honraría si quisiera sentarse con nosotros...

El barón Russell se mostró sumamente cortés, y Poirot iba a responder, cuando Tony empezó a hacerse el gracioso...

¡Quizá el señor Poirot tenga una cita con un cadáver! ¿O se trata del financiero fugitivo, o del rubí del Gran Rajá?



Pero, amigo mío, no siempre estoy de servicio... Alguna vez puedo divertirme...

Tony se dio vuelta hacia Carter, que no había hablado...

¿O acaso tiene una cita con Carter? ¿Han robado secretos que harán estallar la guerra...?



Paulina alzó el mentón. Y, con voz cortante...

¿Es necesario que hagas el idiota de ese modo, Tony?

No, no... No es necesario. Lo siento, Paulina.



Cabizbajo, Tony volvió a sumirse en el silencio. Poirot se sentó. Paulina estaba preguntándole si era verdad que descubría a los asesinos mediante deducciones semejantes a las de Sherlock Holmes. Poirot dijo que en la vida real no era tan fácil hacerlas, pero que, para seguir el juego, lo intentaría.



—Por ejemplo, deduzco que sus flores favoritas son los iris amarillos...

Se ha equivocado. Para mí lo son los lirios del valle y las rosas.

Fracasé. Probaré de nuevo. Esta noche, no hace mucho, telefoneó usted a alguien.



¡Esta vez acertó! ¿Cómo lo supo, señor Poirot?

Es un secreto. ¿El nombre de la persona a quién telefoneó... empezaba con H o con P?



Paulina, riendo, dijo que era falso, que le había hablado a su doncella. Tony la invitó a bailar, pero Paulina no aceptó. Barton Russell se levantó...

¡Pues a tu cuñado y tutor no podrás negarte. ¡Ven, bailemos!



Paulina y Russell se alejaron. Tony se sentó cabizbajo, y Carter pidió permiso para ir a saludar a alguien, a una mesa. Poirot se volvió hacia Lola Valdez...

¿Puedo preguntar cuáles son las flores preferidas por mademoiselle?

Los claveles rojos oscuros y las rosas del mismo tono.

¿Por qué quiere saberlo, señor Poirot?

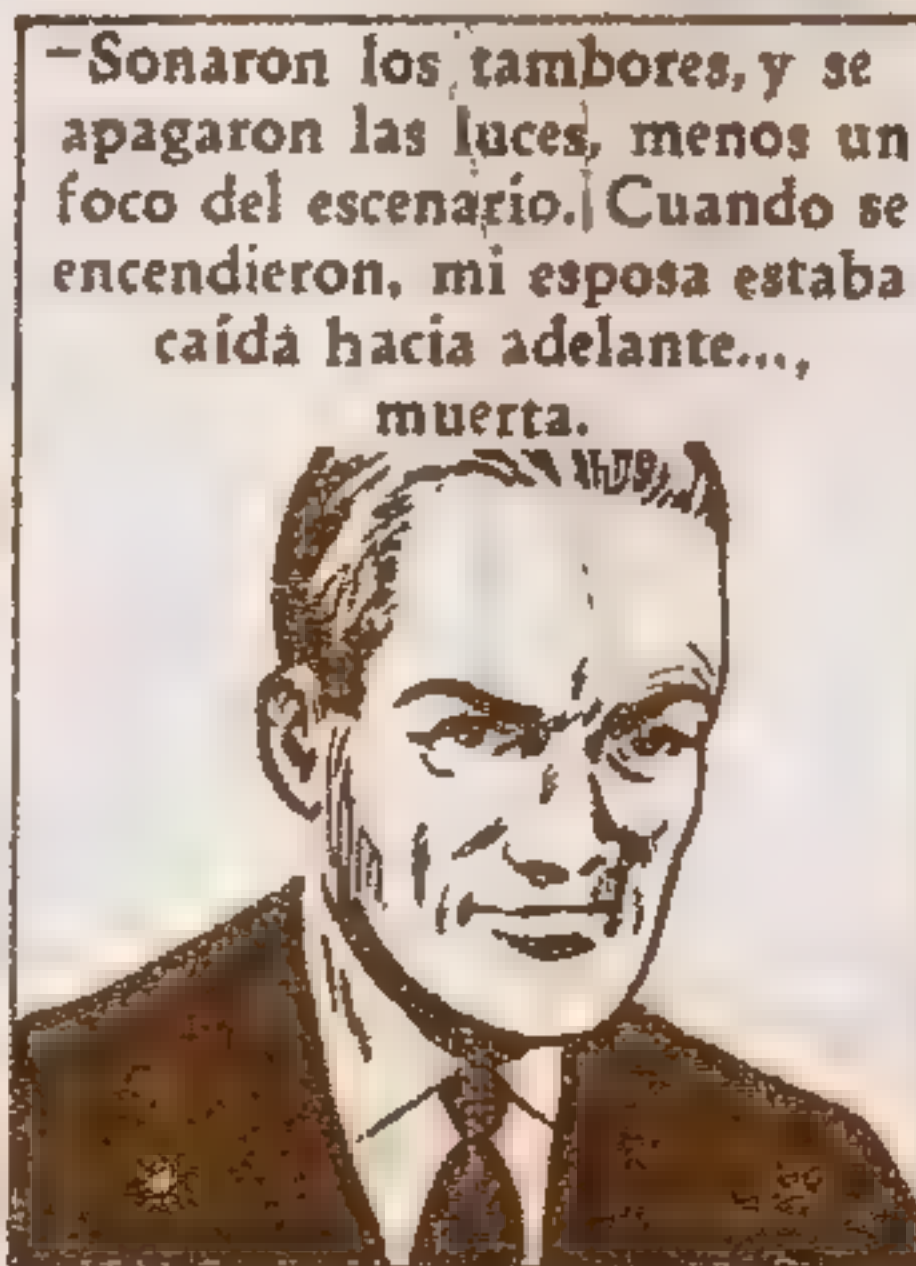
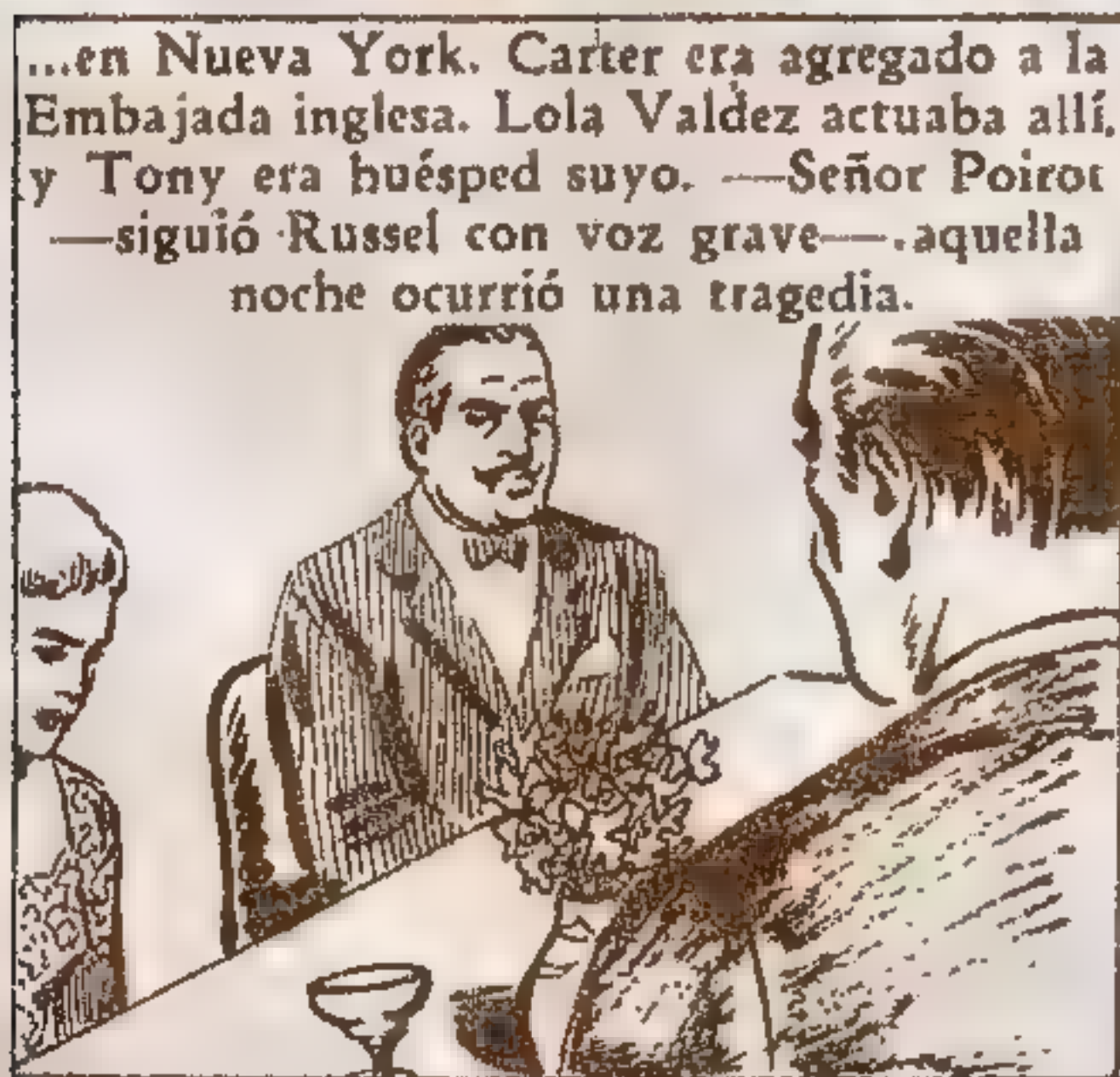
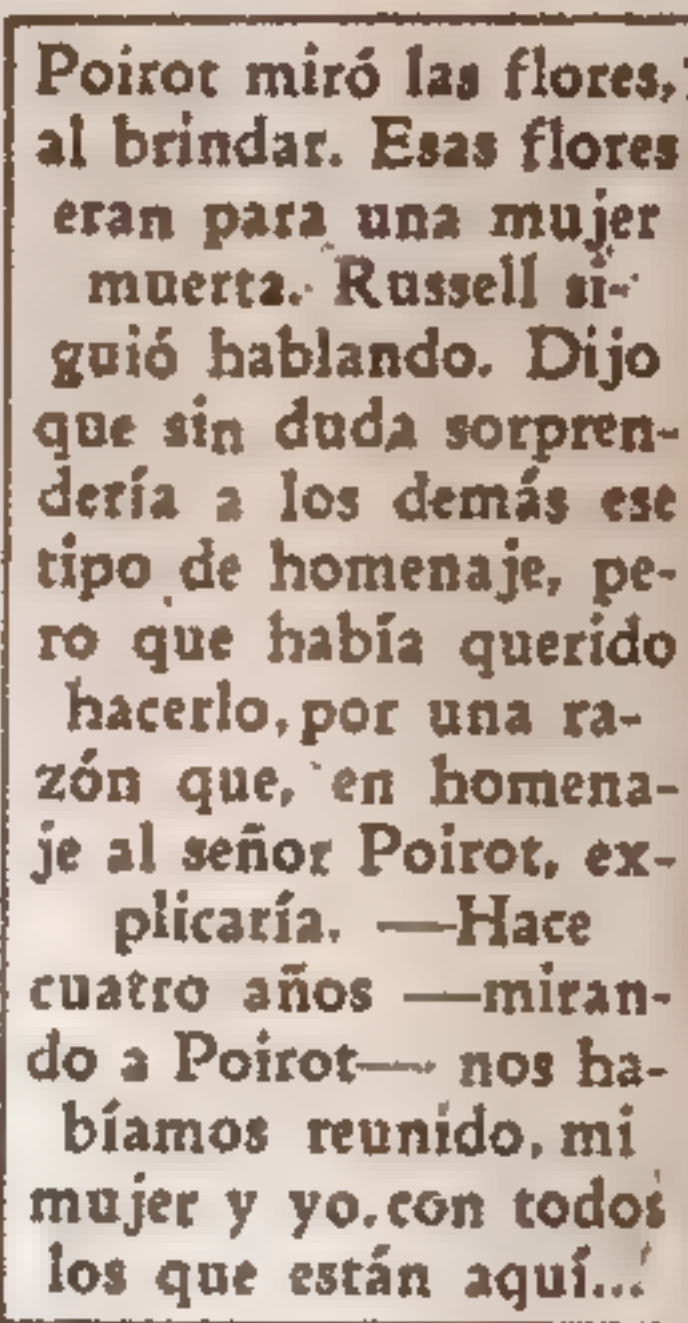
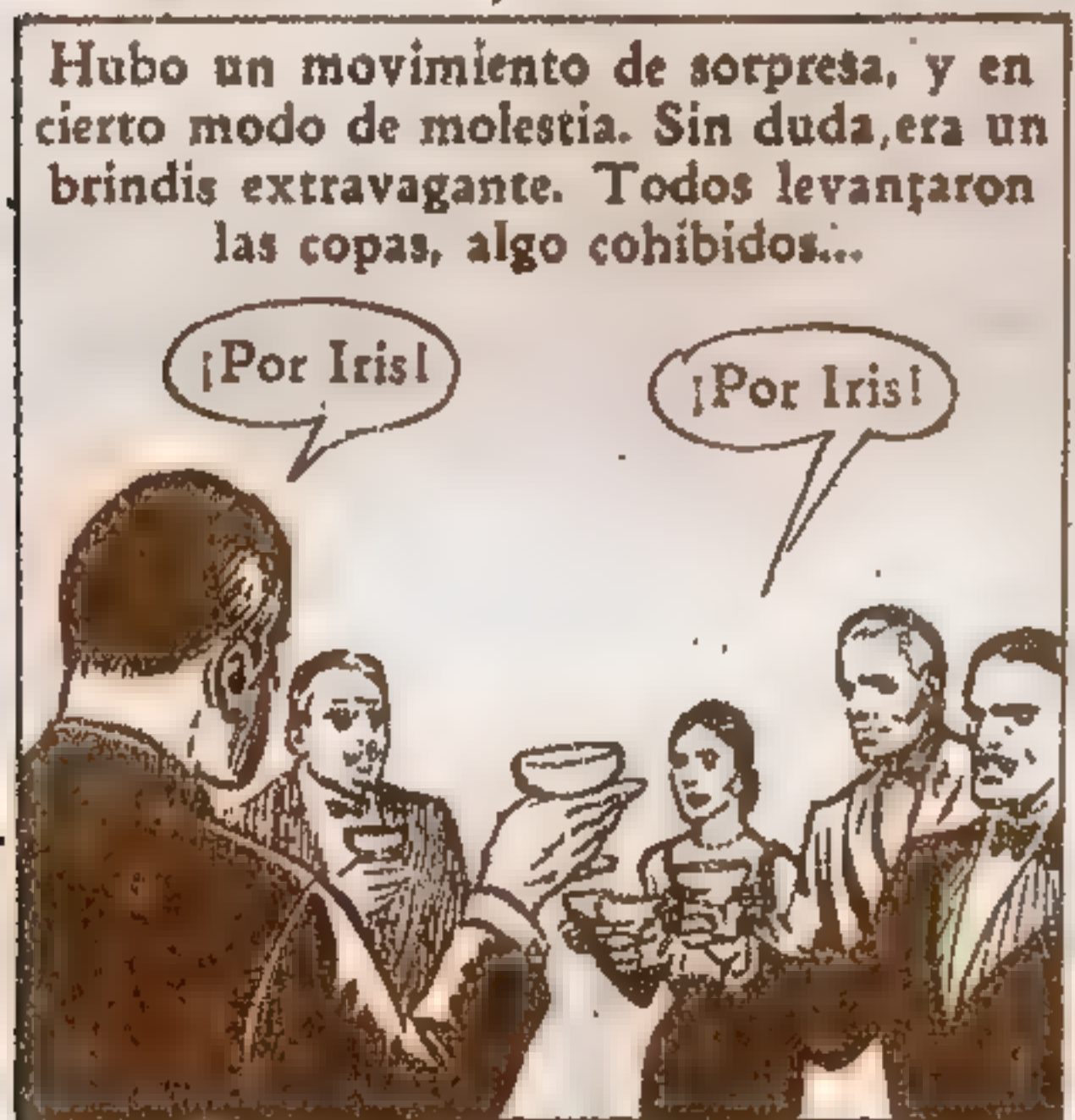
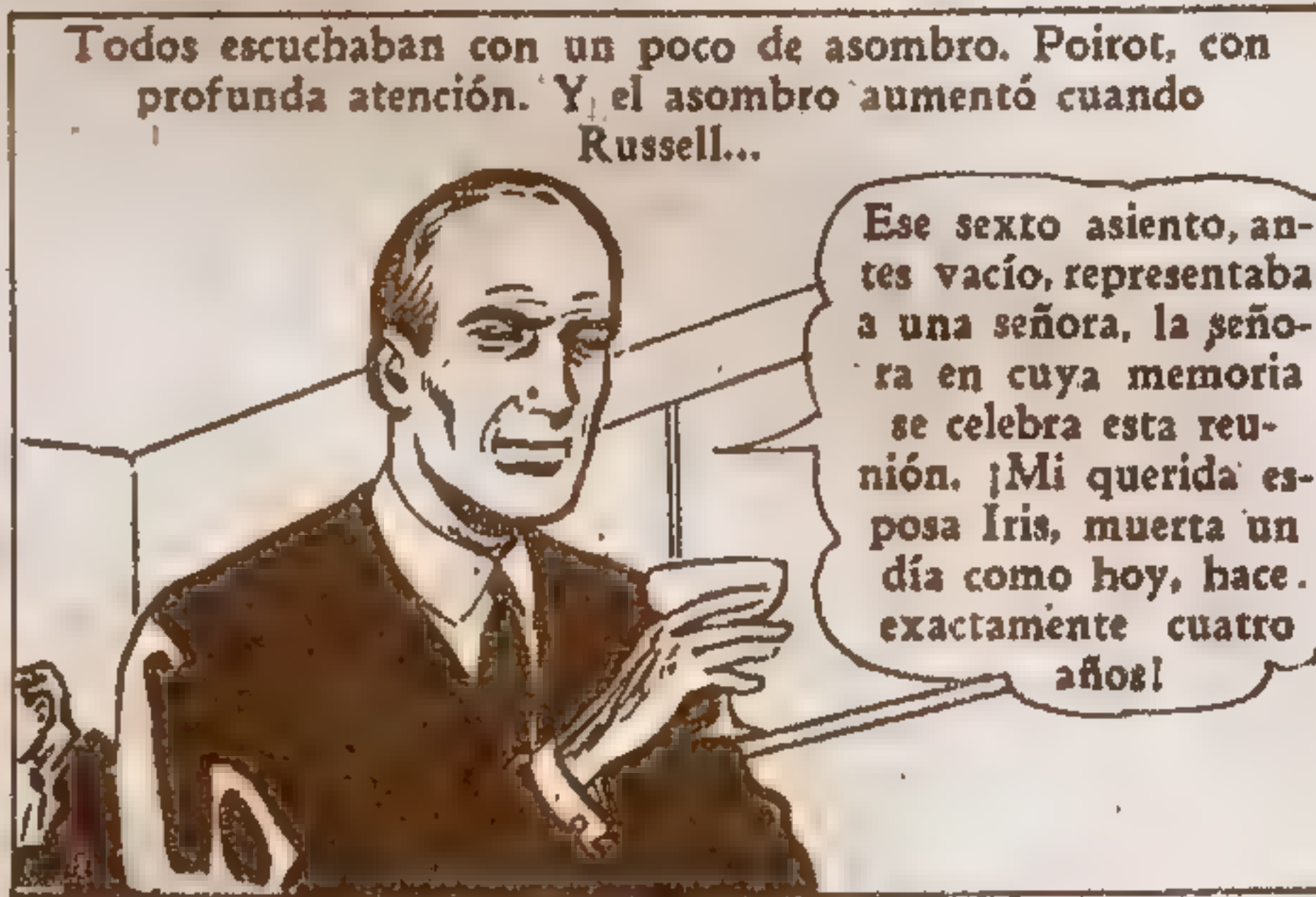
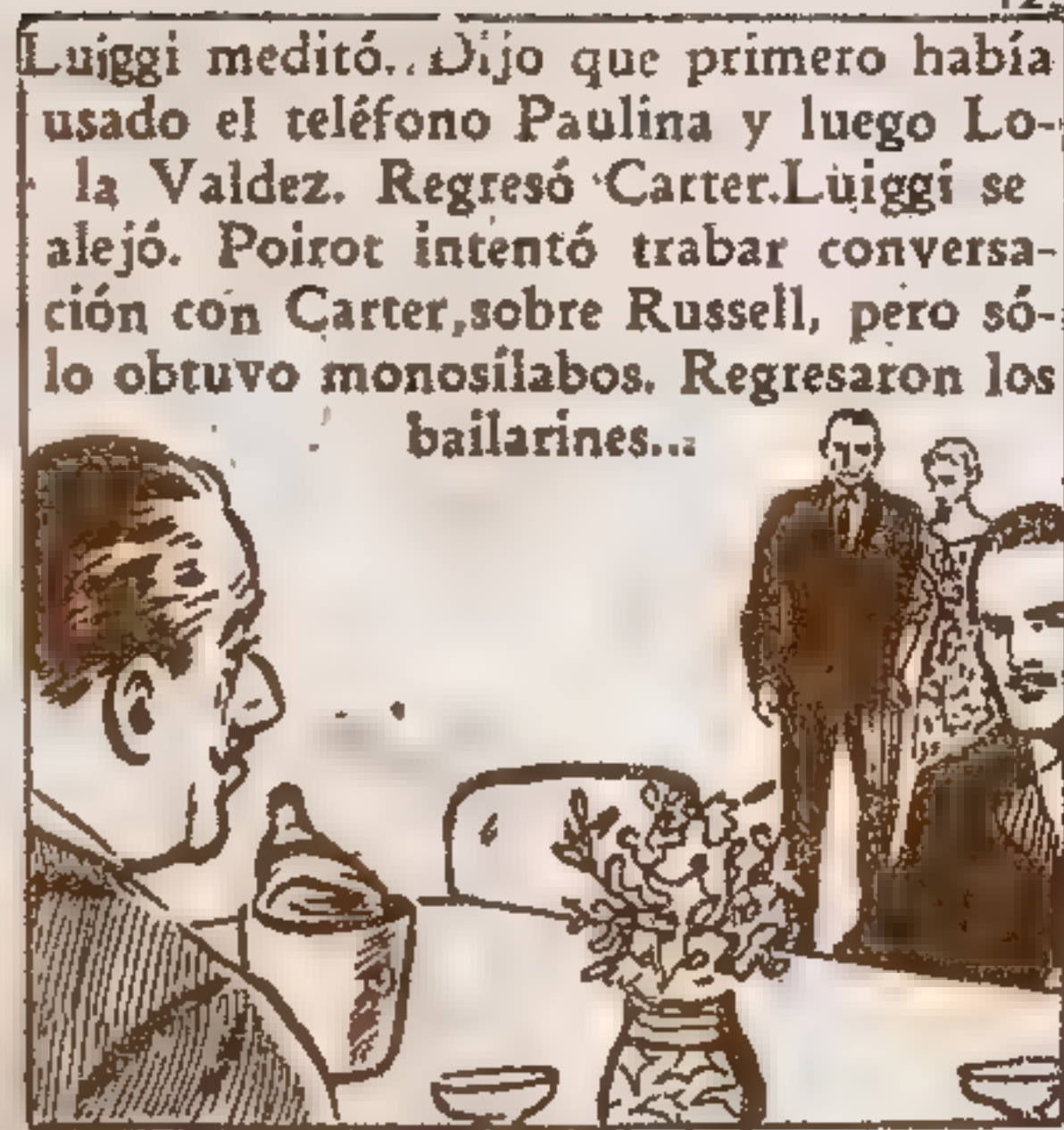
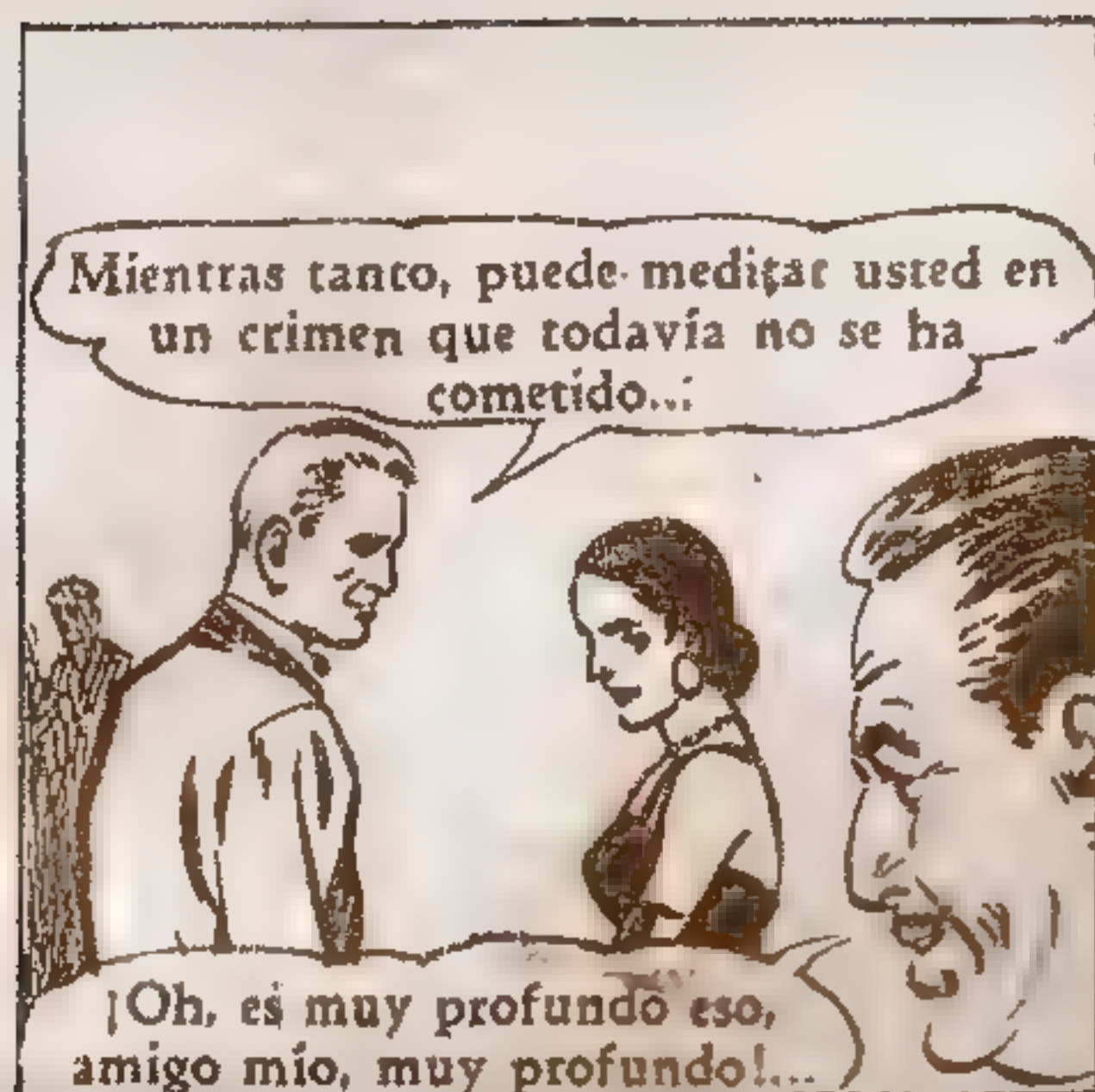


—Por puro afán de preguntar —Siguió Poirot—. ¿Telefoneó hoy a algún amigo? Lola Valdez lo miró, divertida...

¿Qué pregunta más curiosa! No, no telefoneé a ningún amigo. ¿Más preguntas...?

¡Basta de preguntas, Poirot! ¡Lola, vamos a bailar un poco!





—Ese fue el veredicto —repuso Russell. La policía encontró un motivo para esa decisión...

Pero yo no quedé satisfecho. Durante cuatro años he estado pensando, y no creo que Iris se haya suicidado...



Y con un ademán dramático, mirando a Poirot, sentenció...

Señor Poirot... ¡Yo creo que Iris fue asesinada!



Tony Chapell dio un salto en su asiento.

¡Un momento, señor! Yo...

¡Calla, Tony! ¡No he terminado! Uno de los que estaban aquí la mató. Creo saber quién fue. Y me propongo saber la verdad...

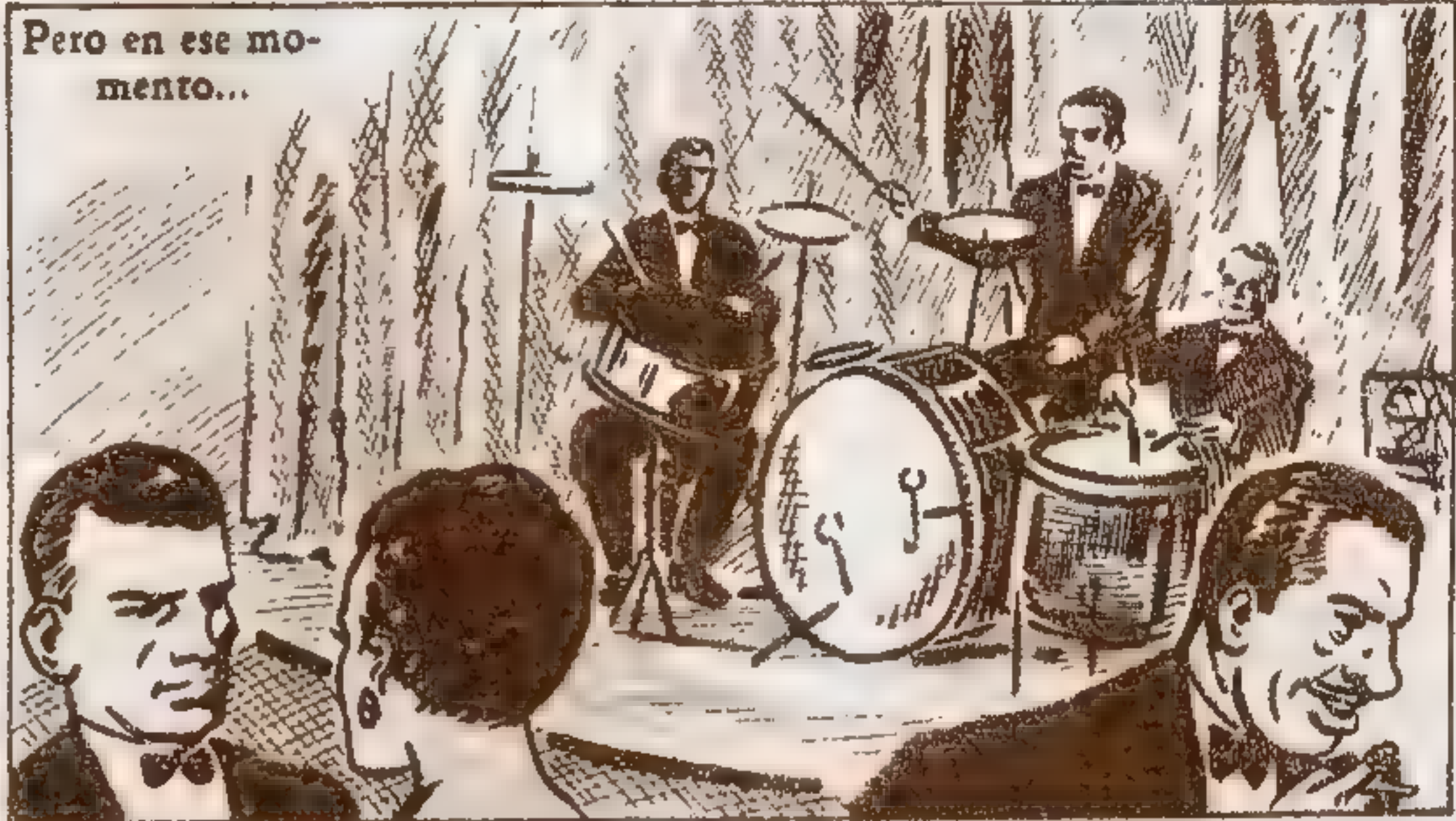


La voz de Lola Valdez se alzó, en una especie de grito agudo.

¡Usted está loco! ¿Quién iba a querer hacerle daño? ¡Usted está loco! ¡Yo me voy!...



Pero en ese momento...



El redoble del tambor cortó las palabras de Lola Valdez. Russell se levantó...

Tengo que ir a hablar con los músicos. He hecho un trato con ellos, un pequeño trato. Luego continuaremos con esto.



Se alejó. Carter alzó la cabeza...

Esto es extraordinario. Está loco.

Loco, sí. No hay duda alguna.



Paulina estaba pálida. Se estrujó las manos...

¡Dios mío! ¡Dios mío!



Poirot se inclinó hacia ella. En un susurro...

¿Qué ocurre, Mademoiselle?

¡Es igual que aquella noche! ¡Es horrible!



Desde una mesa vecina, alguien chistó. Poirot bajó aún más la voz...

Escuche bien. Le diré algo al oído. Ponga atención...



Y deslizó unas frases. Luego, le dio unas palmaditas.

Confíe en papá Poirot. Todo irá bien.



En ese instante, la orquesta arrancó con una melodía. Lola lanzó una exclamación...

¡Escuchen! ¡Es la misma que tocaron aquella noche! ¡Barton debe de haber organizado esto!



Las luces se apagaron. Sólo un foco iluminaba el escenario. Volvieron las miradas hacia allí...

Me olvidé de ti, ya no pienso en ti...



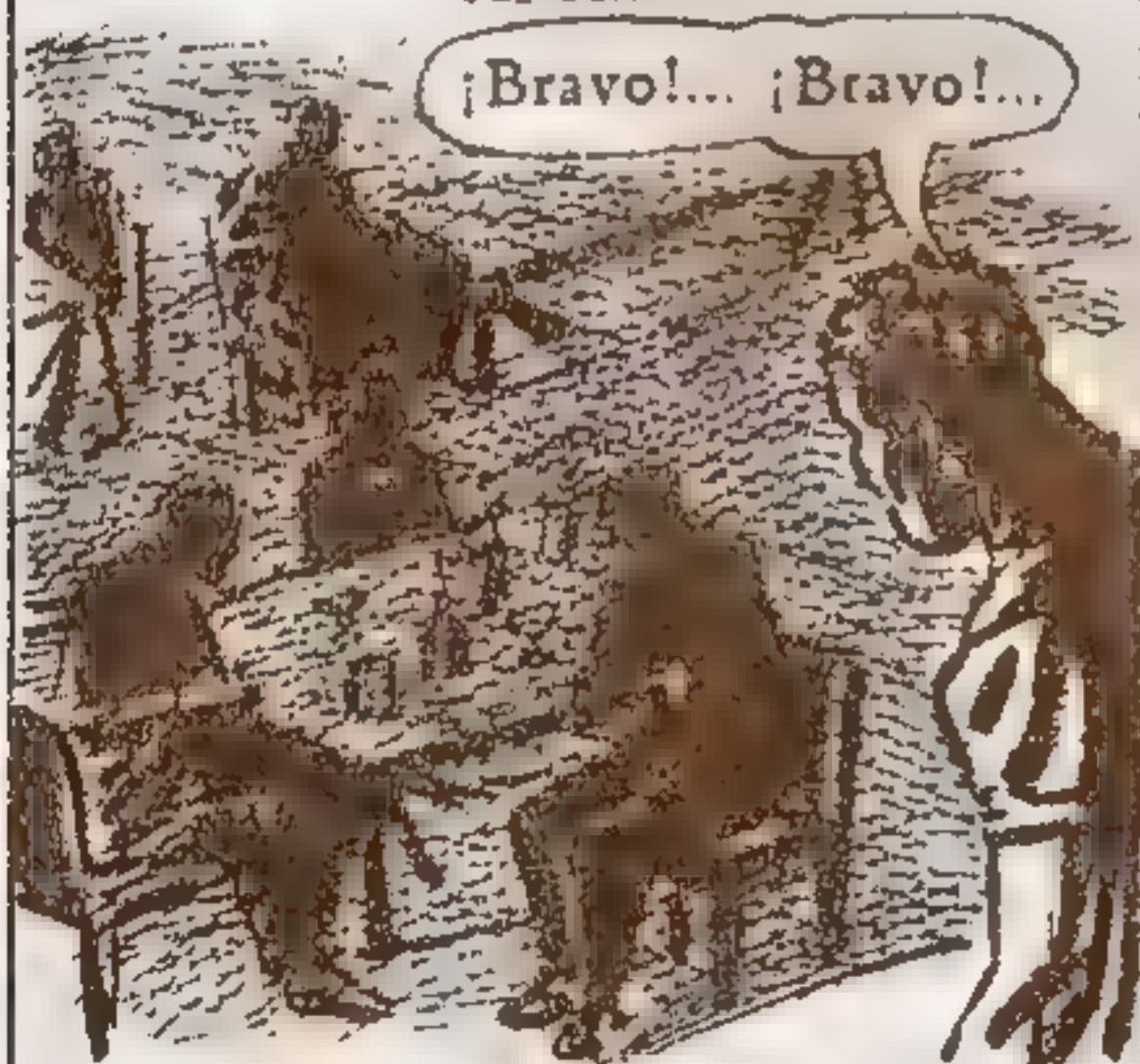
La joven negra cantaba con una emoción sabia, honda. Todos tenían la vista fija en ella, como hipnotizados... Un camarero pasó junto a ellos, sirviendo champagne...

Champagne... Champagne...



Nadie prestaba atención a otra cosa que al canto. El camarero se alejó. Al fin...

¡Bravo!... ¡Bravo!...



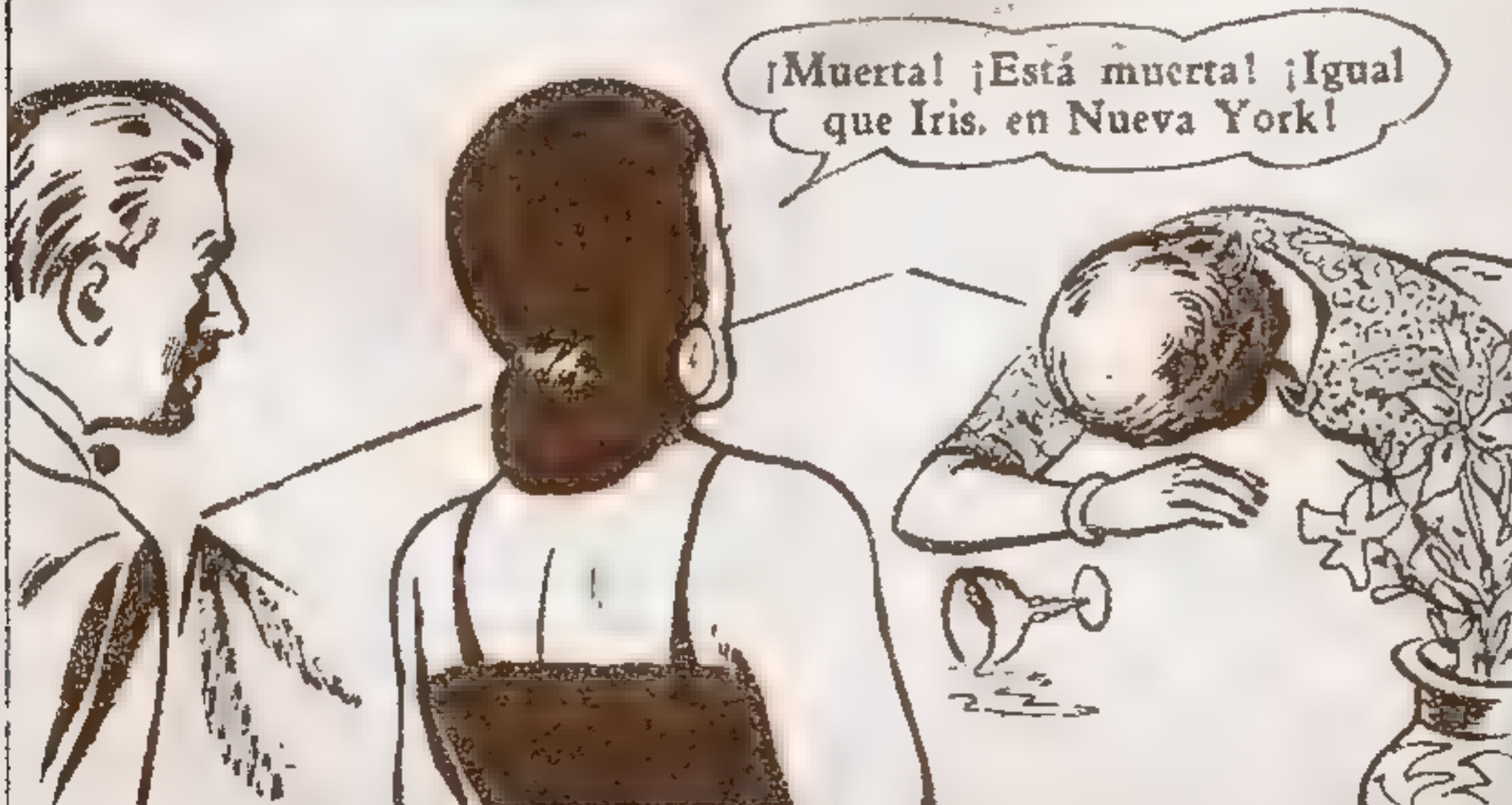
Russell volvió a su asiento y se encendieron las luces. Tony fue a hablar, pero un grito de Lola lo atajó...

¡Miren! ¡Miren!



Miraron hacia donde señalaba Lola. En la mesa...

¡Muerta! ¡Está muerta! ¡Igual que Iris, en Nueva York!



Poirot se puso de pie de un salto, apartando a los demás. Se inclinó y tomó una mano de Paulina. Luego...

Sí. Está muerta. ¡Ah, pero esta vez el asesino no se escapará!



Barton Russell se puso de pie. Estaba demudado.

Igual que Iris... Había visto algo. Paulina había visto algo aquella noche. Pero me dijo que no estaba segura. ¡Tenemos que llamar a la policía! Dios mío, mi pequeña Paulina...



Poirot estaba examinando la copa en que había bebido Paulina. —Sí —dijo—. Hay olor a cianuro...

El mismo método, el mismo veneno... Vamos a examinar su bolso...

¿No pretenderá que se ha suicidado?



Poirot examinaba el bolso. Lo dejó...

No. Aquí no hay nada. El asesino no ha podido aún desprenderse del veneno, y debe tenerlo todavía encima.

¿El asesino? ¡O la asesina!



Carter clavó su mirada en Lola Valdez. Esta saltó...

¿Qué quiere decir usted? ¿Que yo la maté? ¡Usted está loco!



En Nueva York se encaprichó usted con Russell. Las bellezas argentinas tienen fama de celosas.

Lola Valdez se puso roja. Dijo que eso era una infame calumnia, y que además ella era peruana, no argentina.

Si alzan la voz, todo le mundo advertirá lo que está pasando aquí, y se armará un revuelo...

Eso es. Hay que llamar a la policía y registrar a todo el mundo.



Poirot volvió a sentarse. Suspiró...

No. No es necesario.

¿Qué quiere decir con eso de que no es necesario?



Y Poirot, con el aspecto más imponente posible... —Porque yo, Hercule Poirot, lo sé todo. Veo con los ojos de la inteligencia...



Y girando hacia Carter...

¡Señor Carter! ¿Tiene la bondad de mostrarnos el paquetito que tiene en el bolsillo superior del saco?



Carter se movió como si lo hubiera picado una avispa.

¡Yo no tengo nada en el bolsillo! ¿Qué diablos?

Tony, amigo mío, si hace usted el favor...



Tony obró rápidamente, y arrebató a Carter el paquetito del bolsillo. Este gritó, pero Tony...



¡Aquí lo tiene, señor Poirot! ¡Tal como usted dijo!

Carter estaba pálido. Mientras, Poirot examinaba el paquetito.

¡Todo esto es una maldita calumnia!...

Cianuro potásico. El caso está liquidado.



Barton Russell pronunció una especie de rugido. Luego, con voz ronca...

¡Carter! Siempre lo sospeché. ¡Iris estaba enamorada de usted! Usted no quería que un escándalo perjudicara su carrera diplomática y la envenenó...



Y poniéndose de pie...

¡Le ahorcarán por esto! ¡Perro cochino!



Carter fue a reaccionar, pero Poirot, levantándose, elevó su voz autoritaria y firme.

¡Silencio! Todavía no he terminado con esto. Mi amigo Tony Chappell me dijo cuando llegué a este lugar que yo había venido buscando un crimen...



—Eso, en parte, era cierto. Estaba pensando en un crimen.

Había venido a evitarlo..., y lo evité. El asesino lo tenía bien planeado, pero le tomé la delantera.



El gesto solemne de Poirot habría sido ridículo en otras circunstancias, y en otro sujeto. Luego de una pausa...

Pensé de prisa, di rápidas instrucciones a Mademoiselle, y avisé a Tony, para que no se asustara...



Y, ante la estupefacción de todos, se inclinó hacia Paulina...

Fue usted muy lista e inteligente. ¿Tiene la bondad de demostrarnos que no está muerta?



Paulina se enderezó. Estaba trémula, y pálida. Tony saltó de la mesa...

¡Paulina, por fin!...

¡Dios santo!



Barton Russell parecía aterrado. Balbuceó...

No comprendo...

Yo lo ayudaré a comprender, señor Russell. Su plan ha fracasado.



—¿Mi plan?... repitió Russell.
—Sí, su plan. De los presentes, ¿quién tenía una coartada, mientras las luces estuvieron apagadas? Usted, que no estuvo en la mesa. Pero volvió al amparo de la oscuridad, asumiendo el papel de camarero.



—Nadie se fijó. Pudo deslizarse el veneno en la copa de Paulina y colocar el paquetito en el bolsillo del saco de Carter...

¡Ese fue el verdadero motivo de esta cena! ¡Cometer un asesinato y mandar a la horca a un inocente!

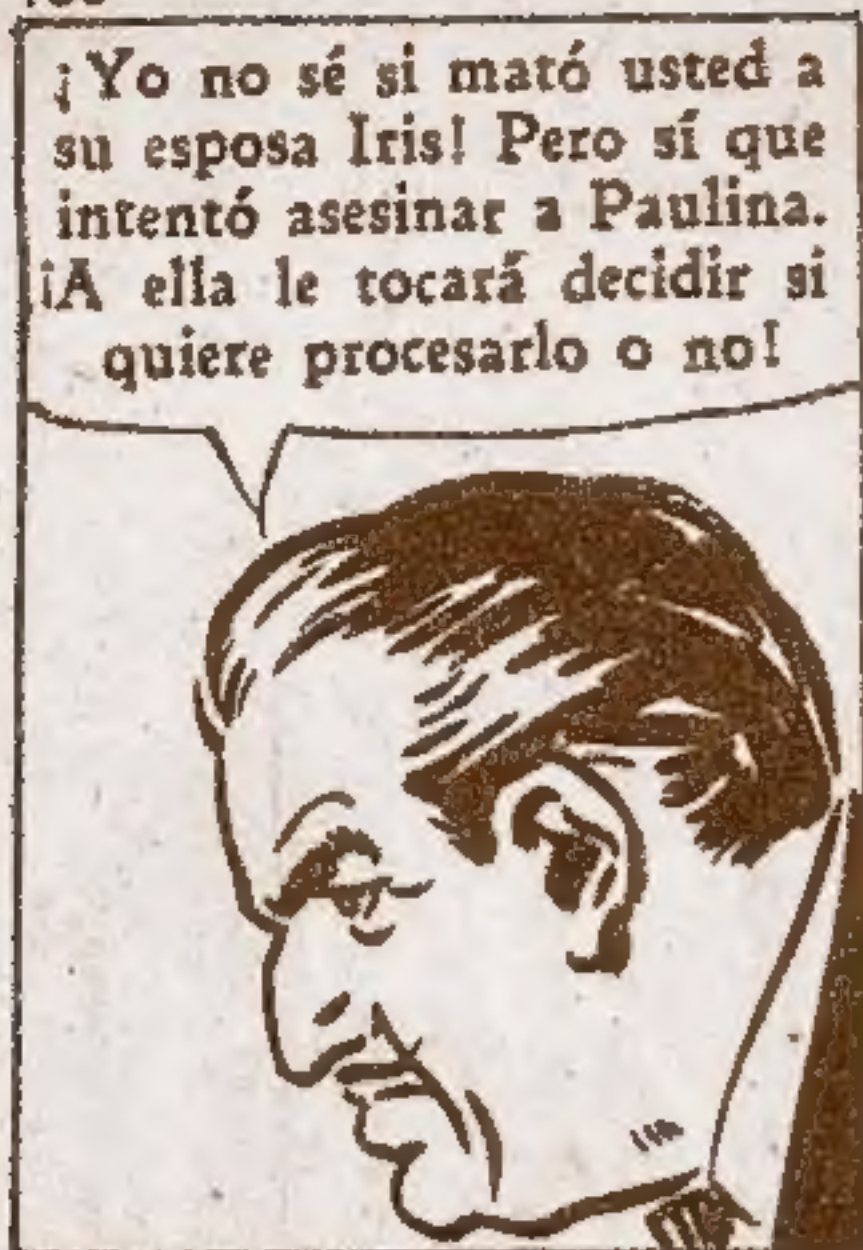
¡Es absurdo! ¿Por qué iba a querer matar a Paulina?



—Usted—dijo Poirot— fue nombrado por su esposa tutor de Paulina. Ella tiene veinte años.

A los veintiuno, o en caso de contraer enlace, tendría que rendirle cuentas de su fortuna...





Russell quedó un instante casi temblando. Al fin...

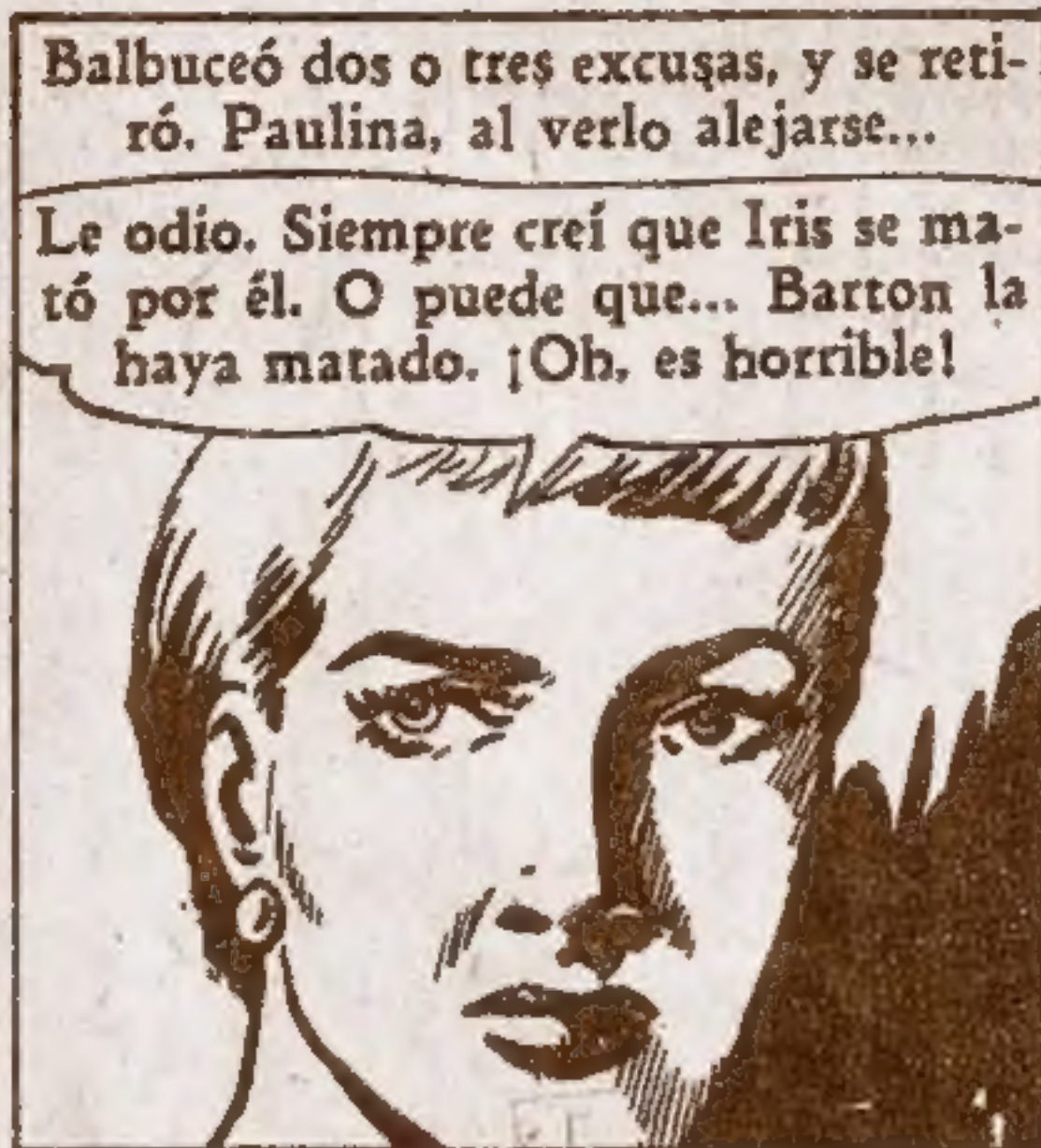
Bien, me voy, maldita sea. Ese mequetrefe sin duda me vio hacerlo...



Y bruscamente se alejó a grandes zancadas. Poirot resolvió no oír el insulto, y permaneció impassible. Paulina suspiró...

¡Ha estado usted maravilloso!... Yo sospeché, cuando oí a Russell encargar una mesa con iris amarillos...

Y entonces me habló. ¡Y se comportó usted magníficamente.



intervalo

ALBUM

AÑO XIII

Nº 47

una publicación de
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables:
R. Columba (h.) y Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración
Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1148

Registro Nacional
No 679.577 de la
Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372
Tarifa Reducida
Concesión No 2761

(1261)
ROSSO S.A.I.C.T.
Doblas 955

intervalo

ALBUM

AÑO XIII

1961

Nº 47

una publicación de
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables:
R. Columba (h.) y Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889

Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 679.577 de la
Propiedad Intelectual

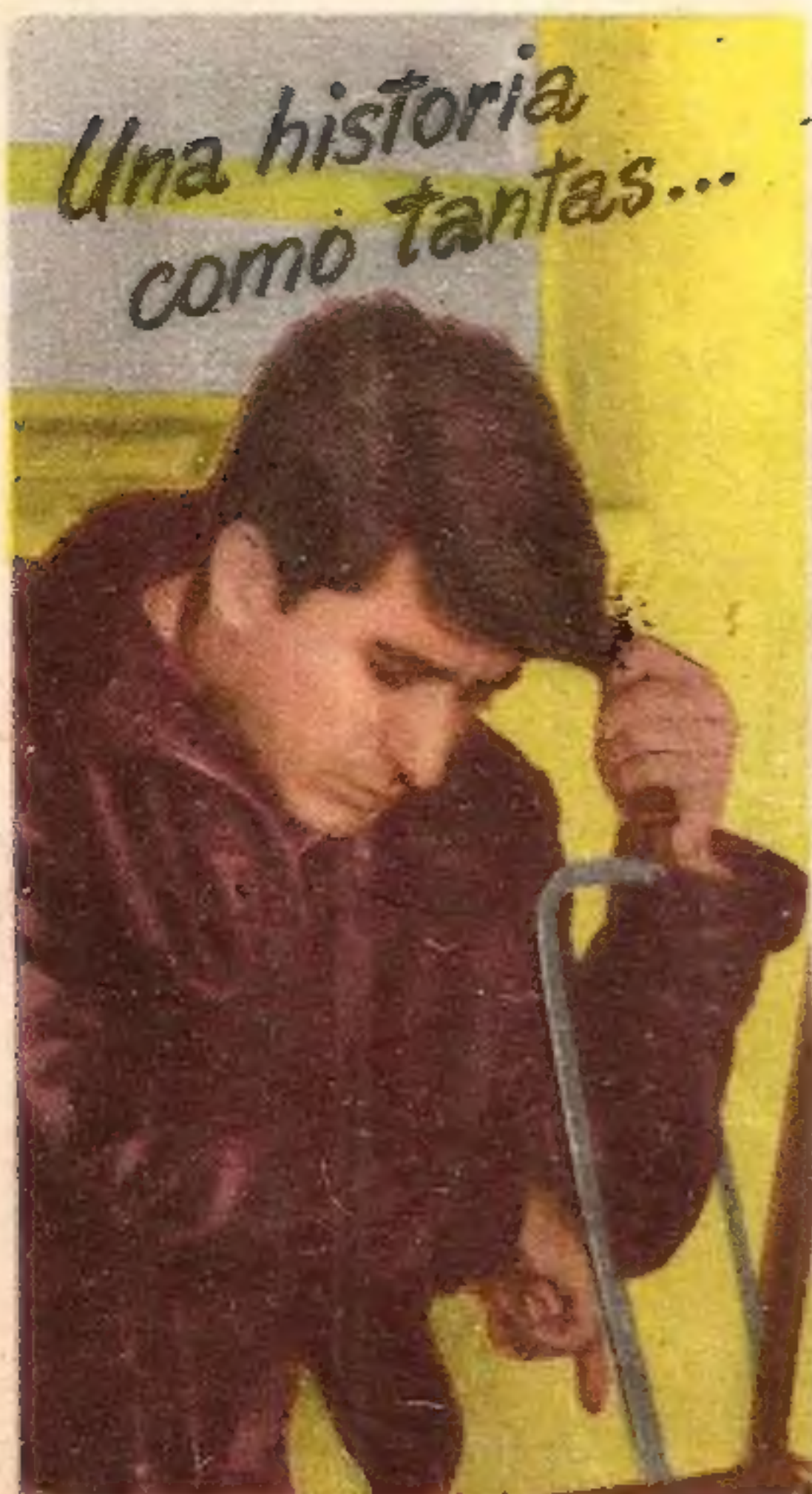
Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

(1961)

ROSSO S.A.I.C.T.
Doblas 935



Una historia
como tantas...

En mi vida transcurría sin mayores altibajos. Las mismas obligaciones todos los días y la lucha para hacer alcanzar mi sueldo para las necesidades esenciales.



No vislumbraba un porvenir mejor. Hasta que un día...



Al poco tiempo ya realizaba trabajos de laboratorio que me ayudaron a solventar mis estudios.



En una revista me llamó la atención un aviso y escribí inmediatamente. Presentí que era mi porvenir.



Al promediar el curso y con el consejo de mis profesores me inicié en fotografía social.



Realicé examen y, distinguido con una **BECA COMPLETA**, se hizo realidad mi sueño de conocer Buenos Aires.



En las amplias instalaciones de la Escuela perfeccioné aún más mis conocimientos.



Y HOY, gracias a la Escuela Fotográfica Sud Americana, soy un profesional muy bien remunerado.



USTED... hombre o mujer puede tanto como yo. Envíe el cupón y recibirá amplios informes del único curso de **FOTOGRAFIA** que encara todos los problemas profesionales con equipos incluidos!

E.F.S.A.

ATENCIÓN: TAMBIEN CLASES PERSONALES
CURSOS PERSONALES Y POR CORRESPONDENCIA

**ESCUELA
FOTOGRAFICA
SUDAMERICANA**
LORIA 531 - Buenos Aires

Nombre
Dirección N°
Localidad F. C. N.



A18-INT. 10-61